

EL ADEPTO DE LA REINA

RODOLFO MARTÍNEZ



EL ADEPTO DE LA REINA
(EL ADEPTO DE LA REINA /1)
Rodolfo Martínez

Copyright © 2009, Rodolfo Martínez

Primera edición: Octubre, 2009
Segunda edición: Enero, 2010
Tercera edición: Noviembre, 2010
Primera edición en ebook: Setiembre, 2011
Segunda edición en ebook: Setiembre, 2012

Ilustración de portada: © 2009, Alejandro Terán
Diseño de cubierta: Alejandro Terán
Mapas: Rodolfo Martínez

SPORTULA
www.sportula.es
www.eladepodelareina.com
info@sportularium.com

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad?

CONTENIDO

[Prólogo](#)

[Primera parte: Mensajeros](#)

[Segunda parte: Fantasmas](#)

[Tercera parte: Espectros](#)

[Epílogo](#)

[Apéndices](#)

[Las máscaras del drama](#)

[Glosario de lugares y alianzas](#)

[Cronología de Érvinder](#)

[Mapas](#)

[Alboné](#)

[El Continente Primigenio](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Sportula](#)

*«Do you lose as gracefully as you win?»
« I wouldn't know. I've never lost»*

Lorenzo Semple Jr.: **Never Say Never Again** (a partir de una historia de Kevin McClory, Jack Whittingham e Ian Fleming).

PRÓLOGO

Siempre es el invitado con el que no contabas el que termina reviviendo una fiesta... o acaba por rematarla.

—Qérlex Targerian

La noche cayó sobre la ciudad de un modo abrupto, casi a traición, pero no le importó a nadie. Las antorchas y las hogueras llevaban encendidas un buen rato, y las celebraciones habían empezado horas atrás. Afuera, quizá la oscuridad se convertía rápidamente en la dueña del mundo, pero dentro de la ciudad el anochecer pasó desapercibido.

Igual que lo pasó el extranjero que abandonaba la fiesta en dirección a la costa. Todos tenían cosas que hacer en aquel momento, y seguramente el extranjero también. ¿Una cita secreta? ¿Negocios? ¿Una amante? Qué importaba.

Vestía una corta túnica gris y se medio embozaba en una capa del mismo color. Frente a la orgía cromática de los bacantes, parecía una sombra furtiva.

No tardó en dejar atrás las murallas de la ciudad y se internó con paso decidido en el bosque de olivos que moría casi a orillas del mar. Se detuvo unos instantes junto a una peña que sobresalía del suelo y rebuscó algo en una oquedad de la roca. Mientras comprobaba con el tacto que todo estaba donde debía, echó un vistazo a sus espaldas, a las luces de la lejana ciudad.

Cargó el fardo a sus espaldas, siguió su camino y no tardó en llegar a un acantilado más allá del que se oía el ronquido cercano de la marea.

Alguien salió de las sombras.

—Llegas tarde —dijo una voz.

El hombre se detuvo y su mano acarició la empuñadura de la daga que llevaba a la cintura.

—O tú demasiado pronto —respondió. Su voz tenía una cualidad fría, cortante, como si las palabras fueran una molestia de la que había que librarse cuanto antes.

El recién llegado se encogió de hombros.

—El cambio de guardia será dentro de una hora —dijo—. Debemos darnos prisa.

El otro asintió y se desembarazó de la capa y de la túnica. Sacó algo del fardo que había

llevado a sus espaldas, una oblea de tela oscura que desplegó con eficacia y en la que empezó a embutirse. El material se pegaba a su cuerpo como si fuera parte de él y, cuando estuvo totalmente envuelto, apenas se distinguía nada en la penumbra, más allá de su cabeza y el brillo duro de sus ojos.

Volvió a ponerse el fardo a sus espaldas.

—Estoy listo —dijo.

Su compañero asintió y le tendió una especie de máscara. Mientras contemplaba cómo se la colocaba sobre la boca dijo, como a regañadientes:

—Por la Reina.

El hombre pareció encontrar divertidas aquellas palabras, pero no había ninguna burla en su voz cuando respondió:

—Por la Reina.

Tomó aire, miró una última vez a sus espaldas y echó a andar hacia el borde del acantilado. A unos metros de él, aceleró el paso y su caminar se convirtió rápidamente en una carrera que lo llevaba hacia la nada. Con su último paso sobre la tierra se impulsó hacia arriba y hacia adelante y, de pronto, su cuerpo se convirtió en un proyectil lanzado hacia el cielo. Por un instante, pareció que emprendería el vuelo, como lo había hecho el legendario Ítastos desde del laberinto de la Isla de la Guerra. Luego, el mundo lo atrapó con una garra implacable y empezó a descender.

Unos segundos más tarde, el mar se abrió para recibirlo.

El guardia no supo qué fue lo que acabó con su vida. Se había acercado al borde del malecón, quizá como un modo de descansar del tedio de la vigilia. Con la antorcha en alto, contemplaba la superficie oscura del mar y no pudo por menos de notar, con el ceño fruncido, el extraño rastro de burbujas que venía en su dirección.

Se giró a medias, tal vez para llamar a uno de sus compañeros, pero interrumpió el gesto ante el chapoteo inconfundible de algo que salía del agua.

Y lo que salió fue una forma oscura y fluida que cayó sobre él antes de que pudiera hacer nada. Sintió una mano resbaladiza pero implacable en su garganta y luego, de pronto, todo cuanto era se le escapó por la fría herida del costado, donde una daga acababa de abrirse paso.

Su asesino lo mantuvo sujeto hasta que se aseguró de que estaba muerto. Sólo entonces llevó el cuerpo hasta el borde del malecón y, cuidando de no hacer ruido, dejó que el mar se encargara de él. Comprobó el tiempo por la posición de la luna, poco más que una rendija de plata que desaparecería en un par de días, y luego tomó del suelo la antorcha que el guardia había dejado caer y la agitó dos veces en el aire: primero a la izquierda, luego a la derecha. Un punto de luz lejano le respondió con el mismo gesto.

Dejó la antorcha entre dos piedras y echó a andar, completamente en silencio, por el malecón. No tenía mucho tiempo, pero sería suficiente.

Descubrieron la ausencia del guardia cuando él estaba terminando su trabajo.

Colocó una carga bajo la línea de flotación del último de los navíos y la activó con la palabra impronunciable adecuada. Luego, volvió a colocarse la máscara sobre la boca y se sumergió de nuevo.

El puerto militar estaba empezando a despertar, y seguramente no tardarían en descubrir qué le había pasado al guardia, pero para entonces ya sería demasiado tarde. Bajo el agua, no tuvo problemas en dejar atrás los límites del puerto. Salió a la superficie una vez, lanzó un rápido vistazo a lo que estaba ocurriendo y volvió a sumergirse.

Nadaba con los brazos a los costados, todo su cuerpo convertido en una aleta gigantesca que lo impulsaba velozmente hacia donde quería ir. No tardó en llegar a una pequeña playa, en las mismas afueras de la ciudad. Ya había grupos de bacantes en ella, bailando alrededor de las hogueras, borrachos de sí mismos y del vino que habían bebido de la media docena de ánforas que yacían en la arena.

Nadó hasta un extremo de la playa, donde un grupo de rocas lo ocultarían de la luz de las hogueras. El mismo hombre que había encontrado en el acantilado lo estaba esperando allí.

Salió del agua y se deshizo con dos gestos rápidos de su extraño traje, así como de la máscara. El otro hombre lo guardó todo en un fardo y él empezó a vestirse con las ropas secas que éste había traído: una túnica de un color alegre y una capa de fiesta ribeteada en rojo. No tardó en ponérsela y, mientras el otro hombre se echaba el fardo a la espalda, terminó de atarse las sandalias.

—¿Algún problema?

Miró hacia el lejano puerto, donde las antorchas eran como puntos de luz enloquecidos que iban de un lado a otro.

—Nada importante —respondió.

—Deberías salir de aquí cuanto antes.

—Aún tengo algo que hacer antes de irme.

El otro hombre sonrió con un gesto hosco.

—Como quieras.

Sin una palabra más, salió de entre las rocas y se unió a la fiesta de la playa, mientras su compañero echaba a andar tierra adentro.

Una mujer desconocida le tendió un ánfora y él echó un largo trago de un vino demasiado dulce para su gusto. Luego, se unió a la danza desmadejada de una de las hogueras.

Estaba bailando cuando comenzaron las explosiones, pero él siguió como si nada hubiera ocurrido, igual que la mayoría de sus compañeros, demasiado borrachos para darse cuenta de lo que pasaba. Para ellos, las distantes explosiones y la luz de los barcos ardiendo eran, seguramente, parte de la fiesta.

Hubo algunos que se dieron cuenta de lo que ocurría y dejaron la playa, sin embargo. Aunque nada de lo que hiciesen iba a servir de gran cosa.

La principal flota de guerra de Painé acababa de convertirse en un montón de madera ardiendo que ya no le serviría a nadie.

Llegó a su villa cuando faltaba poco para el amanecer.

Dejó la capa en el suelo y se refrescó el rostro en el balde de agua que los esclavos habían preparado. En la cocina encontró algo de ave fría y de pan y dio cuenta de todo ello sentado a la lumbre del hogar, mientras fumaba perezosamente de una larga pipa de brezo.

Con el hambre saciada y la cabeza despejada, subió al dormitorio.

Ella lo esperaba allí, dormida, y su cuerpo dibujado por las sábanas que se acoplaban a su piel era una promesa de otra hambre que saciar. Se quitó la túnica en silencio y, con dos movimientos felinos, se acercó a la cama.

La mujer no tardó en estar despierta y lo miró unos instantes con sus ojos oscuros.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Él se encogió de hombros y sonrió casi a desgana.

—Había mucho que festejar —respondió.

Ella dirigió una mano llena de anillos a su entrepierna y palpó y exploró, como si quisiera asegurarse de que todo estaba intacto y en su sitio.

—¿Demasiado cansado? —volvió a preguntar.

Él negó con la cabeza y acarició el vientre de la mujer. Ella gimió y su boca hizo presa en la de él con un ansia demasiado voraz para ser real.

Apenas habían iniciado el juego erótico cuando comprendió que no estaban solos en la habitación. Nada en su rostro o en su cuerpo indicó que se hubiera dado cuenta, sin embargo, y siguió entregado al placer como si nada más importase.

Pero sus sentidos estaban atentos a cuanto ocurría a su alrededor y no tardó en percibir los pasos furtivos a sus espaldas.

¿Sólo un hombre? ¿Creían que un solo hombre sería suficiente para acabar con él? Casi se sintió insultado.

Siguió gozando de la mujer y, cuando percibió que su atacante iba a dar el golpe, se giró de tal modo que fue el cuerpo de ella y no el suyo el que recibió la mordedura del acero. Antes de que su asesino hubiera comprendido su error, él ya estaba fuera de la cama, con una sábana en la mano y una sonrisa feroz en el rostro.

Todo acabó demasiado rápido. El asesino no era rival para él. Aún estaba intentando sacar la daga del cuerpo de la mujer cuando la sábana se enrolló alrededor de su garganta.

Enseguida estaba muerto.

A solas en la habitación, sin otra compañía que los dos cadáveres, el hombre se sentó y reflexionó.

Su contacto había tenido razón. Debería haberse ido en cuanto hubo acabado su trabajo. A los jefes de la ciudad no les había resultado muy difícil suponer que él había estado tras el ataque de aquella noche. O quizá, simplemente, habían preferido asegurarse y habían enviado asesinos a encargarse de todos los que les parecieran sospechosos.

En cualquier caso, ya no podía quedarse en la ciudad. Tenía que salir, y debía hacerlo discretamente.

Le echó un vistazo al cadáver de su atacante. Podía servir. Disfrazado como él no resistiría una inspección a fondo, pero sin duda sería suficiente para escabullirse allí.

Mientras le quitaba las ropas, oyó un gemido procedente de la cama. La mujer seguía con

vida.

Se acercó a ella y comprobó que no lo estaría mucho tiempo. Tenía un pulmón perforado; una herida demasiado seria para que sus escasos y no muy potentes mensajeros la reparasen. Aún estaba consciente, y lo miraba como si no comprendiese qué había pasado.

—Espero que te hayan pagado bastante por tus servicios —dijo él, con una voz en la que no había la menor emoción—. Sin duda lo mereces.

Luego, empezó a ponerse las ropas de su atacante. Con un poco de ceniza del hogar, manchó su rostro y oscureció sus facciones.

Se acuclilló y rebuscó por el suelo hasta dar con lo que buscaba. Un trozo de entarimado saltó tras una leve presión y empezó a sacar lo que guardaba allí. Hizo un fardo con todo ello y se lo echó a la espalda.

Miró por el balcón: casi estaba amaneciendo. Al mediodía, estaría muy lejos de allí.

Sonrió, un leopardo que acaba de devorar su presa y aún disfruta de su sabor, y salió en silencio de la casa.

Nadie lo vio. Nadie lo detuvo.

Los jarcas no tardaron en descubrir que no estaba en la casa, y que ninguno de los cadáveres del dormitorio era el suyo. Lo buscaron durante semanas, pero nunca dieron con él.

Sabían el nombre y la procedencia que había dado al alquilar la mansión, pero evidentemente ambos debían ser falsos. Nunca supieron su verdadero nombre, ni de dónde venía.

Era Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de Su Majestad, la Reina de Alboné.

PRIMERA PARTE
MENSAJEROS

Pese a lo que pueda parecer, la situación en la que dos enemigos recelosos se miran continuamente por encima del hombro y no hacen nada por miedo a lo que pueda hacer el otro es la más estable de todas. Y, de hecho, la más beneficiosa para ambos bandos.

En nombre de la seguridad y esgrimiendo la amenaza del otro lado (siempre a punto de materializarse, pero sin hacerlo nunca) puede llegar a crearse una dinámica que, a la larga, acaba por sostenerse a sí misma.

Esta situación puede mantenerse durante un tiempo indefinido, si cada bando juega sus cartas con cuidado... siempre, claro, que no aparezca un tercero en discordia.

—Glaxton Dishrel

El aerobajel procedente de Wáhrang llegó a Lambodonas a la caída de la tarde, como de costumbre. Cruzó el cielo perezosamente, se detuvo frente a la Torre y, antes de que la manecilla más larga del reloj (instalado diez años atrás y que aún seguía siendo considerado un objeto extraño y poco de fiar por la mayoría de los lambodonenses) recorriese la mitad de su camino, el bajel estaba fijado y la escalerilla lista para que descendieran los pasajeros.

La inevitable inspección llegó poco después. Los Adeptos Inquisitivos fueron tan cuidadosos y discretos como siempre y los pasajeros no tardaron mucho en tener paso franco a la ciudad bajo la torre.

Uno de los viajeros procedía sin duda del norte de Wáhrang, cerca de la frontera con la estepa. Su rostro y las partes visibles de su cuerpo estaban completamente cubiertos de caracteres arcanos que, si uno conocía el idioma, revelaban su linaje. Gran parte de su cuerpo estaba tatuado de ese modo y, si conseguía morir de viejo, era muy probable que al final de su vida no quedase un centímetro de su piel libre de tatuajes.

Permanecía silencioso, casi hosco, mientras esperaba a ser inspeccionado por los adeptos. Aquello no le extrañó a nadie. Los wáhranger del norte tenían fama de lacónicos y las palabras tendían a ser, para ellos, algo demasiado valioso para gastarlo en conversaciones triviales.

El adepto lo exploró a conciencia, pero de un modo casi aburrido, y luego lo dejó pasar. Recogió su escaso equipaje (una bolsa de viaje que había visto tiempos mejores) y bajó con los demás pasajeros a la ciudad.

Al contrario que otros lugares, Lambodonas parecía despertar con la caída de la noche. La mayor ciudad de los Pueblos del Pacto, como proclamaban sus habitantes, tenía una vida nocturna intensa y agitada. De ella, lo que posiblemente más chocaba a los extranjeros, eran los baños públicos. Repartidos por toda la ciudad, ofrecían un servicio completo y barato, tanto a naturales como a foráneos y, en algunos casos, lo complementaban con otros placeres.

El wáhranger entró en uno de los baños más céntricos y pidió una cabina privada. El esclavo de la recepción lo miró casi con altanería, como si fuera demasiado educado para decir en voz

alta lo que pensaba. El cliente echó mano a su bolsa de viaje y extrajo de ella dos monedas que tintinearón con el familiar soniquete de la plata. El esclavo las aceptó con una inclinación de cabeza y, aunque la expresión de su rostro se suavizó, era evidente que seguía pensando que aquel cliente estaba fuera de su elemento y que era una lástima que ciertas cosas se compraran simplemente con dinero.

Guió al wáhranger a una de las cabinas privadas, le explicó con desgana eficacia el funcionamiento del baño y luego lo dejó solo. No volvió a pensar en él durante el resto de la noche.

Y, algo más tarde, no sería capaz de articular ningún pensamiento coherente.

A solas, el wáhranger, tomó su baño y dejó que el agua caliente abriera los poros de su cuerpo. Con los ojos cerrados y el gesto relajado, flotó en paz como hacía tiempo que no se sentía. Era consciente de lo que ocurría a su alrededor, del murmullo distante de las conversaciones en los baños (aquellos malditos albonenses parecían incapaces de cerrar la boca, se dijo) pero apenas les hacía caso.

Cuando sintió que el agua empezaba a entibiarse, se incorporó en el baño.

Miró a su alrededor y escuchó con atención. Luego asintió, como si se respondiera una pregunta que él mismo acabase de hacerse. Se puso totalmente de pie, alzó los brazos, cerró los ojos y musitó una palabra impronunciable.

Sintió un cosquilleo en todo su cuerpo y notó cómo los tatuajes empezaban a disolverse sobre su piel, convirtiéndose en minúsculos arroyos que se iban engordando unos a otros hasta encontrar sus piernas y deslizarse por ellas hasta el baño.

Pronto, su piel estaba libre de signo alguno. Abrió los ojos.

Apenas podía mantenerse en pie. Estaba agotado. Sin embargo, sabía que las fuerzas le alcanzarían para lo que tenía que hacer.

Salió del baño con gestos de hombre viejo y se sentó en el banco junto a la pared. Contempló el agua teñida de negro, que parecía estar musitando una canción.

Se sentía vacío. Y, en cierta forma, así era. Casi todos sus mensajeros habían abandonado su cuerpo y estaban ahora en el baño, junto a los que había llevado, dormidos, en sus tatuajes.

Supo que no tenía mucho tiempo. Tal concentración de mensajeros activos no tardaría en alertar a alguien y vendrían a por él.

Pero no antes de que hiciese lo que tenía que hacer.

Tomó aire, lo retuvo en el pecho y entonces lo dejó salir lentamente, mientras tres palabras impronunciables se articulaban en su boca.

Estalló la locura y él fue su primera víctima.

Cuando la milicia llegó, no había gran cosa que hacer, aparte de contar los cadáveres y ayudar a que los supervivientes estuvieran lo más cómodos posible. Pasarían el resto de su vida sumidos en sus propias pesadillas y, seguramente, la mayoría serían llevados a la Casa Final por sus propios parientes a no tardar mucho.

No les costó dar con el lugar donde había estallado la bomba. El cuerpo del wáhranger era un amasijo desmadejado de carne y dolor cuyo rostro casi no parecía humano. El capitán de la milicia dio orden de que apartaran el cuerpo para una investigación posterior y luego trató de poner algo de orden en el caos que lo rodeaba.

No se enteró hasta algún tiempo después que los Adeptos del Cuerpo habían encontrado algo en el cadáver del extranjero aquella misma noche, mientras atendían a su disección.

La Torre había sido un día el hogar de los monarcas. Luego, como prisión, albergó muchos y muy curiosos inquilinos. Treinta años atrás, se había transformado en estación terminal para los aerobajeles que llegaban y salían de Lambodonas.

Y, durante todo aquel tiempo, los Adeptos Empíricos habían vivido en ella. Bajo ella, en realidad, muy por debajo de la superficie.

El mundo había ido cambiando a su alrededor, pero ellos lo habían hecho lo mínimo imprescindible para adaptarse a los tiempos y no volverse obsoletos. El laberinto de salas y catacumbas que había bajo la Torre seguía casi igual que el día en que los primeros cien Adeptos Empíricos, usando casi toda su sangre y sus mensajeros, lo habían construido con la pura fuerza de su voluntad.

Como siempre, se movían en la oscuridad, vivían en el anonimato. Sólo respondían ante la Reina o su Regente y muy pocos fuera de un exclusivo círculo sabían de ellos, más allá del hecho de que existían.

En una de las salas mayores de las catacumbas acababa de convocarse una reunión. Tal como marcaba la tradición, el último en entrar fue el portavoz y si a algunos les sorprendió que aquella noche éste fuera el propio Adepto Supremo, nadie dijo nada.

Bien asentado en la madurez, con un cuerpo que un día había sido robusto y ahora era simplemente gordo, el Adepto Supremo no perdió un solo detalle de lo que ocurría a su alrededor mientras entraba en la sala. Su rostro estaba parcialmente cubierto por una poblaba barba castaña, bastante anticuada en unos tiempos donde llevar el rostro lampiño era la última moda, y su ceño parecía perpetuamente a punto de fruncirse, sin terminar de hacerlo jamás.

Cruzó la sala y estaba a punto de sentarse cuando se dio cuenta de que no estaban todos. Inició un gesto en dirección a su ordenanza para hacérselo notar, pero se detuvo al ver que alguien entraba en aquel momento.

Sonrió para sus adentros, aunque su rostro no cambió de expresión. Brandan, por supuesto, quién si no él llegaría tras el portavoz a una reunión de emergencia.

El recién llegado ejecutó el gesto de disculpa y, sin pararse a ver cómo era recibido, ocupó su asiento. Recibió algunas miradas de reproche de sus compañeros, a las que no hizo caso alguno, y trató de buscar una postura cómoda en la silla.

Sólo entonces se sentó el Adepto Supremo. Tomó el papiro enrollado que había en su mesa y, con un gesto, rompió el lacre que lo sellaba. Leyó la orden de la Reina y asintió en silencio.

Luego, alzó la vista y murmuró el juramento empírico. El resto de los hombres de la sala lo repitieron con él:

—No sé mucho. Sé que dos más dos pueden ser cuatro. Sé que he nacido. Sé que moriré. Sé que mi sangre está al servicio de la Reina.

Luego, cada uno de ellos procedió a romper el lacre que sellaba los rollos que había en sus mesas. El Adepto Supremo tomó un trago de vino y se dijo que, otra vez, lo habían mezclado mal. Demasiado flojo.

Se encogió mentalmente de hombros.

—Esta tarde, un hombre hizo estallar una bomba de locura en uno de los baños de la ciudad —dijo—. Un fanático, seguramente, al servicio de alguna causa absurda que exige fe sin pruebas. Eso pensamos al principio. Durante la disección del cadáver, sin embargo, surgieron algunas cosas interesantes.

Miró de nuevo el rollo con el sello real.

—Creemos que pasó la bomba de tapadillo, inerte en los tatuajes de su cuerpo. Era un wáhranger del norte, o se hacía pasar por uno. Luego, en el baño, despertó a los mensajeros de sus tatuajes y usó la mayoría de los de su propio cuerpo para que la bomba alcanzase masa crítica.

Vio cómo Brandan fruncía los labios.

—Él mismo era un mensajero, pero de otra clase. La bomba de locura no fue más que un modo de llamar nuestra atención. Un tanto drástico, como convendréis conmigo, pero sin duda efectivo. El verdadero mensaje estaba en su cuerpo, en los mensajeros de sus vísceras. Se activó en cuanto lo abrieron.

Tomó otro rollo de su mesa, lo abrió y leyó en voz alta:

—*Tenemos una bomba de Malas Noticias. Sabemos cómo usarla y la usaremos. En un mes. No habrá más contactos.*

Con gesto tranquilo, arrugó el papiro y lo dejó en la mesa.

—Como veis —dijo— no pierden el tiempo. Directos y al grano. No hace falta que os diga que si alguien usa una bomba de Malas Noticias en Lambodonas, Alboné quedará paralizado. Quién sabe durante cuánto tiempo.

—¿Cómo sabemos que realmente la tienen? —preguntó uno de los adeptos, un par de posiciones a la derecha de Brandan.

—Lo que sabemos es que alguien ha robado un racimo del arsenal de los occidentales. Casualmente —recalcó la palabra casi con desgana—, lo hemos sabido hoy mismo. Sospechamos que no somos los únicos en haber recibido un mensaje como éste. Es posible que la mayoría de los Pueblos del Pacto hayan recibido un mensajero tan peculiar como el nuestro. Y quién sabe si en el Martillo de Dios ha pasado algo parecido. —Se encogió de hombros—. Es difícil saber lo que pasa allí. Tenemos que actuar como si la amenaza fuera real. Trabajamos contra el reloj. Tenéis vuestras instrucciones.

Sin esperar, se incorporó en su asiento y echó a andar hacia la salida. Se dio cuenta de que Brandan lo seguía con la mirada. Lo más probable era que no estuviera muy satisfecho con su asignación.

De hecho, contaba con ello.

El nombre, recordaba el Adepto Supremo, había empezado como una broma en la Confederación Occidental, y había terminado convirtiéndose en la denominación oficial.

—Al fin y al cabo, es la costumbre —dijo alguien, seguramente un artífice en una pausa del trabajo—. Culpar al mensajero por las malas noticias. Hacérselo pagar.

La Bomba de Malas Noticias. El invento para acabar para siempre con las guerras. Había sido usada una sola vez, al final de la Guerra del Martillo, cuando Wáhrang ya había sido doblegada pero Hanoi seguía resistiendo obstinadamente, haciendo pagar a sus enemigos con sangre cada palmo de tierra conquistada.

Se soltó sólo una. En Kyono-jo. Una bombita de tamaño ridículo y efectos devastadores que destruyó todos los mensajeros de la Ciudad Imperial y cuyos efectos se prolongaron durante dos días.

La consecuencia fue que la delicada red de infraestructuras que era sostenida por los mensajeros en Kyono-jo, como en cualquier otra ciudad civilizada, se derrumbó casi al momento. Reconstruirla había llevado meses.

Y los mensajeros sólo habían estado inactivos dos días, se decía el Adepto Supremo. Sólo dos días. Lo suficiente para provocar un caos sin precedentes y humillar al pueblo más orgulloso de Oriente.

Una bomba que había sido algo ridículo comparada con las que los occidentales (y los khynainios, si lo que los espías decían era cierto) habían desarrollado después. De juguete, decían sus técnicos. Una bomba de juguete.

Uno de los artefactos actuales mataría a todos los mensajeros en Lambodonas y sus alrededores, y sus efectos se prolongarían durante meses. En ese tiempo, la ciudad se convertiría en un lugar estéril, que mataría a los mensajeros en cuanto entraran en su perímetro y, con ellos, desaparecería buena parte de lo que los albonenses llamaban civilización.

Estarían indefensos.

A solas en su celda, volvió a leer el mensaje de la Reina.

Había que detener aquella amenaza. A cualquier precio. Cualquier otra cosa era sacrificable.

El Adepto Supremo se dio cuenta en ese momento de que no estaba solo. Alguien se había colado en la antesala de su celda y esperaba ahora pacientemente a que su presencia fuera percibida.

—Pasa, Brandan —dijo.

La cortina se hizo a un lado y el rostro de su antiguo alumno cruzó el umbral. Sus facciones parecían vacías de expresión, pero el Adepto Supremo conocía bien el lenguaje del cuerpo de aquel hombre (*al fin y al cabo, yo lo convertí en lo que es ahora*, se dijo) y se dio cuenta de que, una vez más, estaba al borde de la insubordinación.

Tomó aire y le indicó un asiento frente a él. Yáxtor Brandan se sentó con una economía de movimientos que, pese al tiempo transcurrido, seguía dejando al Adepto Supremo sin aliento.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Brandan agitó en el aire el rollo que había estado en su mesa. El Adepto Supremo se dio cuenta en aquel momento de que el lacre estaba intacto.

—Esto es basura —dijo Brandan.

—No parece haberlo leído.

—No lo necesito. Sé en qué época del año estamos. Y he visto a los demás. He visto cómo reaccionaban a sus asignaciones. Lo que queda por repartir por fuerza tiene que ser basura.

—¿Por qué no lo abres y lo pruebas?

Brandan dudó unos instantes. Luego, con un gesto seco, rompió el sello y desenrolló el papiro.

—Trabajo de escritorio. Recopilar. Coordinar. Apoyar a los demás —murmuró mientras leía rápidamente su contenido—. Basura, como he dicho.

El Adepto Supremo se encogió de hombros.

—Conoces las normas. Siete meses de trabajo de campo. Siete meses de trabajo de escritorio. Las cosas son así.

Brandan arrugó el papiro y lo tiró al suelo.

—Basura —repitió. Apenas había emoción en su voz—. Me necesitáis ahí fuera. Más que nunca. La Reina me necesita ahí fuera.

—Es posible. Pero son las normas. Y yo no puedo romperlas.

—Yo sí —dijo, poniéndose de pie y dejando la habitación.

Eso espero, Yáxtor, se dijo el Adepto Supremo mientras lo veía marchar.

Se giró hacia la izquierda y con un gesto y una palabra impronunciable activó los mensajeros del espejo de comunicaciones.

—Laboratorio —dijo.

Un rostro arrugado de expresión plácida ocupó el lugar de su reflejo. Inclino la cabeza y pareció fastidiado.

—Orston —dijo—. Espero que no sea ninguna trivialidad. Estoy bastante ocupado.

—¿Cuándo no lo estás, Qérlex? Yáxtor Brandan irá a verte pronto, seguramente. Dirá que tiene órdenes para obtener material. Es posible que hasta te las muestre.

—Y serán falsas, claro.

—Es posible. O es posible que no. Lo que no sabemos no puede hacernos daño.

—Curiosas palabras en boca de un Empírico —murmuró Qérlex—. Casi rozando la herejía.

—La herejía sólo existe en presencia de la fe. Nosotros no creemos. Sabemos o ignoramos, pero no creemos.

—Sí, sí, ahórrame la cháchara. Quieres que le dé al chico lo que pida.

—No. Nunca he dicho eso. Quiero que compruebes sus órdenes. Y, si te parecen correctas, actúa en consecuencia.

—¿Y si no me lo parecen?

—Sospecho que te lo parecerán.

Qérlex torció la boca.

—Sí —dijo al cabo de un rato—. Sospecho que sí.

Por supuesto, el único que entiende de verdad a un operativo de campo es otro operativo de campo, aunque sea del bando contrario. Eso, sin embargo, no siempre es beneficioso. Hablar con tu propio reflejo puede llevarte a descubrir cosas de ti mismo que preferirías haber mantenido en la oscuridad.

—Fléiter Praghem

Como toda gran ciudad, Lambodonas estaba llena de lugares que no existían. Burdeles y casas de juego, por supuesto, difíciles de diferenciar a veces unos de otras. También había lugares menos inocuos, donde el desafío a la ley era algo más que simplemente obviar una costumbre que se había vuelto obsoleta y que, aunque estuviera sancionada por los legisladores, nadie cumplía en realidad. Todo el mundo sabía que era cuestión de tiempo que el juego y la prostitución estuvieran a este lado de la ley y, salvo la guardia de la ciudad (para la que la existencia de ciertos delitos era una cuestión de pura supervivencia), nadie les prestaba demasiada atención.

Otros lugares eran algo más siniestros. Al igual que los anteriores, no existían, y su inexistencia era, por decirlo así, algo más secreta.

Fléiter Praghem, apoyado como siempre en su bastón, contemplaba con interés distante el resultado de un combate entre un carneútil y un khynainio y se preguntaba si aquello llevaría mucho más tiempo. Alzó su copa y dejó que un esclavo se la llenase mientras el combate (la carnicería, en realidad, pensó) llegaba al final. El khynainio, convertido en una ruina humana, se desplomó en el suelo y el carneútil, una mole de piel anaranjada que no parecía comprender dónde estaba, se quedó totalmente inmóvil.

El maestro de pista anunció el ganador. Se cobraron y se pagaron las apuestas. Se limpió la arena. Se preparó un nuevo combate.

Aburrido, se dijo Praghem. Tan aburrido como aquellos malditos albonenses, con su pose de altanera civilización y sus bajos deseos apenas ocultos bajo la superficie.

Se preguntó una vez más por qué no había elegido otro destino. Tal vez en las ciudades estado de Ashgramor, o entre los decadentes e insufribles habitantes de Quitán. Incluso en la ciudad abierta de Jarsarén, llena de peregrinos, adeptos, cenobitas, acólitos, beatos y aspirantes a santos. O, ya puestos, en algún lugar de Khynai, tratando de pasar desapercibido entre los

creyentes del Dios Único.

Obtuvo la respuesta cuando vio a Yáxtor Brandan entrar en el anfiteatro. Los ojos azul acero del adepto empírico recorrieron la multitud como si no estuviera allí y acabaron encontrando los de Praghem, como éste sabía que harían.

Aferró el bastón con fuerza, esbozó una sonrisa y alzó la copa en su dirección, en un remedo burlón de brindis. La boca de Brandan sonrió, pero no sus ojos. Praghem sólo había visto alegría en los ojos del adepto en una ocasión, y prefería no pensar en ello.

Brandan no tardó en llegar a su lado.

—¿Qué tal ha ido la noche?

Praghem se encogió de hombros.

—Aburrida. Y no creo que el próximo espectáculo la vaya a mejorar. —Echó un vistazo en dirección a la arena y asintió—. Este lugar ganaría mucho con una redada de la guardia urbana, la verdad.

—Podemos arreglarlo.

—Estoy seguro de que sí. También lo estoy —añadió, tras terminar su copa y dejarla en una repisa a su lado— de que no has venido a verme para hablar de este circo de baratillo. ¿Qué tal si nos vamos a un lugar donde podamos hablar con tranquilidad?

—Conozco el sitio perfecto —dijo Brandan.

—Seguro que sí. Pero tendría que estar muerto antes de permitir me metieras en vuestro laberinto. No, sé dónde podemos ir.

Brandan asintió, como Praghem había sabido que haría desde el momento mismo en que lo vio entrar.

Buena comida, buena bebida y agradable compañía femenina... o algo parecido. Las carneútiles eran, en todo caso, lo bastante convincentes.

Praghem acariciaba distraídamente el pecho de una de ellas mientras con la otra mano picoteaba un bocado de aquí y de allá en la bandeja que había frente a su triclinio. Los largos dedos de la carneútil jugaban de un modo experto e indiferente con su miembro, y el rostro de Praghem estaba completamente ocupado por una expresión de placidez que no parecía tener prisa alguna en dejarlo.

Frente a él, Brandan se reclinaba a medias en su triclinio y bebía su vino con indiferencia.

—¿No quieres que te pida una? —preguntó Praghem.

Brandan negó con la cabeza.

—Nunca en Alboné.

Praghem sonrió burlón y dio un pequeño respingo al notar las uñas de la carneútil en su escroto.

—¿Temes que la Reina se entere? —preguntó.

Brandan se encogió de hombros.

—Ya veo. Hoy no estás de humor para trivialidades. No es que te culpe, pero uno debería encontrar siempre un momento para seguir qué cosas.

—Nunca en Alboné —repitió Brandan.

—¿Qué pasa, es el lema de tu familia? Un poco más a la derecha, querida. Así, peeeeefecto.

—Habéis perdido algo.

—Hemos perdido un montón de cosas. Es nuestra especialidad, querido, ya lo sabes. Pero supongo que te refieres al racimo de bombas de Malas Noticias que desapareció misteriosamente del almacén de Los Álamos.

Brandan asintió.

—Sí, ya me he enterado de lo que ha ocurrido esta tarde. Una forma eficaz de llamar la atención, sin duda. —Brandan no pareció sorprendido de que Praghem estuviera al tanto de todo. Al fin y al cabo, era su oficio—. Y seguro que en los próximos días nos enteraremos de que no habéis sido los únicos en recibir una carta de... iba a decir de chantaje, pero en realidad no os pedían nada, ¿verdad? Se limitaban a decir lo que tenían y cuándo lo usarían. Como sea, no creo que hayáis sido los únicos en recibir un mensaje tan original. Al fin y al cabo, en el racimo... perdido había bombas suficientes para unas cuantas ciudades.

—¿Qué ocurrió, Fléiter?

—Ah, Yáxtor, maldita sea, qué iba a ocurrir. Alguien la pifió, desde luego... Sí, ahora con la boca, perfecto. Alguien la cagó, como te decía. Pero no importa, los burócratas de Washorya ya se han cubierto las espaldas, han cuadrado los balances y han decidido que lo mejor es no hacer nada.... Sí. Oh, sí.

Brandan bebió un nuevo trago y contempló con indiferencia el trabajo que la carneútil estaba haciendo con su boca en el pene de Praghem. Éste jadeó durante unos segundos, dejó escapar el aire en lo que pareció un intento frustrado de tos y su cuerpo se relajó de repente.

—Gracias, querida.

La carneútil, su rostro tan inexpresivo lo como había estado durante todo el proceso, los ojos enfocados en el vacío, procedió a limpiar los genitales de Praghem, mientras éste se acomodaba mejor en el triclinio y sonreía en dirección a Brandan.

—Este sitio es de lo mejor —dijo—. Saben cómo dirigir a sus carneútiles. Tengo que felicitar a la adiestradora.

—Luego.

—Sí, claro, luego. Ahora los malditos negocios. ¿Qué quieres saber?

—Todo lo que puedas decirme.

—Antes, dime tú una cosa. ¿Por qué no has venido a verme por los cauces oficiales?

—Preferimos dejar el papeleo al margen.

—Ya. O sea, que estás actuando de espaldas a tus superiores. Eso no les va a gustar.

—Sólo si lo descubren.

—Que no sea por mí, amigo mío.

—Sé que no lo será.

La carneútil terminó su tarea, colocó en su sitio la túnica de Praghem y se puso de pie. Echó a andar hacia la puerta y, al hacerlo, pasó junto a Brandan. Éste extendió una mano. La carneútil se detuvo, indecisa. Brandan sonrió y Praghem desvió la vista.

Se oyó un crujido y, cuando volvió a mirar, la carneútil era un cuerpo desmadejado en el suelo que empezaba a deshacerse con alarmante rapidez. Brandan aún sonreía. Sus ojos no.

—Y ahora estamos seguros de que tampoco lo descubrirán por ella —dijo.

—Eso parece.

Yáxtor no era real, se dijo Praghem. Era un pensamiento que había tenido en ocasiones,

cuando contemplaba el modo rápido, frío y carente de remordimientos en que actuaba el adepto si lo consideraba necesario. Era como el puñetero personaje de un cuento, como si el mismísimo Arteg Praghem, el héroe que había poblado las historias de su infancia gracias a su padre, se hubiera reencarnado en él.

—Ahora cuéntame todo lo que sepas, Fléiter.

Éste parpadeó y masculló una maldición. No le gustaba que nadie lo pillara con la guardia baja. Y menos que nadie, Yáxtor.

—¿Ni siquiera vas a decir que te lo debo? —preguntó, para ganar tiempo.

—¿Hace falta?

—En realidad, no. —Se encogió hombros—. De acuerdo, por los siete demonios de la Teja, ¿por qué no? Al fin y al cabo estamos juntos en esto, nos guste o no. Y si os amenazan a vosotros, en cierto modo lo están haciendo con la Confederación Occidental también. Así que adelante. Pero antes me serviré otro trago. Creo que lo necesito.

En realidad, dijo Praghem, no había mucho que contar.

El secreto mejor guardado de la Confederación era la bomba de Malas Noticias. No su existencia, claro, ésa se había hecho notoriamente pública al final de la Guerra del Martillo. Pero su localización exacta y, sobre todo, el estado de las investigaciones sobre ella, eran algo de lo que sencillamente no se hablaba.

Pocos sabían dónde estaba el taller. Y de ellos, sólo los artífices que trabajaban allí eran conscientes de a qué se dedicaban en realidad, y éstos no salían jamás. La milicia encargada de la seguridad ni siquiera tenía la menor idea de en qué lugar estaban. Se los traía y se los llevaba totalmente a oscuras.

—Y hasta teníamos otra media docena de talleres similares, todos con las mismas medidas de seguridad, sólo que éstos no eran más que decorado.

Si algún soldado llegaba a averiguar dónde estaba, lo único que podría decir es que era un taller secreto. Uno más de tantos.

—Todo eso, sobre el papel, claro.

La realidad era que alguien por fuerza tenía que saber qué se hacía allí, dónde estaba y en qué estado de desarrollo se encontraban las investigaciones. Y, cuando más de una persona sabe algo, lo acaba sabiendo todo el mundo, tarde o temprano.

—Al fin y al cabo, ése es el intrínquilis de nuestro negocio, ¿verdad, Yáxtor?

En realidad, los detalles de lo que había ocurrido no estaban nada claros. Se había cursado la orden para solicitar un destacamento de relevo para el taller. Y luego... nada. Un silencio total.

—Todos los intentos de comunicación resultaron inútiles. Los mensajeros activaban los espejos, pero al otro lado no parecía haber nadie. En cuanto a los otros métodos... todo funcionaba, sin problemas. Simplemente, nadie respondía.

Cuando por fin se decidió enviar a un grupo de exploración, lo que éste encontró fue bastante... pintoresco. Los soldados estaban muertos y los artífices habían desaparecido. En cuanto a los almacenes, todos estaban intactos, menos uno.

—Se llevaron el último modelo. O sabían muy bien lo que estaban buscando o les apretaron las clavijas a los artífices. Como sea, cogieron sólo las bombas más recientes, las desarrolladas en el último año, y dejaron todo lo demás.

Y aquello era todo.

—No, no lo es —dijo Brandan. Había escuchado en silencio la historia, limitándose a asentir de vez en cuando, mientras daba cuenta de una copa de vino tras otra—. Dices que todo ocurrió durante un relevo de la guardia. ¿Qué hay de ellos?

—Bueno, muertos, ¿no?

Brandan negó con la cabeza.

—No. No estaban entre los soldados muertos —dijo.

—¿Cómo demonios lo sabes?

Brandan dejó la copa sobre la mesa.

—He sido entrenado para leer a otros hombres, Fléiter, ya lo sabes. Y a menudo lo que se calla es más revelador que lo que dice. Vuestro equipo de rescate encontró muerto al destacamento que custodiaba el lugar. Y no había rastro de los artífices. Pero, ¿qué pasó con el relevo?

—No estaban.

—¿Y dónde estaban?

Praghem tomó aire y lo soltó como si le costara hacerlo. Contempló su bastón, apoyado sobre una mesita no muy lejos de su triclinio. Lo tomó con un gesto desgastado y, durante varios segundos, se entretuvo en acariciar su superficie, desgastada por varias generaciones de uso.

—En sus acantonamientos —dijo al fin, sin dejar de mirar el bastón. La empuñadura de plata reflejó la luz un instante y Praghem le sonrió burlonamente a su propia imagen—. ¿Te lo puedes creer? Estaban en los malditos cuarteles. No se habían movido de allí. Las órdenes de relevo nunca habían llegado. Fueron interceptadas.

Brandan apretó la mandíbula. Sacó su pipa de brezo de un pliegue de su túnica y la cargó con tranquilidad, indiferente al gesto de desagrado de Praghem, que se daba pensativos golpecitos en la barbilla con la empuñadura del bastón.

—Pero hay algo que no cuadra, ¿verdad? —preguntó Brandan, tras la primera bocanada de humo.

—Claro que hay algo que no cuadra —dijo Praghem, sobresaltado. Apoyó el bastón sobre sus piernas y tomó aire—. Siempre lo hay, ya lo sabes. Todos los hombres estaban en sus puestos... excepto uno. El oficial encargado de transmitir la orden de relevo ha desaparecido. Lo estamos buscando desde entonces.

Brandan asintió.

—¿Y ese oficial es...?

Praghem pareció de pronto un animal acorralado.

—Yáxtor, amigo mío, no me importa compartir información con vosotros, ya lo sabes. Trabajamos para la misma causa, al fin y al cabo. Nos enjabonamos la espalda unos a otros, por así decir, pero lo que me pides...

Brandan se tumbó en el triclinio y lanzó un par de volutas de humo hacia el techo.

—Los vuestros están buscando en el lugar equivocado —dijo, mientras contemplaba perezosamente las formas que el humo iba trazando—. Lo buscarán por todas partes y no lo encontrarán. Ya está muerto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Es lo que haría yo. Es el único eslabón débil de la cadena. Así que lógicamente, hay que hacerlo desaparecer. No creo que encontréis su cuerpo.

Praghem asintió a su pesar.

—Tienes razón, maldita sea la Teja y su estúpido géiser. En realidad, pienso exactamente lo mismo desde que supe lo que había pasado. Sólo que no me atrevía a decirlo en voz alta.

Brandan lanzó una nueva serie de anillos de humo hacia el techo. Esperó unos segundos y luego los atravesó con un par de anillos más pequeños.

—Cuéntame lo que sepas de él —dijo al fin.

Praghem se dio por vencido. Llevaba veinte años espionando al servicio de la Confederación Occidental, y en todo aquel tiempo había estado en medio mundo y tenía una idea bastante clara de lo que había en el otro medio. Pero nunca había conocido a nadie como Yáxtor Brandan y presentía que nunca lo conocería.

Por suerte, pensaba a veces.

—Sea. Es el comandante Chanandler Trib'ni. O lo era, si es que estás en lo cierto. Estaba en la milicia desde finales de la guerra, aunque no creo que viera mucha acción. Por aquel entonces debía ser poco más que un alférez bisoño. En cualquier caso, tenía un historial impecable. Un burócrata, en realidad, pero supongo que un ejército también los necesita. Su hoja de servicios parecía normal: alguna cosa aquí y allá, pero nada de importancia. Nada que nos diera la menor pista de que pudiese ser un traidor, o un durmiente del otro bando. Claro que si nos dieran pistas, nuestro trabajo no tendría gracia, ¿verdad?

Brandan no respondió.

—Estaba destacado en Wáhrang, en la parte occidental de Barlénder. Solicitó un traslado provisional a casa hace unos cuatro meses y se lo dieron. Como he dicho, era un burócrata, así que supongo que tenía sentido que lo pusieran donde lo pusieron. Pero... —Dudó unos instantes—. Es cierto que estaba en el lugar adecuado para hacer que el relevo nunca saliera, pero es imposible que conociera el emplazamiento del taller.

—Quizá no lo conocía —dijo Brandan, mientras se incorporaba y vaciaba su pipa—. Tal vez simplemente tenía que hacer desaparecer ciertas órdenes cuando alguien se lo dijera. Una pieza más en la maquinaria, probablemente.

Guardó la pipa en la túnica y le echó un vistazo a su copa. Aún quedaba suficiente para un trago y lo apuró de golpe.

—Supongo que tienes información detallada de dónde vivía en Wáhrang, cuáles eran sus relaciones y con quién tenía contacto.

—Sí, pero no es gran cosa. Era un tipo callado. Iba a lo suyo y no se relacionaba demasiado con los demás. —Tomó aire y lo soltó lentamente—. Tenía una hija —añadió.

Fingió no ver el brillo en los ojos de Brandan al oír eso.

—Cuéntame más —dijo éste.

A día de hoy seguimos sin saber cómo funcionan realmente los mensajeros. Sabemos que existen y que los carneútiles los acumulan o los producen (ni siquiera estamos muy seguros de cuál de las dos cosas) y sabemos que se introducen en nuestros fluidos y que podemos usarlos, de un modo inconsciente, para que trabajen para nosotros: hacer que curen nuestras heridas o que nos protejan de algunas enfermedades.

También sabemos que podemos manipular nuestros propios mensajeros y los de nuestro entorno para que hagan otras cosas mediante el uso de las palabras impronunciables.

Pero ¿qué son las palabras impronunciables? ¿Y quién las pronuncia realmente? ¿Nuestra boca, o los mensajeros que hay en ella? ¿Por qué las conocemos? Cuando creamos una configuración concreta de mensajeros para una tarea precisa, ¿cómo llegamos a saber cuál es la palabra impronunciable que los activará y de qué modo organizarlos para que respondan a ella?

¿Y qué son los propios mensajeros? Hasta hace muy poco éramos incapaces incluso de verlos. Y aún hoy sólo sabemos que están ahí y que son infinitesimalmente pequeños. Obedecen nuestras órdenes, pero seguimos sin saber exactamente cómo. Y, lo que es más importante, por qué.

Sí que sabemos algo, sin embargo. Que no son parte de nosotros. Se cuelan en nuestro cuerpo, pero no son producidos por él. Podemos usarlos, pero no crearlos.

A partir de ahí, de nuestra propia ignorancia, quizá podamos dar los primeros pasos. ¿Hacia dónde? Hacia una ignorancia un poco más pequeña, tal vez.

—Qérlex Targerian

Sabía que el miedo de sus aprendices era fingido, y que a sus espaldas cuchicheaban sobre él. Sabía también que lo apreciaban y, más importante aún, lo respetaban. Así que el resto podía pasarse por alto, siempre que no se mencionase.

Aquella ficción de reverente temor se tambaleaba cada vez que Yáxtor Brandan aparecía por el taller. Bastaba con que empezase a toquetear por aquí y por allá e hiciera un par de comentarios jocosos para que las máscaras estuvieran a punto de venirse abajo.

Así que cuando vio a Brandan abrirse camino en su dirección a través de un grupo de aprendices, fingió no verlo y siguió con su trabajo. Los dos próximos días iban a ser muy duros, se dijo, hasta que las cosas volvieran a la normalidad.

—Qérlex —dijo Brandan, mientras se detenía a un par de metros a sus espaldas—. Tu madriguera parece extrañamente ordenada esta mañana.

Inmutable, Qérlex Targerian siguió con lo suyo y no se volvió hasta que la última rueda dentada estuvo en su sitio. Sólo entonces se permitió fulminar a Brandan con una mirada lanzada por encima de sus anteojos.

—Vaya —dijo—. Estaba seguro de que habías muerto. O casi.

—«Casi» no cuenta. Ya deberías saberlo.

—¿Qué te trae por aquí?

Brandan se llevó la manó al mentón y se lo acarició en un gesto pensativo.

—Veamos —dijo—, ¿qué podría necesitar de ti? No se me ocurre nada.

—Estupendo. A mí tampoco. Así que, ¿por qué no te largas y me dejas en paz?

En lugar de responderle, Brandan le tendió un rollo lacrado. Qérlex lo tomó y rompió el lacre. La orden parecía estar en regla y los sellos, correctos. Con un gesto despectivo, arrugó el papiro y lo lanzó sobre un brasero.

—Supongo que necesitarás otra vez que los productos de mi taller salven tu miserable vida. Y, como de costumbre, si me devuelves alguno en buen estado habrá sido por equivocación.

Brandan sonrió y Qérlex contempló algo que pocos hombres habían visto. Un brillo de distante diversión asomó a sus ojos color acero. El artífice estaba al tanto de las leyendas que circulaban en la Orden sobre el joven adepto, y nunca las había puesto en duda. Al fin y al cabo, conocía perfectamente su historia y sabía en qué se había convertido cinco años atrás. De hecho, él era uno de los responsables (no el principal, se decía a sí mismo a menudo, pero responsable al fin de cuentas) de aquella transformación.

Pero sabía también que Brandan se sentía seguro en su taller, a salvo. Casi como en casa. Y el intercambio de pullas, el continuo menosprecio de sus creaciones, la forma descuidada en que las toqueteaba y las dejaba en cualquier parte, eran su modo de hacer eso evidente.

Así que le hizo una seña al adepto para que fuera tras él y dejó aquella parte del taller, en dirección a su espacio privado.

Era una sala enorme, casi tan grande ella sola como el resto del taller, y estaba atestada. Aparatos a medio construir ocupaban la mayoría de las mesas; cachivaches que nadie sabía para qué servían se amontonaban en los estantes, y docenas de planos se desparramaban por todas partes.

—Esto es algo en lo que he estado trabajando —dijo mientras entraba—. Creo que puede serte útil. ¿Dónde lo he met...? Ah, sí.

Le tendía lo que parecía un brazalete de metal en forma de serpiente enrollada.

—Muy adecuado —dijo Brandan—. Confieso que no sabía qué ponerme esta noche.

Qérlex masculló algo y susurró una palabra impronunciable.

—El metal tiene memoria y recupera su forma original con la palabra adecuada —dijo mientras el brazalete se transformaba en un estilizado cilindro y, lo que había sido la cabeza de la serpiente se convertía en una culata.

—Ah, ya veo —dijo Brandan—. Un lanzador de proyectiles. Muy innovador. Creo que hay algún bárbaro en el Sur que aún no lo tiene.

—No como éste, te lo aseguro.

Qérlex rebuscó por uno de los estantes hasta dar con una pequeña caja metálica. La abrió y tomó una de las bolitas que había en su interior. La encajó en la recámara del lanzador y apuntó hacia el fondo de la sala, donde había un maniquí para pruebas de tiro.

Brandan lo contemplaba sin saber adónde quería llegar el otro hombre. Éste se volvió a medias y sonrió como si acabara de acordarse de un chiste estupendo.

Su dedo se crispó alrededor de un pequeño gatillo y el lanzador escupió el proyectil. El rostro del maniquí se convirtió en algo irreconocible por el impacto.

—¿Qué...? —preguntó Brandan.

—Ah, así que ya no lo sabemos todo, ¿verdad? —dijo Qérlex mientras se volvía y le tendía el lanzador.

Brandan lo tomó en sus manos y lo hizo girar, estudiando el mecanismo. Al cabo de un rato, la comprensión asomó a su rostro.

—Claro —dijo—. El gatillo activa el percutor. Y es el golpe de éste sobre el proyectil el

que genera la palabra de ignición.

—Bueno, no eres idiota del todo, te lo reconozco.

—Interesante —dijo Brandan, sin dejar de hacer girar el lanzador—. Muy interesante.

—Seguro que sí. Tanto que puede salvar tu vida. Es totalmente indetectable, por supuesto. Y lo mejor es que también el disparo lo es. No necesitas pronunciar la palabra que activa los mensajeros del proyectil. Y, de hecho, niño ingrato, el percutor no la hace audible al golpearlo, sino que la escribe sobre él.

—¿Has...?

—Sí, he. Exactamente. Mis proyectiles no necesitan del sonido para activarse y, por tanto, nadie puede detectar una palabra impronunciable siendo pronunciada. Si usas este lanzador con discreción, nadie dará contigo. Y lo mejor es que si alguien te roba la munición no podrá usarla con otro lanzador. ¿Es lo bastante bueno para ti?

Brandan, impresionado a su pesar, asintió. Qérlex le arrebató el arma, pronunció la palabra de reposo y de nuevo fue un inocuo brazaletes en forma de serpiente.

—Puedes usar con él un cargador estándar. Y, por supuesto, en caso de apuro puedes utilizar munición tradicional, activada por la voz.

Le tendió el brazaletes, un par de cajas con los proyectiles y un cargador.

—¿Suficiente? —preguntó después.

—En realidad...

No, Qérlex tampoco había esperado que lo fuese.

En la siguiente media hora, los dos recorrieron la sala privada del artífice y éste le fue comentando al adepto las cosas en las que estaba trabajando. Algunas aún no habían pasado del plano a la realidad, otras estaban a medias y unas pocas no habían sido probadas aún. Del resto, la mayoría fueron desdeñadas por Brandan con un gruñido y una sonrisa despectiva.

Hubo algunas que encontró interesantes, sin embargo.

—¿Y bien? —preguntó Qérlex cuando Brandan se dio por satisfecho y dejó de preguntarle para qué era aquello o lo otro—. ¿Qué será esta vez? ¿De qué terrible amenaza vas a salvar al mundo civilizado?

Brandan sonrió de nuevo y no fue consciente de lo relajado que se sentía mientras sacaba la pipa y procedía a llenarla de tabaco.

—¿No te lees las circulares?

—¿Para qué? ¿Me serviría para algo?

—Seguramente no.

—Entonces...

Pero Brandan no respondió y siguió fumando como si el artífice no le hubiera preguntado nada.

—Supongo que para ti no somos más que fantasmas

—murmuró al cabo de un rato—. Fantasmas molestos que de vez en cuando invadimos el mundo real y no te dejamos trabajar en paz.

Qérlex se encogió de hombros.

—Es una forma de verlo.

—Sí, supongo que sí.

No tardó en irse y lo hizo sin contarle al artífice para qué necesitaba todo lo que había cogido. No es que Qérlex hubiera necesitado que se lo contase, por supuesto. Estaba al tanto de

todo lo que pasaba por allí arriba, aunque sólo fuera a través de los murmullos de sus aprendices.

Una bomba de Malas Noticias. Varias, si lo que se rumoreaba era cierto.

El más estúpido y peligroso de los inventos. Y habían sido los occidentales los que lo habían desarrollado. Quién si no. Enamorados de su propio ingenio y dispuestos a probar cualquier innovación sin pararse a pensar en las consecuencias.

Aunque éstas fueran la desaparición del mundo tal como lo habían conocido hasta ahora.

Mentalmente, rogó porque Brandan tuviera éxito en su misión. Aunque, en el fondo, sabía que incluso en ese caso no era más que un aplazamiento. Una vez que has inventado algo no puedes desinventarlo, no desaparecerá por sí mismo.

Era cuestión de tiempo que todo dejase de ser lo que era.

Al menos que pase después de mi muerte, se dijo. Pero tampoco era muy optimista al respecto.

El espejo de comunicaciones se activó y el Adepto Supremo pronunció la orden que despertaría a los mensajeros de su lado.

El rostro enfurruñado de Qérlex se materializó en la superficie bruñida.

—El chico ha estado aquí, Orston.

—¿Tenía una orden?

—Claro que la tenía, ¿crees que es imbécil? Y muy bien falsificada, además.

—Bueno, ése siempre ha sido uno de sus talentos naturales.

—Casi todo ha sido siempre uno de sus talentos naturales. No me vengas con obviedades, Orston.

El Adepto Supremo entrecerró los ojos. Qérlex no estaba fingiendo ser un tirano cascarrabias, como hacía con sus aprendices. Realmente estaba molesto.

—¿Qué ocurre?

—Nada bueno, ya que me lo preguntas. Nuestros estúpidos primos de occidente han desarrollado un arma que a nadie debería habersele ocurrido jamás. Si eso te parece poco, se la han dejado robar como pardillos. Sí, ya sé que tarde o temprano habría pasado. Una vez que creas algo es cuestión de tiempo que todo el mundo lo tenga. Pero mientras tanto, estamos en una situación bastante apurada.

—¿Quién comenta obviedades ahora, viejo amigo?

—Al pozo de la ignorancia contigo, Orston. Digo lo que me apetece y cuando me apetece. Te conocí cuando no eras más que un acólito que se sobresaltaba cada vez que alguien decía una palabra impronunciable. No tuve el dudoso honor de cambiarte los pañales, pero te conozco lo bastante para que no me impresiones.

—Como quieras.

—Eso es. Como quiera.

Guardó silencio de pronto, y el Adepto Supremo se preguntó qué querría decir realmente su antiguo maestro. No tardó en averiguarlo.

—Tenemos los días contados —dijo al fin el artífice.

—Como todos.

—Sabes lo que quiero decir. No me vengas con esas.

—Como quie... —Se detuvo de pronto—. De acuerdo. Tenemos los días contados. No hay mucho que podamos hacer con eso. Tendremos que intentar que esos días duren lo más posible. Es nuestro trabajo, al fin y al cabo.

—Por la Reina —murmuró Qérlex como si mascullara una obscenidad.

—Por la Reina —repitió mecánicamente el Adepto Supremo—. Por ella y por la civilización que representa, si eso no es bastante para ti.

—Bueno, las hay peores, supongo. Aunque mi juicio no es muy imparcial, ya que estamos.

—¿Adónde quieres llegar, Qérlex?

El viejo pareció sorprendido.

—¿Llegar? A ningún sitio. Estoy muy bien donde estoy. Aunque no sé durante cuánto tiempo más lo estaré.

—Desactivaremos la amenaza.

—No soy tan optimista como tú, pero te concederé el beneficio de la duda. Por un tiempo, al menos.

—Eso es todo lo que tenemos.

—Nacemos. Morimos. Somos un puñetero paréntesis. Y lo que hay en medio... Bah, estoy divagando.

—Hace rato.

Qérlex ni siquiera pareció ofendido por el insulto. Fruncía el ceño y meneaba la cabeza.

—¿Qué hemos hecho, Orston? —preguntó de repente.

—Lo que debíamos hacer.

—Sí, pero ¿qué le hemos hecho al chico?

El Adepto Supremo enarcó una ceja. Así que era eso. Debía haberlo supuesto.

—Lo convertimos en lo que es —respondió—. Y, como siempre, hicimos lo que teníamos que hacer. Eso es todo.

—Es una maldita bomba de relojería. Y algún día nos estallará en las narices.

—Es nuestra mejor arma, Qérlex. Y tú deberías saber mejor que nadie que las buenas armas son siempre peligrosas.

—Es una máscara. Y debajo...

—Ya basta. —Por primera vez desde que se había iniciado la conversación, el Adepto Supremo estuvo a punto de perder la paciencia—. Hicimos lo necesario. Todos nosotros. Y estuvimos de acuerdo en pagar las consecuencias, fueran las que fueran.

—Sólo que, de momento, las consecuencias sólo las paga él.

—Tengo mucho trabajo, Qérlex. Y tú también. Si no vas a decirme nada más, sugiero que los dos reanudemos nuestras tareas.

—Claro, qué desconsiderado por mi parte.

Abrió la boca, a punto de pronunciar la palabra que desactivaría el espejo. Sonrió de pronto y dijo:

—La Transición se completa dentro de un mes, ¿verdad? Va a ser un momento delicado.

Sus labios se arrugaron y la palabra de desconexión salió de su boca.

A solas en su despacho, el Adepto Supremo dejó escapar una maldición.

El mundo que vemos no es del todo el mundo que existe. Y, sin duda, el día en que comprendemos eso es el día en que nos hacemos adultos.

Algunos tienen la suerte de descubrirlo pronto.

Otros, la suerte aún mayor de no descubrirlo nunca.

—La Reina de Alboné, en su vigesimoséptima encarnación

La ventana de Valquinia Trib'ni daba al oeste. Así que, si se levantaba temprano, podía contemplar la llegada del aerobajel diario que hacía la ruta entre Alboné y Wáhrang.

Lo hizo esa mañana, como casi todas. Mientras recorría la celosía y se asomaba a un mundo medio en penumbra (al otro lado de la casa, amanecía lentamente) se preguntó si hoy sería el día. Se respondió a sí misma que sí. Que aquella noche sería la noche.

El largo y estilizado cigarro que era el aerobajel se deslizaba perezosamente sobre la ciudad y no tardaría en llegar a la torre de amarre. Sus pasajeros desembarcarían dentro de poco. Como solía hacer, se entretuvo en imaginarles un rostro y un pasado.

Luego, oyó que en el piso de abajo los esclavos estaban despertando, así que dejó la ventana y se puso la camisa de noche. Se tumbó en la cama y esperó a que vinieran a despertarla.

Mientras lo hacía, luchando por no acariciarse, anticipó los placeres de aquella noche.

Álistar llegó en el sopor de la tarde, como siempre, mientras ella hacía sus labores de costura junto a la ventana. En aquellos momentos, la calle estaba totalmente desierta, y ella adivinó sus pasos antes de oírlos.

Lo vio asomar a la ventana y se sorprendió una vez más de lo parecida que era la realidad a sus fantasías: los largos rizos que enmarcaban su rostro, el gesto altivo, la pose de cazador al acecho (un pie adelantado, la mano en el pomo de su espada) y la sonrisa de asombro con que siempre la saludaba.

—Hoy estás muy hermosa —dijo, tras unos segundos de contemplación embelesada.

—¿Acaso no lo estoy otros días? —preguntó ella, todo candor e inocencia.

—Claro que sí, mi amada. Pero esta tarde hay algo especial en la luz que se cuele por tu ventana. Algo que realza, si es que eso es posible, tu belleza.

Valquinia sonrió y se dejó requebrar un rato, fingiendo que no entendía las insinuaciones de

su amado.

—No sé si volveremos a vernos —dijo él, en cierto momento.

—¿Acaso te vas? —preguntó ella, aunque sabía perfectamente lo que él pretendía. Ya habían jugado a aquel juego otras veces.

—No. Pero es posible que mañana a estas horas esté muerto.

—¿Un duelo? —dijo, siguiendo con la comedia.

—¿Un duelo? —repitió él—. Tal vez. Un duelo que estoy condenado a perder entre mi corazón y tu crueldad.

—Jamás he tenido un gesto de crueldad contigo, mi buen amigo.

—¿No lo estás teniendo ahora, al llamarme simplemente «amigo» en lugar de la palabra que ansío oír de tus labios perfectos? ¿No es cada uno de tus actos una espada que se clava en mi corazón al negarme lo que los dos sabemos que ansiamos?

Ella arrugó el gesto.

—No —le atajó él antes de que pudiera decir nada—, no soy presuntuoso al suponer lo que tú deseas. Porque veo tus ojos y sé que ellos quieren darme lo que tu boca me niega.

—¿Y qué es ello?

—¿Acaso debo decirlo una vez más?

Ella asintió.

—Una vez más —dijo.

Álistar dio un paso y, a través de los barrotes de la ventana tomó su mano. Valquinia sintió un calor subiendo a través de su vientre y notó cómo la piel le hormigueaba allí donde Álister la tocaba. Sin embargo, mantuvo el gesto impassible.

—Una vez más —dijo de nuevo, ahora en un susurro.

Álistar acercó su rostro al suyo y musitó en sus oídos el dulce veneno que ella esperaba. Cada palabra era como una caricia, cada frase como un beso, cada párrafo como sentir su cuerpo desnudo pegado al de ella. Con los ojos cerrados y el gesto encendido, la respiración contenida, tomó cada una de sus palabras dentro de sí y las recibió como quien recibe a un amante.

Cuando se separaron, el resto del mundo no existía.

—Esta noche —consiguió decir ella—. Esta noche, mi amor.

Álistar besó la mano que aún sujetaba.

—Esta noche —dijo.

—Esta noche. Y no tendrás que morir por mí nunca más.

—Esta noche no moriré por ti. Moriré en ti.

A lo lejos, alguien voceó la hora y fue como si se hubiera roto un encantamiento. Álister retrocedió un paso y miró a los lados.

—Esta noche —dijo ella una vez más—. Vete ahora, amor mío.

«Amor mío» fue lo que formaron los labios de Álister sin pronunciar las palabras en voz alta, al tiempo que retrocedía.

Valquinia no apartó la vista de él mientras se iba. Notaba el rostro acalorado y dentro de ella algo parecía a punto de rugir.

Sí, aquella noche, se dijo.

Tomó aire lentamente una vez. Y otra. Otra más.

Luego, como si no hubiera pasado nada, siguió con su labor de costura.

Tenía casi catorce años.

Álistar Yeter caminaba como si el mundo le perteneciese. Nada le importaba la noche que caía a su alrededor, ni los transeúntes que encontraba a su paso, ni, en general, el resto del mundo. Esta noche Valquinia sería suya. Meses de planificación y estrategia habían dado su fruto y él sería el primero en disfrutar de la joven.

Luego... no tardaría en aburrirse, como le pasaba a menudo. En aquellos momentos, sin embargo, enamorado de sí mismo, de la idea del amor, del cuerpo que se le había resistido todos aquellos meses, no pensaba en nada de todo eso. Sólo en que pronto estaría dentro de ella y la oiría gritar su placer.

A aquellas horas, el callejón apenas estaba iluminado, pero no era algo que le preocupase. Conocía el camino mejor que la palma de su mano.

Salió del callejón y recorrió la pequeña plaza en la que desembocaba. A unos minutos de allí lo esperaba su premio, ansiosa y dispuesta.

Se dio cuenta en aquel momento de que no estaba solo.

De entre las sombras de la plaza surgió una figura embozada que parecía ir en su dirección.

Álistar se encogió de hombros. Otro habitante de la noche que iba a sus propios asuntos, quizá a uno tan placentero como el suyo.

Seguramente no tan placentero, se dijo con una sonrisa.

—Me temo que esta noche no se van a cumplir tus deseos

—dijo el desconocido mientras se detenía a su lado.

Álistar lo miró y se preguntó quién sería aquel insolente. Su rostro estaba en sombras, pero bajo el embozo asomaban dos ojos fríos y crueles. Miró a su alrededor y se aseguró de que estaban solos en la plaza.

—Sigue a tus asuntos —dijo—. Yo tengo los míos.

—Me temo que tus asuntos y los míos son los mismos.

¿Otro pretendiente? No, absurdo. Valquinia no tenía más pretendientes que él. La eficaz red de espías que había tejido a su alrededor se había asegurado de ello.

—¿Quién eres? —preguntó.

El desconocido dejó caer su capa y se quitó la capucha. El rostro no le dijo nada a Álistar.

—Soy el tipo que se va a aprovechar de tu trabajo, me temo.

Álistar meneó la cabeza. Aquello no tenía sentido.

—Estás borracho. O loco —dijo—. Da igual. Permitiré que sigas tu camino por esta vez. Tengo cosas más importantes que hacer.

—No. Me temo que no tienes nada más importante que hacer que esto.

El desconocido retrocedió un paso, en una postura característica y Álistar, de un modo instintivo, hizo lo mismo.

—Estás loco —dijo de nuevo—. Y no tengo tiempo para esto.

—Encuétralo.

Era evidente que no iba a resolver aquella situación con las palabras. Que así fuera; aquel pobre diablo lamentaría haberse cruzado en el camino de la mejor espada de Barlénder. Álistar se quitó la capa y la dejó caer al suelo. Desenvainó y, con la espada en la mano izquierda, dio un

paso al frente.

—Como quieras, maldito chiflado —dijo—. En otras circunstancias te atendería como mereces, pero esta noche llevo prisa, así que tendrá que ser rápido.

—Bien —asintió el desconocido—. No me gusta esperar.

Desenvainó con la izquierda como si todo aquello le aburriese y se acercó a Álistar.

El joven lanzó un ataque y el otro lo paró sin dificultad. Al menos parecía saber de qué lado se sujetaba la espada, pensó Álistar con gesto hosco. Quizá, después de todo, aquello no fuera una pérdida total de tiempo. Una muerte en la oscuridad podía ser justo lo que necesitaba para que aquella noche pasara de ser casi perfecta a simplemente perfecta.

Fintaron durante algunos minutos, probando cada uno las fuerzas del otro y Álistar no tardó en darse cuenta de que no se las veía con ningún patán. Aquel hombre había sido bien entrenado y conocía el arte, sin la menor duda. Sus movimientos eran escasos, perfectamente medidos y no retrocedía ni avanzaba más de lo estrictamente necesario.

Claro que lo que no sabía...

—Tengo algo que confesarte, mi loco amigo —dijo, mientras retrocedía un paso.

—Ya, que no eres zurdo —dijo el desconocido, con un deje de aburrimiento en la voz—. Yo tampoco.

Cambió la espada de mano y, por primera vez, Álistar no las tuvo todas consigo. Fue sólo un momento y al siguiente se lanzaba al ataque con la espada en la mano derecha. El otro hombre lo paró casi sin esfuerzo y lanzó una estocada en dirección a su costado. Álistar la bloqueó, pero se vio obligado a dar un paso atrás.

Meneó la cabeza, incrédulo.

—¿Quién eres? —pregunto.

—No es asunto tuyo —respondió el hombre.

Nuevo ataque, nueva parada, nuevo contraataque. Y otra vez Álistar daba un paso hacia atrás.

Tengo que engañarlo, se dijo. Tengo que encontrar su punto flaco.

Sólo que no parecía tenerlo, y en los minutos que siguieron Álistar se encontró retrocediendo cada vez más hasta que ocurrió lo imposible. Su espalda estaba contra la pared y no tenía más sitio al que retirarse.

—Creí que habías dicho que esto sería rápido —dijo el hombre.

Álistar intentó lanzar un nuevo ataque, pero era como tratar de darle al viento. Su oponente apenas se movía lo justo para esquivar su hoja y contraatacaba a una velocidad endemoniada.

—Esto... es... absurdo...

—Quizá.

De pronto vio su oportunidad, al comprender el modo casi imperceptible en que su contrario apoyaba el peso del cuerpo en el pie izquierdo cada vez que lanzaba un contraataque.

Sí, eso era. Había dado con ello.

Esperó el momento adecuado y, cuando el desconocido se lanzaba hacia él, aprovechó la debilidad que acababa de descubrir.

De repente, Álistar sintió un dolor en el costado y una humedad que manchaba sus ropas. El desconocido, ileso, se había detenido a unos pasos de él.

—Ya era hora —dijo—. Creí que nunca te darías cuenta.

Álistar se llevó la mano al costado y la sacó manchada de sangre. Miró su mano y luego

miró a su atacante, incrédulo. Negó con la cabeza, como si intentara conjurar la irrealidad de toda aquella situación.

El otro hombre envainó el arma y se cruzó de brazos, esperando. Álistar trató de echarse hacia adelante, sólo para descubrir que sus pies lo traicionaban y que el suelo se le acercaba a toda velocidad.

—Bien —oyó sobre él mientras el mundo se iba apagando.

Pensó en el cuerpo ansioso que lo estaría esperando y luego ya no pudo pensar en nada más.

Recuperó la consciencia en una habitación en penumbra, colgado del techo por unas argollas y completamente desnudo. El hombre que lo había vencido lo contemplaba con distante interés.

—Estupendo —dijo al ver que había despertado—. Ahora es cuando me cuentas todo lo que necesito saber.

Álistar meneó la cabeza.

—¿Quién eres? —consiguió articular.

Notaba la boca pastosa y la cabeza pesada. Comprendió a medias que la espada del otro debía haber estado envenenada. Sólo que, se dijo, el veneno no debería haberle hecho efecto. Al fin y al cabo, su padre les había pagado a los hombresroble por los mejores mensajeros antiveneno que se podían comprar con dinero y Álistar jamás se olvidaba de tomar los preparados que, todas las mañanas, le traía puntualmente el artífice de la casa. Simplemente, era imposible que la poción de su contrincante hubiera hecho efecto. No podía ser, así de sencillo.

Sólo que...

—¿Quién eres? —preguntó.

El extraño asintió, como si la pregunta fuera pertinente.

—Puedes llamarme Yáxtor. Al fin y al cabo, es lo menos que puedo hacer por ti, que sepas el nombre de quién te ha matado.

—Pero...

—Ya estás muerto, muchacho —dijo con voz inexpresiva—. Tus mensajeros han sido neutralizados y es cuestión de tiempo que el veneno empiece a hacer su trabajo de verdad. No va a ser agradable, y tampoco rápido. Puedo acortarlo.

—Pero...

Aquello no podía estar pasando. Era Álistar Yeter, la mejor espada de Barlénder Era el hijo del burgomaestre. Era...

Sintió un pinchazo en el costado, allí donde se había introducido la espada de su atacante. Abrió los ojos y no reconoció el lugar en el que estaba.

Yáxtor Brandan se acercó a él, con una jarra en las manos. Alzó la cabeza del joven y dejó que bebiera durante largo rato.

—¿Mejor?

Álistar consiguió asentir.

—Bien. Éste es el trato, muchacho, y no vas a recibir ninguno mejor en el tiempo que te queda. Me dices lo que quiero saber y alivio tu sufrimiento. O puedo esperar unas horas y, cuando

el dolor te haga delirar, sacarte la información de todos modos. Tú decides.

Decidió. Y lo hizo rápido.

—Perfecto. Ahora dime cuanto sepas de Valquinia Trib'ni. Y no te calles nada, por irrelevante que te pueda parecer.

Álistar parpadeó, confuso. ¿Valquinia? ¿Qué tenía que ver Valquinia con todo aquello? Lo comprendió de pronto y fue como si todo su mundo quedase borrado de un plumazo. Lo habían matado, y ni siquiera había sido por él mismo, sino para conseguir información sobre otra persona.

—Esto no es justo.

—Ya. Como si hubiera algo que sí lo fuera. Ahora, cuéntame.

Álistar lo hizo. Habló sin guardarse nada. Contó hasta el último detalle que sabía sobre Valquinia y, a cada pieza de información, Brandan se limitaba a asentir de modo inexpresivo.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó cuando el joven guardó silencio.

Álistar negó con la cabeza. Brandan asintió.

Con un gesto casi cariñoso, abrió la garganta del joven y lo dejó desangrarse. Luego, dispuso del cuerpo para que nadie lo encontrara.

Valquinia no creía que nadie pudiera sentir tanto dolor y seguir con vida. Esperó y esperó toda la noche y sólo cuando el amanecer empezó a dar forma a los tejados de alrededor aceptó por fin que su amante no vendría.

Al principio sintió rabia. Luego, a la tarde, mientras cosía junto a la ventana, pensó en lo que diría al verlo, en cómo le haría pagar el desplante de esa noche y en el modo en que, finalmente, lo perdonaría.

Pero el tiempo pasó y no vino nadie. Y, cuando el ama acudió a avisarla de que era el tiempo de la cena sólo pudo articular un desvalido:

—¿Ya?

—Sí, mi niña, ya es la hora.

No vino esa noche, ni apareció al día siguiente por la tarde, ni la noche de después.

Si el ama notó lo que le ocurría, no dijo nada. Valquinia casi lo agradeció. Articular una simple palabra era una agonía, y mantener una conversación trivial, como morir lentamente.

Aquella noche, la tercera desde que Álistar no apareció, su cama se convirtió en un océano de aristas y amargura, y el amanecer la encontró llorando sin lágrimas y pidiendo el descanso de la muerte.

Sólo que la muerte no venía, y ella tenía que continuar en aquel mundo gris y desvaído en el que Álistar no estaba.

El amigo de su padre llegó aquella tarde.

—Capitán Yáxtor Brandan, ama —se presentó—, del ejército de Su Majestad, la Reina de Alboné. Soy un viejo amigo del comandante Trib'ni.

El ama lo miraba con recelo, más que nada porque miraba con recelo a cualquiera que no conociese, pero acabó abriéndole la puerta y dejándolo pasar. Había algo demasiado encantador en sus maneras y un no sé qué de desarmante en el modo en que daba información sobre su relación con el comandante como quien no quiere la cosa.

—El comandante está de viaje —dijo ella, una vez que lo hubo hecho pasar al patio interior—. Pero estoy segura de que le alegrará saber que has venido a saludarlo, capitán.

Vio el gesto de contrariedad que asomó a su rostro y añadió:

—Puedes dejarle un mensaje, si lo deseas. Estoy segura de que a su vuelta se pondrá en contacto contigo.

El capitán Brandan sonrió y le dio las gracias.

—Iré a por los útiles de escribir. Y avisaré a la joven ama

—dijo la mujer mientras se iba.

—Eso no será necesario. No quiero molestar.

—No es ninguna molestia. Y nosotros no faltamos a los deberes para con los invitados.

El capitán asintió graciosamente y tomó asiento junto a la fuente.

El ama no tardó en encontrar a Valquinia. Como casi siempre en los últimos días, estaba en su habitación, con la mirada perdida más allá de la ventana. Se había dado cuenta de que hacía unos días que el pretendiente de la joven no aparecía por las tardes, durante la costura, aunque había decidido que era mejor no decir nada.

Lo que no se dice, no existe, se repetía cada vez que sentía la tentación de preguntarle a Valquinia.

No tenía ni la menor idea de lo que habría ocurrido con aquel petimetre pomposo henchido de su propia apostura, pero estaba segura de que, fuese lo que fuese, era lo mejor que le podía haber pasado a su niña. Lloraría durante un tiempo. Su tierno corazón se rompería. Pero mejor eso que lamentarse después por un amante que la hubiera burlado.

—Hay un amigo de tu padre en el patio —dijo tras llamar a la puerta—. Ve a recibirlo.

—Sí, ama —respondió la muchacha sin el menor entusiasmo.

Cerró la puerta y se dirigió al despacho del comandante, en busca de los útiles de escribir. Quizá pudiera convencer al capitán de que se quedase a cenar. Tal vez distrajera a Valquinia lo suficiente para que dejase de pensar en su pretendiente desaparecido.

Por qué no. El capitán Brandan parecía un hombre cabal. Y si había sido compañero de armas del comandante, sin duda lo era.

Encontró lo que buscaba y no tardó en regresar al patio.

Descubrió al capitán de pie junto a Valquinia, y a ésta esbozando una sonrisa tímida. El ama asintió imperceptiblemente y se acercó a ellos. De un modo u otro, se dijo, conseguiría que el capitán se quedase aquella noche.

Y que volviera al día siguiente, o merecería ser azotada en la plaza pública.

El ama tuvo éxito en su empeño, más del que ella misma había confiado en tener. El capitán Brandan no sólo se quedó a cenar sino que cuando, tímidamente, reconoció que aún no tenía alojamiento en Barlénder, ella no tardó en convencerlo (pese a todas sus protestas) de que se quedara a pasar la noche.

—El comandante no me perdonaría que dejara afuera a uno de los suyos, capitán.

Brandan cedió ante la insistencia del ama. Luego, ésta se encargó de que uno de los esclavos fuera al cuartel a buscar su equipaje.

—Podría ir yo mismo... —dijo éste, aunque no había convicción en su voz.

—No digas tonterías. Para eso están los esclavos.

Brandan asintió y bebió un trago de su copa.

Lo cierto es que, en aquellas pocas horas, el capitán había obrado maravillas. Aunque el brillo de melancolía persistía en los ojos de Valquinia, la joven estaba mucho más animada y Brandan parecía saber qué decirle exactamente en cada momento.

Cuando terminó la cena, los dejó a los dos en el patio, aunque no se fue muy lejos. Al fin y al cabo, aunque el capitán pareciera un hombre cabal, no dejaba de ser un hombre.

Tampoco hoy podré dormir, se había dicho Valquinia al entrar en su habitación. Sin embargo, de algún modo misterioso, sus ojos se cerraron en cuanto posó la cabeza en la almohada y cayó en un sueño tranquilo y reparador antes de que hubiera respirado un par de veces.

En el sueño se sentía segura, a salvo. Estaba en una habitación que no reconocía y que, sin embargo, sentía familiar. Había alguien con ella.

Al principio no reconocía de quién se trataba, sólo era consciente de que no quería que se fuese y necesitaba tenerlo cerca. Notaba sus brazos agarrándola desde atrás, y ella apoyaba la cabeza contra su cuello y sonreía.

—¿Álistar? —preguntaba.

Pero al volverse, y aunque aún no pudo verlo, ya sabía que no era él. Que él no la merecía y que el hombre que la estaba abrazando era mucho más hombre de lo que Álistar habría podido ser aunque hubiese vivido mil vidas.

Sintió sus manos acariciando su vientre y su boca en su cuello. Toda su piel hormigueaba y el roce de la yema de sus dedos sobre su cuerpo era como lava incandescente.

De pronto, notó que él se separaba, y sintió que no lo soportaba.

—No te vayas —susurró.

Él se acercaba de nuevo, y entonces pudo ver su rostro. Reconoció aquel mentón firme e implacable, el pelo negro, los ojos como dos puntos acerados.

—Capitán —musitó ella.

—Yáxtor —asintió él.

Sintió entonces que algo estaba mal, que había algo torcido en todo aquello. Pero de nuevo

sus dedos la tocaron y esos pensamientos se desvanecieron sin dejar rastro.

Durante un tiempo interminable, él la acarició como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Luego, se irguió ante ella y Valquinia vio por primera vez el animal orgulloso que habitaba entre sus piernas.

Contuvo una risita nerviosa a la que Brandan respondió con una sonrisa tranquilizadora. Vio cómo el capitán abría la boca para decirle algo...

Y entonces despertó.

Y se dio cuenta de que no estaba sola.

Había un cuerpo masculino sobre ella. Una de sus manos tapaba su boca, y la otra separaba sus piernas.

Intentó gritar, pero no pudo. Vio los ojos color acero clavados en sus ojos abiertos por la sorpresa y trató de negarle acceso, pero comprendió que no lo conseguiría.

Él susurró algo tranquilizador y, de pronto, ella se sintió invadida por algo enorme y caliente que se deslizó dentro de su cuerpo como si éste hubiera sido concebido para albergarlo.

Todo su cuerpo se arqueó en un gesto de negación, pero no sirvió para nada. Sintió un dolor intenso en su entrepierna y, luego, fue como si algo hubiera estallado en su interior.

Él estaba dentro de ella, moviéndose dentro de ella, y a cada embate convertía su cuerpo en un amasijo desmadejado que parecía partirse en mil pedazos.

De pronto, soltó la presa sobre su boca y Valquinia comprendió que podía gritar, si así lo quería.

Pero lo único que quería era que él siguiera dentro de ella, moviéndose dentro de ella, tomándola por completo hasta que no quedara nada de ella.

Mucho después, en medio de un estallido de placer que estuvo a punto de romperla en dos, Brandan tapó con su boca la de la muchacha y dejó que gritara su orgasmo dentro de él.

Los carneútiles se desarrollan en los Bosqueoscuros y, cuando el fruto está lo bastante maduro, se desprenden y caen a la tierra.

Nosotros los recogemos y damos órdenes a sus mensajeros para que se adapten a nuestros deseos. Los moldeamos, los convertimos en lo que queremos y, a veces, en lo que tememos. Somos sus dueños y señores y, sin ellos, nuestro mundo no existiría tal cual lo conocemos.

Son herramientas, criaturas sin mente ni alma. Sin voluntad ni deseos, más allá del de sernos útiles.

Pero, si eso es cierto, ¿por qué los despreciamos? ¿Acaso no somos propensos a encariñarnos con los objetos inanimados que forman parte de nuestra vida y la hacen más cómoda? ¿No cuidamos a menudo de ellos como si fueran parientes que no pueden valerse por sí mismos?

¿Merecen menos los carneútiles? ¿No son acaso más imprescindibles para nuestra vida que todas esas cosas de las que nos rodeamos? ¿No es cierto que, sin ellos, todo lo demás difícilmente podría existir?

O quizá es precisamente eso. Tal vez es el hecho de que su sola existencia es un recordatorio continuo de nuestra necesidad de ellos lo que nos hace comportarnos así. Como muchas otras cosas, los carneútiles son un espejo, y no nos gusta demasiado lo que vemos en él.

—De un panfleto esparcido por las calles de Barlénder

Para Valquinia, el día siguiente fue un extraño sueño del que no conseguía despertar del todo. Lo ocurrido la noche anterior en su dormitorio era un paisaje difuso teñido de placer en el que apenas comprendía lo que había ocurrido.

Sólo sabía una cosa con certeza: no podía estar separada del capitán Yáxtor Brandan. La sola idea de perderlo de vista se le hacía insoportable y, cada vez que él clavaba su mirada en la de ella, sentía temblar todo su cuerpo.

Le pertenecía. De eso estaba segura. No sabía del todo de qué modo había pasado ni cómo era posible, pero era así.

Resultaba sorprendente que el resto del mundo no viera lo que estaba pasando, que el ama pudiera hablar con ella sin darse cuenta de nada y que, a su alrededor, nada hubiese cambiado cuando, en realidad, había cambiado todo.

Yáxtor se comportaba con absoluta normalidad, y se dejaba agasajar por el ama, mientras ésta le contaba historias del comandante y le transmitía los rumores de la ciudad. De vez en cuando, giraba su rostro hacia Valquinia y se limitaba a mirarla en silencio. Sólo un segundo, tal vez menos, pero suficiente para que ella viera en su rostro la misma pasión que había en el suyo y que, estaba segura, era tan evidente que todos deberían haberse dado cuenta.

Álistar era... un recuerdo, poco más que la imagen de un petimetre que no le llegaba a la suela de los zapatos a Yáxtor.

Una chiquillada, comprendía. El capricho tonto de una niña malcriada.

Sólo que ya no era una niña. Desde la noche pasada era una mujer. Y tenía un dueño. Para siempre, se decía a sí misma. Para siempre, se repetía una y otra vez.

Aguardaba impaciente la llegada de la noche. El momento en que la casa entera cayera en el sopor del sueño y él viniera a buscarla a su cuarto.

Cuando el sol se puso más allá de la torre de amarre de los aerobajeles, casi gritó de alivio. Se contuvo y miró a su alrededor pero, de nuevo, nadie había notado nada. ¿Cómo era posible?

Luego, a solas en su dormitorio, esperó la llegada de Yáxtor.

—Estás en peligro —le dijo él, después de haberse derramado dentro de ella.

Valquinia lo miró y sólo pudo pensar en lo hermoso que era.

—No he sido sincero del todo contigo —añadió Yáxtor.

De pronto pareció tímido, casi temeroso, y ella no pudo evitar el impulso de abrazarlo. ¿Cómo podía ser tan fuerte y tan frágil a la vez?, se preguntó mientras lo sostenía en sus brazos.

—Me dejé llevar —lo oyó susurrar contra su pecho—. Esto que hemos hecho no estaba planeado. No debería haberlo hecho.

Alzó la cabeza y la miró. Ella sonreía.

—No importa —le dijo—. Era lo que tenía que pasar.

Él no respondió, como si no encontrara las palabras.

—Era lo que tenía que pasar —repitió ella.

—Tal vez. Y, sea como sea, no me arrepiento. Haberte encontrado es...

—Lo que tenía que pasar —insistió Valquinia.

—De acuerdo —dijo él, sonriendo a su pesar—. Era lo que tenía que pasar. Ninguno de los dos pudo impedirlo, supongo.

—Eso es, mi amor. Eso es.

—Pero no importa. Al menos, ahora no importa. Estás en peligro. Igual que lo está tu padre.

Ella frunció el ceño.

—No comprendo.

—Vine aquí a buscarlo —dijo Yáxtor—. Teníamos que encontrarnos aquí mismo, en su casa, ayer. Ése era el plan. Pero él no está y sólo puedo suponer que algo ha salido mal. Que el comandante está prisionero... o peor.

—No —dijo ella, meneando la cabeza—. Padre no está...

—No lo creo. Espero que no. Quiero pensar que conseguiré salir con bien de todo esto. Pero tenemos que ponernos en lo peor, amor mío, aunque esperemos lo mejor. ¿Comprendes? Es importante que comprendas, por favor.

Valquinia no dijo nada. Lo que acababa de oír le parecía imposible, una locura. No tenía sentido. Sin embargo, era Yáxtor quien se lo decía, era el dueño de su cuerpo y de su corazón, ¿cómo no creer en él?

—Lo comprendo —consiguió decir al fin.

—Bien —dijo él—. Eres fuerte, lo sé, más de lo que crees. Y juntos saldremos de ésta.

—Juntos —repitió ella.

—Tu padre y yo hemos estado trabajando en algo estos meses. Yo para mi Reina y él para vuestro Coordinador, pero nuestro objetivo era el mismo y nuestros gobiernos colaboraban en él.

No puedo darte detalles, pero...

—¿Acaso no confías en mí? —preguntó ella, dolida.

Brandan asintió, rozó con sus labios los de ella y miró su rostro como si no pudiera ver nada más.

—Claro que confío en ti. Te confiaría mi vida —dijo—. Pero tanto tu padre como yo hemos hecho ciertos juramentos. Y estamos atados por ellos. Lo que sé no me pertenece a mí, sino a mi Reina, y no puedo contártelo, mi amor.

Valquinia no dijo nada.

—Por favor —dijo él.

—Sí —respondió ella, al fin—. Lo comprendo —añadió—. Pero no me gusta.

—Lo sé. Y algún día podré contártelo. Eso espero. Pero ahora...

Ella lo silenció con un beso.

—Todos estamos en peligro —siguió diciendo él algún tiempo después—. El mundo entero, tal vez. Tu padre tenía una pista. Intenté que me dejara ayudarlo, pero no quería. Dijo que tenía que hacerlo solo, que si intervenía más gente todo podía estropearse y no tendríamos otra oportunidad. Me dijo que me reuniera aquí con él, y eso hice. Pero no está, y sólo puedo pensar que algo ha salido mal. Y si lo tienen a él... Una de las pocas verdades que hay en mi mundo es que nadie guarda silencio para siempre, que incluso el más fuerte de nosotros puede ser doblegado. Eso significa que tarde o temprano les dirá cuanto sabe. Y eso los guiará a mí. No me preocupa. El peligro es mi modo de vida. Pero también los conducirá a ti. Y no puedo permitir eso.

—Pero, ¿por qué? Yo no tengo nada que ver.

—Ellos no lo verán así. Eres su hija. Quizá no sabes nada. O quizá lo sabes y no sepas que lo sabes. En cualquier caso eres un cabo suelto. Y no dejarán ninguno. Tenemos que irnos, desaparecer. Llegar a Alboné, quizá. Tal vez allí pueda protegerte.

—Pero... —Miró a su alrededor, al cuarto que había sido su mundo en los últimos años, convertido en un paisaje tembloroso a la luz de la vela—. ¿Dejarlo todo? ¿Irme?

—Es necesario.

De pronto, recordó algo. Y supo que estaba a salvo.

—Quizá no —dijo—. Tal vez haya otro medio.

Brandan la miró sin comprender.

—No lo entiendes.

—Sí, amado mío, claro que lo entiendo. Y ahora entiendo mejor muchas de las cosas que padre me dijo. Como tú, no podía contarme nada, y ahora sé por qué. Pero me dio algo. Me dijo que sólo lo usase si no había otra opción, si todo lo demás fallaba. Yo no sabía a qué se refería entonces, pero ahora es evidente, ¿verdad? Temía caer prisionero y tenía miedo de que vinieran tras de mí, como tú.

Brandan asintió, aunque no parecía seguro del todo.

—Me dijo que no estábamos solos. Que alguien cuidaba de nosotros. Y que cuidaría de mí, si algo pasaba.

—¿Quién?

—No lo sé. No sé mucho de lo que padre hizo durante la guerra, ni después. Él nunca hablaba de ello, pero tengo la sensación de que era alguien que conoció entonces. Sólo soy una niña, ya lo sé.

—No —la interrumpió Brandan—. Eres una mujer.

—Ahora sí. Esta noche sí. Pero ayer no era más que una niña, con pensamientos de niña y deseos de niña. Pero, pese a todo, sé que algo terrible le ocurrió a padre en la guerra. Y sé que alguien lo ayudó a sobrevivir a ello.

—Pero has dicho que él no hablaba de...

—Claro que no. Pero si algo sabemos las mujeres —era la primera vez que se llamaba así a sí misma en voz alta, y saboreó la palabra con intensidad—, es interpretar los silencios de los hombres. Créeme, mi amor, lo que te digo es cierto.

Brandan no dijo nada.

—Creo que lo que padre quería decirme es que si algo le pasaba a él, esa persona cuidaría de mí. Confieso que llegué a pensar que hablaba de ti.

Él negó con la cabeza.

—Conocí a tu padre mucho después de la guerra —dijo—. Y, como has dicho, él no hablaba de esos tiempos.

—Eso no importa. Ya no.

Pareció repentinamente decidida y se incorporó en el lecho. Echó a andar en dirección a la cómoda y, rebuscó en una pequeña caja que había junto al espejo. Se volvió con el puño cerrado y algo en él.

—Nos ayudará. Me ayudará a mí por su lazo con mi padre. Y te ayudará a ti, porque sin ti, yo no iré a ninguna parte.

—¿Cómo? —preguntó Brandan.

—Con esto.

Valquinia abrió la mano y, a la luz temblorosa de la vela, mostró lo que contenía. Brandan lo reconoció al instante.

—Son mensajeros de llamada —dijo ella—. Los usaremos para contactar con el amigo de padre. Y él nos pondrá a salvo.

En silencio, Brandan se sentó en el borde de la cama.

—¿Dudas, mi amor?

Él juntó las yemas de los dedos de ambas manos y clavó la vista en el suelo. Valquinia sintió unos deseos casi irresistibles de abrazarlo, pero se contuvo y aguardó.

—No —dijo él, al fin, mientras alzaba la vista—. No dudo. De ti, nunca. Consideraba las opciones. Y tienes razón. No tenemos muchas.

Ella sonrió. Él la había salvado la noche anterior, la había salvado de su estúpida niñez llena de tonterías y sueños engañosos y ahora ella los salvaría a los dos.

—Hagámoslo —dijo—. Pero antes, decidamos cómo lo vamos a hacer. Nunca está de más tomar precauciones.

—Claro, mi amado, como tú desees.

Fue sencillo.

Valquinia musitó la palabra impronunciable que debía activar los mensajeros y rompió la pequeña bola contra el espejo de su habitación. Mientras lo hacía, no fue consciente del modo en

que Brandan retrocedía un par de pasos y se situaba a un lado, hasta estar seguro de que quedaba fuera del encuadre del espejo.

La superficie de vidrio pulido tembló y pareció que iba a partirse. Luego, tomó la apariencia de metal fundido y, finalmente, recuperó su aspecto normal. Sólo que más allá no se veía el reflejo de la habitación, sino un lugar en sombras por el que figuras a medio definir deambulaban en tareas imposibles de descifrar.

Una de esas figuras se acercó al espejo. Iba embozado y sólo sus ojos y su nariz sobresalían bajo su capucha. Dijo algo en un idioma que sonaba a gorjeo y, de pronto, se detuvo.

—Eres tú —añadió luego, ahora en el habla común de los Pueblos del Pacto—. Esto sí que es una sorpresa.

Su voz sonaba ligeramente ronca y no parecía muy complacido de ver a Valquinia.

—Mi padre... —empezó a decir ella.

Al otro lado del espejo la interrumpieron con un gesto.

—Sí, lo sabemos. Y honraremos el pacto. ¿Qué deseas?

—Estoy en peligro.

—Todos lo estamos. ¿Cómo lo sabes?

—Me han seguido —dijo Valquinia, repitiendo las palabras que había ensayado con Brandan—. No sé si uno o varios.

—¿Estás segura?

—Sí —dijo, vacilante—. La noche pasada, al volver a casa...

—Se interrumpió—. Creo que quieren hacerme daño. Por mi padre.

—Era previsible —dijo el embozado—. ¿Qué deseas que hagamos?

—Quiero... quiero estar a salvo. Salir de aquí. Reunirme con mi padre.

Hubo unos instantes de silencio.

—Podemos arreglarlo. Una hora antes del amanecer. En el puerto de los comerciantes. No habrá un segundo intento.

—¿Cómo sabré...?

—Estaremos allí y te veremos.

Con un gesto, cortó la comunicación, y el espejo volvió a reflejar el cuarto en el que estaban. Valquinia tomó aire y sintió que las piernas le fallaban. Solícito, Brandan la sostuvo.

—¿Lo he hecho bien, amado mío?

Él asintió.

—¿Todo irá bien? ¿Estaremos a salvo?

Un nuevo asentimiento.

—¿Juntos?

—Juntos.

Sintió que las fuerzas volvían a su cuerpo y, al mirar a Brandan, notó un fuego dentro de ella.

—Aún tenemos tiempo —dijo—. Para nosotros.

Él sonrió y la llevó a la cama.

Sus zapatillas apenas causaban ruido sobre el resbaladizo adoquinado del puerto, pero el menor de los susurros sonaba para Valquinia como un trueno. Bajo su capa, miraba a los lados y cada sombra era un enemigo oculto, cada truco de la luz, una amenaza.

Al otro lado del río, se extendía la parte oriental de la ciudad, bajo el control de Thunia desde el fin de la guerra. Sus muros, erizados de torres de vigilancia, eran un centinela hosco que parecía contemplarla con desaprobación.

Miró a su alrededor una vez más. No había rastro de Yáxtor, pero él le había asegurado que estaría allí.

—Aunque no me veas, estaré cerca —le había dicho—. Iré contigo en todo momento. Pero debemos ser precavidos.

Siguió caminando por el malecón desierto. Al fondo había un par de edificios, seguramente almacenes, y frente a ella se extendían las aguas oscuras del río.

Estaba sola. Miró de nuevo hacia oriente y se dio cuenta de que el amanecer no tardaría en asomar. Estaba sola. No habían venido.

Oyó de pronto un ruido a sus espaldas y, al volverse, vio a media docena de figuras encapuchadas viniendo hacia ella. Sintió deseos de correr, pero comprendió que no tenían ningún lugar hacia el que hacerlo.

¿Dónde estás, Brandan, amado mío?, pensó.

Una de las figuras se adelantó del resto.

—Descúbrete —la oyó decir.

Ella así lo hizo, tratando de que sus manos no temblaran. El encapuchado la miró largo rato y luego bajó la vista, como si comparase los rasgos de la joven con algo que tenía en la mano. Se volvió hacia los demás.

—Es ella —dijo.

El resto avanzó hasta rodearla.

—¿Qué ocurre? —consiguió preguntar Valquinia.

El encapuchado se llevó la mano a los labios, y ella asintió.

Una de las figuras que la rodeaban sacó algo de entre sus ropas y se lo llevó al oído. Valquinia distinguió un brillo metálico y vio cómo el hombre inclinaba la cabeza, concentrado. Alzó después la vista y asintió para sí; al cabo de un rato, echó a andar hacia el que parecía ser el jefe y susurró algo al oído.

—Que se encargue ella —le oyó decir al jefe.

Se acercó a Valquinia y se quitó la capucha. Vio sus ojos rasgados y su sonrisa cruel, y pensó que no era posible que aquel hombre fuera amigo de su padre. Trató de hablar, pero de nuevo él le impuso silencio llevándose las manos a los labios.

El tiempo no parecía transcurrir a su alrededor y, a cada minuto, Valquinia no dejaba de pensar en Yáxtor, en dónde estaría, en por qué no acudía a rescatarla de aquellos hombres siniestros.

Luego, vio que alguien más se acercaba, un nuevo grupo, precedido por una mujer de gesto desafiante. Llevaba el cabello muy corto, de un color tan claro que casi parecía blanco. Había una sonrisa desdeñosa en su rostro.

—¿Lo tenéis? —preguntó el jefe, volviéndose hacia ellos.

La mujer asintió y señaló el bulto que los demás cargaban.

—Es hora de irnos.

Valquinia quiso preguntar adónde. Quiso preguntar qué era aquello que llevaban los recién llegados, pero sólo podía pensar en Yáxtor y preguntarse dónde estaba.

—Vamos —le dijo el jefe.

—No —consiguió decir—. Tenemos que esperar.

Otra vez la sonrisa cruel.

—No es necesario —dijo.

Se volvió al grupo que acababa de llegar y le mostró lo que cargaban. Valquinia contuvo un grito a duras penas.

Cuanto más complicado es el filtro, más sencillo resulta detener el drenaje. Son los sistemas más simples los que acaban resultando eternos. Lo que, bien pensado, es un peligro que debería evitarse a toda costa.

—**Qérlex Targerian**

Orston Velhas, Adepto Empírico Supremo, contemplaba la ciudad desde lo alto de las escaleras. Llevaba casi toda su vida viviendo en aquella ciudad y, aunque no podía evitar encontrar un poco ridículo el orgullo cosmopolita de sus habitantes, era su hogar, a todos los efectos. Lo más parecido que tendría jamás a uno, en todo caso.

La mole caótica e imponente del Palacio Real se alzaba a sus espaldas y, bajo él, los doscientos cincuenta y seis escalones que acababa de subir. Como siempre, aprovechaba la pausa en la que contemplaba la ciudad para recuperar el aliento. Cada vez le costaba más.

Oyó un ruido a sus espaldas y, al volverse, vio al Regente venir hacia él. Si hubiera necesitado alguna prueba de que las cosas estaban revueltas en el ambiente de Palacio, aquélla era la mejor. Tenía que pasar algo realmente grave para que Glaxton Dishrel fuera por sí mismo a buscar a un visitante.

—La Reina espera.

Velhas asintió. Claro que esperaba. Al fin y al cabo, la Reina se pasaba esperando la mayor parte de su vida.

—He venido cuanto antes —dijo.

Con un gesto brusco, el Regente le indicó el camino y esperó a que Velhas hubiera pasado.

—Está inquieta —dijo mientras recorrían los pasillos del palacio—. La Transición está próxima a completarse, y siempre está inquieta en esos momentos.

El Adepto Supremo lo miró sin decir nada. ¿A cuántas reinas había servido Dishrel como Regente? Seguramente él diría que a demasiadas. Contuvo una sonrisa al darse cuenta de que esa no sería su respuesta.

—A una sola —habría dicho si alguien hubiese tenido la osadía de preguntárselo.

Y no mentiría, por supuesto, aunque tampoco estaría diciendo toda la verdad.

En cualquier caso, se lo veía cansado. Viejo, en realidad.

—¿Cuántos años llevas al servicio de Su Majestad?

—preguntó de pronto.

—Demasiados —respondió el Regente— A veces tengo la sensación de que varias vidas. No creo que sobreviva a la nueva encarnación de la Reina —añadió al cabo de un rato.

Quizá ninguno de ellos sobreviviera, se dijo Velhas. Puede que la propia Reina no lo hiciera. No lo dijo en voz alta, pero pareció que Dishrel le había leído el pensamiento.

—Estamos en un momento delicado, Adepto Supremo
—dijo—. Un mal momento para tener una crisis entre manos.
—No hay buenos momentos para eso, Regente.
—Pero los hay mejores que otros. Y éste es de los peores.
A Velhas no le quedó más remedio que mostrarse de acuerdo.
—Hacemos lo que podemos.
—Espero que sea suficiente.

El Regente se detuvo ante una puerta enorme llena de bajorrelieves poco edificantes y llamó con los nudillos. Nadie respondió, pero la puerta se abrió lo suficiente para que pasara un hombre.

Velhas se despidió de Dishrel con un gesto y entró en la cámara real.

El Palacio, construido a lo largo de siglos incontables, era una bestia absurda, carente de armonía y en la que no había plan alguno. Como si hubiera ido creciendo por sí mismo y nadie hubiera podido dirigir ese crecimiento.

La cámara real era un oasis de orden y sobriedad en medio de todo aquello. Al contrario que la enorme sala de audiencias, era pequeña, lo bastante para resultar acogedora. El mobiliario era el mínimo imprescindible y las paredes estaban desnudas de todo ornamento. Al fondo había una puerta que, como Velhas sabía, daba al dormitorio real.

Generalmente, dos guardias flanqueaban a la reina, pero no había ninguno aquella tarde. Una nueva prueba de lo agitadas que estaban las cosas, se dijo el Adepto Supremo.

—Majestad —dijo, mientras hincaba la rodilla en tierra y humillaba la cabeza.

—Levántate, Orston —dijo la Reina—. Toma asiento. Hay algo de té y creemos que unas pastas por algún sitio.

La voz sonaba cascada, con un deje de cansancio tras la autoridad real.

El Adepto Supremo hizo como le pedía la Reina y la observó con disimulo mientras se servía la infusión.

Sí, sin duda quedaba poco para completar la Transición. Apenas había vida en el cuerpo de la monarca y tan sólo los mensajeros suficientes para mantenerla activa. Sentada a su lado, con los ojos cerrados, como si durmiera, estaba la Reina que sería.

Velhas no recordaba el parentesco exacto entre las dos mujeres. Por supuesto, estaba anotado en algún sitio, todo lo estaba, y sin duda la muchacha era de la familia de la Reina. No su hija, de eso estaba seguro. ¿Su nieta, tal vez? ¿Una sobrina? No importaba. A todos los efectos, en cuanto la Transición se completase, sería la Reina, y tendría los recuerdos y la experiencia de la Reina.

Entre las dos mujeres estaba la carneútil real, unida a ellas por dos cánulas. El intermediario imprescindible para que se realizase la Transición. Y, como pasaba a menudo con los carneútiles, sería destruida por el proceso en el que participaba.

—¿Apruebas lo que ves? —preguntó la Reina.

El Adepto Supremo contuvo una sonrisa. Le gustaba la Reina; más de lo que le había gustado

la anterior, a la que apenas había llegado a ver en la distancia un par de veces, y sospechaba que más de lo que le gustaría la siguiente. Ciertamente que, una vez terminada la transferencia de recuerdos y mensajeros de un cuerpo a otro por intermedio de la carneútil, todas eran la misma mujer, pero había sutiles diferencias entre cada encarnación. Y Velhas dudaba que la próxima tuviera el socarrón sentido del humor de ésta.

—No es mi tarea aprobarlo, Majestad —dijo.

Escudado tras su taza de té, vio cómo la Reina fruncía los labios y mascullaba una imprecación.

—¿Por qué no? Parece ser la de todo el mundo. A medida que nos vamos apagando, todos se creen con derecho a juzgar lo que ven.

—Quizá ya lo hacían antes.

La mujer sonrió, y el gesto le quitó varios años a su rostro apergaminado.

—Seguro. Pero ahora se atreven a decirlo.

—Me conoces bien, Majestad. No pierdo el tiempo en juicios. Tengo un trabajo que hacer y lo hago del mejor modo que sé.

—Y ya que estamos en esto, Orston, ¿qué tal lo estás haciendo ahora?

—Todo lo bien que puedo, Majestad.

La Reina dio una palmada sobre el brazo de su butaca. Eso sobresaltó a la Reina que sería y la chiquilla abrió los ojos.

—Orston —dijo al reconocer al Adepto Supremo.

Él inclinó la cabeza en su dirección, no demasiado seguro de qué tratamiento darle. Era la primera Transición que presenciaba y no tenía claro qué protocolo usar con aquella niña que pronto sería su Reina pero aún no lo era.

—Tranquila —dijo la monarca—. Descansa. Todo va bien.

La muchacha asintió y volvió a cerrar los ojos. Se reclinó sobre su silla y siguió durmiendo.

—«Todo lo bien que puedo» —recitó la Reina, con una imitación bastante pasable de la voz del Adepto Supremo—. Lo que nos preguntamos es si eso será suficiente.

—No lo sé, Majestad. En este momento no puedo darte seguridades.

—Ni nosotras las queremos. Danos al menos una buena posibilidad.

—Espero poder dártela. Nuestros mejores operativos están trabajando en ello. Y hay otras opciones... No son óptimas, pero...

—Habla.

—Con la ayuda de los occidentales estamos desarrollando algo que esperamos poder tener a tiempo y, en el peor de los casos, salvará a Tu Majestad.

—¿Qué es?

—Un... refugio.

—¿Nos hablas de huir? ¿De dejar a nuestros súbditos desamparados?

—No, Majestad. Hablo de refugiarse mientras pasa lo peor. De mantener los símbolos del gobierno si se da la catástrofe. De la posibilidad de reconstruir lo destruido, si llegara a darse el caso.

—Háblanos de ese refugio.

—Los occidentales nos están enseñando a desarrollar un... ellos lo llaman Campo de Inhibición de Malas Noticias. Una especie de escudo protector. Lo que permanezca dentro de él no se verá afectado por la bomba.

La Reina alzó un brazo, pidiendo silencio, y Velhas la obedeció. La mujer se sirvió un poco

de té y lo sorbió pensativamente.

—Por el nombre que le dan los coloniales —por supuesto, la Reina seguía llamando «coloniales» a los ciudadanos de la Confederación Occidental, por más que llevaran casi dos siglos independizados de la Corona—, parece lo mismo que la bomba. ¿Cómo puede eso garantizar nuestra protección?

—No conozco los detalles técnicos...

—Estamos seguras de que conoces lo suficiente para explicárnoslo.

Velhas sonrió.

—Eso iba a decir, Majestad.

—O quizá no. Pero dílo, en cualquier caso.

—Por lo que sabemos de la Bomba de Malas Noticias, su principio es bastante sencillo. Su emanación, liberada de un modo explosivo, vuelve completamente inertes a los mensajeros y no les permite reactivarse. Cuando sus efectos pasan... bueno, confieso que no estamos seguros de si los mensajeros inertes se reactivan o, simplemente, la ausencia de emanaciones permite que aparezcan nuevos mensajeros.

—Cuéntanos de qué estáis seguros. Nos gustaría acabar esto antes de la cena.

—Por supuesto, Majestad. Lo que ellos llaman el Campo de Inhibición de Malas Noticias genera algo muy parecido a la bomba, en efecto, pero en lugar de irradiar su emanación a todas partes, es posible controlarla, darle una forma, hacer que se circunscriba a un perímetro. Idealmente, la superficie de una esfera, que parece ser la forma más fácil de controlar. Cuando la emanación de la bomba llega a ese perímetro, simplemente no va más allá. Como digo, aún no estamos seguros de cómo funciona, pero lo hace. Como si las Malas Noticias, al encontrar a otras de su misma naturaleza, no siguieran buscando. Perdona lo tosco de la metáfora, pero...

La Reina asintió.

—Es eficaz para tus propósitos. Suponiendo que éstos sean que nos enteremos de algo. ¿Y qué ocurre con lo que hay dentro del perímetro?

—No ocurre nada. Está a salvo de lo que pase en el exterior.

—¿Y si se produce una fuga?

—El campo está concebido de tal modo que las fugas sean siempre hacia el exterior.

La Reina tomó otro sorbo de té.

—¿Funcionará? —preguntó.

—Creemos que sí. Estamos trabajando en hacer el campo lo suficientemente grande. En dos días puedo asegurar que seremos capaces de escudar una habitación de este tamaño. Y antes de que acabe el mes podremos proteger todo el Palacio. Siempre que todo vaya como debe.

—Claro. Sería muy molesto en otro caso. Pero dínos, Orston, ¿por qué no proteger la ciudad entera?

El Adepto Supremo dudó unos instantes.

—No estamos seguros de ser capaces de construir un campo tan grande en tan poco tiempo. Y, aunque lo hiciéramos...

—Sigue.

—Mi Reina, debes comprender que es posible que la bomba ya esté en Lambodonas. De ser así, cubrir la ciudad con un Campo de Malas Noticias no serviría para nada. Si ya está dentro del campo...

—Comprendemos. —Cerró los ojos y pareció que se había dormido—. Haced lo que podáis —dijo, sin abrirlos—. Al fin y al cabo, no podemos pedirnos más que eso.

—Majestad...

—Sí, sí, ya lo sabemos. Somos la Reina y podemos pedir de nuestros súbditos cuanto queramos. Pero si algo aprende un gobernante (o te aseguramos que no dura mucho tiempo en su puesto) es a no pedir a los demás cosas que no pueden hacer. El campo tendrá que ser suficiente. Si podéis proteger todo el Palacio queremos que todo el personal imprescindible del gobierno esté aquí a salvo. Y empezaremos a aprovisionarnos. No sabemos cuánto tiempo tendremos que pasar encerrados.

—Muy sabio, Majestad.

—Muy obvio, Orston. Nada más que eso.

La Reina terminó el té y mordisqueó una pasta con un gesto distraído. El Adepto Supremo notó el cambio en el lenguaje de su cuerpo. Había recibido las malas noticias y, una vez asimiladas y tomada una decisión, se relajaba.

Aquella era la Reina que realmente le gustaba, se dijo. Y se preguntó de nuevo si la próxima se le parecería en aquello.

—Ya nos has dibujado el peor escenario. Ahora, bosquéjanos el mejor. Hay posibilidades, ¿verdad? Podemos detener esto.

—Eso creo, Majestad. Como he dicho...

—Sí, tus mejores operativos están trabajando en ello. Y esperamos que eso implique también que tu mejor hombre está metido en el asunto. ¿Qué está haciendo Yáxtor Brandan?

Al oír el nombre, la Reina que sería despertó de nuevo y miró a su alrededor con un brillo de entusiasmo en la mirada.

—Brandan —dijo, con su vocecilla—. Sí, ¿qué está haciendo el bravo Brandan? Salvará Alboné de nuevo, ¿verdad?

La Reina sonrió con benevolencia.

—Me temo que la malcrío —dijo—. Pero, si no puedes malcriarte a ti misma, ¿con quién lo vas a hacer? Casi es yo misma. Y pronto lo será del todo, Orston. Y me temo que comparte mi pueril entusiasmo por las andanzas de tu adepto Brandan. —El Adepto Supremo se dio cuenta de que la Reina había abandonado el plural mayestático. Era la primera vez que la veía hacer eso desde que la conocía—. Así que dinos a las dos, ¿qué está haciendo Brandan?

Velhas tomó aire y lo soltó lentamente.

—Estaba siguiendo una pista, Majestad. Ya lo conoces: va a donde quiere y como quiere.

—Bueno, eso es lo que él cree, sin duda.

Velhas asintió.

—Así es. No dejamos de tenerlo controlado en todo momento. Sabemos que fue a Wáhrang y que contactó con la hija de un comandante del ejército de la Confederación Occidental. Brandan creía que estaba implicado en el robo de las bombas.

—Bueno, si él lo creía, sin duda era así. ¿Qué más?

El Adepto Supremo siempre había encontrado sorprendente esa querencia de su monarca por Brandan. Como si fuera un personaje de leyenda y ella una niña entusiasmada en busca de un cuento antes de dormir.

Bueno, se dijo, ¿por qué no? Sin duda los informes que le llegaban estaban convenientemente expurgados de las partes más desagradables del trabajo de su operativo. Y, mientras no se lo mirase muy de cerca, Brandan podía llegar a tener cierta aura heroica. Claro que precisamente la Reina, de todas las personas que conocían a Brandan, era la que más de cerca podía mirar. Al fin y al cabo...

Pero vio que su monarca se impacientaba. Así que dijo:

—La pasada noche, él y la joven salieron de la casa del comandante en dirección a los muelles de Barlénder. Suponemos que había contactado con alguien, o esperaba hacerlo. La chica iba sola, abriendo camino y, seguramente, sirviendo de cebo. Brandan la seguía a una distancia segura. Y nosotros, como siempre...

—Seguís el rastro de sus mensajeros —dijo la Reina que sería, que no se perdía una palabra de lo que decía al Adepto Supremo—. Y sabíais en todo momento donde estaba.

—Así es —asintió Velhas, aunque no se le escapó que la Reina no compartía el entusiasmo de su próxima encarnación—. Seguimos su rastro hacia los muelles, y luego...

—Desapareció —dijo la Monarca.

El Adepto Supremo tragó saliva y se mordió el labio inferior.

—Me temo que así es —dijo al fin.

—¿Cómo?

—Su rastro se perdía algo más allá del malecón. En el río. Pero era... extraño, Majestad. No se disipaba poco a poco con la distancia. Se interrumpía de repente. Como si... —Tomó aire—. Como si Brandan hubiera desaparecido por completo del mundo. Estamos perplejos.

La Reina no respondió. Con el ceño fruncido, dejó la galleta que estaba mordisqueando sobre una bandeja y se limpió el borde de la boca con una servilleta.

—Es un truco —dijo la Reina que sería—. Es un truco de Brandan. Aparecerá cuando menos se lo espere. Ya lo veréis.

—Eso espero —dijo Velhas.

—Nosotras también —añadió la Reina, sin dejar de fruncir el ceño.

Al borde de las escaleras, Orston Velhas tomó aire de nuevo. El Regente estaba a su lado. Parecía haber envejecido varios años en el tiempo que él había estado con la Reina.

Aunque seguro que yo no tengo un aspecto mejor, se dijo.

—¿Cómo ha ido? —le pregunto Dishrel.

—Ha aceptado la idea del refugio. No le gusta, pero lo hará.

—Bien —asintió el Regente.

¿Bien?, se dijo Velhas. No, nada estaba bien. Estaban indefensos ante una amenaza que desconocían y su mejor hombre había desaparecido sin dejar ni rastro.

No, nada estaba bien.

Cuando abrió los ojos por primera vez, lo que el hombre vio fue su propio reflejo. Asustado, dio dos pasos hacia atrás, y entonces tropezó con la mujer, que había hecho lo mismo.

Los dos dieron media vuelta y se miraron. Se encontraron hermosos y vieron que cada uno completaba al otro.

Dieron media vuelta de nuevo y contemplaron el hogar de Dios. En su curvada superficie de metal, se vieron reflejados y completos y desde ese día supieron que el uno sin la otra sería una cosa acabada a medias, partida.

Otra vez dieron media vuelta y contemplaron el mundo. Y comprendieron que había sido creado para ellos y que sería su hogar hasta el final de los tiempos.

Fue la mujer la que volvió la mirada hacia sí misma y vio los mensajeros de Dios dentro de su cuerpo. Fue el hombre quien se preguntó para qué estaban allí.

—El libro del origen (versión de Khynai)

Dormía. O, si estaba despierto, era un actor de primera, porque no había nada en su lenguaje corporal que indicase otra cosa que un sueño apacible y relajado.

Lo cual no dejaba de ser irónico, si se lo pensaba un poco.

Yoranna se apartó del ventanuco y se recostó contra la pared. Nadie le había pedido que vigilase al prisionero, pero lo hacía de todas formas. Al fin y al cabo, estaba donde estaba porque hacía las cosas como las hacía.

¿Y dónde estás?, dijo una voz socarrona dentro de ella. Una voz que se parecía sospechosamente a la de su amante.

Sólo que Imri no estaba allí, sino en su casa frente al Mar Embalsado. O tal vez en la villa de la isla. O, quién sabe, quizá había empezado a sentir lo que ella llamaba «el picor» y había decidido irse a deambular por una de las ciudades de Painé o, mejor que no, Ashgramor.

Como siempre, pensar en Imri la hizo sentirse cómoda y a salvo, así que extirpó el pensamiento lo más rápido que pudo. Lo último que necesitaba en aquellos momentos era sentirse cómoda. Estaba trabajando.

¿Por qué estás siempre pensando en el trabajo, incluso cuando estamos juntas?

Era otra vez la voz de Imri. Una sombra, nada más, el recuerdo de una discusión recurrente, en realidad. El único escollo visible en una relación que parecía no tenerlos.

Recordó su respuesta habitual:

Porque mi trabajo es lo que nos permite estar juntas.

Imri no tenía nada que decir ante eso, pero Yoranna sabía muy bien que no era porque se hubiese dado por vencida. Jamás se daba por vencida. Se limitaba a buscar un nuevo camino desde el que atacar y esperaba el momento adecuado.

Bueno, por qué no. La amaba por eso, al fin y al cabo. Entre otras cosas.

Se acercó de nuevo al ventanuco. El prisionero había cambiado de postura en el camastro,

pero parecía seguir dormido.

Yáxtor Brandan. El mejor adepto empírico de toda Alboné, si hacía caso a su reputación. O, lo que era lo mismo, el mejor asesino, saboteador y desinformador de la maldita isla.

Aunque no lo parecía, allí dormido. Y menos después de haberse dejado atrapar como un chiquillo.

Había sido fácil. Quizá demasiado. Yoranna odiaba las cosas fáciles: hacían que la vida dejase de merecer la pena y el aburrimiento estuviera a la vuelta de la esquina. El pago por el trabajo compensaba en cierto modo el aburrimiento; pero sólo en parte, y nunca durante demasiado tiempo.

Había asistido desde lejos a las maniobras de Brandan con la chiquilla. Para eso la habían contratado, al fin y al cabo, para tener controlado al adepto desde el momento mismo en que puso el pie en Barlénder. Cuando la muchacha contactó con los Espectros, a Yoranna no la sorprendió que la naturaleza de su tarea cambiase. Al fin y al cabo, era una addenda a su contrato que había estado implícita en él desde el momento mismo en que empezó a discutir el precio con el enviado de los Espectros.

Del seguimiento a la captura. Y de la captura a la entrega.

Pan comido, en realidad.

No necesitaba que los hombres de Tsun Zune le confirmasen que el rastro de Brandan estaba en la muchacha: Yoranna casi podía olerlo. Pero ellos tenían su forma de trabajar, y estaba acostumbrada a adaptarse a las manías de sus empleadores.

Así que había esperado en la oscuridad, oculta en su campo de contención, hasta que le confirmaron lo que ya sabía. Luego, había sido un juego de niños seguir el rastro de mensajeros que salía del cuerpo de la muchacha en dirección al adepto.

Estaba en uno de los almacenes que rodeaban el muelle, totalmente inmóvil y camuflado entre las sombras como una sombra más. El cuerpo relajado y alerta al mismo tiempo, esperando su oportunidad.

Claro que no la tuvo. El campo de contención de los Espectros impedía que el rastro de mensajeros de Yoranna llegase a los sentidos de Brandan. Y, si algo había aprendido ella en su trabajo (al fin y al cabo seguía viva, ¿no?) era a deslizarse en silencio en la oscuridad.

Intentó no sentirse impresionada por la cantidad de mensajeros que exudaba el cuerpo de Brandan, pero fracasó. Y que hubiera contado con ello de antemano (siempre se informaba bien antes de aceptar un trabajo) no supuso ninguna diferencia.

La información es una cosa y la experiencia, otra, se dijo ahora, mientras seguía vigilando el sueño del prisionero.

De no haber estado segura de lo que contrario, habría pensado que Brandan era en realidad un carneútil disfrazado para que pudiera pasar por un hombre. Su nivel de mensajeros se salía tan de la escala que su localizador apenas podía medirlos. Eso explicaba muchas cosas. Sobre su reputación y sobre la leyenda que había ido creciendo a su alrededor.

Claro que, a fin de cuentas, su nivel de mensajeros no había importado gran cosa. Cuando le lanzó el dardo al cuello, él no supo lo que se le venía encima hasta que fue demasiado tarde.

Recordaba la ridícula expresión de su rostro mientras se arrancaba el dardo y lo hacía girar en entre unos dedos cada vez más torpes. Luego, la había visto a ella y, por un instante, fue como si estuviera perdido.

Sólo un momento.

El suficiente para desvanecerse y dar con su cuerpo en el suelo.
Un juego de niños.
El dinero más fácil que había ganado en mucho tiempo.

—¿Todo en orden, capitán?

Ocupado en sus asuntos, el hombre no respondió, lo que tuvo la virtud de poner aún más nervioso a Tsun Zune.

—¿Hay algún problema?

El capitán apartó la vista de sus instrumentos y miró a Tsun Zune como si acabara de despertar.

—¿Problema? —dijo, como si el concepto le resultara difícil de comprender—. ¿Por qué deberíamos tener algún problema?

Tsun Zune suspiró. ¿Por dónde empezar? ¿Quizá por el hecho de que navegaban bajo el agua y lo único que los separaba de una muerte por asfixia eran varias toneladas de metal, madera y fibra? Aunque, si se paraba pensarlo, quizá la asfixia no tuviera nada que ver. Estaban a la suficiente profundidad para que la presión los despedazara en cuestión de segundos.

Se esforzó por sonreír y dijo:

—Por supuesto que no tiene por qué haberlos. Sólo preguntaba si todo estaba en orden.

El capitán se encogió de hombros.

—Todo lo en orden que pueden estar estas cosas —dijo, mientras uno de sus subordinados le traía un rollo, que examinó distraídamente sin dejar de hablar—. Todo está bajo control, por así decir. Todo lo bajo control que pueden estar cosas, claro.

Le devolvió el rollo a su subordinado con un gesto de asentimiento y fue consciente por el rabillo del ojo de que sus palabras no habían contribuido a tranquilizar a su pasajero.

—He realizado esta travesía más de treinta veces. Y nunca hemos tenido ningún problema. Ninguno que no hayamos podido solucionar. Al menos hasta ahora. Así que no veo por qué las cosas tienen que ser distintas.

Pero Tsun Zune sí que lo veía, de mil formas diferentes. Le bastaba echar un vistazo al puente para imaginar todo lo que podía ir mal con efectos fatales.

—Llegaremos a nuestro destino dentro del horario previsto

—siguió el capitán, imperturbable—. Todo irá de acuerdo a los planes. Bueno, todo lo de acuerdo a los planes que pueden ir estas cosas.

—Gracias, capitán —dijo Tsun Zune.

El hombre asintió a su agradecimiento y volvió a sumirse en la contemplación de sus instrumentos.

Tsun Zune trató de aparentar tranquilidad, incluso de adoptar un cierto aire de lobo de mar experimentado, pero era dolorosamente consciente de su fracaso. Miró a su alrededor y contempló a la media docena de tripulantes que se afanaban en sus cosas, con un aire indiferente, casi aburrido.

Los envidió. Sin duda para ellos todo aquello era pura rutina y Tsun Zune comprobó con

cierto alivio que ejecutaban sus tareas con eficacia y fluidez, como una máquina bien engrasada. Aquello lo hacía sentirse mejor; aunque sólo un poco.

Número Dos ordenaba y Tsun Zune obedecía. Así era cómo debían ser las cosas. Pero no podía evitar desear que en esta ocasión hubiesen sido distintas. Sin duda el barco submarino era el método más rápido y seguro para cruzar el mar de Honoí sin que los detectaran. Pero...

—La sala que pediste está dispuesta —dijo el capitán, volviéndose de nuevo hacia él—. Uno de mis marineros te llevará a ella.

Bien, al menos era algo. Y lo mantendría entretenido durante aquel viaje infernal. Lo suficiente, al menos para no pensar demasiado en todo lo que podía convertirse en un desastre sin salida. Eso esperaba.

Siguió al marinero, no sin antes dar órdenes de que dos de sus guardias llevaran al prisionero hasta allí. Se sentía oxidado; hacía demasiado que no practicaba sus artes, y el encargo de Número Dos parecía perfecto para ponerse al día. No mucho, quizá, porque al fin y al cabo no debía dañar el material, pero sí lo suficiente, o eso esperaba.

El joven que lo guiaba se movía por los estrechos pasillos como si no hubiera nada de particular a su alrededor, y Tsun Zune trató de imitarlo. No estuvo muy seguro de haber tenido éxito.

El marinero se detuvo, abrió una esclusa y, con un ademán, le franqueó el paso. Tsun Zune le echó un vistazo al interior. Tenía pinta de haber sido un habitáculo de la tripulación, quién sabe si el camarote del capitán. El espacio disponible, teniendo en cuenta su escasez en todo el barco, era considerable.

—Gracias —le dijo al marinero.

Éste se retiró tras una inclinación de cabeza y Tsun Zune se quedó solo mientras intentaba no pensar en dónde estaba y en todo lo que podía pasar.

El capitán era un hombre experimentado, y el barco submarino había demostrado su eficacia en muchos viajes. De hecho, era la prueba definitiva de que los mensajeros no eran necesarios, de que se podía fabricar maquinaria eficaz sin ellos. Todo estaba bajo control, se dijo.

Al menos, todo lo bajo control que pueden estar estas cosas, se respondió con una voz socarrona.

Vio venir a los guardias, precedidos por Yoranna. Entre los dos traían el cuerpo del prisionero y Tsun Zune se alegró de que aún siguiera inconsciente. Para lo que tenía pensado, era mucho mejor así.

—Dejadlo dentro, sobre la camilla, y aseguraos de que está inmovilizado.

Yoranna se detuvo a su lado y lo contempló con altivez. La maldita mujer era buena en su trabajo, sin duda la mejor, pero Tsun Zune no comprendía por qué Número Dos había recurrido a una espada mercenaria para aquel trabajo. En la organización había personal con la habilidad necesaria para algo como aquello, y acudir a alguien de fuera siempre era un riesgo. Y más ahora, cuando el momento definitivo estaba tan cerca. Sin embargo, Número Dos ordenaba y ellos obedecían, así es como eran las cosas y, sin duda, como debían ser. Número Dos sólo rendía cuentas a Número Uno y era bien sabida la forma en que éste lidiaba con los fallos de los demás.

—Entraré, si no tienes inconveniente —dijo Yoranna, interrumpiendo sus pensamientos.

En realidad, sí que lo tenía.

—Lo que vas a ver puede no ser agradable —dijo.

Yoranna se encogió de hombros y se ajustó la capa.

—Eso no es de mi incumbencia —dijo—. Se me paga para que lleve al adepto sano y salvo

a su destino. Y pienso asegurarme de que así es.

—No voy a dañarlo —dijo Tsun Zune, tratando de controlar su malhumor—. Yo también tengo mis órdenes.

—Como te he dicho, eso no es de mi incumbencia. Tengo un trabajo que hacer y lo haré.

—Como quieras —dijo Tsun Zune, al comprender que era inútil discutir con ella—. Pasa.

Yoranna esbozó una media sonrisa, inclinó la cabeza y se coló en el interior del camarote. Tsun Zune, tras unos instantes de vacilación, fue tras ella.

Los guardias estaban terminando de atar al prisionero, y Yoranna le echó un vistazo a su trabajo, mientras asentía con un gesto aprobador.

—Todo listo —dijo uno de los guardias.

—De acuerdo. Dejadnos. Cerrad la puerta... la esclusa, como se llame. Y no la abráis hasta que no os lo indique.

Sin esperar a ver si se cumplían sus órdenes, se aproximó al prisionero y comprobó las ligaduras. Asintió. Un buen trabajo. Claro que no había esperado menos de sus hombres.

Se acercó luego a la pequeña mesa donde estaba su instrumental y se aseguró de que todo estuviera en orden. Tomó una ampolla de un maletín, se dio media vuelta y la rompió junto a la cara del prisionero.

Éste no tardó en volver a la consciencia, confuso y con los ojos llorosos. Parpadeó y miró a su alrededor en silencio. Luego, asintió.

—¿Merecemos tu aprobación, adepto Brandan? —preguntó Tsun Zune, con el toque justo de ironía en la voz.

—Aún no he tenido tiempo de aprobarte o desaprobarte, khynainio —dijo Brandan—. Sólo comprobaba dónde estábamos.

—¿Dónde?

—Bueno, hay varias respuestas a esa pregunta —dijo Brandan con una sonrisa inexpresiva—. En un sentido profundo, no lo sé. En un sentido más genérico, supongo que sigo en el mundo de los vivos. Y en términos más concretos, aventuro que navegamos bajo el Mar de Hanoi. Probablemente hacia las costas de Khynai, aunque no podría asegurarlo del todo.

Mientras Tsun Zune intentaba no sentirse impresionado por las palabras del adepto (¿había deducido todo aquello con un par de rápidos vistazos a su alrededor?, increíble) éste se dio cuenta de que no estaban solos en la habitación.

—Vaya. Ella sí que merece mi aprobación —dijo, con un gesto de la cabeza en dirección a Yoranna—. Toda, de hecho.

—Yo no malgastaría mis encantos con ella, si fuera tú —dijo Tsun Zune.

—Si fueras yo, sin duda no se estarían malgastando, créeme.

Totalmente inmóvil, Yoranna asistía a la conversación en silencio, sin apartar sus ojos azules del rostro de Brandan y con sus facciones convertidas en una estatua en la que era imposible leer nada.

—Encuentro conmovedora tu fe en tus aptitudes. Pero temo que hay un límite hasta para el más hábil de los hombres. Incluso aunque la situación fuera otra, dudo que tus encantos le resultasen interesantes a nuestra cazadora.

—Comprendo —dijo Brandan.

—¿De veras? Eso es muy prometedor. Aunque, en realidad, dudo que comprendas realmente.

—¿Qué parte de todo lo que has dicho? ¿Que la mujer prefiere a miembros de su propio sexo como compañeros de lecho? ¿O que, de algún modo, habéis anulado mi emisión de

mensajeros?

De nuevo a su pesar, Tsun Zune se sintió impresionado. No permitió que se le notase y siguió hablando en el mismo tomo de distante ironía:

—Eres un hombre de recursos, sin duda. —Su voz, sin embargo, parecía estar diciendo que Brandan no era más que un gusano—. Quizá ha llegado el momento de comprobar el límite de esos recursos.

—¿Qué esperas de mí, que hable?

—No, espero que mueras, adepto.

Yoranna no se inmutó ante las palabras de Tsun Zune pero, de un modo imperceptible, su mano se crispó alrededor de la empuñadura de su daga.

—No lo creo —dijo Brandan tras considerar la cuestión durante un instante—. Me quieres vivo. Si no tú, sí tus superiores.

—Si es lo que piensas... comprobémoslo.

—Yo no lo haría, khynainio.

—No me lo digas. Te soltarás mágicamente de tus ligaduras y me estrangularás con mis propias ropas.

—No creo que sea necesario. Más bien pienso que si intentas matarme, la mujer acabará contigo. Y parece bastante letal, si me permites el comentario.

Tsun Zune sostuvo su sonrisa de altivez, pero por dentro hervía de rabia. Maldita mujer. Ella lo había estropeado todo. Tomó aire, siempre manteniendo su pose imperturbable, pero empezó a tener la sensación de que las cosas se le estaban yendo de las manos. De algún modo misterioso, él ya no controlaba situación.

—No la culpes —dijo Brandan, como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Aún sin ella, es evidente que no me queréis muerto. Al fin y al cabo, sigo vivo. No acabasteis conmigo en Barlénder. Y sería absurdo traerme con vida hasta aquí para matarme ahora.

—Quizá estés en lo cierto.

—Claro que lo estoy.

—Pero eso no significa que no pueda... hacerte otras cosas.

De nuevo aquella sonrisa inexpresiva en el rostro de Brandan.

—¿La muerte no te ha funcionado y ahora vas a probar con la tortura? Adelante. Espero que, al menos, resulte instructivo.

—Oh, lo será, no te quepa la menor duda.

Brandan se giró, al darse cuenta de que la voz de Tsun Zune venía de detrás de él. Antes de que pudiera completar el movimiento, sintió una mordaza sobre su boca.

—Bien —dijo Tsun Zune—. Ahora que hemos acallado este molesto zumbido, procedamos.

Pasó las siguientes dos horas entregado a su trabajo, usando lo mejor de su instrumental, siempre sin causar ninguna lesión permanente. Al fin y al cabo, Número Dos lo quería intacto.

Y Número Dos sabía bien a quien encargaba cada tarea. Quizá la mujer fuera la mejor en su trabajo, pero Tsun Zune era supremo en su arte, por más que llevase algún tiempo sin practicarlo. Y una de las exigencias de ese arte era no dañar el material con el que trabajaba: explorabas, tanteabas los límites, los forzabas y los llevabas un poco más allá hasta quebrar al hombre. Pero nunca lo inutilizabas.

Al fin y al cabo, lo que Tsun Zune hacía era afinar una herramienta. ¿Y de qué servía una herramienta retorcida y medio rota?

Así que exploró. No tenía mucho tiempo, y sabía que en una sola sesión no iría mucho más

allá de tantear los límites del adepto. Una simple toma de contacto, en realidad. La suficiente para saber hacia dónde seguir en futuras sesiones.

En ese tiempo, lo único que obtuvo de Brandan fue un poco de sudor sobre su frente, algunos músculos crispados y un par de gruñidos ahogados por la mordaza. Cuando decidió terminar, los ojos del adepto seguían tan atentos y fríos como antes de dar inicio a la sesión.

Tsun Zune, con un gesto cansado, dejó el instrumental sobre la mesa. Mientras retiraba la mordaza de la boca de Brandan, dijo:

—Ha sido una primera toma de contacto. Tenemos tiempo para seguir.

—No —dijo Brandan. Respiraba lentamente, pero aparte de eso no parecía haberse pasado las últimas horas bajo tortura—. Ha sido simplemente aburrido.

—Las siguientes sesiones serán mejores.

—Lo dudo. Siempre estoy dispuesto a aprender algo.

—Aunque hablaba lentamente, articulaba las palabras con precisión—. Pero sospecho que no tienes nada que enseñarme.

Tsun Zune iba a responder, pero en lugar de eso se dirigió hacia la esclusa y golpeó con los nudillos. Mientras sus hombres la abrían, dejó caer un:

—Ya veremos.

Y se dio cuenta de que a él mismo le sonaba falta de convicción. ¿Qué había pasado?, se preguntó. ¿Cómo era posible...?

—Llévao de vuelta a la celda —les dijo a los guardias—. Dadle agua y comida y dejadlo solo.

Echó a andar por el pasillo, en dirección a su camarote. Tras un par de vueltas, comprendió que se había perdido. Lo peor no era eso, sino la sensación de que la maldita mercenaria venía tras él riéndose entre dientes de su incompetencia.

Al volverse, no vio a nadie, pero eso no le hizo sentirse mejor.

El tipo era duro, sin duda, se dijo Yoranna. Pero, claro, si tenía éxito en su trabajo por fuerza tenía que ser duro. Y, si algo le había confirmado la sesión de tortura, era que Tsun Zune estaba metido en un juego muy por encima de sus posibilidades.

Espero no estarlo yo también, se dijo.

Atisbó por la claraboya, con cuidado de que el prisionero no pudiera verla. Brandan devoraba con parsimonia una cena frugal, con movimientos medidos y precisos. Al acabarla, se bebió todo el contenido de la jarra y luego, lentamente, se dejó caer sobre el lecho.

Había visto lo que Tsun Zune había hecho y por fuerza el cuerpo de Brandan tenía que ser una hueste de dolor en pie de guerra. Al fin y al cabo, el khynainio era bueno en lo suyo, eso no podía negarse, y sabía cómo explorar el dolor y la agonía de un hombre. Pero el único indicio de ello era la forma lenta, casi ensayada, con que Brandan se movía.

Vio cómo apoyaba la cabeza en la almohada, muy despacio, y cerraba los ojos.

Yoranna se preguntó qué estaría pensando. De un modo u otro tenía que ser consciente de lo apurado de la situación. No sólo por dónde estaba, sino porque a aquellas alturas ya había

comprobado que no podía usar sus mensajeros. Y era lo bastante inteligente para saber lo que eso podía implicar.

Por más que Tsun Zune no estuviera a la altura del trabajo, y Brandan sin duda se había dado cuenta, también tenía que ser consciente de que estaba en manos de un enemigo con recursos desconocidos. Y que se encontraba totalmente indefenso.

Que no lo pareciese decía mucho sobre él y su entrenamiento.

Se encogió de hombros y se apartó del tragaluz. Sin duda era un magnífico espécimen del sexo opuesto. Claro que eso sólo podía significar que, entre otras cosas, tendría los mismos defectos insufribles que el resto de los hombres. Empeorados, posiblemente, por un exceso de seguridad en sí mismo.

Imri era todo lo que ella necesitaba; la complementaba y la completaba y hacía que todo lo demás mereciese la pena. Su carne suave, sus formas rotundas y su abandono sin reservas al placer era cuanto necesitaba, cuanto quería en esta vida y seguramente cuanto podría llegar a querer por muchas vidas que viviese.

Lo había decidido tiempo atrás y no se había arrepentido de ello y, a medida que el tiempo pasaba, estaba más convencida de haber hecho lo correcto: Imri y ella funcionaban precisamente por todo lo que tenían de diferentes, y porque cada una parecía concebida para encajar en las carencias de la otra. Pero a veces se preguntaba cómo le habría ido con alguien más parecida a ella misma, con una mujer más dura, más llena de aristas. Y ahora, tras comprobar el autodomínio de Brandan se preguntaba hasta qué punto una versión femenina de aquel hombre podría haber llegado a ser...

Se preguntó si entonces habría asistido tan impasible a la tortura. Era una pregunta sin respuesta, lo sabía bien. Pero, al fin y al cabo, responder todas las preguntas no era más que una invitación al aburrimiento.

Y ella odiaba el aburrimiento.

Lo que los hombres llamamos civilización y sin la cual no podemos vivir no es más que un convenio frágil e inestable que puede venirse abajo en cualquier momento. Elimina una sola de las vigas maestras que lo sostienen y el desastre está garantizado.

Sin embargo, eso no es del todo cierto. La caída nunca es completa. Los mensajeros están ahí, curando no sólo nuestras heridas sino las de nuestras sociedades. Sean lo que sean, emisarios divinos o simples seres vivos demasiado pequeños para ser vistos a simple vista, lo cierto es que nos han salvado del abismo cada vez que hemos estado a punto de caer.

De ahí viene nuestra confianza en que la civilización es el estado natural del hombre y que no puede ser de otra forma.

Pero si eliminamos a los mensajeros del paisaje, la cosa cambia.

Claro que eliminar a los mensajeros es imposible. Están por todas partes, al fin y al cabo. La sola idea resulta inconcebible.

Pero lo inconcebible sucedió cuando la Confederación Occidental lanzó la primera bomba de Malas Noticias sobre Kyono-jo.

Y una vez que lo inconcebible ha sucedido, es cuestión de tiempo que se repita.

—Yán Fleng

Había una prioridad para todo. Y lo primero era dejar al prisionero en una de las celdas del piso subterráneo. Lo segundo, darse un largo baño para quitarse la peste del camino. Y sólo entonces, Tsun Zune contactaría con Número Dos.

Así lo hizo, tres horas después de haber llegado a No Mo Lou. Limpio, relajado, con ropas nuevas y sintiéndose completamente a salvo de todo, se recluyó en la seguridad de sus habitaciones y activó los mensajeros de llamada de su espejo.

Comprobó con alivio, una vez más, que funcionaban. Tsun Zune se pasaba la vida preso de pequeños temores y uno de ellos era que el campo de contención de mensajeros se desbordase y acabara penetrando también en sus aposentos. Que el campo pudiera colapsar, sin embargo, era una idea que jamás había pasado por su cabeza.

La superficie del espejo se volvió líquida por unos momentos y, cuando cobró consistencia de nuevo, reconoció el perfil de Número Dos.

—Llevas retraso —dijo éste a modo de saludo.

—En realidad, llegué dentro del horario previsto —respondió Tsun Zune—. Pero...

—Sí, antes tenías que asearte.

Había un ligero tono de reproche en la voz del otro hombre, que Tsun Zune prefirió no percibir. Ambos hablaban en khynainio y sólo un ligerísimo acento delataba que Número Dos era nativo de aquellas tierras.

—Todo ha ido como esperábamos, supongo.

—Claro. Brandan se acercó a la chica, tal como previste. Capturarlo fue un juego de niños.

Aunque sigo sin ver por qué...

—No tienes que verlo, Tsun, sólo hacerlo.

—Comprendo.

—Lo dudo, amigo mío. Pero eso no importa ahora. ¿Hiciste lo que te pedí?

Tsun Zune esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. Te alegrará saber que no he perdido mis viejas habilidades; de hecho, volver a practicarlas fue, como siempre, un placer. Hay pocas cosas en este mundo que se puedan comparar a realizar bien un trabajo para el que estás dotado. Aunque confieso que el sujeto en cuestión era casi tan irritantemente obcecado como tú.

Sorprendido, Tsun Zune vio cómo Número Dos fruncía el ceño.

—¿Qué has hecho exactamente? —preguntó.

—Lo que me pediste, por supuesto. A mi inimitable manera.

—Lo has torturado.

—Querías que comprobase ciertas cosas. Y usar mis viejos métodos me pareció el método más eficaz...

Número Dos tuvo una imprecación.

—Es culpa mía, supongo —dijo, tras respirar pausadamente un par de veces—. Al menos obtendrías algún resultado.

—Depende de cómo lo mires. Como te he dicho, el adepto es terco como un ejército de mulas, por no mencionar que no pasamos de lo que podríamos llamar un primer contacto. Difícilmente en una sola sesión... —Se interrumpió, al darse cuenta del gesto de impaciencia de Número Dos—. No conseguí quebrarlo, así que en ese aspecto, mi tarea fue un fracaso.

—Lo contrario me habría sorprendido. Sigue.

—En cuando a lo que averigüé... Es muy interesante. Más quizá de lo que creíamos. Mis métodos estaban destinados a drenar su sistema corporal de mensajeros, a dejarlo vacío. Sin embargo... Sé que es imposible, pero casi parecía producirlos. Durante el viaje en el barco me empleé a fondo, te lo aseguro. El campo de contención funcionaba perfectamente y, en cuanto sus mensajeros dejaban su cuerpo, morían. De eso estoy seguro. Sin embargo, no parece haber habido un descenso apreciable en los que sigue habiendo en su interior.

Número Dos se acarició el mentón y terminó asintiendo. No parecía impresionado.

—Era una posibilidad —dijo—. Me enviarás un informe detallado.

—En cuanto sea posible la transferencia.

—Y, por lo demás, creo que tu tiempo ahí está terminando, amigo mío. Lo prepararás todo para irte y vendrás con nosotros.

Al fin, se dijo Tsun Zune. Después de tanto tiempo, al fin.

—No queremos que el gobierno de Khynai sepa lo que está pasando —dijo, tratando de que sus emociones no lo traicionaran—. Así que arreglar las cosas me llevará un tiempo.

—Que te lleve el tiempo necesario. No más. Y en cuanto...

Tsun Zune lo interrumpió con un gesto y tapó el espejo con un retal de lienzo. Se giró en dirección a la puerta. Alguien discutía con sus guardias al otro lado y, a juzgar por la vehemencia con la que lo hacía, no parecía dispuesto a irse.

Fue hasta la puerta y la abrió. Valquinia parecía a punto de fulminar de una mirada a uno de los guardias, en absoluto intimidada por la diferencia de tamaño entre ellos. Al ver a Tsun Zune se calmó lo suficiente para preguntar:

—¿Puedo hablarte?

—Ahora no es un momento adecuado, niña. Tengo tareas de las que ocuparme.

—Sí, y yo debería ser una de esas tareas.

Lo pensó unos instantes y acabó decidiendo que era mejor hablar con ella en ese momento y librarse lo antes posible de la muchacha.

—Pasa —dijo al fin.

Ella entró en la habitación y la recorrió con la mirada mientras Tsun Zune cerraba la puerta a sus espaldas. Le indicó un asiento y él mismo se sentó tras la gran mesa que presidía el cuarto.

—¿Qué quieres? Y es mejor que sea breve.

—Quiero saber dónde está mi padre. Y qué ha sido de Yáxtor.

—Te reunirás pronto con tu padre, te lo aseguro. —No tenía estómago para contarle ahora la verdad. Que lo hiciera Número Dos. Al fin y al cabo, la muchacha era asunto suyo—. En cuanto a Brandan, es un enemigo, y lo hemos tratado como tal.

—¿Enemigo? Es mi... —Se interrumpió de repente—. Es un amigo de mi padre.

—No lo creo. Aunque no dudo que él te habrá dicho eso. ¿Algo más?

—¿Qué ha sido de Yáxtor? —insistió Valquinia.

Maldita niña con la cabeza a pájaros. Tsun Zune estuvo a punto de perder la paciencia.

—Está en una celda. Vivo e intacto. De momento.

—Quiero hablar con él.

Lo pensó unos instantes. ¿Por qué no? Que hiciera lo que quisiese si con eso se libraba de ella.

—Haré que uno de mis guardias te lleve. ¿Algo más?

Valquinia se puso de pie y lo miró como si pudiera matarlo con la mirada.

—Puedes irte.

Sin una palabra, la joven echó a andar hacia la puerta. Tsun Zune ya se había olvidado de ella antes de que la hubiera abierto. Retiró el lienzo del espejo y, al mismo tiempo que oía cerrarse la puerta, retomó su conversación con Número Dos.

—Perdona. Un asunto molesto que debía atender.

Prefirió no entrar en detalles y su interlocutor no se los pidió.

—No importa —dijo—. Casi habíamos terminado. Cuando lo tengas todo preparado tomarás a la hija del comandante y a Brandan y los llevarás contigo.

¿Por qué?, se preguntó Tsun Zune. La chiquilla... bien, era molesta, pero comprendía que Número Dos tenía una deuda con su padre. Pero, ¿el adepto? ¿Por qué seguir conservándolo con vida? Sin embargo, sólo dijo:

—Así se hará.

—Bien. Paga a Yoranna y que se vaya. Ha hecho un buen trabajo.

La comunicación se cortó y el espejo volvió a ser sólo un espejo. Tsun Zune se reclinó en su silla y trató de encontrar una postura cómoda, pero no pudo.

De pronto, sintió que volvía a necesitar un baño.

—¿Qué te han hecho, amor mío?

—Nada que no vaya a curar el tiempo. Suponiendo que lo tenga, claro.

Valquinia miraba a Brandan sin creer lo que veía. El cuerpo de su amado estaba cubierto de costras sanguinolentas, como si multitud de pequeñas alimañas se hubieran alimentado de él. Su sonrisa, sin embargo, estaba intacta, y era toda para ella.

—¿Te han tratado bien?

Valquinia asintió.

—Dicen que no eres amigo de padre, que eres un enemigo.

—Sí, claro, no esperaba otra cosa.

Se acercó a los barrotes que lo separaban de la muchacha, y ella hizo lo mismo. Había espacio suficiente para sus bocas se unieran y eso fue lo que hicieron. Fue un beso interminable, pero para Valquinia duró menos que un suspiro. Al terminar se sintió llena de su sabor y, de algún modo, supo que todo iría bien.

—No te he contado toda la verdad, mi amor —dijo Brandan, con la mano en la mejilla de la joven—. Esperaba que no fuera necesario. Tu padre... ellos creen que era de los suyos. Pero trabajaba para nosotros. —Apretó los dientes—. Temo que haya muerto.

Valquinia parpadeó y trató de no llorar.

—Yo también —dijo—. Aunque no me atrevía ni a pensarlo siquiera. Pero...

Guardaron silencio. Ella lo devoraba con la mirada y él no apartaba la mano de su rostro. Acercaron sus bocas en un nuevo beso y aquello fue suficiente para tranquilizarla.

—Pero estamos vivos. Y juntos —dijo—. Tenemos eso.

—No sé por cuánto tiempo —dijo Brandan—. No quiero preocuparte, pero...

—Nada que tú digas podría preocuparme —dijo ella, tratando de sonar valiente—. No mientras te tenga a mi lado.

—Tenemos que buscar un modo de salir de aquí.

Valquinia asintió.

—Sí. Juntos. Te ayudaré. No sé cómo, pero...

—Puedes empezar contándome lo que has hecho, lo que has visto. Cualquier cosa. No importa que te parezca una nimiedad. Todo.

Ella no se hizo de rogar. Le habló del viaje en el barco submarino, encerrada en su camarote. De la travesía por tierra en una caravana que parecía que no iba a llegar nunca a su destino.

—No te vi con nosotros.

—Estaba allí. Encerrado.

Valquinia entrecerró los ojos, y de pronto comprendió.

—El ataúd —exclamó.

Brandan asintió.

Ella siguió hablando y se lo contó todo, sin dejar nada fuera. Brandan pareció animarse cuando le habló de su entrevista con Tsun Zune.

—Un espejo de comunicación —murmuró.

—Eso era lo que parecía. Creo que no quería que viese con quién estaba hablando. ¿Quiénes son, Yáxtor, por qué nos hacen esto?

—Son el enemigo. El nuestro y el de todos.

—Pero los derrotaremos. Juntos.

—Juntos —repitió él. Besó su boca una vez más y luego dijo—. ¿Sabes dónde estamos?

Valquinia negó con la cabeza.

—Lo suponía. No te preocupes. Lo más seguro es que estemos en alguna parte de Khytai. En

algún tipo de prisión.

Le pidió luego que le describiera el lugar en el que estaban. Ella le habló del alto torreón que lo dominaba todo, y de las murallas que había alrededor. De los hombres que había visto paseando en grupos. Hombres abatidos, dijo, como si no les quedara nada por vivir. Y le habló de los guardias armados.

—Sí, una prisión de Khynai —dijo él—. La configuración es característica.

Frunció el ceño al oír un ruido y vio cómo el guardia que la había traído hasta allí se acercaba.

—Tienes que irte —dijo.

—Volveré. Tanto como pueda. Saldremos de aquí.

Él sonrió y la dejó irse con un último beso.

Valquinia abandonó el lugar escoltada por el guardia. No fue consciente de la figura oculta en la penumbra que había asistido a su conversación con Brandan. No la vio ni siquiera cuando pasó a su lado, tan cerca que sólo tenía que alargar la mano para tocarla. En realidad, en aquellos momentos, no la habría visto ni en un pasillo bien iluminado. En su mente sólo había sitio para Brandan, y el sabor de su boca dentro de la suya.

Yoranna comprendió lo que había hecho Brandan y contuvo una maldición admirada. Era bueno, sin duda, muy bueno.

No podía usar sus mensajeros. En cuanto abandonaban su cuerpo, el campo de contención que rodeaba aquel lugar (igual que había rodeado el barco, y el féretro en el que había viajado después) los eliminaba.

Pero dentro de él estaban a salvo. Navegando por sus venas, bullendo por todos los fluidos de su cuerpo. No podía lanzarlos al aire hacia aquella pobre niña, pero le había bastado besarla para infectarla con su saliva y seguir manteniendo su dominio sobre ella.

Dejada a su propios medios, Valquinia habría terminado eliminando los mensajeros de Brandan de su sistema. Pero él acababa de darle una dosis de refuerzo; varias, en realidad a juzgar por el modo voraz en que había devorado la boca de la niña cada vez que podía. Lo suficiente, suponía, para que la chiquilla muriera por él en cuanto se lo pidiera.

Se preguntó qué pasaría con una exposición continua y prolongada. ¿La cambiarían definitivamente? ¿La harían tan dependiente de Brandan que éste ya no necesitase infectarla nunca más? ¿Podían ser tan poderosos los mensajeros de aquel hombre para modificar los propios mensajeros del cuerpo de la muchacha y convertirla para siempre en su marioneta?

Meneó la cabeza. Las cosas no funcionaban así. Eso había creído siempre, eso le habían dicho, eso era lo que había visto. Y sin embargo...

¿Debía decírselo a Tsun Zune? No era asunto suyo, desde luego, y ella había cumplido con su parte del convenio: capturar a Brandan y asegurarse de que llegaba hasta allí sano y salvo. Pero le habían pagado lo bastante bien para que se sintiera inclinada a contarle lo que había visto.

Claro que allí Brandan no tendría muchas oportunidades de andar repartiendo besos y saliva llena de mensajeros. Con Valquinia, cuando volviera a verlo, pero con nadie más.

Sin embargo... en una situación desesperada, se las había arreglado para usar sus habilidades y conseguir una ventaja, por pequeña que fuera. Y si había sido capaz de hacer eso, quién sabía qué podría hacer a continuación.

Brandan ya no era asunto suyo, pero le diría a Tsun Zune lo que pasaba. Que luego ellos se las apañaran con él.

Sin salir de las sombras, echó a andar hacia el exterior. Se detuvo al notar un movimiento a sus espaldas.

Al volverse, advirtió que Brandan, agarrado a los barrotes de su celda, sonreía y miraba en su dirección, como si pudiera verla.

*El corazón del bosque oscuro,
más allá de los Grassin J'mpmensh,
donde el mundo no existe
y sin él no puede existir el mundo.*

Todo bajo el cielo.

*La cordillera de la desesperación,
el abismo al que no llega nunca la luz.
Donde el aliento de Dios se detiene
y ningún mensajero trae noticias jamás.*

Nada.

—Antiguo poema khynainio (traducción de Marlev Shaspa).

Durante los días siguientes, Tsun Zune estuvo lo bastante ocupado para prácticamente no pensar en nada. Tenía demasiado que hacer, demasiados cabos que atar antes de irse para siempre.

Pagó a Yoranna y la dejó marchar. No hizo mucho caso de las advertencias de la mujer. De hecho, ni siquiera la dejó acabar. Le agradeció sus servicios, le dijo que él se encargaría de Brandan a partir de entonces y la vio partir a caballo al atardecer, no sin que antes le lanzara un par de imprecaciones.

Una mujer indómita, se dijo. Atractiva, sin duda, para quien le gustase esa clase.

Se ocupó de Brandan, tal como le había dicho a Yoranna.

Lo alimentó bien, le proporcionó ropas que no fueran unos harapos y lo dejó deambular por el enorme patio que ocupaba la mayor parte de la prisión. No era quizá la mejor de las soluciones, pero Sai Yin, su segundo al mando, ya encontraba extrañas demasiadas cosas y no permitir que el nuevo prisionero compartiera la vida de patio habría sido un error. De hecho, tras pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que quizá saldría algo bueno de todo aquello.

Dejémosle que se mezcle con los otros prisioneros, si así lo quiere, se dijo. O que permanezca apartado de los demás, no importa.

En cualquier caso, vería lo suficiente para darse cuenta de en qué se iba a transformar si permanecía allí el tiempo suficiente: un ser vacío y cansado, sin otra cosa que desesperación y sin más miedos que seguir vivo otro día más. No esperaba que eso quebrara a Brandan, pero quizá lo ablandase lo suficiente.

El estudio de los demás había sido siempre el primer impulso de Tsun Zune. El estudio a través de su dolor, de sus mentiras. A través de lo que querían ver, estuviera o no allí. A través de sus máscaras. Y, aunque ahora era un Espectro y buscaba, como ellos, la eliminación de la mentira del mundo, su antiguo yo seguía existiendo.

Pronto se iría de allí, pero mientras tanto, podía jugar un poco.

Valquinia iba a ver al adepto todos los días y él no se lo impidió. Al menos la mantenía ocupada y lejos de sus asuntos.

Por lo demás, había demasiado que hacer. Demasiadas puertas que condenar y rastros que borrar.

Los días iban pasando y Tsun Zune tenía la sensación de que no acabaría nunca.

Sai Yin sospechaba, estaba seguro de eso, y con el tiempo sus sospechas no irían precisamente a menos. Pero conocía bien a su segundo (no en vano se había formado a su lado todo aquel tiempo) y sabía que era un hombre prudente, que antes de dar un paso sopesaba todas las posibilidades e, incluso entonces, vacilaba. Para cuando comprendiera que algo no estaba como debería, Tsun Zune ya no estaría allí.

Los informes que los guardias le trajeron del comportamiento de Brandan lo preocuparon durante un tiempo.

El adepto se mezclaba con los otros presos, sin duda, tal vez demasiado. Su conducta era hostil, agresiva, insistía una y otra vez en provocar problemas y, tarde o temprano, acababa envuelto en una pelea.

—Además, juega sucio —le dijo el guardia—. Tengo a la mitad de los presos con marcas de sus dientes en el cuerpo.

Aquello le pareció interesante y, aunque tenía demasiado que hacer, decidió que merecía la pena descubrir a qué podía deberse.

Aquella tarde, observó a Brandan desde uno de los puestos de vigilancia, y no tardó en verlo acercarse a uno de los prisioneros y provocarlo hasta que el otro no pudo más y se lanzó sobre él. A lo que siguió apenas podía llamarse pelea. Y, tal como el guardia había dicho, Brandan no dejaba de morder a su oponente con una rabia que a Tsun Zune le pareció sorprendente.

Luego, meditando en la soledad de su despacho, se dio cuenta de que quizá no lo era tanto. Al fin y al cabo, él mismo había supuesto que pasaría algo así, aunque no contaba con que el adepto reaccionara de un modo tan violento.

Estaba empezando a comprender, se dijo. Sí, Brandan comenzaba a darse cuenta de lo que le esperaba, de la desesperación y el vacío que iban a poblar sus días a partir de aquel momento. Se rebelaba, aunque fuera una rebelión fútil y tonta. Soltaba su rabia (y, sobre todo, su miedo, en realidad) como podía.

Aquella fase pasaría antes o después... salvo por el detalle de que Brandan no estaría allí mucho tiempo, claro.

Sin embargo, mientras tanto, resultaba molesto y ponía patas arriba el cuidadoso

ordenamiento de la prisión.

Había que aplacar a la bestia, se dijo. Hacer que dirigiera sus energías en otra dirección.

Sonrió.

Dónde si no.

Aquella noche, cuando Valquinia fuera a verlo, descubriría que el guardia iba a dejarla pasar al interior de la celda para luego dejarlos solos. A partir de ahí, las cosas seguirían su curso inevitable.

Satisfecho del modo en que había resuelto el problema, Tsun Zune dio las órdenes oportunas y no volvió a pensar en el asunto hasta el día siguiente, cuando comprobó complacido cómo había cambiado el comportamiento de Brandan.

Dócil, se dijo. Casi domesticado.

No, aquello no era cierto. Brandan no iba a ser domesticado con tanta facilidad. Quizá ni siquiera pudiera serlo, una posibilidad que no estaba seguro de que Número Dos hubiera considerado. Pero al menos lo había apaciguado de momento, y tendría que conformarse con eso.

—No tenemos mucho tiempo, amor mío.

Valquinia estaba sobre Brandan en el camastro de la celda de éste. Completamente llena de él, no podía apartar los ojos de su rostro y era incapaz de pensar en casi nada más. O mejor dicho, no hacía más que pensar; pensar en todo, en cualquier cosa, en lo que ocurría y en lo que no, en lo que podía pasar y en lo que no sucedería nunca. Y siempre todos aquellos pensamientos giraban alrededor de Brandan.

Como ahora. Después de que él la poseyera con una ferocidad que estaba empezando a convertirse en una costumbre, había seguido pensando.

—Tsun Zune va a irse.

No sabía cómo lo sabía, pero era así. Había algo en el comportamiento del hombre que la hacía sospechar que estaba recogiendo sus cosas para marcharse. Y, si se iba, estaba segura de que la llevaría con él.

Pero no a Yáxtor.

La idea de estar separados era una agonía. Pero el pensamiento de que su amor pudiera terminar convertido en un cascarón de mirada desesperada que se limitaría a ver pasar los días y las noches hasta que la muerte fuera un amigo largo tiempo esperado, era más de lo que podía soportar.

Si Tsun Zune se iba, que se fuera. Y si la llevaba con él y la apartaba de Yáxtor, que así fuese, si no quedaba otro remedio.

Pero él tenía que ponerse a salvo. Tenía que volver a casa. Tenía que vivir. No como un animal enjaulado, sino como el tigre indómito que era. Libre.

Aunque fuera sin ella, pero libre.

Brandan acarició sus pechos, se entretuvo haciendo girar sus pulgares en sus pezones y contemplando cómo crecían y se endurecían. Con un esfuerzo sobrehumano, Valquinia le apartó las manos.

—No tenemos tiempo para esto —le dijo, con una voz que era casi un jadeo. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Yáxtor mordiendo sus pezones, pero consiguió seguir hablando a pesar de todo—. Tienes que escapar.

—¿Sin ti?

—Como sea. Yo... yo no soy importante, al fin y al cabo. Pero tú tienes que escapar, tienes que volver a Alboné. Avisar a los tuyos de lo que pasa.

—No sin ti —dijo él.

—Sin mí, si es necesario —insistió ella—. Mientras uno de los dos esté libre, los dos lo estaremos. Tienes que irte. —Volvió la cabeza, para que él no viera sus lágrimas—. Pero no sé cómo.

—Yo sí —dijo él.

Con suavidad, la apartó de su cuerpo y la hizo tenderse a su lado. Ella sentía sus ojos en su piel, y temblaba ante la sola idea de aquellos dedos sobre su vientre, entre sus muslos, siguiendo la curva de su mandíbula. Supo que él lo deseaba tanto como ella, a pesar de que debería haber estado más que saciado.

Pero no nos saciamos nunca el uno del otro, se dijo.

—Mañana, al atardecer, habrá un cambio de guardia en el punto de la muralla que me interesa —siguió hablando Brandan. Su voz era implacable, como el filo de una espada, y ella sintió que necesitaba tenerlo dentro—. Sé cómo encargarme de eso. Tengo hombres fuera. Pero necesitaré una maniobra de distracción dentro de la torre.

—Pero...

—Lo comprendo. Quedarías atrás. Por eso no quería pedírtelo.

—No, no es eso. Si escapas a pie, morirás.

—¿Quién te ha dicho eso?

—No soy tonta. Oigo y veo cosas. He visto mapas. Alrededor de la cárcel no hay más que desolación. No sé a lo largo de qué distancia, pero sí que es suficiente para que mueras de hambre, si no te atrapan antes. No encontrarás nada de comer. Y el sol acabará contigo.

Brandan sonrió, como si ya hubiera pensado todo aquello.

—Deja que yo me ocupe de eso.

—Pero...

—¿Confías en mí?

—Completamente.

—Necesito que lo hagas sin reservas, Valquinia. Sin preguntas, sin importar lo absurdo que parezca lo que te pido.

Ella asintió y pensó que nunca lo había amado tanto como en aquel momento.

—Sé cómo están las cosas fuera. Y sé también cómo salir de ello. Ya te he dicho que tengo hombres en el patio. Están conmigo y me ayudarán a salir. Una vez fuera... nos arreglaremos. Pero necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea —dijo ella.

Brandan sonrió de nuevo.

—Sé que no me defraudarás.

—Nunca, mi amor.

—Y volveré a por ti. Estés donde estés, daré contigo.

—Lo sé.

Ahora fue ella quien sonrió. Acarició su rostro y luego lo empujó en dirección a su boca.

—Te quiero dentro de mí —dijo, después de un beso interminable—. Ahora.

Al día siguiente, por la mañana, alguien reconoció a Brandan en el patio. O algo parecido.

El grupo de seguidores que había ido reclutando esos días paseaban a su alrededor. Nunca demasiado cerca ni de un modo excesivamente obvio. Pero formaban un muro casi impenetrable para cualquiera que quisiese acercarse a Brandan.

Casi todos eran antiguos combatientes. Algunos de Wáhrang, unos pocos de Honoi. Un albonense o dos, espías del tiempo inmediatamente posterior a la guerra que habían desaparecido en territorio enemigo y de los que nunca se había vuelto a saber. Hombres maduros, lo bastante encallecidos para que la prisión no hubiera podido acabar todavía con ellos. Y con un propósito en mente que les impedía rendirse: volver a casa. Huir de allí para seguir luchando, aunque fuera ya en otra guerra.

Habían encontrado en Brandan lo que buscaban: un foco para toda su rabia, y lo seguían sin hacerse preguntas. Él los sacaría de allí. Y algún día volverían y derruirían aquel lugar hasta sus cimientos.

Vieron cómo el paseo de Brandan acabaría acercándolo a Mashrun, pero no hicieron nada para impedirselo. Al fin y al cabo, el viejo loco era inofensivo y llevaba allí, o eso parecía, más que nadie.

Al darse cuenta de que alguien se interponía entre él y el sol, Mashrun alzó la vista. Abrió la boca pero de ella no salió palabra alguna. Se quedó mirando a Brandan con la boca abierta durante lo que pareció un tiempo interminable y al fin consiguió articular:

—Te conozco.

El adepto, que al pasar le había lanzado una mirada de refilón al viejo, se detuvo y se encogió de hombros. Se giró a medias y lo contempló, apenas interesado.

—Sí, te conozco —dijo el viejo—. Estábamos juntos, los tres. ¿Dónde está Fleng?

Brandan miró a su alrededor. Uno de sus hombres le hizo un gesto con la cabeza, quitándole importancia a los desvaríos de Mashrun.

—Pero no —siguió éste—. Tú te fuiste antes. No estabas aquí. ¿Por qué estás aquí?

—¿Dónde debería estar?

—En el pozo de la nada oscura, en la cordillera de la desesperación, en el abismo al que no llega nunca la luz —canturreó—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Dónde es aquí, viejo?

—¿Aquí? Esto no es ningún lugar.

—¿Quién eres?

—Ahora no soy nadie. Pero era Mashrun, y en mi cabeza guardaba las joyas de la Corona. Como tú. Como Fleng. Pero tú nos dejaste y a Fleng se lo han llevado. No sé adónde. A algún lugar.

Indeciso entre permanecer allí y seguir su camino, Brandan no pudo evitar la pregunta:

—¿Quién soy yo?

—¿Tú? Éramos tres. Fleng, tú y yo. Fleng, Brandan y Mashrun. Éramos tres.

Incapaz de articular palabra, el adepto no quitaba la vista de encima al viejo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Éramos tres. Los tres. Pero luego sólo dos. Y nos llevaron a ninguna parte. Y Fleng ya no está. ¿Por qué estás aquí?

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Brandan de nuevo, de un modo amenazador.

—Lo sé. Claro que lo sé, Próxtor.

—¿Cómo?

Pero Mashrun sólo se reía, y al hacerlo, su boca desdentada parecía una invitación a la locura. Brandan se acercó más al viejo y lo tomó por los brazos.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó.

En ese momento, un guardia se acercó al lugar en el que estaban. La multitud se dispersó y uno de los hombres de Brandan trató de llevárselo de allí. El adepto se resistió al principio, pero cuando vio lo que ocurría, soltó al viejo y se alejó fingiendo tranquilidad.

—¿Quién es? —le preguntó luego al hombre que lo había apartado.

—¿Mashrun? Un viejo loco. Está aquí desde siempre, o eso parece. Creo que luchó en la guerra, aunque no sé en qué bando. No le des importancia a lo que diga. No tiene sentido.

Brandan gruñó lo que parecía un asentimiento, pero su interlocutor vio que estaba lejos de parecer tranquilo.

Ya no quedaba mucho. Un par de días más y todo estaría listo. Tsun Zune se iría de allí, y nadie sabría cómo ni adónde. Para las autoridades de Khynai sería un misterio más, uno que nunca resolverían. O tal vez sí, dentro de algunos años, cuando volviera como gobernador de aquel territorio en nombre de Número Uno.

Su desaparición no dejaría huellas, salvo una cárcel sin carcelero y un perplejo subalcaide que no sabría qué había pasado. De hecho, a todos los efectos sería como si Tsun Zune nunca hubiera existido. Todo rastro de su presencia, de que algún día había nacido, se desvanecería con él.

Seré un rumor, se dijo. Una sombra. Un espectro.

Dos días. Dos días más y por fin podía dejar de fingir. Pensó en Número Dos y no pudo evitar una sonrisa. Habían pasado por tanto juntos.

Él había sido su carcelero y Número Dos un preso al que no conseguía quebrar. Y la única persona con la que merecía la pena hablar en aquel lugar dejado de la mano de Dios.

Antes, en otra vida, habría realizado maquinalmente el gesto contra la blasfemia. Al fin y al cabo, se suponía que Dios estaba en todo y lo veía todo y no había nada dejado de Su mano. Pero ahora él sabía que las cosas eran de otro modo. Número Dos le había abierto los ojos.

—En realidad, tú me los abriste a mí, amigo mío —le había dicho una vez—, aunque no creo que lo supieras.

Si Número Dos lo decía, así debía ser. Al fin y al cabo, era el único hombre al que no había conseguido domar. El único que, en cierto modo, lo había domado a él.

¿Y todo porque su conversación era interesante? ¿Todo porque Tsun Zune le había dejado leer el Libro del Origen en su versión de Khynai y, a través de aquellas mentiras, le había permitido vislumbrar la verdad a Número Dos?

No, había algo más.

—Sí que lo hay —le había dicho Número Dos—. Número Uno fue quien me puso en el camino correcto. Quien me enseñó a mirar. Pero fuiste tú quien me señaló lo que estaba mirando.

La verdad más allá de las mentiras. De todas las mentiras. La verdad que había hecho tambalearse todo su mundo y luego lo había reconstruido.

La verdad.

Oyó ruido de pasos en el pasillo, y eso lo hizo volver a la realidad. Alguien gritó a lo lejos y, de pronto, Tsun Zune fue consciente del olor a quemado.

Salió de su despacho y se cruzó con uno de los guardias.

—¡Un incendio, señor! ¡Los establos!

Fue tras el guardia y vio con alivio que el incendio estaba siendo mantenido bajo control. Miró a su alrededor.

—Devolved los prisioneros a sus celdas —ordenó a los que no estaban ocupados apagando las llamas—. Haced un recuento.

No tuvo que repetir la orden y pronto los únicos que quedaban en el patio eran él y los guardias que luchaban contra el incendio. Dentro del establo oía piafar a los caballos y lo lamentó por las pobres bestias. Pero no había tiempo para salvarlos. Lo importante era que el incendio no se extendiera.

Más allá del humo, distinguió una figura tambaleante. Dio un par de pasos, tosió y cayó al suelo.

Tsun Zune ordenó a uno de sus hombres que fuera a por ella y la llevara hasta allí. No tardó en contemplar el cuerpo inconsciente de Valquinia. Tenía un lado de la cara con quemaduras profundas y el brazo izquierdo parecía un tizón a medio consumir. Feas heridas, difíciles de reparar incluso teniendo acceso a mensajeros curativos. Y allí no podría.

Cogió un cubo de agua y lo vació contra la cara de la muchacha. Ésta volvió en sí, en mitad de una tos que no sonó demasiado bien y, al instante, su cara se torció en una mueca de dolor.

—¡Estoy ardiendo! —gritó, y trató de ponerse en pie.

Las fuerzas le fallaron y quedó de rodillas.

—¿Qué has hecho? —preguntó Tsun Zune.

Pero la muchacha no hacía más que gemir de dolor. Tsun Zune no sintió ninguna compasión por ella. Al fin y al cabo, era la responsable del incendio, sin la menor duda.

Se acercó a Valquinia y la tomó por el brazo intacto, obligándola a incorporarse. Acercó su rostro al de ella y sonrió.

—No creo que tu adepto vuelva a mirarte nunca más con deseo —dijo.

Ella lo miró sin comprender y, de pronto, empezó a reírse. Era un espectáculo grotesco, oír aquella risa de demente en medio de un rostro crispado de dolor. Tsun Zune estuvo a punto de golpearla, pero logró contenerse y ordenó que la llevaran a la enfermería y le aplicaran una pomada para el dolor.

—Hacedla dormir, si es necesario —dijo.

El incendio estaba casi extinguido. Apenas quedaban rescoldos y media pared de los establos milagrosamente en pie. El olor a carne quemada era intenso.

Uno de los guardias salió de la torre. Su rostro era una máscara bastante convincente de

preocupación y Tsun Zune no necesitó que le dijera nada para comprender que varios presos habían escapado y que Brandan estaba entre ellos.

A Número Dos no le iba a gustar aquello, se dijo.

Más tarde, pasó a comprobar cómo se encontraba la muchacha. El ungüento que le habían aplicado se había llevado el dolor y lo peor de las quemaduras, pero su piel nunca volvería a ser la misma. Tal vez en otro lugar, en un sitio donde los mensajeros pudieran utilizarse de la forma adecuada, conseguirían repararla. Pero allí no había más mensajeros que los que ella llevara dentro de su cuerpo, y su eficacia sería limitada.

Quizá cuando se fuesen... pero en realidad, el estado de Valquinia era ahora la menor de sus preocupaciones.

Había enviado un grupo tras los fugados, pero sabía que, sin caballos, las probabilidades de encontrarlos eran escasas. Y la caravana con suministros no llegaría hasta dentro de nueve días.

Podía alertar a Pashlai con el espejo de comunicación, pero aquello habría supuesto un retraso intolerable en su marcha de aquel lugar, y un riesgo que no estaba dispuesto a correr. Aunque, para guardar las apariencias, le dijo a su segundo que había avisado a la capital y que ellos se encargarían de los presos fugados y luego intentó no volver a pensar en el asunto.

No lo consiguió del todo, claro.

Había subestimado a Brandan. Lo había hecho una y otra vez y el adepto había aprovechado cada ocasión que se le había puesto por delante.

Estúpido, se dijo.

Ahora lo veía con claridad, con una nitidez dolorosa. Todos y cada uno de los actos de Brandan había ido dirigidos al momento de su fuga. Y él se lo había puesto fácil, le había allanado el camino. No había prestado la menor atención a las advertencias de Yoranna, había permitido que Valquinia y él tuvieran intimidad, no le había impedido tener contacto con los otros presos.

Prácticamente, le había puesto la fuga en bandeja.

Masculló una maldición contra sí mismo y se miró en el espejo de comunicaciones.

Estás viejo y te has convertido en un idiota, se dijo.

Un idiota pagado de sí mismo, tan convencido de que lo tenía todo bajo control que no había reparado en lo evidente.

No es que Brandan tuviera muchas posibilidades ahí fuera: en menos de diez días sería un cadáver, y dentro de un mes, el sol lo habría convertido en una momia.

Pero se las había apañado para encontrar aliados allí dentro y había convencido a Valquinia para que arriesgase su vida por él. Y comprendió que, de algún modo, aunque él no hubiera estado tan ciego, el adepto se las habría arreglado para salirse con la suya.

Extraordinario a su manera, sin duda.

Aunque eso no le disculpaba, no hacía que la herida fuera menos dolorosa. Se sentía humillado, lleno de una rabia sorda y afilada que sólo podía dirigir hacia sí mismo, porque él era el único responsable de lo que había pasado.

Y Número Dos lo sabría. No podía ocultárselo. La sola idea de ocultárselo, en realidad, le resultaba inconcebible.

Idiota, se dijo de nuevo.

¿He dejado de ser útil?, se preguntó después. *¿Me he vuelto tan rígido y tan pagado de mí mismo que ya no le sirvo a nadie?*

Pero no tenía tiempo para eso. Ahora no. Y pronto se iría de allí para siempre. Pagaría las consecuencias de sus errores, como había hecho toda su vida y seguiría adelante. No podía hacer mucho más.

Dicen que el momento del nacimiento y el de la muerte son muy parecidos. Dado que no recordamos realmente nuestro nacimiento y que nadie ha vuelto del otro lado, si es que lo hay, para contarnos cómo es ese asunto de morirse, la afirmación no deja de ser una construcción de la mente humana sin ninguna base en la realidad.

Claro que, por otro lado, vivimos en un mundo lleno de construcciones de la mente humana que parecen tener poca o ninguna base en la realidad. Las usamos porque, de algún modo misterioso, funcionan y ayudan a mantener unidas las cosas. Y sin ellas seguramente no seríamos distintos de cualquier animal

—Orston Velhas

Qérlex contemplaba el trabajo de los artífices occidentales con cualquier cosa menos aprobación. Sin duda eran eficaces y sabían lo que estaban haciendo. Quizá lo sabían demasiado bien. Si se producía el menor error, lo que manejaban podía acabar destruyendo el mundo, y ellos lo trataban con indiferencia, como si manipular la muerte en masa fuera una cosa rutinaria.

Y no había nada de rutinario en aquello. Cada paso debía ser comprobado mil veces antes de ejecutarse y, cuando se hiciera, debía realizarse con el mayor respeto. Aquello era la muerte. Peor aún, era la destrucción del mundo tal como lo conocían.

Coloniales, pensaba. Malditos coloniales alejados demasiado tiempo de la metrópoli. Al fin y al cabo, su país había sido fundado por un puñado de palurdos individualistas.

—Todo va como la seda —les oía decir—. Todo dentro de las especificaciones.

Sí, claro. Todo estaba siempre dentro de las especificaciones. Hasta que dejaba de estarlo.

—¿Ves, maestro Qérlex? Un juego de niños.

Y eso es lo que eran ellos. Niños entusiasmados ante un juguete letal.

Pero eran eficaces, eso tenía que reconocérselo.

De vuelta en su taller, repasó lo que había visto hacer a los occidentales.

Lo que pretendían era factible. Y Qérlex no dejaba de ver cierta irónica belleza en el hecho de que el propio campo que era el germen de la bomba de Malas Noticias se usase ahora para escudarse de sus efectos.

Con el tiempo, se dijo, era posible que las mayores ciudades estuvieran escudadas. De hecho, los occidentales estaban seguros de que podían manipular el campo no sólo para impedir el paso de las Malas Noticias, sino para detectar su llegada.

Era posible.

Todo era posible. Hasta que Brandan siguiera con vida y de algún modo milagroso consiguiera averiguar quién era aquel misterioso enemigo que, sin pedir nada a cambio,

amenazaba con destruir su modo de vida.

Muchas cosas eran posibles.

Tarde o temprano el mundo tendría que cambiar. Adaptarse. Vivir de algún modo con la amenaza de la destrucción siempre presente. Ah, claro, llevaban viviendo así desde el final de la guerra, pero hasta aquel momento el letal juguete de los occidentales no había sido una amenaza tan clara.

Ahora, todo lo que se había arrastrado en la oscuridad los últimos veinte años salía por fin a la luz.

Lo que mantenía en pie su civilización, la existencia de los mensajeros y la capacidad humana para manipularlos, podía ser borrado de un plumazo de la noche a la mañana. No en todo el mundo, sin duda. Los bosqueoscuros seguirían existiendo, y los carneútiles se seguirían creando, así que de un modo u otro, siempre habría mensajeros. Pero no era suficiente. Sin la infraestructura que el mundo había ido creando después de pacientes siglos de prueba y error no sería suficiente. Y, para mantener esa infraestructura necesitaban un mundo plagado de mensajeros, cubierto de él, un mundo en el que los hombres respiraran mensajeros, los sudaran, los soltaran al defecar y al eyacular, los tomaran con la comida y los derramaran con sus lágrimas.

Y, para eso, eran necesarios algo más que un puñado de bosqueoscuros y los carneútiles que éstos pudieran producir.

Sin duda el mundo había sido así, al principio: mensajeros escasos, concentrados sólo en determinados puntos.

Pero había pasado tiempo, tal vez demasiado. Las cosas habían cambiado tanto que no era posible dar marcha atrás, no sin destruir todo lo que habían construido.

Volverían a las edades oscuras. Las ciudades serían ruinas abandonadas en las que no funcionaría nada y tendrían que regresar a una economía puramente agraria. Y, aunque los mensajeros seguirían allí, y la capacidad para manejarlos también, nadie se arriesgaría nunca de nuevo a concentrarlos en un núcleo urbano, manipularlos y someterlos, hacer que gracias a ellos las luces funcionaran, los trenes llegaran a su hora, los aerobajeles comunicaran a las naciones, el agua saliera del grifo con un solo gesto o se pudieran crear medicinas de forma masiva con ellos.

Porque en el momento en que volvieran a las andadas, cualquiera podría soltar sobre ese lugar una bomba de Malas Noticias y volverlo inhabitable para los mensajeros en los siguientes diez años. O cincuenta. O cien.

¿Cómo vivirían? ¿Perpetuamente escudados tras sus campos de contención, temiendo siempre que algo pudiera traspasarlo y acabar con su modo de vida? ¿Se convertirían las ciudades en fortalezas?

Qérlex sabía que especular sobre todo aquello era ocioso. No tenía modo de saber cómo sería el futuro. Sólo que estaba seguro de que no se trataba de un lugar en el que le apeteciese vivir.

Da con ellos, muchacho, pensaba. Fuiste creado para eso. Eres nuestra mejor arma. Cumple con tu cometido.

Pero a medida que pasaban los días y se acercaba la fecha dada en el mensaje sin recibir noticias de Brandan, las esperanzas de Qérlex eran cada vez menores.

Glaxton Dishrel compartía buena parte de las preocupaciones de Qérlex. Los informes en el trabajo del campo de contención eran esperanzadores y, si todo iba bien, podrían al menos salvar lo esencial del gobierno en el peor de los casos.

Sólo que «si todo iba bien» no era una expresión que le gustase mucho.

Había servido a tres encarnaciones de la Reina. A la primera, como un joven y oscuro pasante del ministerio. A la segunda, en distintos cargos dentro del gobierno. Y, finalmente, como Regente a la tercera.

Cuando se completara la Transición actual, su tarea habría concluido y podría irse a la Casa Final con la satisfacción de haber cumplido su deber. Se sumiría en el último sueño, y permitiría que sus mensajeros fueran reciclados para usos posteriores.

Y, tras esto, desaparecería del mundo.

Dejaría de ser, de existir.

En una sociedad como la albonense, donde la mayoría de la población era vagamente teísta cuando no directamente agnóstica, Dishrel había tenido mucho cuidado de ocultar su rabioso ateísmo.

No sabía qué eran los mensajeros, pero estaba seguro de que no eran siervos de la voluntad divina, ayudantes que Dios, o los dioses, enviaban a los hombres para que cumplieran con su mandato de llenar la tierra y someterla.

Quizá no eran más que parásitos. O, simplemente, algo consustancial a la naturaleza del mundo.

No importaba.

De lo único de lo que estaba seguro era de que un día, ciento treinta y siete años atrás, él no había existido. Y que, dentro de unas semanas, quizá unos meses, volvería a ese estado de inexistencia.

Todo lo que había sido, lo que había pensado, lo que había hecho, dejaría de ser. Ya no tendría importancia.

Quizá, pese a todo, la tuviese para los que aún seguían en el mundo. Pero ya no para él. Porque no habría un «él» al que pudiera importarle nada.

Así pues, se decía, si su vida no era más que un paréntesis de orden entre dos periodos infinitos de oscuridad, ¿qué importaba cómo la acabase? ¿Qué más daba que fuese de la forma correcta o no?

Al fin y al cabo, no había una «forma correcta» más allá de la que él mismo definiese como tal. Y, dentro de poco, él no sería un factor a considerar.

No sería nada.

Así pues, ¿qué importaba?

Nada, se decía a sí mismo.

Y, pese a todo, consciente de la ironía de la situación, seguía adelante y rogaba a unos dioses en cuya existencia no conseguía creer que le permitieran acabar su vida de la forma correcta.

Cuanto más tiempo pasaba, más dudaba de que fuera a ser así.

La Reina parecía tranquila. Claro que ella siempre lo había parecido, al menos en aquella encarnación.

Dishrel la había conocido cuando aún no era más que la Reina que sería, una chiquilla seria

y callada cuyos ojos parecían seguirlo todo, controlarlo todo y aprenderlo todo de un solo golpe de vista. Y recordaba el brillo en aquellos ojos, el destello de socarronería que a veces sorprendía en ella, como si se estuviera gastando una broma a sí misma.

La broma, había decidido Dishrel en aquellos lejanos días, de que iba a ser la Reina.

Recordaba cómo aquella característica suya había pervivido en la actual encarnación de la Monarca y el alivio casi salvaje que él había experimentado al comprobarlo.

También recordaba el modo en que ella lo miró, la primera vez que fue la Reina y no simplemente la Reina que sería. Como si comprendiera, como si supiera lo que pasaba por su cabeza y lo aprobara.

Tras aquello, no había tardado mucho en convertirse en Regente. Y en otras cosas de las que nunca hablaba.

Todo aquello estaba a punto de acabar, de un modo u otro. Lo único que pedía era que acabase de la forma correcta.

Aunque luego ya no importase nada. Aunque luego no hubiera ya un Glaxton Dishrel al que pudiera importarle.

Las preocupaciones del Adepto Empírico Supremo eran de una naturaleza ligeramente distinta.

Y al mismo tiempo, se habría asombrado de ver lo parecidos que eran algunos de sus pensamientos a lo que pasaba por la cabeza de Qérlex o de Dishrel.

O quizá no.

Centrado en el momento, no permitía que su mente se distrajera en ramificaciones inútiles. Los pensamientos eran ingobernables, al menos hasta cierto punto, pero él se las apañaba para mantenerlos a raya y aparcar todas aquellas ideas incómodas hasta que hubiera un momento adecuado para considerarlas.

Y si no llegaba a haber momento adecuado alguno, tanto mejor, se decía.

Sus mejores adeptos ejecutivos estaban esparcidos por medio mundo, buscando el lugar del que provenía la amenaza y el modo de neutralizarla.

Claro que ninguno de ellos tenía la implacabilidad y la determinación de Brandan. Ni su inteligencia aguda ni, mucho menos, su capacidad casi increíble para manipular los mensajeros.

Y en aquellos momentos era como si a Brandan se lo hubiera tragado la tierra.

El resto de los adeptos emitían sus informes con regularidad, o lo hacían sus controladores, pero ninguno de ellos había encontrado hasta el momento nada realmente relevante. Había un par de pistas prometedoras en Quitán. Dos o tres indicios que quizá podrían ser útiles en Ythylia. Pero nada que pudiera permitirle albergar esperanzas de que estaban cerca de desarticular la amenaza.

Esperanzas. Ja. Quién las quería.

Era un Adepto Empírico en cuerpo y alma. Y se aferraba a lo que podía ver y oír, oler y tocar. La experiencia era lo único que importaba y no las vanas y ociosas especulaciones de un alma sin el entrenamiento adecuado para escapar de sus miedos.

El miedo, se decía, lo provoca una imaginación sin control. Y un Adepto Empírico nunca imaginaba.

También sabía que, en realidad, todo aquello no era más que una superchería. Porque al fin y al cabo, no era más que un hombre, y como todo hombre, estaba lleno de miedos, deseos y esperanzas, de sueños que nunca se cumplían y pesadillas que amenazaban con hacerse realidad.

El entrenamiento empírico sólo mantenía todo aquello a raya. Nunca lo eliminaba.

Pero era suficiente. Tendría que serlo, en todo caso.

Pero, entretanto, seguían sin noticias de Brandan. Y aquello, por encima de cualquier otra cosa, lo preocupaba.

Brandan era su creación personal. Él lo había salvado, lo había reconstruido con ayuda de Qérlex y lo había convertido en la máquina eficaz que era ahora. El fracaso de Brandan era, en cierto modo, su fracaso.

Y si algo odiaba, aunque no lo reconocería jamás, era el fracaso.

Con lo que no sabemos de los carneútiles podríamos llenar varias enciclopedias. O tal vez no. Al fin y al cabo, puede que no haya más que saber.

Sabemos que nacen en los bosqueoscuros. Durante la primera etapa de su vida son poco más que una pelota anaranjada que pende de la rama de un árbol y que va creciendo y alimentándose hasta que está maduro.

Entonces cae al suelo y vaga de un lado a otro hasta encontrar un ser vivo con voluntad suficiente para despertarlo. Un hombre, generalmente, pero se sabe de carneútiles que han vivido con animales como si fueran uno más de ellos.

Desde el momento en que despierta, el carneútil comienza a asumir su forma definitiva y queda atado a la voluntad de quien lo ha despertado. Podrá cambiar de forma a lo largo de su ciclo vital, siempre de acuerdo a los deseos de su amo, pero no más allá de cierto punto. Los «parámetros de formación», establecidos por la persona que lo despierta, marcarán para siempre su desarrollo. Su propiedad puede ser transferida, e incluso arrebatada, si la voluntad en juego es lo bastante poderosa.

¿Qué más sabemos de ellos? Que sirven para prácticamente todo, por supuesto. Y que buena parte de los mensajeros que usamos en nuestra vida diaria proceden de su cuerpo. Los carneútiles están llenos de mensajeros, a unos niveles que los humanos no podemos concebir, y continuamente los transpiran.

Hasta hace poco, se pensaba que durante su etapa larval en los Bosqueoscuros, acumulaban mensajeros. Hoy se sospecha que quizá los estén produciendo durante toda su vida, tal vez usando la pequeña esfera negra que puede ser su cerebro y que es lo único que no se descompone a los pocos minutos tras la muerte del carneútil.

¿Son inteligentes? Lo bastante para cumplir las órdenes más complejas que podamos imaginar e incluso para tener un cierto grado de iniciativa. Su problema no parece ser la inteligencia, sino la voluntad o, más exactamente, la carencia de ella.

Y eso es todo. Ni siquiera estamos seguros de si son plantas, animales o algo completamente distinto. Algunas religiones consideran que tienen un cierto tipo de alma, inferior a la humana, pero con una cierta chispa divina en su interior. Para otras, no son más que objetos. Cualquiera de ambas ideas no es más que especulación.

Como digo, eso es todo. Y quizá lo sea realmente. Puede que no haya nada más que saber sobre ellos.

—Próxtor Brandan

Mashrun contempló de nuevo lo que hacía Brandan. Era la quinta vez, y habían pasado catorce días desde la primera.

Ahora él y Brandan estaban solos y supuso que él sería el siguiente en alimentarlo.

Aprovechando el cambio de guardia y el incendio que se había desatado en aquel mismo momento, la fuga había sido una cosa sencilla, casi de manual.

El más corpulento de los hombres de Brandan se había echado el cuerpo del viejo Mashrun al hombro (apenas pesaba nada, todo hueso y pellejo) y, pese a sus protestas, lo había llevado con

ellos.

Corrieron a buen ritmo, sabiendo que las primeras horas de la fuga serían las más importantes. Si lograban evitar ser capturados, a partir de ahí todo era posible.

Pero Mashrun sabía que lo único que era posible era la muerte. Lo mejor que podía pasar era que diesen con ellos. Porque, de no ser así, no tardarían en ser un puñado de cadáveres que se cocían al sol.

Corrieron sin parar toda la tarde y buena parte de la noche. Siempre hacia el oeste. Se detuvieron cuando casi amanecía, en un refugio natural entre un grupo de rocas.

—Descansaremos unos minutos —dijo Brandan. Era el único que no jadeaba—. Pero no podemos permitirnos estar inmóviles mucho tiempo. Vienen tras nosotros.

—Pero no tienen caballos —dijo uno de los hombres.

—Quizá no. Pero no podemos correr riesgos.

Así que descansaron hasta que el sol salió a sus espaldas y emprendieron de nuevo su camino. Ahora caminaban y, a medida que el sol se iba elevando en el cielo, cada paso costaba más que el anterior.

Guiados por Brandan, quien parecía saber exactamente adónde iban, a veces se desviaban de su camino. Volvían sobre sus pasos o se dirigían al norte o al sur. Pero tarde o temprano, acaban caminando hacia el oeste.

Se detuvieron de nuevo a media tarde.

—No lo vamos a conseguir —dijo uno de los fugados.

—Todos no —asintió Brandan, sombrío—. Pero ya contábamos con eso.

Fue al día siguiente, poco después del anochecer, cuando Mashrun comprendió lo que Brandan había querido decir. En la penumbra, exploró a sus hombres uno por uno y acabó deteniéndose ante el que parecía más débil.

—Tú —dijo.

Sin un solo gesto de protesta, el hombre se tendió en el suelo. Brandan lo tomó por el cuello y, con una esquirra de piedra, le abrió la carótida. Mientras el hombre agonizaba, el adepto acercó el rostro al cuello del otro hombre y bebió como si la vida le fuera en ello. Estuvo así largo rato; hacía mucho que el cuerpo había dejado de moverse y que la muerte había convertido en vidrio apagado sus ojos.

Se incorporó y se limpió la boca. Miró al resto de los hombres.

—Comed hasta hartaros —dijo—. No podemos llevarnos lo que sobre con nosotros. No tardará en pudrirse.

Los demás no se hicieron repetir la orden y se abalanzaron sobre el cadáver. Cuando estuvieron saciados, Brandan se acercó a uno de ellos y le susurró algo al oído. El hombre asintió y arrancó unos jirones de carne de lo poco que quedaba del muerto. Se acercó a Mashrun y, con firmeza, le obligó a comérselo.

Él se dejó hacer. No tenía fuerzas para sentirse horrorizado ante aquello. Sólo podía contemplar a Brandan y preguntarse dónde había estado todo aquel tiempo. Por qué había vuelto. Por qué había venido a por él.

El ritual se repitió cada tres días, al anochecer. Brandan elegía al más débil de los hombres, lo mataba y se bebía su sangre. Después, el resto se alimentaba del cadáver.

Y, luego, tras unas breves horas de descanso, seguían caminando.

Al principio habían tenido que llevar a Mashrun, pero de algún modo, el estar al aire libre y, sobre todo, la dieta a base de carne, habían despejado al viejo y le habían devuelto las fuerzas. Las suficientes al menos para arrastrarse con paso cansino pero firme hacia donde Brandan señalaba.

Aquella loca huida había tenido otra consecuencia. Su cabeza se encontraba extrañamente despejada y empezaba a recordar quién era realmente, o al menos quién había sido, y cómo había acabado en aquel lugar.

El mundo dejaba de ser un paisaje espectral poblado de fantasmas molestos y se volvía más nítido a cada día. Casi a cada hora.

De pronto, en mitad de un mediodía atroz en el que no había lugar alguno al que huir, algo terminó de encajar dentro de él y se sintió completo como hacía tiempo que no se sentía. Sin embargo, fingió que seguía siendo el viejo loco de siempre y, de vez en cuando, murmuraba algún desvarío sin sentido.

Se daba cuenta de que Brandan (pero no era Brandan, y sin embargo, no dejaba de serlo) lo estaba reservando para el final. Y que, de hecho, si estaba en mitad de aquella fuga que sólo podía terminar en la muerte era porque Brandan así lo había querido.

Su dominio sobre los demás hombres era total, pero aquello no sorprendió demasiado a Mashrun. Al fin y al fin y al cabo era Brandan (no del todo, pero...) y siempre se le habían dado bien esas cosas.

Nadie cuestionaba sus órdenes ni su liderazgo. Caminaban cuando él decía que caminasen y paraban cuando lo ordenaba. Si elegía a uno de ellos para ser su cena, nadie lo contradecía, ni siquiera el elegido.

Era como si le pertenecieran. Por completo.

Se sorprendió al descubrir que él estaba libre de esa influencia. Los actos de Brandan lo fascinaban tanto como le horrorizaban, pero no estaba sometido a su voluntad como los otros.

Poco a poco empezó a atar cabos y fue comprendiendo lo que pasaba. Uno de los hombres siempre estaba a su lado, seguramente Brandan se lo había ordenado así, y hablando con él fue encajando las pequeñas piezas del rompecabezas.

Supo también por qué él estaba a salvo del hechizo al que el adepto había sometido a los demás. Y, sobre todo, supo por qué había decidido llevarlo con ellos.

Fue una noche, poco después de que Brandan se alimentara con la sangre de uno de los hombres. Mashrun masticaba dócilmente la carne que le tendían y miraba la figura recortada contra el cielo nocturno, ajena a lo que hacían los demás.

Seguramente planeando, maquinando, buscando un modo de salir con vida de aquello, como siempre había hecho Brandan.

Sólo que Brandan estaba... no estaba. Aquel no era Brandan, se dijo.

Y sin embargo, él lo había reconocido en la prisión, y la reacción del otro no había sido la del hombre al que llaman por un nombre que no es el suyo.

No. Era Brandan, o al menos creía que lo era. Y se comportaba como él y parecía él, aunque no completamente.

¿Por qué has vuelto, Próxtor?, se preguntó una vez más, como se había preguntado todos

aquellos días.

Y en ese momento lo comprendió. Era Brandan, pero no su Brandan.

Quien los dirigía hacia la muerte no era Próxtor Brandan.

Su hijo, tal vez.

Lo bastante parecido y a la vez lo suficientemente distinto.

El hijo que nunca había conocido a su padre, se dijo Mashrun.

¿Qué le habrían contado de él, si es que le habían contado algo? ¿Qué le habían dicho de Próxtor Brandan, el maquinador supremo, el titiritero maestro, el hombre que manejaba a los demás con un solo gesto de sus cejas?

Nada. Si eran listos, no deberían haberle dicho nada.

Ah, pero ¿lo eran? Mashrun lo dudaba.

Brandan, aquel Brandan, sabía algo. El nombre de su padre, para empezar, y aquello ya era un error. ¿Conocía también el nombre de su madre? ¿Sabía que...?

No lo creía, pero quizá sí.

Comprender todo eso lo reafirmó en su decisión de seguir fingiéndose un loco senil. No creía tener muchas posibilidades de sobrevivir a aquello (era imposible salir del campo de contención a tiempo) pero por primera vez en muchos años quería vivir. Y sospechaba que su vida dependía de la información que llevaba dentro.

Y de que la ofreciera en sus propios términos. Cuándo y cómo a él le interesara.

El tiempo fue pasando. Y los hombres menguaban con él.

Finalmente, en la decimocuarta noche, Brandan dio cuenta del último de sus acompañantes. Se sació con su sangre y se volvió hacia Mashrun, señalando el cadáver con un gesto.

El viejo no se hizo de rogar. Dejó vacía la mente y se alimentó de la carne muerta. Sabía que si quería mantener su cordura era esencial que no pensase en nada que no fuera llenar su estómago. Y sabía también, después de catorce días no le quedaba ninguna duda, de que su actual estado mental tenía que ver con algo más que estar libre y comer carne.

Mensajeros, se decía,

Los mensajeros que había en el cuerpo de los cadáveres y que pasaban al suyo al alimentarse de ellos. Pocos, escasos, pero muchos más de los que le quedaban a él después de tantos años en la prisión. Suficientes para abrir de nuevo los encenagados canales de su mente y su memoria y volverlo un hombre completo.

No durante mucho tiempo, se decía. El suficiente para morir sabiendo quién era, tal vez. Nada más, pero suficiente.

Por supuesto, al beber la sangre de los muertos, Brandan se había atiborrado con la mayor parte de los mensajeros. Al fin y al cabo, era allí donde estos se acumulaban casi siempre: en los fluidos del cuerpo. De hecho, Mashrun casi se sorprendía de que Brandan no hubiera bebido las lágrimas de los otros hombres, exprimido sus bocas en busca de saliva o abierto su escroto para engullir su semen.

Brandan, su Brandan, lo habría hecho sin dudarle un instante. No habría renunciado a una

sola posibilidad de seguir con vida.

Este Brandan, en cambio, tenía escrúpulos. Algunos, cuando menos. O quizá simplemente no era consciente de... No, tonterías, claro que tenía que saberlo. Si había decidido no hacerlo, no hacerse con todos los mensajeros que había en los fluidos vitales de los muertos, no era por ignorancia, sino por otra cosa.

Lo que había quedado, poco más que migajas, había sido suficiente para recomponer a Mashrun de nuevo.

Sabía que no tenía posibilidades contra Brandan. Su plan había sido astuto y, en aquellos momentos, además de los mensajeros de su propio cuerpo tenía que estar al borde de la sobredosis con los de los demás. Bueno, tal vez no tanto: al fin y al cabo, todos ellos llevaban un tiempo en la prisión, el suficiente para que muchos de sus mensajeros internos hubieran ido muriendo con el tiempo, sin posibilidad alguna de ser reemplazados. No mientras el campo de contención siguiera activo.

Pero el plan era bueno. Mashrun no estaba seguro de que funcionase. De que Brandan hubiera acumulado reservas suficientes para dejar atrás el perímetro del campo. Pero, pese a todo...

—Esta noche no seguiremos caminando —le oyó decir—. Continuaremos al amanecer.

Mashrun no dio muestras haberlo oído. Se volvió hacia Brandan al cabo de un rato y le sonrió con su boca desapareja.

—Las noticias vuelan —dijo.

Brandan frunció el ceño, pero no dijo nada. Se tumbó de espaldas al viejo y no tardó en quedarse dormido.

Mashrun sabía que el momento estaba cercano. Habían pasado tres días desde la muerte del último hombre y sentía que sus fuerzas iban menguando poco a poco. Seguramente Brandan también lo había notado, porque aquel día se detuvo a la caída de la tarde y, al abrigo de una pequeña hondonada, empezó a interrogarlo.

Sabe que me queda poco tiempo, se dijo Mashrun. Ha decidido que es el momento de hacerme contar lo que sé.

—¿Cómo conociste a mi padre?

Miró al adepto como si no lo comprendiera y se preparó para soltar un galimatías sin sentido. Se detuvo de pronto a mitad del gesto y dijo, con una voz en la que no había el menor asomo de degeneración o locura:

—Hace mucho tiempo. Antes de que tú nacieras. ¿Vas a matarme?

Brandan se encogió de hombros.

—No tienes gran cosa que me sea útil —dijo—. Pero alguna cosa encontraré. Y necesito todo lo que encuentre si quiero salir de aquí.

—No saldrás. Es imposible.

—Ya veremos. No te pregunté cuándo conociste a mi padre

—dijo sin transición alguna—, sino cómo le habías conocido.

—¿Y por qué debería decírtelo? Voy a morir de todas formas.

—Como quieras. Aunque estás en deuda conmigo, al fin y al cabo.

—Interesante afirmación.

—Y, sobre todo, cierta. Has recuperado tu propia mente. Eres tú mismo y sabes quién eres. Que es más de lo que se podía decir de ti en los últimos años.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde antes que tú, seguramente. Sospechaba que la dieta a base de proteínas y mensajeros te sería beneficiosa. No tardé en darme cuenta de que, en efecto, lo era.

—Digamos que estás en lo cierto, y que eres responsable de que haya recuperado mi cordura. ¿Crees que eso me pone en deuda contigo? ¿Crees que me haces un favor?

Brandan sonrió y algo duro asomó a su mirada.

—Claro. ¿Tú no?

Mashrun no respondió. Comprendió que no era necesario.

—Pregunta lo que quieras —dijo, al cabo de un rato.

—Ya lo he hecho.

Mashrun asintió.

—Sí, claro. Cómo conocí a tu padre. Fue poco antes de la guerra. Él era joven y yo un maduro adepto empírico, rama ejecutiva. Como tú, seguramente. Y estaba Fleng, por supuesto, con sus sueños de gloria militar y de honor al servicio de la Reina. Hacíamos un trío curioso.

Se detuvo de pronto. ¿De verdad quería contarle todo aquello al muchacho? Era hijo de quien era, sin duda, creación de Próxtor, en cierta forma, y quizá tuviera derecho a saberlo todo. Pero, ¿le haría algún bien?

Y, sobre todo, ¿le haría algún bien a Mashrun contárselo?

Se puso de pie. Había un risco a unos metros, recordó. No muy alto, pero las piedras eran lo bastante afiladas. Y tal vez estuviera lo bastante cerca para...

—A tu padre lo fascinaban los carneútiles —dijo—, el modo en que podían ser manipulados para hacer de ellos lo que quisiéramos... hasta cierto punto, al menos. Y se preguntaba si no sería un punto que se pudiera traspasar. Ir más allá. Esa era su meta. Ir más allá y conseguir lo que nadie había conseguido antes. No importaba lo horrible que fuera.

No. Suficiente, se dijo. Ya había dicho demasiado.

De pronto, dio media vuelta y echó a correr. Pillado por sorpresa, Brandan tardó menos de un segundo en reaccionar y lanzarse en su persecución.

Aquello fue todo lo que Mashrun necesitaba. Con sus últimas fuerzas, quemó cuanto había en su cuerpo, escaló el pequeño risco, se alzó de pie sobre él y, con una sonrisa hacia el sol, saltó al vacío.

El golpe no lo mató, al menos no inmediatamente. Apenas podía ver ni oír nada, y todo su cuerpo era un amasijo de dolor que no encontraba por dónde salir.

Sintió a alguien a su lado. No podía mover la cabeza, pero quien se le acercaba no tardó en estar en su campo de visión. Borroso, cubierto por un filtro rojo que tenía que ser su propia sangre, Mashrun vio a Brandan.

—¿Por qué? —le oyó preguntar como si su voz viniera de muy lejos—. ¿Por qué?

Era la primera emoción genuina que Brandan captaba en la voz del joven y se sorprendió al darse cuenta de que era puro desvalimiento.

Bien, se dijo. Eso estaba bien. Aún había...

Pero el pensamiento murió sin ser formulado a medida que todo lo que era Mashrun desaparecía para siempre.

Brandan se incorporó. Contempló el cuerpo inmóvil unos instantes y luego siguió su camino.

Doce días más tarde, seguía caminando y aún no había salido del campo de contención.

Era el único ser vivo en mitad de aquella llanura muerta. El único ser vivo en todo el mundo, se decía a veces.

No había alimento.

No había posibilidades de absorber mensajeros y hacer que ellos trabajasen para él cuidando de su cuerpo y nutriéndolo. Sólo sus propios mensajeros, de los que había gastado una cantidad considerable en tener a Valquinia bajo su control y a los hombres que lo habían acompañado en su fuga.

Había recuperado parte con su sangre. Pero empezaba a sospechar que quizá no fuera suficiente.

Llevaba casi trece días usando los mensajeros de su cuerpo para seguir con vida, y notaba cómo cada vez le quedaban menos. Pronto no sería más que un hombre indefenso, sin alimento ni posibilidad de procurárselo.

Y, tras eso, un cadáver.

Se encogió de hombros.

Todavía no estaba muerto. Y, mientras no lo estuviese, seguiría caminando.

Notaba el sol sobre él, el aire seco a su alrededor, el cuerpo que lentamente se le iba a deshidratando. A sus mensajeros ya empezaba a costarles reparar las lesiones de su cuerpo y pronto no podrían hacer eso y, al mismo tiempo, alimentarlo.

Empezarían a morir a centenares, a miles. Muy pronto, a millones.

Se quedaría vacío. Y moriría.

Pero aún no estaba muerto. Todavía podía caminar.

Lo hizo, y no se detuvo cuando llegó la noche. Cada paso le costaba más que el anterior, y pronto era como si reptase en medio de un sueño que no se acababa jamás y que nunca se hacía real del todo.

¿Estaba vivo? ¿Todavía?

Miró a su alrededor, pero apenas pudo ver nada.

Seguía caminando. Así que sí, estaba vivo.

El amanecer fue como una herida abierta en su espalda, pero eso no lo detuvo.

De algún modo, sentía cómo sus mensajeros iban muriendo dentro de él. La muerte de uno provocaba el agotamiento de otros dos; y la desaparición de esos dos llevaba al colapso a cuatro más. Y...

Pero estaba vivo. Y seguía caminando.

Pensó en Mashrun, un pensamiento que había intentado evitar durante todo aquel tiempo. ¿Por qué? ¿Qué pretendía proteger el viejo con su muerte? ¿Qué había en...?

Un paso. Otro más. Otro, aunque parezca que ya no puedes.

Había un lugar oscuro. Cerca, muy cerca. Y, a medida que sus mensajeros iban muriendo, las tinieblas se desvanecían.

Otro paso. Venga, mueve ese maldito pie. Adelante.

Sólo que él no quería que las tinieblas se desvanecieran. No quería mirar en aquel lugar oscuro.

Otro paso más. Otro...

De pronto vio el suelo venir hacia su rostro y oyó como su pómulo crujía. Todo se volvió oscuro y fue como una bendición.

Cuando despertó, faltaba poco para el anochecer. El sol era una bola hinchada y rojiza frente a su rostro dolorido y, poco a poco, la temperatura iba descendiendo.

Trató de moverse, pero su espalda torturada por el sol era toda ella una sola herida.

Miró a su alrededor.

Así que éste es el sitio donde voy a morir, se dijo.

Sonrió, y hacerlo fue doloroso.

Tomó aire, muy lentamente, y cerró los ojos.

Y entonces lo sintió.

Estaba... fuera.

Había pasado. Estaba más allá del campo.

Lo notaba, lo sentía. Había mensajeros en el aire. No muchos, tal vez, pero suficientes, y venían hacia él, atraídos por su cuerpo, y se introducían dentro.

Tal vez fuera demasiado tarde, se dijo.

O tal vez no.

Quizá no hubiese suficientes mensajeros para arreglar los destrozos de su cuerpo, pero ahora que estaba libre del campo de contención era posible que tuviera los necesarios para un último gesto desesperado.

Se llevó la muñeca a los dientes y mordió hasta abrirse las venas.

Dejó que su sangre goteara formando un charco y, con mucho cuidado, lo fue extendiendo hasta que tuvo el tamaño necesario.

Casi no le quedaban mensajeros para hacer lo que pretendía.

Pero «casi» era suficiente. Tenía que serlo.

Dejó que su sangre goteara sobre el charco y, con una boca entumecida en la que la lengua no parecía caber, logró pronunciar la palabra impronunciable que necesitaba.

La superficie del charco titiló. Se aclaró y cobró consistencia. Y un rostro joven y sorprendido apareció reflejado en ella.

—¿Quién?

—Adepto Empírico Ejecutivo Yáxtor Brandan —consiguió decir—. Petición de evacuación en las coordenadas actuales. Código... —logró recitar apenas su código de identificación y luego su cabeza se desplomó contra el charco de sangre.

Notó el sabor salado en su boca y bebió como si no hubiera probado nada tan delicioso en su vida.

No vendrán, se dijo, sin dejar de tragar sangre y arena. No les ha dado tiempo a localizarme. Siguió bebiendo su propia sangre y luego la vomitó sobre la tierra.

Los ojos se le cerraban.

Demasiado tarde. Por poco, pero demasiado tarde.

Mientras todo a su alrededor se iba apagando oyó un crepitar lejano. Se preguntó si aquél sería el sonido de la muerte.

Luego, ya no pensó más.

SEGUNDA PARTE
FANTASMAS

Cualquier niño sabe instintivamente cómo usar sus mensajeros para ciertas cosas. La capacidad de manipularlos es innata en nosotros. Los dioses, o Dios, o el azar así lo quisieron.

Pero nosotros no somos niños.

Somos Adeptos Empíricos.

Más aún. Somos Artífices.

No nos contentamos con las cosas tal como son. Cualquiera puede usar sus mensajeros para curar una herida o acortar la convalecencia de una enfermedad.

Nosotros queremos más. Somos más.

Y para serlo, lo primero que hay que hacer es conocer nuestros propios mensajeros, saber exactamente lo que hacen y dónde están, en qué partes de nuestro cuerpo se acumulan y dónde son más escasos. En qué se muestran más obedientes y a qué son más remisos.

Y luego debemos observar. A nosotros mismos. Y a lo que nos rodea.

No todos tienen la misma capacidad para manipular a sus mensajeros. Y no todo el mundo tiene la misma cantidad en su cuerpo. Y no todos los mensajeros son iguales. Eso es un hecho.

En el hombre común, si es que existe tal cosa, nunca pasará de un límite. Pero a veces hay individuos excepcionales.

Los dioses son crueles, se dice. Y quizá sea cierto. Porque a menudo esos individuos están incompletos. Con una capacidad asombrosa de manipulación pero sin los suficientes mensajeros en su cuerpo para sacarle provecho; o repletos de ellos, pero incapaces de hacerles obedecer la orden más sencilla.

En pocos se conjugan ambas características. En muy pocos.

Y eso lo sabemos. Porque lo hemos visto y lo hemos comprobado. No perdemos el tiempo en especulaciones ociosas: somos Adeptos Empíricos.

Y, como también somos artífices, no nos conformamos.

El mundo puede estar mal ordenado, tal vez, pero no tenemos por qué dejarlo tal como lo encontramos.

Aquí aprenderéis no sólo a manipular vuestros propios mensajeros, sino a usar los de los demás. A dejarlos inactivos en un artefacto, esperando la palabra impronunciable adecuada para que se activen y hagan aquello que deseamos. Aprenderéis a domarlos, a reunirlos y a dispersarlos, a convertirlos en la herramienta que deben ser.

O puede que sólo aprendáis que, después de todo, no sois individuos excepcionales y sólo servís para que vuestra vida se beneficie del trabajo de los artífices, pero nunca seréis uno de nosotros.

Ya he dicho que los dioses son crueles.

—Qérlex Targerian

Yoranna sabía que encontraría a Imri dormida. Contaba con ello, en realidad. Por eso entró en la casa como un cazador furtivo y, tratando de hacer el menor ruido posible, fue hasta los baños. El agua estaba fría, pero no quería despertar a los esclavos, así que se quitó el polvo del camino con una esponja y abundante jabón y luego se introdujo de golpe en la tinaja.

El agua fue como una bofetada en todo su cuerpo y Yoranna agradeció la sensación. Sumergió la cabeza mientras notaba cómo sus pezones se convertían en dos botones durísimos y aguantó la respiración todo lo que pudo.

Salió de la tinaja y se secó, reprimiendo los deseos de tocarse. Luego, se puso una de las túnicas de Imri (le quedaba grande, y aún tenía su olor) y se deslizó por la casa hasta el piso superior.

En el dormitorio, abierto al mar, distinguió el cuerpo de su amante tras el dosel, y se acercó con cuidado de no despertarla. Sin embargo, en cuanto posó una rodilla sobre la cama, comprendió que Imri estaba despierta.

Se detuvo y esperó a que abriera los ojos.

—Has vuelto —dijo ella al cabo de un rato, cuando se dio cuenta de que no tenía sentido seguir con la superchería.

—Y tú estabas despierta —respondió Yoranna.

—Todo el rato —dijo Imri, sonriendo—. Oí cómo te bañabas.

Se estiró hacia un lado y encendió una vela. A su resplandor mortecino, Yoranna se maravilló una vez más de aquellos dos ojos verdes perpetuamente llenos de asombro, y del pelo negro que enmarcaba su rostro de niña.

Imri se incorporó a medias y Yoranna no pudo evitar un aguijón en su vientre. Siempre que veía aquel cuerpo hecho para el placer sentía que algo se rompía dentro de ella. Imri parecía construida para ser amada y su cuerpo de formas opulentas era como un puerto seguro en medio de un huracán.

—¿Has acabado? —preguntó Imri.

—De momento —respondió Yoranna, como hacía siempre.

Sus dedos, casi temblando, acariciaron los hombros de su amante, siguieron la línea de su cuello, trazaron el perfil de su mandíbula y luego descendieron hacia dos pechos enormes y perfectos que sabía que sabrían a gloria en su boca.

Los saboreó con cuidado, y no tardó en ser recompensada por los gemidos de su amante. Alzó la cabeza y se buscó una vez más en sus ojos verdes y se sintió la mujer más afortunada del mundo.

Luego, cayó sobre su boca con ansia, casi con desesperación.

Imri pareció sorprendida mientras respondía al beso apremiante de Yoranna.

—Sí que me has echado de menos —logró decir cuando su boca estuvo libre.

Yoranna no respondió. Necesitaba aquella piel suave, aquella carne trémula y deliciosa, necesitaba hundir su cabeza entre sus piernas y paladear lo que había allí.

El amanecer las sorprendió abrazadas. Agotadas, pero no saciadas.

Como hacía siempre al volver de un trabajo, Yoranna dedicó buena parte de la mañana a supervisar los asuntos de la casa. No es que fuera necesario, Imri tenía buena mano para los esclavos y todo estaba en orden, pero era una manía heredada de la época en que vivía sola y las viejas costumbres resultaban difíciles de abandonar. Además, sabía que a Imri le hacía gracia y podía imaginársela perfectamente mirándola desde el balcón y sonriendo con condescendencia.

Descubrió que había un esclavo nuevo. Un joven que se había vendido a sí mismo durante el tiempo que durase su periodo de aprendizaje como palafrenero. Yoranna lo interrogó exhaustivamente y el muchacho (era casi un niño, a pesar de la sombra de barba que intentaba cultivar en su mentón) respondió con monosílabos nerviosos que no le dijeron gran cosa. Habló luego con Xoran, el jefe de los establos.

—Es mi sobrino —le dijo—. No es muy hablador y sus habilidades sociales dejan mucho que desear, dueña. Pero tiene buena mano para los caballos.

El contrato de Xoran había terminado años atrás, y ahora trabajaba como un hombre libre por un salario, pero seguía llamándola «dueña» por mucho que Yoranna intentase convencerlo de lo contrario.

Se fió de su opinión respecto al nuevo esclavo y luego siguió revisando la casa. Todo estaba en orden, que era exactamente lo que había esperado.

En la comida, Imri no le preguntó cómo le había ido durante su ausencia. Nunca hablaban del trabajo de Yoranna. O, en realidad, intentaban no hacerlo, porque las pocas veces que surgía el tema, acababan discutiendo tarde o temprano. Imri sabía que llevaban la vida que llevaban gracias a lo que hacía Yoranna, pero a veces no era racional. Y, aunque lo sabía, eso no le impedía comportarse así.

Hablaron de la ciudad, e Imri se sintió encantada de transmitirle los nuevos chismes. Nada que en realidad interesase gran cosa a Yoranna, para la que la absurda necesidad de socializar de los demás era un enigma que no tenía ni el tiempo ni el deseo de descifrar, pero a veces, oculta en los chismorreos de Imri, había información útil y no sería la primera vez que un trabajo surgía de una charla como aquélla. Algo que, por supuesto, jamás le contaría.

Yacieron amodorradas un par de horas cada una en brazos de la otra y luego, tras un baño caliente, Yoranna se vistió y bajó a la ciudad.

Iba sola, ataviada con una discreta túnica gris oscuro y una capa del mismo color. Apenas llevaba armas, más allá de un par de dagas y su vieja cuerda de lazo. Sabía que no encontraría problemas en la ciudad, pero nunca estaba de más ir preparada.

El mercado no había cambiado gran cosa. Lo contrario la habría sorprendido. Algún nuevo comerciante, otros que se habían ido y, por lo demás, el bullicio de siempre, que empezaba a atenuarse a medida que atardecía.

Lo recorrió con parsimonia, deteniéndose de vez en cuando en algún puesto, por más que no tuviera intención de comprar nada. Pero a veces le gustaba mirar por el puro placer de mirar, y le encantaba sorprender el brillo contrariado en los ojos de algunos comerciantes, que sabían que se iría de allí con las manos vacías y seguían mostrándose obsequiosos pese a todo.

Al fin llegó al lugar al que se dirigía: un edificio pequeño, coronado por un toldo multicolor que había visto días mejores. Entró y parpadeó unos instantes mientras se acostumbraba a la penumbra.

Estaba fresco, como de costumbre, y Yoranna se preguntó una vez más cómo se las apañaba Epaydos para mantener así su tienda, hiciera el tiempo que hiciera en el exterior.

Mensajeros, se decía siempre. Y siempre se respondía que no: habría percibido a los mensajeros a su alrededor, trabajando para mantener la temperatura siempre constante.

—Veo que ya has vuelto —dijo una voz que salía de la trastienda.

Enseguida salió también el dueño de la voz, un hombre bajo y ligeramente orondo, con un rostro feliz y unos ojos peligrosos. Epaydos era el mejor vendedor de toda Painé... entre otras

muchas cosas. Y algunas de ellas le exigían ser implacable. Había visto al hombrecito aplicar castigos y premios entre sus hombres sin perder nunca el gesto feliz, y eso la asustaba a veces.

—Supongo que todo ha ido bien.

—Dímelo tú —respondió ella.

Epaydos sonrió.

—Tus clientes hicieron el pago hace una semana. Todo según lo acordado. Y, como de costumbre, he retirado mi comisión y he puesto el resto a trabajar en el banco de los dioses menores. Pura rutina.

—Pura rutina —repitió Yoranna.

Le gustaba Epaydos, pese a que estaba segura de que el hombre no tendría el menor escrúpulo en traicionarla si el precio era lo bastante elevado. Habían hablado de ello una vez y él le había dicho:

—Malo para el negocio. Soy un corredor de fondo, querida, y obtener un beneficio rápido de esas características no compensaría el que a partir de entonces me quedase sin clientes, en cuanto se corriese la voz de que había traicionado a uno.

—¿Y si la voz no se corriese? —había preguntado ella—. ¿Y si el precio fuera lo bastante bueno para compensar el resto?

Epaydos se había encogido de hombros y había dicho:

—¿Y si tú fueras la mujer de un artesano y yo un aprendiz de orfebre? Demasiados «y sis» en el mundo para preocuparse por ellos.

Quizá, pero la respuesta no había dejado nada en claro. Lo que, por otra parte, Yoranna tampoco había esperado.

Pese a todo, le gustaba el hombrecillo. Y se fiaba de él, al menos hasta cierto punto. Respetaría los pactos que hubiese entre los dos. Y estaba segura de que, si un día decidía venderla, primero se aseguraría de no tener ningún negocio inconcluso con ella.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—Curioso que lo preguntes, porque en realidad, sí que lo hay. Una fruslería. No está a tu nivel, eso sin duda.

—No hay trabajos pequeños.

—Ah, pero éste lo es. Sencillo y sin complicaciones. El pago no nos hará ricos, pero la compensación es adecuada. No te llevará mucho tiempo y, por otro lado, puedes tomártelo como una forma de entrenamiento. Como un modo de no permitir que tus habilidades se anquilosen mientras esperas un trabajo a tu altura. Tiene un par de detalles algo... problemáticos, pero quizá merezca la pena.

Yoranna sonrió. A Imri no le gustaría que trabajase mientras estaba en casa, pero Epaydos había conseguido intrigarla. Seguro que el hombrecillo había contado con ello.

—Cuéntame más —dijo.

Imri dormía, pero Yoranna no lograba conciliar el sueño. Más allá de la ventana, la brisa procedente del Mar Embalsado agitaba las cortinas y los sonidos de la ciudad distante llegaban

amortiguados hasta allí, convertidos en murmullo de insectos por la distancia.

Imri dormía, pero Yoranna sabía que no estaría haciéndolo de haber sabido que había decidido aceptar el trabajo que Epaydos le había ofrecido. Así que no le había dicho nada al volver a casa, ni tampoco durante la cena, en la que Imri se había mostrado como una niña complaciente y casi había aplaudido al recibir la caja de dulces que Yoranna le ofreció como postre.

Dulces envenenados, se decía ahora, desvelada en mitad de la cálida noche. *El mejor de los venenos para mi amor*, pensaba.

Porque Yoranna no se había pasado por el puesto de Epaydos sólo para saber cómo iba su dinero o interesarse por la posibilidad de un nuevo trabajo, sino también para recoger el encargo que todos los años, por aquellas mismas fechas, Epaydos le tenía preparado.

Dulces de Ashgramor. Tan suaves que se desvanecían antes de que pudieras paladearlos del todo, pero con un sabor duradero que no se iba nunca por completo y dejaba la boca convertida en una sorpresa continua a medida que se mezclaban unos con otros. Porque un dulce de Ashgramor nunca sabía como el anterior, y el efecto que iba causando la acumulación de ellos convertía la experiencia de comerlos en algo indescriptible.

Pero no sólo dulces de Ashgramor, había pensado Yoranna mientras Imri los devoraba con una glotonería inocente y tremendamente excitante. No sólo dulces de Ashgramor, se decía ahora, sino algo más.

Yoranna no sabía quién era el artífice que trabajaba para Epaydos, pero sin duda era un maestro en su trabajo.

Una vez al año pasaba por la tienda del comerciante y se dejaba hacer una sangría. Y, con su sangre, salían también los preciosos mensajeros de su cuerpo, que eran enviados intactos al desconocido colaborador de Epaydos.

Al año siguiente, volvían dentro de los dulces de Ashgramor, manipulados hasta que se convertían en algo muy distinto.

Veneno, pensaba Yoranna. *Dulce veneno que te mantiene joven y hermosa, mi amor*.

Yoranna sabía que no eran necesarios sus propios mensajeros, que seguramente habrían servido los de cualquier otro, pero sentía un placer casi perverso al pensar que era una parte de ella la que entraba en Imri y reajustaba su cuerpo para que el tiempo pasara por ella como si no la viese.

Estoy siempre en ti, aunque tú no lo sepas.

Y no debía saberlo. Nunca. De averiguarlo, lo consideraría una aberración, un atentado contra todo lo que creía. Para Imri, como para muchos de los habitantes de Painé, los mensajeros eran un regalo de los dioses que uno debía aceptar tal como venían. Podías usar los tuyos propios para conseguir pequeñas cosas, pero tratar de robar los de los demás en tu provecho o, peor aún, manufacturar algún tipo de artefacto con ellos era un anatema.

Si Imri supiera que sus pechos seguían siendo firmes y su vientre liso gracias a algo como aquello, que no había arrugas en la comisura de sus labios ni hebras de gris en su pelo porque su amante la mantenía joven y hermosa usando una abominación...

No, no quería pensar en eso. Porque era algo que, simplemente, no iba a pasar. Ella jamás lo sabría. Seguiría atribuyendo su buen aspecto a los cuidados que dedicaba a su cuerpo y jamás pensaría en lo impensable.

Envejecería, eso Yoranna no podía evitarlo, pero al menos lo haría a un ritmo menor de lo

que debía. Y un día, ambas tendrían la misma edad y se harían viejas juntas. Dos viejas arpías lujuriosas que no podían apartar los ojos la una de la otra.

Lo dioses habían sido crueles (¿acaso no lo eran siempre?, ¿no jugaban contigo hasta enloquecerte sólo para después concederte lo que más deseabas?) al haber hecho que se conocieran cuando ella era poco más que una niña e Imri una mujer que se dirigía sin prisas hacia la madurez. Las habían condenado a un romance fugaz que no tenía futuro.

Pero ella había arreglado eso. Había mantenido a su amor joven y bella pese a todo, y seguiría haciéndolo tanto tiempo como hiciera falta.

Y ella jamás lo sabría.

El trabajo que había aceptado fue, tal como Epaydos le prometió, de una sencillez extrema. Casi aburrido, en realidad. Pero era un buen dinero por hacer poca cosa y tenía que reconocer que el comerciante había tenido razón: era un modo adecuado de mantener afinadas sus facultades.

Trató de no pensar en que, al aceptarlo, estaba contraviniendo una de las reglas no escritas de su gremio. Al fin y al cabo, se dijo, nadie lo sabría nunca. Sólo Epaydos, y a él le convenía tanto como a ella mantener la boca cerrada al respecto.

No le fue nada difícil dar con el objetivo. Joven y fatuo, el sobrino del jerarca era una figura notoria en la ciudad. Tan notoria que alguien se había fijado demasiado en él.

Siguió sus pasos con discreción durante tres o cuatro días. Imri no vio nada extraño en sus ausencias: estaba acostumbrada a que Yoranna pasara buena parte del día en la ciudad y, en cierto modo, lo deseaba así, de modo que al llegar la noche la recibía con nuevos chismes y un brillo ansioso y juguetón en sus ojos verdes.

Una vez que tuvo claras las costumbres del joven fue un juego de niños trazar un plan. Aguardó el momento adecuado, al final de la semana, y se ausentó por la noche de casa con una excusa sencilla pero creíble.

El joven imbécil dormía después de una juerga. Con él en la cama había una mujer y un efebo, y los dos roncaban con placidez. La mujer era una criatura madura, con un cuerpo bien conservado pero que ya no serviría para el placer mucho tiempo más.

Aquello la sorprendió. El sobrino del jerarca no parecía del tipo que disfruta de una mujer madura. Pero, como bien sabía Yoranna, las apariencias públicas y las apetencias en la cama casi nunca tenían mucho que ver.

Se deslizó en el dormitorio, sacó su daga y degolló al joven, que no tardó en desangrarse. Echó un último vistazo a la mujer y al efebo, que dormían ignorantes de lo que acababa de ocurrir y, por un momento, lo sintió por ellos.

Mala suerte. Estaban en el lugar que no debían en el peor de los momentos. Pero esas cosas pasaban. Los dioses eran crueles, al fin y al cabo.

Dejó aquel sitio del mismo modo que había entrado y no tardó en regresar a su casa. Al día siguiente hablaría con Epaydos, aunque seguramente el comerciante descubriría antes de que se lo dijese que el trabajo estaba hecho.

Nadie la relacionaría con él. Epaydos le había dicho que le había prometido a su cliente

contratar a alguien de fuera, que vendría, haría lo que tenía que hacer y se iría. Y, en cierto modo, no había mentido del todo.

Mientras se deslizaba en la cama y se maravillaba una vez más del milagro imposible que era Imri se preguntó por qué el jerarca habría querido ver muerto a su sobrino.

Política, se dijo. Quién la entiende.

El hogar es el sitio al que, si vas, por fuerza tienen que recibirte, tanto si quieren como si no. Pero a veces es el último lugar al que quieres ir.

—Próxtor Brandan

Volvía a casa.

Así que, ¿por qué tenía tanto miedo?

Al norte, siempre al norte, siguiendo el curso del río hasta que las montañas dejaban de ser una ilusión distante y se convertían en una fortaleza sombría.

Volvía a casa.

Todo había pasado (pero, ¿qué?), estaba a salvo y volvía a casa, donde no tendría que preocuparse de nada nunca más.

Seguía caminando, siempre río arriba, hacia el norte.

Hasta que la divisaba. La absurda fortaleza construida por sus antepasados, incapaz de detener ninguna invasión. Una ilusión de inexpugnabilidad que se vendría abajo al primer soplo.

Pero nadie los invadiría. Estaban a salvo allí dentro. El invierno mantenido a raya por el fuego que crepitaba en la chimenea, y la tormenta convertida en un enemigo furioso pero sin fuerzas más allá de los postigos cerrados de las ventanas.

A salvo.

Allí estaba a salvo y hacia allí se dirigía ahora. ¿Por qué entonces tenía tanto miedo?

Recobró la consciencia en una habitación blanca y limpia que no reconoció. Estaba solo, pero no permaneció así mucho tiempo.

Se abrió la puerta y una mujer vestida con una sencilla túnica blanca se asomó al umbral. Sonrió al verlo despierto y se acercó a su lecho.

Brandan vio que comprobaba algo sobre él, pero no pudo girar la cabeza para ver qué era. Luego, se acercó a su cama, tomó una tablilla de cera y escribió algo en ella con un punzón.

Una nueva sonrisa y lo dejó solo.

No podía mover la cabeza, y lo que veía desde su posición no le decía gran cosa. Una habitación amplia, aseada y ordenada, de paredes luminosas y con lo que podía ser una ventana, a juzgar por la luz que se colaba por ella, más allá de su campo de visión.

Afuera, ruidos familiares. Gente, tráfico. El río algo más allá, tal vez.

Comprendió entonces donde estaba. Junto a la torre, en la Casa de Curación.

Así pues, seguía vivo y había vuelto a casa.

Lentamente, a medida que la luz que se colaba en su habitación iba volviéndose más vieja, se quedó dormido de nuevo.

Río arriba, siempre río arriba.

Las montañas se alzaban ante él y casi podía ver la vieja torre a lo lejos.

Le estarían esperando, o tal vez no. Mejor que no.

Sobre su cabeza, el cielo se oscureció rápidamente. Una tormenta. Si apresuraba el paso, podía llegar a casa antes que ella.

Y entonces todo estaría bien.

Así que, ¿por qué seguía sintiendo temor?

La siguiente vez que despertó, la misma mujer de antes lo estaba mirando con el ceño fruncido. Lo saludó con una sonrisa que convirtió su rostro en algo repentinamente bello y le tendió algo.

Brandan intentó moverse y descubrió que ahora sí podía. Tomó lo que le tendía la mujer y se dio cuenta de que era su vieja pipa de brezo, o una muy parecida, y una bolsa de tabaco.

—No abuses —le dijo la mujer. Tenía una voz autoritaria, profesional, acostumbrada a tratar con hombres recalcitrantes y a ponerlos en su sitio con dos palabras—. Pero seguramente te vendrá bien.

Sin decir nada más, abandonó la habitación.

A solas, Brandan cargó la pipa. Con cada movimiento era como si fuera descubriendo de nuevo su cuerpo. Los picores, las pequeñas punzadas de dolor eran como visitantes inesperados pero bienvenidos.

Estaba vivo.

Terminó de cargar la pipa y, casi con miedo, pronunció la palabra de ignición. Hubo un chisporroteo y el olor del tabaco no tardó en llegar a sus fosas nasales. Fue como un festín sensitivo y, cuando introdujo la pipa en la boca y dio una calada, toda una orgía de sabor se desplazó por su garganta.

Estaba vivo.

—Estoy vivo —dijo en voz alta, como si no terminara de creérselo.

Durante los siguientes minutos no hizo nada aparte de fumar y de disfrutar de cada bocanada de humo que entraba en sus pulmones.

Luego, apagó la pipa y se recostó en la cama.

¿Qué hora era?

Qué importaba.

Cerró los ojos y se durmió otra vez.

La tormenta casi estaba sobre él, pero no importaba. Apenas le quedaban unos metros para llegar a la casa: no tenía más que cruzar el absurdo jardín que hacía tiempo que había sido dejado a sus medios y dar un rodeo frente al pozo.

La puerta estaba abierta, y eso le sorprendió. A ella no le gustaba dejarla así. Siempre decía que las puertas estaban hechas para ser cerradas. Al fin y al cabo, argumentaba, para qué construirlas si no.

Se encogió de hombros y cruzó el umbral.

Sintió que la temperatura descendía. Afuera, la tormenta soltó de golpe todo lo que llevaba.

Se estremeció. El invierno, se dijo, el maldito invierno de las tierras altas. Pero a ella le gustaba el clima, y aquellas montañas inhóspitas y hasta aquel maldito frío que se te metía hasta los huesos le parecía algo encantador.

—En el sur todo es seco y polvoriento —decía—, como si estuviera muerto.

Iba a hartarse de humedad para el resto de su vida, se dijo con una sonrisa mientras dejaba atrás el enorme recibidor flanqueado por dos armaduras hurañas y se adentraba en el salón principal.

Sí, la chimenea estaba encendida, y el fuego crepitaba en ella. Sin embargo, seguía haciendo frío.

Notó un olor familiar y se dio cuenta de que tenía hambre. Carne, se dijo, a la brasa, probablemente.

Siguió caminando. Un rayo cruzó la ventana y el trueno fue como el gruñido de un gigante al que despiertan de repente.

—Hora de tu paseo.

Brandan miró a la mujer sin comprender. Ella, sin hacerle caso, lo ayudó a incorporarse en la cama.

—Cuidado con esto —dijo.

Le arrancó delicadamente las dos cánulas insertadas en sus brazos. Brandan siguió con la mirada el recorrido de los tubos y vio que desaparecían bajo la cama.

—¿Qué...? —empezó a preguntar.

Pero la mujer tiraba de él en dirección a la salida, como si fuera una cuestión de vida o muerte el que él diera su paseo.

—Espera —dijo.

Ella no parecía dispuesta a hacerlo.

—Espera —repitió, con una voz que sonaba como un arma lista para ser disparada.

La mujer se detuvo de repente. Lo miró con fastidio y acabó por encogerse de hombros. Brandan volvió a la cama, se agachó bajo ella y comprobó que sus sospechas eran ciertas. Las dos cánulas estaban conectadas a lo que había allí: dos carneútiles, casi totalmente consumidos.

Su respiración era un jadeo apenas audible y en sus ojos había poco más que una invitación al olvido. Toda su carne, con su característico tono anaranjado, se había convertido en pergamino viejo, arrugado.

Se volvió de nuevo hacia la mujer, que lo miraba expectante.

—Vamos —dijo.

Ella asintió y lo condujo hacia el exterior. Brandan se dejó guiar y los dos salieron a un patio casi vacío, con un pozo en el centro.

Un pozo, se dijo. Como el que...

Pero apartó el pensamiento de su cabeza y se limitó a sentarse donde la mujer le indicaba.

—El aire fresco te sentará bien —le dijo—. Vendré a buscarte para la cena.

Lo miró unos segundos, por si él quería algo más y, al ver que Brandan no decía nada, abandonó el patio.

Se acomodó y extrajo su pipa y el tabaco de entre sus ropas. La cargó como si fuera lo más importante del mundo y pasó el resto del tiempo fumando en aquel rincón del patio, tratando de no pensar en nada y de no mirar al pozo.

Pero dentro de él había algo, algo que poco a poco se le iba escapando y regresando a la oscuridad.

Bien, se dijo. Allí es donde debe estar. ¿O no?

La mujer fue a buscarlo algunas horas más tarde, cuando casi anoecía. Regresaron a su habitación, donde lo esperaba una cena fría y mayormente líquida. Se la tomó sin rechistar y fue recompensado por una sonrisa de la mujer mientras recogía los platos y conectaba de nuevo las cánulas a sus brazos.

—Buenas noches —dijo al irse—. Que los mensajeros de Dios te traigan buenas noticias.

Él estuvo a punto de responder algo, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. Se tumbó en la cama y, mientras la noche se iba volviendo cada vez más oscura, cayó dormido de nuevo.

Había una fiesta. O algo muy parecido.

El fuego rugía rabioso en la chimenea y algo se estaba asando en él.

A lo largo de la enorme mesa, gente que no conocía de nada se atracaba como si el mundo estuviera a punto de acabarse.

Al fondo, en un rincón al que la luz no llegaba, se balanceaba algo.

Y él no sabía qué hacía allí. Y, sobre todo, cuál era aquel lugar.

Sin embargo...

La tormenta era cada vez peor. Y, al mismo tiempo, parecía cada vez más inofensiva. El peligro estaba dentro. Pero, ¿dentro de qué?

Uno de los comensales lo vio y lo señaló a los demás.

Todos dejaron de comer y lo miraron.

Meneó la cabeza. Debía irse, volver a... ¿a casa? Pero aquella era su casa o lo había sido, aunque ahora estuviera poblada de desconocidos que no dejaban de mirarlo.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la salida, pero las dos armaduras hurañas del recibidor le impidieron el paso y lo obligaron a regresar.

Pero, ¿regresar adónde?

Alguien se levantaba de la mesa y venía en su dirección. Le resultaba familiar, tanto que tenía miedo de reconocerlo.

—Era necesario —le decía al llegar a su lado—. Tenía que hacerse.

Él se encogió de hombros. No sabía de qué estaba hablando aquel hombre. Ni comprendía a qué venía aquella sonrisa torcida, ni aquellos gestos obsequiosos. Desde luego, no tenía idea de quién era, ni de quiénes eran todos aquellos individuos. Y, sobre todo, no sabía qué hacían allí.

Y no quería saber qué lugar era aquél.

—Pero lo sabes —decía el hombre cuyos ojos parecían una réplica maliciosa de los suyos—. Claro que lo sabes. Es el lugar al que ya no puedes volver.

—No debes bañarte de nuevo en ese río —decía una voz a sus espaldas.

Era el Adepto Supremo, y miraba a su alrededor con un desprecio que no ocultaba del todo su temor. A su lado, Qérlex parecía al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué río?

—No debes hacerlo. Ven con nosotros.

—Por un tiempo al menos —decía el otro hombre—. Está bien, vete. Pero volverás. Aunque ya no puedas volver.

—No —decía Qérlex.

—Ya veremos, picapedrero.

El Adepto Supremo pasó una mano por su hombro y lo ayudó a salir de la habitación. Las armaduras permanecieron inmóviles esta vez.

De pronto, se detuvo justo en la puerta y miró hacia atrás. Sabía lo que estaba asándose en la chimenea y estaba a punto de reconocer la figura entre las sombras, que se balanceaba como un péndulo.

—Vamos, Brandan —decía el Adepto Supremo.

Él asentía y salían de allí.

Al despertar, vio que aún era de noche. Y se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

Había una figura en el umbral de la puerta. Completamente desnuda. Sus ojos brillaban de un modo feroz en la oscuridad.

—Los carneútiles ya han cumplido su misión —oyó decir a la mujer que lo había estado cuidando todo aquel tiempo.

Con paso felino, se acercó a la cama, y arrancó las cánulas de sus brazos. No fue delicada.

—Es hora de que te demos el regalo de la Reina —dijo.

Brandan, totalmente inmóvil, la dejó hacer.

La vio lamer sus heridas y luego relamerse de satisfacción. No se inmutó cuando apartó a un lado las sábanas y recorrió su pecho con unos labios que aún goteaban sangre, ni cuando su cabeza desapareció en su entrepierna y notó una boca cálida en su pene. Seguía inmóvil cuando ella se

montó sobre él y lo cabalgó con energía. Sólo al final, cuando eyaculó dentro de ella, se movió un poco y dejó escapar un gruñido.

—Espero que haya sido de tu agrado —dijo la mujer, con una voz al borde del jadeo.

Brandan se encogió de hombros.

—Ha sido satisfactorio —respondió—. ¿Por qué?

—La Reina manda y las Adeptas de la Curación obedecemos. Eres especial. Hacía tiempo que no nos ordenaba dar un regalo como éste.

—Entonces, dale las gracias a la Reina.

—No creo que sea necesario.

Con un sonido de succión, se apartó de él y luego, con una eficiencia fría y ausente, limpió su miembro.

Él no dejaba de mirarla y se preguntaba por las imágenes que había visto en su orgasmo: una chimenea en la que chisporroteaban trozos de carne y una figura en sombras que se balanceaba al extremo de una cuerda.

—No debiste hacerlo —dijo de pronto.

Ella alzó la vista y lo miró sorprendida.

—¿Qué?

—No debiste hacerlo —repitió Brandan—. No ha sido buena idea.

—No lo entiendo.

—Claro que no. No es asunto tuyo. Pero has traído a la luz lo que casi estaba enterrado otra vez, y no ha sido buena idea.

Ella se encogió de hombros.

—Lástima.

—Sí.

Saltó sobre ella de repente y, antes de que la mujer pudiera reaccionar, sus manos estaban alrededor de su cuello y apretaban con una rabia implacable y fría. Vio sus ojos suplicando en la oscuridad y su boca perfecta abrirse en una o de pánico.

Lo siento, pensó, sin dejar de apretar. Pero nadie debe saberlo.

Los ojos de la mujer no tardaron en perder su brillo y su mandíbula se relajó. Todo su cuerpo se convirtió en un títere sin amo que se desmadejaba sobre la cama. Con cuidado, depositó el cadáver en el suelo.

Volvió a la cama y, sin dejar de mirar el rostro muerto de la mujer, encendió su pipa.

Nadie debe saberlo, se repitió mientras fumaba, tratando de no pensar en qué era lo que se chamuscaba en la chimenea, ni a quién pertenecía el cuerpo que se balanceaba al extremo de una cuerda que, se dio cuenta en ese momento, estaba hecha con sus propias tripas.

Tenía que deshacerse del cuerpo, se dijo. Más tarde. En el pozo, tal vez.

*Os he servido a los dos, con igual fidelidad y de acuerdo a mis capacidades.
Ahora, dadme la recompensa que merezco.*

—La declaración del agente doble

La muchacha era un problema. Y los problemas no se rehúyen. A los problemas se les hace frente. Y se aceptan las responsabilidades derivadas de su resolución.

De momento, era poco más que un incordio, pero podía acabar convirtiéndose en algo bastante más molesto. Y no tenían tiempo para algo así, mucho menos en un momento donde cualquier error podía convertir el suelo bajo sus pies en hielo quebradizo.

Tsun Zune podía ocuparse de ella. Al fin y al cabo, buena parte de lo ocurrido había sido culpa suya, así que resultaba más que adecuado. Sólo que Tsun Zune no estaría mucho tiempo con ellos. La tolerancia de Número Uno para con los errores repetidos tendía a ser cada vez más escasa con el tiempo y, si bien hasta ahora las equivocaciones de Tsun Zune se habían compensado con su utilidad, ésta ya era casi nula.

En otro tiempo, las cosas habrían resultado muy distintas. En el pasado, el khynainio había sido una pieza importante del plan. Pero ahora...

Número Uno aún tardaría un tiempo en ponerse en contacto con ellos, pero en cuanto lo hiciera no tenía la menor duda de cuál iba a ser el destino de Tsun Zune.

Meneó la cabeza. Él había temido a ese hombre. Hubo una época en su primer pensamiento al levantarse estaba dedicado a él, igual que el último antes de tenderse en el catre. Complacerlo, procurar que estuviera satisfecho lo que hacía o, mejor aún, que ni siquiera reparase en su presencia, había sido el objetivo último de muchos de sus días y sus noches.

Ya no. En realidad, quizá nunca. La memoria, al fin y al cabo, jugaba malas pasadas.

No, no debía mentirse a sí mismo. Durante diez años, su vida había girado alrededor de Tsun Zune y, de haber sido las cosas ligeramente distintas, aún seguiría así.

Se incorporó y se asomó al ventanal. Abajo, en el invernadero, Tsun Zune paseaba, satisfecho consigo mismo y sin la menor idea del destino que lo aguardaba.

Había sido su agente. Y luego, el traidor que los había vendido a todos. Y después de eso, su carcelero durante más de diez años. Y todo para acabar convertido en un instrumento en sus manos.

Un instrumento que ya no tenía utilidad alguna.

Estuvo tentado por unos instantes de tomar la decisión por sí mismo, sin esperar a consultar con Número Uno, y acabar con la miserable vida de aquel hombre.

¿Y cómo?

Por sus propias manos, se dijo. Se lo debía, al fin y al cabo.

Pero no, no lo haría. No mientras no recibiera una orden directa. Que Tsun Zune siguiera paseando por los invernaderos y se creyera aún una pieza importante del plan. Durante un tiempo, al menos, que viviera convencido de que servía para algo.

Llamó a uno de sus guardias y le pidió que fuera a buscar al khynainio. No tuvo que esperar mucho a que éste entrara en su despacho, con los brazos cruzados y las manos bajo las amplias mangas de su túnica.

—¿Querías verme, Número Dos?

Asintió.

—La muchacha —dijo—. Se está volviendo algo molesto. Necesito que la controles. Que la calmes. Lo que sea con tal de que deje de incordiar.

Tsun Zune ladeó la cabeza, mientras masticaba las palabras de Número Dos.

—¿Tengo las manos libres? —preguntó.

Ah, los viejos hábitos eran difíciles de abandonar, se dijo Número Dos. Dentro de él, un recuerdo lejano y afilado se agitó como si despertara de un sueño. Le cerró el paso a su mente consciente y dijo:

—No quiero que la dañes. Sólo tranquilízala.

—Comprendo.

Número Dos tenía sus dudas. ¿Cuándo había dejado Tsun Zune de ser el sutil manipulador que él había conocido para convertirse en un hombrecillo obsesionado con el dolor de los demás? Quizá nunca lo había sido, se dijo. Él lo había encontrado sutil y astuto en otro tiempo, cierto, pero posiblemente sólo lo había hecho porque su situación no le permitía verlo de otro modo.

Sí, pensó. Seguramente había sido siempre un hombrecillo ridículo, un simple torturador que se creía un estudioso del alma humana. Y, en el fondo, un burócrata.

Se preguntó si sería buena idea dejar a Valquinia en sus manos. Pero ya no tenía forma de volverse atrás sin ofender a Tsun Zune.

—Cuidala. Tranquilízala —repitió—. Que se sienta a salvo y segura. Sólo eso.

Tsun Zune asintió. Se dio cuenta de que la conversación había terminado y se dispuso a irse. Se detuvo a mitad de un gesto, como si se le acabara de ocurrir una idea.

—Ya falta poco, ¿verdad?

Número Dos asintió. Poco, pero demasiado para Tsun Zune, que nunca vería el final.

—Todo está en su sitio —dijo—, preparado para la última etapa.

Tsun Zune sonrió, dio media vuelta y abandonó el despacho.

Idiota. No era más que un idiota. Y en todo aquel tiempo él no había sabido verlo. Aún había dentro de él demasiado del hombre que había sido, del prisionero al que Tsun Zune había manipulado, como un músico experto con su instrumento. Y eso lo había cegado durante aquellos años.

Pero, ¿por qué había cegado también a Número Uno? Al fin y al cabo, él no tenía la misma implicación con Tsun Zune. Debería haber visto más claro la clase de hombre que era realmente.

Y así había sido, comprendió. Al repasar las misiones que se le habían asignado a Tsun Zune durante aquellos años, lo vio claro: importantes, al menos algunas, pero todas sencillas. En realidad, la utilidad del khynainio había estado unida a su puesto de carcelero. Y ahora eso ya no tenía importancia.

Para Valquinia, la vida era una herida abierta que no cicatrizaba nunca.

Su brazo izquierdo era un amasijo de cicatrices que desembocaban en una garra atrofiada e inútil. La parte izquierda de su rostro no estaba mucho mejor que su brazo.

Pero nada de todo eso importaba.

No la preocupaba la criatura extraña que le devolvía la mirada desde el espejo, medio niña medio monstruosidad, ni el dolor que no terminaba nunca de irse del todo. Ni siquiera el que no acabase de comprender lo que pasaba.

Sólo sabía que estaba sola. Que Yáxtor no estaba con ella.

En su interior, algo iba creciendo día a día, un vacío cada vez mayor que convertía todo cuanto la rodeaba en una representación absurda en la que los actores leían papeles mal escritos sin haberlos ensayado lo suficiente.

Nada era real. Y ella misma se sentía cada día más irreal.

Lo ayudaste a escapar, decía una voz en su cabeza. *Gracias a ti es libre. Y volverá a por ti.*

Al principio, eso había suficiente. Esas tres frases la habían mantenido con vida mientras sentía su cuerpo arder y toda ella era un amasijo de dolor: Yáxtor estaba vivo y libre. Ella lo había ayudado escapar. Él volvería a por ella.

Pero los días se habían ido convirtiendo en semanas y las semanas, en meses. Su cuerpo sanaba, todo lo bien que podía sanar. Pero Yáxtor no venía y el vacío dentro de ella era cada día mayor.

Era como una mano fría y tenaz que tirase de ella hacia el olvido.

Se había resistido. Con todas sus fuerzas, pensando sólo en Yáxtor, vivo y libre.

Pero cada día le costaba más. Cada día la mano era más fuerte y más fría, y la dejaba más vacía de todo.

No sabía dónde estaba y, de saberlo, no le habría importado gran cosa. En su delirio de los primeros días, tenía la sensación de estar viajando. Lejos, muy lejos.

Había recorrido aquel lugar cientos de veces desde su llegada.

Nadie tenía tiempo para ella, todos eran hormigas atareadas, cada uno centrado en su tarea, como si nada más existiese. Sin duda, ella no existía. No para ellos, al menos.

Claro que ellos tampoco existían para Valquinia.

Sólo Yáxtor. Él era lo único importante.

Pero Yáxtor no llegaba. No venía. No la rescataba de aquel lugar absurdo donde estaba condenada a desaparecer.

Tsun Zune encontró a la muchacha justo donde esperaba. Al fin y al cabo, hacía lo mismo casi todos los días a aquellas horas: dirigirse a las lindes del bosque oscuro, sentarse en una roca y

perder la vista en ninguna parte.

¿Pensaba en su amante?

Sin duda. Aunque la mayoría de los mensajeros de Brandan ya debían haberse desvanecido a aquellas alturas, habían hecho bien su trabajo. De hecho, la ausencia de mensajeros dentro de ella no hacía más que empeorar su estado.

Era una drogadicta, y había estado saturada hasta tal extremo, que necesitaba una nueva dosis tan sólo para seguir con vida.

De hecho, si los informes que Tsun Zune había recibido eran correctos, había ocurrido algo asombroso. Parte de los mensajeros curativos que le habían inoculado en cuanto habían llegado allí habían cambiado, y se habían convertido en copias perfectas de los mensajeros de Yáxtor. De ahí que su curación no hubiera sido todo lo buena que debía haber sido: las cicatrices no se irían jamás, no del todo, pero a aquellas alturas, debería haber mostrado mejor aspecto y, desde luego, tendría que haber recuperado la movilidad del brazo.

Cuando le había dicho eso a Número Dos, la reacción de éste no se hizo esperar.

—¿Está lo bastante bien para seguir adelante? —había preguntado. Y luego, ante el asentimiento de Tsun Zune, añadió—. Córtales los mensajeros. Que los consuma todos. Que se libre de la peste del adepto.

Tsun Zune lo había hecho así, y la curación de la joven se había detenido casi al instante. La fuerza de los mensajeros de Brandan era algo casi increíble.

Pero, con el tiempo, todo se consume, y en aquellos momentos, la muchacha estaba libre de la influencia del adepto.

O, en cierto sentido, estaba más presa de él que nunca. Todo dependía de cómo se mirase.

Tsun Zune la contempló unos instantes en silencio, tratando de decidir el mejor modo de abordarla. Había sido hermosa, sin duda, una preciosa niña complaciente a punto de convertirse en una espléndida mujer. Y quizá volvería a serlo algún día, si podían completar el tratamiento de curación. De hecho, con las cicatrices reducidas a un fantasma tenue sobre su mejilla, quién sabe si no se convertiría en una criatura incluso más deseable.

Eso si sobrevivía, claro.

Podía hacerlo, pero se preguntaba si querría.

Tsun Zune asintió para sí mismo, se decidió, y echó a andar, no sin antes agradecerle a Número Dos aquella oportunidad. Desde luego, lo conocía bien, y sabía que Tsun Zune no iba a malgastarla.

La chica era barro, arcilla que había que moldear con un cuidado infinito para que no se quebrase.

Los hombres eran fáciles de doblegar, tal como había comprobado en una vida dedicada a producirles dolor para arrancarles sus secretos. Sus miedos eran simples y directos y, en el fondo, muy poco sofisticados. Aplicar la presión adecuada aquí, soltar la amenaza correcta allá, un poco de dolor y mucho de imaginación por su parte (y se desbocaba tan fácil) y era pan comido.

Había excepciones, claro. Como Número Dos, que durante años se había convertido en su objeto favorito de estudio, cuando no era más que un preso a su cargo. Nada parecía doblegarlo y, a veces, Tsun Zune desesperaba de encontrar el fulcro de sus pesadillas. Y quizá Brandan era otro de esos hombres excepcionales a los que sólo se podía quebrar, pero nunca doblegar. Era difícil de decir, había estado poco tiempo en sus manos.

Las mujeres, sin embargo, eran muy distintas. Sutiles, llenas de recovecos. Fáciles de romper, pero difíciles de torcer del modo adecuado. Frágiles precisamente a causa de su

complejidad.

—Él no va a volver —dijo, deteniéndose a un par de pasos de la muchacha.

Valquinia lo miró como si no lo viese, y Tsun Zune trató de no relamerse de satisfacción. Tan hermosa y torturada, tanto por dentro como por fuera, tan llena de dolor y todavía aferrada a sus últimas esperanzas.

Al borde del abismo, se dijo. El material perfecto. Sólo había que empujar con mucho cuidado y en la dirección adecuada.

—No va a volver —repitió.

—Qué sabes tú —dijo ella, con voz desgana.

Una primera victoria. Pequeña, sin duda, pero un primer paso. Ella le había hablado y, con eso, le había entornado la puerta.

—No mucho —dijo, sentándose a su lado—. Pero sé lo que te hizo, y conozco el vacío que se agazapa en tu vientre. Un vacío que ganará, porque él no vendrá para llenarlo.

Valquinia apartó la vista. Tsun Zune guardó silencio.

—No sabes nada —dijo ella al fin, y él casi se sintió decepcionado. ¿Iba a ser tan fácil?—. Vendrá.

La convicción que había en su voz era escasa, los últimos restos de esperanza.

—Quizá —reconoció Tsun Zune—. Pero, ¿lo hará a tiempo? No te queda mucho.

—¿Qué sabes...? —empezó a decir Valquinia.

Se calló de repente y miró hacia el bosque oscuro. El fruto de un carneútil maduró en aquel momento, y cayó al suelo. Uno de los hombres que esperaban junto a los árboles lo recogió y lo trasladó al carro donde unos cuantos más se amontonaban.

—Te pondré las cosas claras, niña —dijo Tsun Zune, en un tono ligeramente despectivo—. No me importas gran cosa. Si mañana decides ir hasta el acantilado y acabar con tu vida, no sentiré que se haya perdido nada. Pero aquí tenemos una deuda con tu padre. Fue uno de los nuestros y sacrificó su vida por lo que creemos. Así que le debo a él intentar curarte.

—¿De qué?

—Del vacío. De lo que día tras día va convirtiéndote en un fantasma. Nos llamamos los Espectros a nosotros mismos, pero en estos momentos tú lo eres más. Casi no existes.

Valquinia se encogió de hombros. Tsun Zune se dio cuenta de que estaba a punto de levantarse e irse.

La tocó con suavidad en el brazo, lo bastante para que ella fuera consciente de él pero no se sintiera amenazada.

—No tienes nada que perder. Déjame intentarlo.

Vio que dudaba. Y supo que sus dudas cristalizarían en la pregunta que esperaba:

—¿Olvidaré a Yáxtor?

Tsun Zune negó con la cabeza. ¿Olvidarlo? Claro que no. El recuerdo de Brandan era la clave de lo que iba a hacer con ella.

—No —dijo—. Eso jamás.

Número Dos sabía que Tsun Zune haría un buen trabajo con Valquinia, si se le daba tiempo. Y se preguntó si debía dárselo.

¿Le debo algo?, se dijo.

Seguramente sí. Todo el mundo debía algo a todo el mundo, al fin y al cabo. Pero la pregunta no era esa, sino si le debía lo suficiente para mantenerlo con vida. Y, aunque ése fuera el caso, ¿lo haría si Número Uno le ordenaba lo contrario?

Demasiadas preguntas. Pero eso era la vida, al fin y al cabo, una sucesión de preguntas que no tenían una respuesta única.

Salvo una.

Todo era mentira. Vivían en una ilusión.

Y había sido Tsun Zune quien le había mostrado la tramoya.

No había sido su intención, claro. Él sólo buscaba doblegar al hombre que un día lo había reclutado como espía de Alboné. Lo único que quería era hacerlo dudar de todo y de todos, dejarlo en una posición en la que no tuviera nada a la que agarrarse.

—Tus agentes no trabajaron nunca para ti —le decía en aquellas interminables sesiones de tortura—. Y tu Reina te ha olvidado. Nadie vendrá al rescate.

Sabía que era cierto, lo había sabido incluso aunque el khynainio no se lo hubiera repetido día y noche. Enterrarían su nombre al pie de un expediente y nadie volvería a preocuparse de él. Próxtor, tal vez. Quizá él recordase a sus viejos camaradas alguna noche de invierno en su condenado castillo de las tierras altas, mientras el viento aullaba fuera.

Eso sería todo. A todos los efectos, había dejado de existir.

—Tu Reina te ha olvidado —decía el cansino e infatigable Tsun Zune mientras buscaba nuevas formas de aplicar dolor a su cuerpo—. Ya no existes. No eres más que una sombra. Un espectro.

Eso había sido el inicio, recordaba Número Dos. El principio de todo. Porque si no existía, si no era nadie, nada de cuanto había pensado o creído a lo largo de su vida importaba ya. Él no era Yan Fleng, ya no.

Pero estaba vivo, se decía.

¿Quién era, entonces?

Así, mientras los días, las semanas, los meses y los años pasaban, había empezado a fabricarse una nueva identidad. Si Fleng estaba muerto y enterrado, él sería otro. Mientras Mashrun, su viejo camarada, se iba sumiendo poco a poco en la locura, él decidió buscarse un nuevo yo.

Tsun Zune lo ayudó, aunque desconocía que lo estaba ayudando. Con su cháchara sobre las creencias khynainias y su estricta interpretación del Libro del Origen.

—Todos estamos de acuerdo en algo —decía—. Y eso es sorprendente, si lo piensas un poco, mi querido espectro. No importa en qué creamos, ni lo distinto que sea el mundo por el que nos movemos. Todos estamos de acuerdo en que venimos de la Colina del Origen, que fue allí donde el primer hombre y la primera mujer contemplaron el mundo por primera vez y desde allí decidieron poblarlo. ¿No te parece extraordinario que todos pensamos que eso es cierto, aunque no seamos capaces de ponernos de acuerdo en nada más?

Aquellas palabras habían despertado ecos en su mente, habían abierto rincones insospechados y el hombre que ya no era Fleng había sentido que su nuevo yo lo esperaba justo en aquel lugar oscuro que, de pronto, parecía accesible gracias a las palabras de su torturador.

Y los días seguían pasando. Las semanas transcurrían monótonas. Los meses languidecían poco a poco.

Tsun Zune seguía hablando, seguía explorando su cuerpo tratando de doblegarlo y convertirlo en algo nuevo, sin saber que eso ya estaba pasando justo bajo sus narices. Presentía algo, de algún modo sentía que algo estaba ocurriendo ante sus ojos, pero no era capaz de verlo.

A veces, lo amenazaba con matarlo, y él se reía en su cara.

—¿Cómo vas a matarme si ya no existo?

Aunque eso no era del todo cierto. Estaba empezando a ser alguien, como si un larguísimo embarazo se acercase por fin al momento del alumbramiento.

Las palabras de Tsun Zune. El dolor. El tiempo que iba pasando. Juntos componían un todo que lo estaba llevando a un lugar inesperado. No sabía lo que iba a encontrar allí. No tenía la menor idea de en qué se estaba convirtiendo.

Pero ya no era Fleng. Y era alguien.

La mentira. La tramoya. ¿En qué momento la vio? ¿Fue cuando Tsun Zune intentó convencerlo de que las miles de creencias distintas de los Pueblos del Pacto eran absurdas, cuando trataba de hacerle ver que un solo Dios era mucho más lógico que centenares de ellos?

¿O fue antes? ¿O después?

Número Dos no lo sabía exactamente. Sólo recordaba que un día despertó y supo quién era, aunque aún no sabía cuál iba a ser su nombre. Supo que, por fin, había encontrado un nuevo yo, y que ese yo no creía en ninguna de las mentiras que poblaban el mundo. Estaba libre de engaños, preparado para ver la verdad.

Ésta no se hizo esperar. No tardó mucho en llegar. Y, con ella, el nombre del hombre en que se había convertido.

Los dioses no son otra cosa que el modo en que le damos nombre a nuestra ignorancia. El Dios Único no es más que toda nuestra ignorancia puesta en el mismo lugar.

—Glaxton Dishrel

En aquellos momentos, Fléiter Praghem habría preferido estar en cualquier otro sitio. En el Pozo de Malos Recuerdos, quizá. Incluso, puestos a elegir, en mitad del Valle de la Teja medio segundo antes de una erupción. Cualquier sitio menos aquél.

Hasta en medio de uno de los cuentos que le contaba su padre cuando era niño; en su momento más oscuro, cuando el legendario Arteg Praghem parecía incapaz de salir del aprieto en que se había metido y el mundo se dirigía hacia el desastre final a toda velocidad. Sí, habría preferido estar allí antes que donde estaba.

El Adepto Empírico Supremo lo miraba con el ceño fruncido, lo cual era su forma habitual de mirar, según se decía. Qérlex, Maestro de Artífices, parecía distraído, como si todo aquello no fuera con él. En cuanto a Yáxtor Brandan... simplemente no parecía él mismo del todo.

Lógico, teniendo en cuenta que había estado a punto de morir y había pasado el último mes y medio tratando de caminar y comportarse con una razonable apariencia de normalidad.

En resumen, detalles aparte, todos eran más o menos quienes debían ser y se comportaban como se esperaba que se comportasen.

Salvo él.

Porque él no pintaba nada allí. Él no tenía que estar allí. Y, si podía apañárselas, no permanecería allí mucho tiempo. Apretó la empuñadura de su bastón, como si aquello pudiera servir para algo y, por un momento, deseó que los ideogramas grabados a fuego en la madera fueran realmente las palabras impronunciables de protección que su padre había afirmado que eran. Que realmente aquél fuera el mítico bastón de Arteg Praghem y no un simple trozo de madera que había ido pasando de padres a hijos en su familia.

No sirvió para nada, claro. Seguía allí. Y ellos también.

Aquellos albonenses estaban locos, algo que Fléiter sabía desde hacía mucho tiempo. Y, de todos ellos, los adeptos empíricos eran los más locos de todos.

Trabajar con ellos... de acuerdo. Pero hacerlo en su casa, bajo sus condiciones... Fléiter no había firmado eso cuando se enroló en el Capítulo de Información de la Confederación de Occidente. De acuerdo, en realidad no había firmado nada, pero...

—Te agradecemos tu presencia aquí, comandante Praghem

—dijo de pronto el Adepto Supremo, como si aquello no fuera más que una visita social.

Fléiter asintió y trató de parecer cómodo y seguro de sí mismo. Cambió de sitio el bastón y

al hacerlo recordó de nuevo a su padre y los cuentos que éste le contaba todas las noches, antes de irse a dormir.

Cuentos, pensó. Necesitaria ahora un buen cuento. Ellos se dormirían y yo podría irme de aquí.

—Aunque el peligro parece haber pasado, aún quedan unos cuantos cabos sueltos —dijo el Adepto Supremo—. Y damos gracias a tu gobierno por su rapidez en atender nuestra petición de que nos ayudasen a cerrarlos.

—Estoy aquí para servir —respondió Fléiter. Vio que Brandan enarcaba una ceja y parecía a punto de sonreír—. Al fin y al cabo, estamos juntos en esto.

—Cierto —dijo el Adepto Supremo—. Según nuestros informes, las nueve bombas de Malas Noticias que desaparecieron de vuestro arsenal han sido localizadas y desarmadas. Algunas, por desgracia, no antes de que fueran activadas. Pero el desastre pudo haber sido mucho mayor y, en general, creo que tenemos la situación bajo control.

El Maestro de Artífices gruñó algo incomprensible, y el Adepto Supremo fingió no haber oído nada.

—La colaboración entre nuestros artífices y los vuestros ha sido bastante fructífera —siguió diciendo—. Y, aunque no ha sido necesario utilizar el Campo de Contención de Malas Noticias para proteger a la Reina, es satisfactorio saber que estaba operativo de haber hecho falta.

Sí, sí, sí. Bla, bla, bla. Aquellos malditos albonenses podían matar a las piedras de puro aburrimiento a base de cháchara. Sin embargo, Fléiter asentía a cada frase y procuraba parecer interesado en lo que le estaban diciendo.

—Pero, como he dicho, quedan varios cabos sueltos. Seguimos sin saber quién está detrás de estos ataques. Y, aunque el informe del adepto Brandan apunta a que Khynai o alguien dentro del Martillo de Dios, en todo caso, podría estar implicado, creo que aún es pronto para saber nada con certeza.

—Según nuestros informes, Adepto Supremo —dijo Fléiter—, los khynainios recibieron las mismas amenazas que el resto. Y tuvieron que lidiar con su propia bomba de Malas Noticias.

—Lo que, por supuesto, podría no ser más que una elaborada superchería.

—Podría. Pero es poco probable. Nuestra información ha sido contrastada.

—Comprendo. Lo que nos lleva de nuevo a la cuestión. Si no ha sido Khynai, entonces, ¿quién?

Fléiter se encogió de hombros. ¿Querían saber quién había sido? ¿Qué tal una conspiración de los carneútiles? ¿O por qué no el mismo Dios? O incluso, ya puestos, ¿por qué no los Grassin J'mpmensh saltando desde lo más profundo de los bosqueoscuros para acabar con el mundo?

Reprimió un estremecimiento. Aquello se parecía demasiado a los cuentos que el viejo le contaba antes de irse a dormir. Los malditos cuentos que lo tenían toda la noche despierto.

—No lo sabemos —dijo, tratando de sonar tranquilo—. Me temo que en eso estamos tan a oscuras como vosotros.

—Lo cual es preocupante. La amenaza actual ha sido desactivada, pero sin detener a los responsables no podemos estar seguros de que no vuelvan a intentar algo. Lo mismo que ahora, o algo peor.

Fléiter meneó la cabeza.

—No con una bomba de Malas Noticias —dijo—. Todas las que fueron robadas han sido recuperadas. Y te aseguro, Adepto Supremo, que la seguridad de las que están en nuestro poder ha

sido reforzada desde el robo. Es poco probable que...

—Poco probable e imposible no son lo mismo, comandante. Y hasta lo imposible sucede de vez en cuando.

Fléiter no dijo nada.

—Además, si os robaron las bombas a vosotros, ¿cómo sabemos que no se las robaron también a Khynai?

—No estamos seguros de que...

—Pero es probable, ¿no? En cualquier caso, tendremos que aparcar ese tema de momento. Nuestros gobiernos están elaborando un protocolo de colaboración entre nuestros servicios y desenmascarar a quienes estaban tras la pasada amenaza será su prioridad. Entretanto, hay unas cuantas cosas que nos gustaría poner en claro.

—Adelante —dijo Fléiter.

Con un gesto de su mano, el Adepto Supremo indicó a Yáxtor que comenzara a hablar.

Hechos. Eso fue lo que recitó Yáxtor con voz monótona. Un hecho tras otro, comprobable y contrastable.

Su raptor había sido khynainio. Y lo había llevado a Khynai. A juzgar por las coordenadas del lugar donde había sido rescatado, se trataba probablemente de No Mo Lou, un lugar cuya existencia nunca había sido confirmada ni oficial ni extraoficialmente, pero que, de hacer caso a los rumores, era uno de los varios centros de castigo para disidentes políticos y religiosos (que venían a ser lo mismo en el Martillo de Dios), por no mencionar algunos espías del bloque contrario y, quizá, combatientes de guerras pasadas.

Fue transportado en un bajel submarino. Eso, en sí mismo, no tenía nada de extraordinario, pero al mismo tiempo resultaba pasmoso.

Hacía más de veinte años, casi desde el final de la guerra, que se habían empezado a usar los barcos submarinos. Tanto Alboné como la propia Confederación Occidental llevaban un tiempo construyéndolos en secreto y usándolos más en secreto aún. No eran muy de fiar, salvo para viajes cortos y no muy por debajo de la superficie, pero eran útiles si se tenían en cuenta sus limitaciones.

Nada extraño, por tanto, que los captores de Brandan hubieran construido algo así.

Lo que sí que resultaba inusitado era el hecho (hechos, una y otra vez, no había más que hechos en la voz de Yáxtor) de que no usaban los mensajeros para que la maquinaria funcionara.

Al contrario. Todo el bajel submarino estaba rodeado de un campo que inhibía la actuación de los mensajeros. El mismo tipo de campo que rodeaba la prisión. Así que la artesanía capaz de construir un navío como aquel era, como poco, desconocida en el resto del mundo.

Sin esperar a que Fléiter digiriera la información, Yáxtor siguió desgranando los hechos.

Su captor estaba a punto de abandonar la prisión y, por su forma de proceder, parecía estar actuando a espaldas de su gobierno, lo que avalaba la tesis de que Khynai no estaba tras el robo y el intento de utilización de las bombas de Malas Noticias.

Así pues, o trabajaba para otro país o, lo que era más probable, para una organización en la

sombra que, quizá, estaba infiltrada en más de un lugar. En el gobierno khynainio, sin duda; quizá también en el de Wáhrang y quién sabe dónde más.

En cuanto al campo de contención, sí que parecía de origen khynainio. Al fin y al cabo, rodeaba toda la prisión y una amplísima zona de los alrededores. Era impensable que algo así se estuviera usando bajo las narices del gobierno de Khynai sin que éste lo supiera.

Hechos. Esos eran los hechos.

Y los hechos despertaban preguntas.

Fléiter se agitó incómodo en el asiento.

Estaba preparado para malos gestos, preguntas hostiles y reproches encubiertos, pero no para que los hechos le fueran expuestos con frialdad y eficacia, sin el menor contenido emocional en ellos.

—Si Khynai ha desarrollado un campo de contención de mensajeros —terminó Yáxtor su exposición—, ¿qué otras cosas han desarrollado?

—Quizá lo mismo que nosotros hemos construido estos días

—dijo Qérlex, interviniendo por primera vez en la conversación—. Por las descripciones del adepto Brandan, el campo de inhibición de mensajeros y el de contención de Malas Noticias parecen responder a principios muy similares.

—Seguro que lo hacen —dijo Fléiter, como si todo aquello no tuviera importancia. Al pozo con todo, se decía, aquellos envarados albonenses no le iban a pillar con los calzones bajados. No había nadie en el mundo que pudiera pillarlo con los calzones bajados... excepto tal vez la mujer adecuada en el momento adecuado—. Al fin y al cabo, el campo de contención de Malas Noticias es un desarrollo lógico de la propia bomba. Y la bomba fue creada por un khynainio.

Si alguien estaba sorprendido por la noticia, nadie lo demostró. No es que Fléiter lo hubiese esperado, por otra parte.

—Llegó a nosotros poco antes de la Guerra del Martillo

—siguió diciendo—. Puso sus habilidades a nuestro servicio y la mayor parte del mérito de la bomba de Malas Noticias es suyo. Huía de Khynai, según confesó, porque no podía trabajar con libertad. Y, sobre todo, porque no podía pensar con libertad. Eso afirmaba, en todo caso. Como sea, es más que probable que antes de desertar hubiera trabajado con su gobierno y que el desarrollo de ese campo de inhibición de mensajeros hubiese sido parte de ese trabajo.

—Suená lógico —dijo el Adepto Supremo.

Fléiter no pudo evitar una sonrisa.

—Sería de lo poco que hay lógico en la historia de Yintsa, Adepto Supremo —dijo—. Hablamos de un hombre que abandonó Khynai, logró cruzar el territorio del Martillo de Dios, atravesó medio mundo, y acabó en la Confederación Occidental. Todo eso sin que nadie lo notase.

—Tal vez porque no hizo su viaje yendo hacia el Oeste, sino hacia el Este —dijo Yáxtor.

Fléiter reprimió una maldición.

—¿Cómo...?

—Por citar al Adepto Supremo: suena lógico. De haber ido hacia el Oeste las posibilidades

de que lo hubieran interceptado habrían sido muy altas. Como has dicho, tenía que atravesar medio mundo. Yendo hacia el Este, sin embargo, sólo tenía que cruzar el océano.

—Sí, un maldito océano que cubre la mayor parte del mundo

—dijo Fléiter—. Mag'kán Ellnes intentó cruzarlo hace cincuenta años y tuvo que dar media vuelta antes de quedarse sin provisiones. Volvió contando cosas muy curiosas, es cierto, aunque eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando.

Otra vez, se dijo. Otra vez. ¿Por qué todo cuanto decían insistía en recordarle una y otra vez los malditos cuentos de miedo de su padre? Lo que encontró Ellnes en su viaje, los Grassin J'mpmensh de los bosques oscuros, el bastón que había pasado de padre a hijo desde antes de que su familia llegase a Occidente y que era la única protección contra...

Fléiter parpadeó, y se dio cuenta de que Yáxtor estaba hablando.

—Así es —decía, tras haber intercambiado una mirada con el Adepto Supremo—. Hablamos de un hombre que tal vez cruzó un océano infranqueable. Y que puso en vuestras manos las herramientas para crear la bomba de Malas Noticias. ¿Qué puso en manos de Khynai? Y, sobre todo, ¿qué ha puesto en manos de quienes os robaron las bombas?

—Me temo que no entiendo adónde quieres llegar.

—El hombre que dirigía a los que me capturaron era el alcaide de la prisión a la que fui llevado. Y trabajaba para los que os robaron las bombas. No es descabellado pensar que esa misteriosa organización está infiltrada dentro de la maquinaria del estado de Khynai, como ya he dicho. Y, por tanto, tendrán acceso a buena parte de lo que los khynainios sepan.

—Ya veo.

—Y, si damos un paso más, tal como la lógica nos permite, podríamos hacernos la pregunta de en qué otros gobiernos están infiltrados. Y qué más conocen. Y qué piensan hacer con todo lo que saben.

Fléiter no respondió. No parecía haber nada que decir. El Adepto Supremo le hizo una seña a Yáxtor y éste asintió imperceptiblemente.

—Gracias por tu tiempo, comandante —dijo el Adepto Supremo—. Creo que a la luz de lo que nos ha contado Brandan, ha quedado claro que la colaboración entre nuestros dos gobiernos es más necesaria que nunca. Y también en qué dirección debemos trabajar.

Fléiter asintió.

—Gracias —repitió el Adepto Supremo.

¿Lo estaban despidiendo? Eso parecía. Fléiter se incorporó, saludó con la cabeza a todos los presentes, tomó su bastón y abandonó la habitación. Afuera lo esperaba un novicio, que lo guió a través de aquel laberinto de corredores.

Ya en el exterior, se preguntó por qué no se sentía aliviado de haber salido de allí.

Yáxtor permaneció inmóvil y contempló a Fléiter abandonar la habitación. No se movió mientras el Adepto Supremo y Qérlex intercambiaban una mirada, ni lo hizo cuando el Maestro de Artífices, como a regañadientes, se fue también.

El Adepto Supremo se incorporó y durante unos segundos, contempló el mapa que ocupaba buena parte de la pared.

De pronto, lanzó un gesto medio despectivo hacia el mapa y se dirigió hacia Yáxtor. Tomó

asiento a su lado, en el mismo sitio donde había estado Fléiter.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—No creo que tengamos problemas con los occidentales, Adepto Supremo. Colaborarán. Saben lo que está en juego.

—Quizá. Pero ellos no se juegan tanto como nosotros. Al fin y al cabo, en el continente occidental no hay bosqueoscuros, y durante cientos de años han tenido que vivir en un lugar en el que la presencia de mensajeros y carneútiles era escasa. Han aprendido a vivir sin ellos, al menos hasta cierto punto. Los necesitan, pero no les son vitales. Nosotros, por el contrario...

Dejó el resto de la frase en el aire, y Yáxtor no hizo el menor esfuerzo por atraparla.

—Pero sí, creo que tienes razón —siguió diciendo el Adepto Supremo—. Se juegan lo bastante, en todo caso. Así que colaborarán. Pero no era eso lo que te preguntaba.

Por primera vez asomó un atisbo de expresión al rostro de Yáxtor.

—Si no formulas tus preguntas de un modo más concreto

—dijo, con un deje irónico en la voz—, ¿cómo esperas que pueda darte la respuesta que deseas?

Orston Velhas, Adepto Empírico Supremo, estuvo a punto de sonreír.

—Tienes razón. Fuiste mi mejor alumno, al fin y al cabo. Así que no debería sorprenderme de que acabes volviendo mis propias palabras contra mí. Lo que quería saber es qué piensas de la situación. Porque sospecho que no piensas lo mismo que yo.

—No sé lo que piensas, Adepto Supremo. Y ni aunque me hubiera vuelto loco me atrevería a intentar adivinarlo.

—Crees que esto está lejos de acabarse.

—¿Tú no? Al fin y al cabo, quien quiera que iniciase todo esto sigue libre.

—Pero hemos interceptado las bombas. No todas a tiempo, es cierto. El mundo ha recibido una buena sacudida y puede que hasta le venga bien. Pero Lambodonas y Alboné están a salvo.

Yáxtor no dijo nada.

—Sólo que tú crees que no están a salvo.

—Lo que creo es que lo que ha pasado no tiene sentido. Y no me gustan las cosas que no tienen sentido. Roban las bombas del arsenal occidental. Saben cómo usarlas. Están dispuestos a hacerlas estallar en las principales ciudades de los Pueblos del Pacto y del Martillo de Dios. Y es, en apariencia, lo que quieren. No van a usarlas como amenaza para conseguir algo a cambio. Su objetivo es la destrucción de nuestros principales centros urbanos. ¿Y nos avisan de lo que van a hacer? ¿Incluso nos dan un plazo?

Meneó la cabeza.

—Es absurdo, Adepto Supremo. Han hecho todo lo contrario de lo que deberían hacer. Si hubieran actuado en silencio, sin anunciar sus intenciones, moviéndose en la sombra, a estas alturas Lambodonas estaría sumida en el caos. Incluso es posible que ni siquiera tuviésemos Reina.

—Todo el mundo comete errores.

—¿Tan enormes? ¿Tan obvios?

—Quizá tengas razón pero, entonces, ¿qué pretendían? Robaron nueve bombas. Lograron detonar la destinada a Maydalus en las afueras de la ciudad. Y estuvieron a punto de hacer lo mismo con la de Pashlai. Interceptamos las otras siete. Ya no tienen más bombas de Malas Noticias.

—Las que robaron, no.

El Adepto Supremo tomó aire y se acarició la barba. Se incorporó de nuevo y paseó por la

habitación, con las manos a la espalda y la cabeza baja.

—¿Crees que han podido fabricar nuevas bombas estudiando las que robaron? Los occidentales nos aseguran que eso es imposible.

—Lo que creemos imposible y lo que realmente lo es suelen ser cosas distintas. Tú mismo me lo dijiste.

—Es cierto. Sin embargo... Ha pasado más de un mes desde que interceptamos las bombas y no ha ocurrido nada. Si todo esto no era más que una maniobra de distracción, una superchería para que estuviéramos ocupados mirando hacia otro lado mientras se lanzaban a su verdadero objetivo, ¿cuál era? ¿Por qué no ha pasado nada?

—No lo sé. Lo único que sé es que las cosas no encajan. Y no me gusta que las cosas no encajen.

El Adepto Supremo asintió. Era como si de nuevo estuviera dando clase a los novicios y Yáxtor fuera otra vez su alumno más prometedor y más ansioso. Obsesionado por encontrar el orden oculto a las cosas, en hacerlas encajar en su sitio, como si el mundo entero fuera un rompecabezas.

—Es posible que tengas razón —dijo al fin—. Pero no puedo hacer mucho con un «es posible».

—Somos adeptos empíricos. Nos movemos en el mundo de lo posible.

—Cierto, una vez más. Pero no puedo desviar recursos para seguir una pista tan tenue como la que me has planteado.

—No lo hagas.

—Entonces, ¿nos quedamos cruzados de brazos?

—No he dicho eso. Oficialmente, aún sigo en convalecencia. Asígname a los archivos. Déjame rebuscar entre pergaminos polvorientos y tablillas medio borradas, a ver qué encuentro. Hubo una época en que no se me daba mal.

—Pero ¿qué esperas encontrar?

—Quizá nada, y entonces nada se habrá perdido. Pero hay... cosas. Personas que vi y nombres que oí mientras estaba preso. Pistas tenues, como has dicho. Puede que no me lleven a ningún lugar, pero merece la pena intentar tirar del hilo.

El Adepto Supremo miró una vez más el mapa en la pared y luego volvió a sentarse tras su mesa. Rebuscó en su escritorio y, tras encontrar lo que buscaba, escribió algo en un rollo de papiro. Alzó la vista y se lo tendió a Yáxtor.

—Buena caza —dijo, mientras éste lo recogía.

Los novicios hacían sus ejercicios en el patio junto a la Torre, y Yáxtor los contempló como si la lentísima coreografía de sus cuerpos ocultase algún mensaje secreto. En realidad, apenas era consciente de su presencia.

Había sido fácil. Quizá demasiado. Y desconfiaba de las cosas demasiado fáciles.

Sin embargo...

Al fin y al cabo, no había mentido. Todo cuanto le había dicho al Adepto Supremo era cierto.

Y necesitaba acceso a los archivos si quería sacar algo en claro del confuso batiburrillo de sospechas que había en su cabeza.

Pero también lo necesitaba para otra cosa. Y dudaba de que el Adepto Supremo le hubiese dado el permiso tan alegremente de haber sabido que la investigación de Yáxtor tenía tanto de personal como de profesional.

De hecho, si lo que creía era cierto, el Adepto Supremo era una de las últimas personas en el mundo que quería que Yáxtor se embarcase en una búsqueda personal.

Tendría que ir con mucho cuidado. Pero, al fin y al cabo, ése era su trabajo.

Sintió a alguien a sus espaldas y, al volverse, vio a Qérlex. No recordaba haber visto nunca al Maestro de Artífices fuera de las catacumbas. Parecía preocupado.

—¿Crees que lo conseguirán? —preguntó.

Señalaba a los novicios.

—Algunos sí y otros no, supongo —respondió Yáxtor.

—Ya, claro. Ten cuidado.

—¿No lo tengo siempre?

Qérlex asintió.

—Pero ahora tienes que tener cuidado no sólo con los demás, sino también contigo mismo.

—No te entiendo.

—Ya lo creo que me entiendes.

Yáxtor no respondió.

—Te conozco mejor de lo que crees, muchacho. Y sé leer en tu cuerpo incluso cuando éste no está diciendo nada. Ten cuidado, eso es todo.

Dejó el patio antes de que Yáxtor pudiera decir nada y volvió de nuevo a las catacumbas bajo la Torre.

Yáxtor miró el papiro en su mano y luego dirigió la vista hacia el lugar por el que se había ido Qérlex. Una pieza más, se dijo. Otra pieza que había que encajar en su sitio. Y de momento no parecía haber un lugar para ella.

Pero, tarde o temprano, lo encontraría.

Encendió su pipa y siguió contemplando las evoluciones de los novicios mientras la noche iba cayendo lentamente a su alrededor.

Desde este mismo momento, dejamos de existir.

No somos más que sombras, trucos de la luz, borrones de oscuridad.

Espectros.

Tenemos mil rostros y usamos mil nombres. Pero no tenemos rostro y carecemos de nombre.

Cuando el Emperador se pasee desnudo, seremos nosotros quienes lo señalemos, pero nadie lo sabrá.

Cuando desaparezca la mentira habremos sido nosotros quienes hayamos puesto la verdad en su sitio, pero todos lo ignorarán.

Somos espectros. Ni vivos ni muertos.

En los rincones donde los demás no se atreven a mirar, allí existimos.

—El juramento de los Espectros

¿Quién es?

Ignorante de la pregunta que atormentaba a su Regente, la Reina paseaba por el jardín rodeada de su séquito. La nueva carneútil real, permanentemente unida a ella, viajaba sobre un carro tirado por un par de cortesanos. Era una criatura joven, casi recién eclosionada, demasiado torpe aún para caminar y con un rostro que apenas tenía rasgos distintivos. No tardaría mucho en empezar a parecerse a la Reina, sin embargo.

En la avenida de arcos que flanqueaba los jardines, medio oculto por una de las columnas, Glaxton Dishrel contemplaba a su nueva Reina.

¿Quién es esta niña? ¿Por qué me atormenta tanto no encontrar en ella la mirada de mi antigua Reina?

Era ella, sin la menor duda. Con todos sus recuerdos intactos, con su personalidad a salvo. Pero no había la menor calidez en sus ojos. Al contrario, eran duros, como si se encontrase en territorio hostil, rodeada de enemigos por todas partes. Hablaba como debía y se comportaba como debía. Pero cuando reía, sus ojos permanecían fríos.

Glaxton sólo se había encontrado con Yáxtor Brandan en un par de ocasiones, pero recordaba perfectamente sus ojos. Y los de la Reina tenían el mismo brillo afilado e implacable.

¿Dónde está? ¿Por qué se oculta?

Toda nueva encarnación de la Reina exigía un periodo de ajuste, a medida que los viejos recuerdos, la antigua personalidad, se iban acomodando en su nuevo cuerpo. Y la persona original no desaparecía por completo, siempre permanecía algún rasgo de ella que hacía que cada encarnación fuera distinta y que, aunque la Reina era siempre la misma, fuese al mismo tiempo siempre diferente.

Pero esto era distinto.

Era la cuarta encarnación de la Reina que había conocido. Cierto que de la primera no había tenido más que atisbos. Había conocido y tratado a la segunda, como uno más de los ministros de

su gobierno. Pero había sido el Regente de la tercera durante cerca de cuarenta años. Conocía bien a la Reina; mucho mejor que aquella especie de circo absurdo que pululaba a su alrededor, divirtiéndola y buscando sus favores. Quizá mejor que ella misma, en algunos aspectos.

Al fin y al cabo, la había visto como nadie más había osado verla, salvo sus carneútiles, y éstos no contaban.

Y había algo en esta nueva Reina que era distinto.

Pero, ¿era mejor o peor?

¿Dónde estás? ¿Ya no me recuerdas?

¿Era eso, al final, lo que lo inquietaba? ¿Que su amante ya no se acordara de él?

Seguía siendo el Regente. Y una de las cosas que le había asegurado la nueva encarnación de la Reina era que lo sería durante tanto tiempo como deseara. Pero incluso al decir esto no le miraba a los ojos. Parecía distraída, esquiva.

Ya soy demasiado viejo. Estoy dejando de ser útil.

Y puede, que después de todo, no fuera más que eso. La conciencia de que su tiempo había pasado y que había llegado el momento de que pusiera fin a su vida o fuera a la Casa Final para que ellos se encargaran de acabar con su existencia y aprovecharan los mensajeros de su cuerpo para otros propósitos.

Tal vez. O tal vez no. Pero no será hoy, en todo caso.

Se volvió al oír un ruido a sus espaldas. Uno de los guardias de Palacio se acercaba a él, pavoneándose como solían hacer dentro de su ridícula librea.

—Regente —saludó con una inclinación de cabeza cuando llegó junto a él.

Glaxton le devolvió el saludo. Tras el guardia, medio oculta por las sombras de la arcada, había una figura encapuchada.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—La Adepta Suprema de la Curación está aquí para ver a la Reina. Dice que ella la ha convocado.

Glaxton asintió, mientras reprimía una sonrisa ante el tono de voz del guardia.

—Así es. Avisa a Su Majestad. Yo esperaré aquí con la Adepta.

El guardia se cuadró marcialmente y echó a andar hacia el patio, pavoneándose aún más que antes, si es que aquello era posible. La figura encapuchada dio un par de pasos y salió de la penumbra. Glaxton reconoció el hábito de las Adeptas de la Curación y, bajo la capucha, distinguió las facciones de la Adepta Suprema: rasgos de ave rapaz, afilados y agresivos, y ojos perpetuamente desconfiados.

Paradójico, se dijo, para alguien que había jurado dedicar su vida a la curación de los demás.

O quizá no, pensó después.

La Reina no tardó en despedir a su séquito y se sentó en un banco lejano del jardín. Sólo entonces, tras asegurarse de que estaba a solas, le dio una orden al guardia.

Éste casi corrió hacia donde estaban Glaxton y la Adepta de la Curación. Llegó hasta ellos e, intentando no jadear, dijo:

—Te llevaré hasta la Reina, Adepta Suprema.

—No es necesario —dijo ella con una voz que era como vidrio molido arañando la piel—. Conozco el camino.

El guardia pareció dubitativo, y lanzó una mirada implorante hacia el Regente. Éste sonrió fugazmente y asintió.

La Adepta de la Curación salió al jardín y echó a andar, sin importarle lo que hicieran los dos hombres. El guardia, tras unos instantes de indecisión y un nuevo saludo con la cabeza, volvió a su puesto.

Glaxton quedó allí. No podía oír de qué hablaban, aunque sospechaba algo.

No será hoy, se dijo de nuevo. Pero pronto. Ya no me queda mucho que hacer aquí.

—Majestad.

—Hola, prima. Hacía mucho que no hablábamos.

Indiferente, como si el reconocimiento del parentesco no la hubiera sacudido por dentro, la Adepta de la Curación se incorporó y, con las manos en el regazo, adoptó una pose de serenidad.

—No has cambiado gran cosa —añadió la Reina.

El espejo le decía todas las mañanas algo completamente distinto, pero Asima, Adepta Suprema de la Curación, no contradijo a su Reina. Después de todo, en lo más secreto de su mente, estaba de acuerdo con ella: no había cambiado; era el mundo el que lo había hecho. Se había movido, pero ella había permanecido inmóvil.

—Cuéntanos lo que has venido a decirnos.

—Encontramos a Rashela esta mañana —dijo Asima—. En el pozo.

—¿Yáxtor?

—Eso creemos. Todo apunta a él, al menos. Fue a su cuarto a llevarle tu regalo y luego no volvimos a saber más de ella.

—Nos sorprendes. Creímos que habríais puesto algún tipo de escucha en su habitación.

—Lo hicimos, pero Rashela los desconectó. No sabemos por qué.

La Reina sonrió enigmáticamente, como si ella sí supiera lo que ignoraba la adepta.

—Brandan fue muy cuidadoso. Limpió todas las huellas. O lo harían sus mensajeros, seguramente. Y encontramos a Rashela demasiado tarde. Conseguimos revivirla unos segundos, pero su mente estaba muy deteriorada. No nos dijo nada realmente relevante.

—Pero os dijo algo.

—Sólo una frase. Lo que quedaba de su mente se aferraba a ella, como si fuera la última idea que pasó por ella antes de su muerte.

—¿Qué frase?

—«No ha sido buena idea». No sé lo que significa.

—Muchas cosas, seguramente. Entre ellas, que tal vez nuestro pequeño experimento ha tenido éxito. El tiempo lo dirá.

La adepta se mordió el labio y agachó la cabeza, como si considerase algo.

—Vamos, pregúntalo —dijo la Reina.

Asima la miró. Era desconcertante ver a su Reina en aquella niña. Porque estaba allí, sin la menor duda. De hecho, lo estaba más de lo que lo había estado en su anterior encarnación. No había el menor rastro de ese carácter entre bonachón y benevolentemente tiránico que la había caracterizado durante los últimos cuarenta años. En aquellos momentos era todo aristas y dureza.

Aunque en el fondo de sus ojos asomaba algo, como un chiste secreto del que sólo ella se reía.

—Cuando nos pediste que cuidáramos del adepto Brandan y que hiciéramos... bueno, todo cuanto hemos hecho, no sabíamos por qué. Tampoco nos lo cuestionamos. Al fin y al cabo, existimos para tu servicio. Pero nos intrigó.

—No esperábamos menos de vosotras. Y especialmente de ti.

—No somos tan osadas como para... no pretendemos...

Calló de repente, incapaz de soportar la mirada de aquella niña que era su Reina. Como si la que estuviera ante ella fuese, en realidad, otra niña, y ella misma lo fuera también. Pero de eso hacía tantos años...

—Sois osadas y pretendéis muchas cosas. Y quizá algún día debemos castigaros por ello — dijo la Reina, y Asima comprendió que sabía exactamente lo que estaba pensando—. Pero no será hoy. Ven, demos un paseo.

Se incorporó y, a un gesto suyo, la carneútil real dejó el carrito en el que había permanecido recostada y se situó tras ella.

—Vamos —insistió la Reina.

Asima no se hizo de rogar y caminó junto a ella. De vez en cuando, lanzaba miradas de reojo a la carneútil.

—No sabía que ya pudiera caminar —se atrevió a decir. Nadie comentaba nunca nada de las carneútiles reales.

La Reina volvió la vista en una mirada fugaz.

—Aprende rápido. Como nosotras tuvimos que hacerlo.

Asima tuvo la sensación de que no hablaba de ahora, de su actual Transición, sino de la anterior, más de cuarenta años atrás. ¿Era posible? El proceso había enterrado casi por completo a la niña que había sido y sin embargo, ahora, libre de la carga de su propio cuerpo, era como si asomase de nuevo.

—Asumimos que hicisteis lo que os pedimos.

La voz de la Reina la hizo regresar al presente de pronto y Asima se sintió aliviada sin saber muy bien por qué.

—Sí, Majestad. Lo dejamos abandonado a su suerte. Los carneútiles curativos que le proporcionamos estaban casi agotados, al final de su ciclo de vida y no tenían gran cosa que ofrecer. Era necesario que estuvieran allí, por supuesto, para que todos pensaran, bueno, lo que debían pensar. Pero en realidad todo el trabajo de curación lo hizo el propio Brandan. Prácticamente solo.

La Reina asintió. Sabía todo aquello. Al fin y al cabo era lo que había ordenado. Pero no le molestaba oírlo y asegurarse de que las cosas se habían hecho conforme a sus deseos.

—Confieso, Majestad, que llegué a pensar que el adepto no sobreviviría. Cuando llegó a nosotras estaba agotado. Su fuerza vital se apagaba con rapidez, y dentro de él apenas quedaban mensajeros suficientes para mantenerlo en pie. De hecho, según pudimos averiguar, había estado consumiéndolos a un ritmo frenético en los últimos días, usándolos para sacar fuerza y vida de donde ya no debería haber habido ninguna. Estaba, literalmente, a las puertas de la muerte. Y lo que nos pediste... alguna creyó que era un castigo.

—Pero tú no.

—No haces las cosas sin necesidad, mi Reina. No sé mucho, pero sé algo. Y si Brandan hubiera incurrido en tu ira, no habrías acudido a una superchería de ese estilo. Lo habrías castigado de un modo público y notorio. No, yo estaba segura de que lo querías vivo. O, al menos,

que querías que viviera o muriera por sus propios medios.

—Siempre has sido una mujer astuta, prima. Sigue.

Era la segunda vez que la Reina aludía a su parentesco y Asima no pudo por menos de preguntarse qué trataba de decirle con aquello.

—Se recuperó, como has visto —siguió diciendo, tratando de no pensar y limitarse a exponer lo ocurrido—. Fue lento, sin duda. Ha estado casi dos meses con nosotras. Y durante las dos primeras semanas apenas parecía vivo. Pero lo está. No ha necesitado asimilar los mensajeros de los carneútiles. Y estamos seguras de que no los absorbió del aire. Nos ocupamos de que el ambiente fuera lo más estéril posible en ese aspecto. Lo alimentamos, como pediste, pero por lo demás, lo dejamos abandonado a sus propios medios.

Llegaron a un extremo de los jardines y la Reina se detuvo. En aquella parte, el muro que los rodeaba desaparecía, como si un monstruo le hubiera dado un bocado gigantesco. A unos metros de ellas, bajo la colina Real, se desparramaba Lambodonas, frenética e incansable. En el cielo, el aerobajel de la tarde procedente de Wáhrang se acercaba perezosamente a la Torre para su anclaje final. El río pululaba de barcazas que llevaban a los ciudadanos de un lado a otro. Las calles parecían un hormiguero atestado. El humo salía de las chimeneas. Y los talleres de los artífices eran como una ciudad en miniatura en medio de la gigantesca ciudad: ordenada donde Lambodonas era caótica, tranquila donde la ciudad parecía frenética, trazada con eficacia y proporción allí donde la capital de Alboné era un batiburrillo confuso y sin sentido.

Todo estaba en movimiento. Hombres a pie, hombres a caballo, hombres en carros, hombres en botes o en barcazas, hombres en los aerobajeles. Nadie estaba quieto, como si tuvieran miedo de detenerse.

—Sólo hay una conclusión posible para lo que ha ocurrido

—dijo la adepta al cabo de un rato, al ver que la Reina no decía nada y se limitaba a contemplar el paisaje que se extendía a sus pies—. Brandan es capaz de producir sus propios mensajeros.

Era la primera vez que decía aquellas palabras en voz alta y, sin saber por qué, tuvo miedo. Recordó de nuevo las palabras que la pobre Rashela había dicho cuando la resucitaron:

«No ha sido buena idea.»

—Sí, parece lógico —dijo la Reina con indiferencia.

Y, más que cualquier otra cosa, aquellas palabras hicieron que Asima se estremeciera.

—Existo a tu servicio —murmuró.

—Claro —dijo la Reina—. No lo dudamos. Aunque hubo una época en que pudo ser distinto. Parte de ti podría estar donde estamos ahora.

Asima tomó aire.

—Pero no fui yo la elegida —logró decir—, sino mi prima. Elshdor.

La Reina suspiró al oír ese nombre.

—Elshdor —dijo—. Sí, casi lo habíamos olvidado. Elshdor y Asima. Inseparables. Las dos candidatas perfectas para la siguiente encarnación de la Reina. De hecho, decían, Asima era un poco más perfecta. Pero fue Elshdor la elegida.

Asima no dijo nada.

—¿Por qué, prima? ¿Por qué no pasaste las pruebas si estabas más capacitada que nosotras?

En lugar de responder, la adepta preguntó a su vez:

—¿Por qué ahora?

La Reina se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Hemos evitado el contacto contigo todos estos años y lo redujimos al mínimo que las obligaciones de la corte exigían. Teníamos miedo, ¿sabes? Pero ya no. El cuerpo de Elshdor se ha ido y en esta nueva cáscara no tenemos miedo de preguntar. ¿Por qué no pasaste las pruebas?

¿Debía decírselo? ¿Debía decirle que había fracasado deliberadamente? ¿Que no había soportado la idea de dejar de ser quien era y convertirse en una minúscula perla de consciencia atrapada en los recuerdos y la personalidad de la Reina? ¿Que no quería dejar de ser ella misma?

Miró a la Reina, que aguardaba pacientemente una respuesta.

—No lo sé —respondió al fin—. Tal vez lo intenté demasiado, con demasiada fuerza. O puede que, simplemente, mi prima fuera más adecuada que yo. No lo sé —repitió.

La Reina sonrió y, en aquellas facciones desconocidas, Asima vio el rostro de su prima Elshdor, tal como la recordaba antes de la Transición que la había convertido en la Reina.

—Sigues mintiendo bien, prima —dijo—. Pero, sin saberlo has dicho la verdad. Elshdor era más adecuada que tú. Y lo era, simplemente, porque estaba dispuesta a serlo.

Asima trató de contener el suspiro de alivio que llenaba su pecho y soltó el aire lentamente, con un cuidado infinito.

—Pero nada de todo eso tiene ahora la menor importancia

—dijo la Reina—. Lo que habéis hecho ha confirmado lo que sospechábamos y nos ha dado una de las claves de la singularidad de Brandan.

—¿Una? —preguntó Asima.

La Reina asintió.

—La otra tal vez esté en esa frase que rondaba en la cabeza de tu adepta. «No ha sido buena idea», dijo. Y quizá tuviera razón. Creo que no lo sabremos hasta pasado algún tiempo.

Asima no sabía qué decir a eso, así que guardó silencio. La Reina se perdió de nuevo en la contemplación de la ciudad bajo la colina Real. De pronto, alzó la vista, como si acabara de darse cuenta de que no estaba sola.

—Puedes irte —dijo.

*Toda burocracia es, por definición, un monstruo.
Aunque ocasionalmente puede ser un monstruo útil.*

—Orston Velhas

Yáxtor tardó un par de días en dar con lo que buscaba, o al menos parte de ello. Un principio, en cualquier caso.

Mientras rebuscaba por los expedientes polvorientos, una decisión iba tomando forma dentro de él. Procuraba no pensar en ello, pero sabía lo que estaba pasando y lo que iba a hacer, tarde o temprano.

Pero aún no. No antes de haber resuelto un par de cosas y haber desenredado dos o tres vueltas de la madeja.

Así que siguió buscando, recorriendo un pasillo tras otro, desenterrando un expediente que lo llevaba a un informe que lo dirigía a un archivo cuyo índice lo hacía desenterrar un nuevo expediente que iniciaba otra vez todo el proceso.

Vació su mente de todo lo que no tuviera que ver con su tarea y no tardó en volverse indiferente al paso del tiempo.

No tenía mucho, apenas media docena de frases:

Cómo conocí a tu padre. Fue poco antes de la guerra. Él era joven y yo un maduro adepto empírico, rama ejecutiva. Como tú, seguramente. Y estaba Fleng, por supuesto, con sus sueños de gloria militar y de honor al servicio de la Reina. Hacíamos un trío curioso.

Dio con ello a media tarde, rebuscando entre los expedientes militares.

Don'l Mashrun. Teniente de las fuerzas terrestres de Su Majestad. Había servido durante la Guerra del Martillo y había sido condecorado varias veces. Una hoja de servicios inmaculada.

En realidad, había sido bastante sencillo. Cuestión de usar la lógica y comparar fechas y asumir que, durante la guerra, Mashrun, como muchos otros adeptos, había servido en el frente. Al fin y al cabo, él, su padre y un militar llamado Fleng formaban «un trío curioso». ¿Y dónde podrían haberlo formado, si no?

Que Mashrun hubiera sido un soldado, por otra parte, era una suerte: si algo sabía hacer bien el ejército, era el papeleo. Todo quedaba registrado, hasta el detalle más nimio.

Así que fue un juego de niños pasar de Mashrun al listado de hombres de su Compañía. Encontrarse con el Capitán Yan Fleng no fue ninguna sorpresa, como tampoco lo resultó descubrir al alferez Próxtor Brandan.

Allí estaban. Los tres. Tal como el viejo loco había dicho: «Estábamos juntos los tres». Y luego: «¿Dónde está Fleng?».

Tenían que ser muy jóvenes, por aquel entonces, y su padre, poco más que un crío. Recién salido de la Academia Militar, sin la menor duda: un alférez bisoño, lleno de entusiasmo y sueños de gloria.

Repasó el historial de la Compañía. Habían servido en lo más duro de la guerra y, en los últimos meses de ésta, habían sido parte de un contingente de asesoramiento enviado a Khynai para preparar la invasión de Honoi. Al final, ésta no había sido necesaria: los occidentales habían soltado su bomba de Malas Noticias y el archipiélago se había rendido una semana más tarde.

Pero habían estado en Khynai. Durante varios meses. ¿El tiempo suficiente quizá para conocer a un funcionario civil que respondía al nombre de Tsun Zune y que acabaría al frente de una prisión que no existía oficialmente?

Tal vez.

O tal vez no.

Acabada la guerra, la Compañía había sido enviada a Wáhrang, para ayudar en las labores de ocupación y reconstrucción. Allí, los destinos de los tres compañeros se habían separado. Mashrun, ascendido a capitán, había pasado a la administración del territorio y sirvió durante un tiempo como enlace con el gobierno provisional wáhranger. Su padre, ahora teniente, y a punto de conseguir las tres espadas de la capitania en la manga, había renunciado de repente al servicio activo.

No hacía falta ser muy listo para saber por qué. Había regresado a Alboné, y al lugar que debía haber ocupado de no haber sido por la guerra: entre los Adeptos Empíricos, destino tradicional de la familia Brandan durante varias generaciones.

En cuanto al Comandante Fleng, porque era ya comandante al acabar la guerra, un día desapareció misteriosamente.

No tanto, en realidad, porque el minúsculo sello al final de su expediente resultaba bastante revelador.

Brandan asintió, y su mente viajó muy lejos, veinticinco años atrás, cinco antes de su propio nacimiento.

Tres jóvenes oficiales. Activos, emprendedores, buen material.

Uno, reconstruyendo un país en ruinas.

El otro, volviendo ostentosamente al servicio de los Adeptos Empíricos.

Y el tercero, desapareciendo sin dejar rastro.

Aunque no del todo, se dijo Yáxtor. Quizá para el resto del mundo se había esfumado, pero no para ellos.

El Adepto al que le pidió la llave de la última sala de los archivos lo miró como si le estuviera pidiendo las joyas del Reino, pero tuvo que claudicar cuando le enseñó la orden firmada por el Adepto Supremo. Incluso entonces, insistió en acompañarlo, y se aseguró de que Yáxtor se limitaba a acceder a aquellos archivos que afirmaba buscar.

No tardó en dar con ellos, en los estantes de los adeptos ejecutivos sin tapadera oficial. El sello al final del expediente de Fleng lo guiaba con precisión y, flanqueado por el hurraño archivero, los encontró casi enseguida.

Firmó el registro, indicando lo que se llevaba y por cuánto tiempo y volvió a su mesa. La mirada del archivero en su espalda estaba llena de reproches, pero Yáxtor tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Repasó el expediente, aunque en realidad apenas lo necesitaba. Lo que había reconstruido en su mente a partir de los datos que tenía se ajustaba a la realidad casi sin fisuras.

Veinticinco años atrás. La guerra había terminado. Las espadas volvían a sus vainas y los cañones enmudecían. Pero empezaba una nueva guerra: una guerra oculta, sorda, en la que las bajas se enterraban a medianoche y ningún bando reconocía sus pérdidas. Una guerra de información, de maniobras en la oscuridad y de pactos, sobornos y secretos por todas partes.

El Martillo de Dios contra los Pueblos del Pacto. Un Dios único y un solo pensamiento frente al caos de la diversidad, si lo contaban unos. Un mundo sin privilegiados frente a viejas naciones aristocráticas dispuestas a hacer lo que fuera con tal de conservar las cosas tal como estaban, si lo contaban otros.

Dos formas irreconciliables de ver el mundo. Los dos no podían estar en lo cierto al mismo tiempo.

Una nueva forma de hacer la guerra.

Y, en ella, tres hombres dispuestos a hacer lo que su Reina les pedía.

Fleng había pasado al otro lado. A Yáxtor ya no le quedaba ninguna duda de ello. Había cruzado el mar de Honoi y había desembarcado en alguna oculta caleta de Khynai con la misión de poner en marcha una red de espías dentro del territorio gobernado por el Martillo de Dios. Mashrun era su contacto, su intermediario.

Y, desde la lejana capital de Alboné, Próxtor Brandan coordinaba todo aquello.

¿Qué había pasado? El expediente no decía gran cosa. Durante cerca de cinco años, Fleng había trabajado como una hormiga laboriosa y había hecho un trabajo de primera. Mashrun lo mantenía abastecido de cuanto necesitaba y su padre movía los hilos para que la información obtenida llegase sólo a quien debía y de la forma adecuada para que no traicionase la existencia de su agente al otro lado.

Y luego, de pronto, el silencio.

Una petición de reunión por parte de Fleng. Mashrun preparándolo todo y marchando a ver a su viejo amigo.

Y no se había vuelto a saber de ninguno de los dos.

Yáxtor comparó las fechas y asintió, comprendiendo lo ocurrido. Porque había sido poco después de eso cuando su padre había desaparecido, dejando atrás una esposa embarazada a la que ya no volvería a ver.

Alguien los había traicionado. La red había caído en manos del enemigo. Sin duda la petición de reunión por parte de Fleng había sido una trampa. Y Mashrun había caído en ella con una facilidad absurda.

En cuanto a su padre... había intentado sacar de allí a sus compañeros, qué otra cosa encajaba. Y, al hacerlo, él mismo cayó en manos de sus enemigos.

Yáxtor alzó la vista y se dio cuenta de que estaba haciéndose de noche. Tendría que devolver el expediente antes de irse. Volvió a mirar el legajo de papeles que se desparramaba sobre la mesa y recorrió del principio al final la historia que había estado urdiendo a lo largo de la tarde.

Podía ser cierta. O podía no serlo.

Si lo era, Tsun Zune había tenido un papel destacado en la caída de Fleng. Y quizá en la muerte de su padre.

¿Estaba ya entonces trabajando para la gente que había robado las bombas de Malas Noticias, o era simplemente un leal funcionario de Khynai? ¿O quizá ambas cosas?

Mientras devolvía los expedientes a su lugar y recogía su mesa, se preguntó de qué le serviría todo aquello.

No había respondido ninguna de las preguntas que se llevaba haciendo desde su regreso a

Alboné. En realidad, lo único que había conseguido era encontrar nuevas preguntas sin respuesta.

—Estos son los expedientes que habías pedido, adepto Brandan.

—¿Y los informes de hoy?

—Aquí, al final del legajo.

—Bien, puedes irte.

—Estamos a punto de cerrar.

—Me quedaré. Yo me ocupo.

El joven novicio asintió, hecho un amasijo de nervios, y Yáxtor volvió a su tarea. Tras el hallazgo del día anterior, no había encontrado gran cosa, pero tampoco lo había esperado. En realidad, durante todo el día no había hecho más que explorar los archivos sin ningún propósito concreto, deteniéndose aquí y allá para ojear algo que le parecía interesante, reaprendiendo el modo en que todo estaba organizado.

Recordaba bien su época de novicio, en aquellos mismos archivos. Al menos, recordaba parte de ella: la que tenía relación con el trabajo. Sin embargo, por más que lo intentaba, apenas conseguía acordarse de un rostro o de un nombre, como si todos los que habían trabajado con él en esa época se hubieran desvanecido del mundo y, con ellos, todo cuanto habían sido.

Presentía por qué, pero prefería no pensar en ello. Aún no.

Tenía varias pistas que explorar. Algunas, abiertamente, otras de forma más discreta.

Vio que estaba anocheciendo e hizo a un lado los expedientes que el novicio le había traído, aumentó el resplandor de las luces con una orden distraída, y luego les echó un vistazo a los informes diarios de actividad.

Pasó por los asuntos domésticos casi sin leerlos y se centró en lo que ocurría fuera de Alboné. La red de adeptos empíricos se extendía por todo el mundo, y no había parte a la que sus tentáculos no llegaran. Incluso bajo el dominio del Martillo de Dios. Sobre todo, se dijo, bajo el dominio del Martillo de Dios.

Era difícil, pero no imposible. Por más que lo intentasen una y otra vez, los hombres se resistían a vivir bajo un solo pensamiento y una sola creencia. El sistema de gobierno e Khynai era eficaz, y se había mantenido casi sin cambios durante los últimos dos mil años. De hecho, resultaba de una simplicidad casi ridícula: bastaba con controlar los recursos claves y crear una burocracia cuyo único fin en la vida fuera administrarlos. A partir de ahí, apenas era necesario cambiar nada. De hecho, tras la revolución, lo único que los khynainios habían cambiado eran unos amos por otros.

La persona que está en la cumbre puede ser distinta, pero el sistema sigue siendo el mismo. Y, si es lo bastante simple y eficaz, derrotará a todos y a todos asimilará: invasores y revolucionarios, reformadores y arribistas. No importaba.

Pero incluso allí, con cuidado y paciencia, se podían plantar las semillas adecuadas. Pocas crecerían y muchas se marchitarían a mitad de su ciclo de vida (pensó fugazmente en Fleng, Mashrun y su padre, pero abandonó el pensamiento casi en seguida), pero quedarían en pie las suficientes para saber lo que ocurría, o incluso colocar la desinformación adecuada en los lugares

correctos.

En cuanto a sus satélites, resultaba incluso más sencillo. No eran como los habitantes de Khynai, acostumbrados al mismo modo de vida con distintos amos desde siempre, y por tanto resultaba más sencillo reclutar agentes. Claro que también eran menos de fiar.

No había parte del mundo a la que los adeptos empíricos no llegasen, pensó de nuevo.

Y, casi enseguida, se dio cuenta de la mentira que había tras aquella idea.

Porque quien quiera que hubiese robado las bombas de Malas Noticias, fuesen quienes fuesen los amos de Tsun Zune, estaban en un lugar del que ellos nada sabían. De hecho, era muy posible que estuvieran en todas partes.

Incluso allí mismo, se dijo Brandan alzando la vista de los legajos y mirando a su alrededor.

Era ya noche cerrada. Tenía mucho que hacer. Pero terminaría de leer los informes.

Disturbios en el sur. Tranquilidad en Wáhrang. Maquinaciones en Ashgramor. Altanería y juego doble en Painé.

Lo de siempre.

Le llamó la atención una breve nota informando de lo que parecía un asesinato político. El sobrino del jerarca de Akra, una de las ciudades de Painé. Ni la más poderosa ni la más influyente. No era la primera en nada, pero sí la segunda en ambas cosas.

Hmmm.

Repasó de nuevo el informe. Había sido un asesinato ejecutado por un profesional, sin la menor duda: con habilidad y discreción, sin dejar huellas.

Con el papiro en la mano, Brandan se incorporó y echó a andar hacia el fondo de los archivos. Recorrió varios pasillos, dudó unos instantes y al fin dio con lo que buscaba. Extrajo una carpeta y volvió con ella a su asiento.

Pasó las hojas rápidamente, absorbiendo información sin molestarse en analizarla. Repasó todo lo que sabían de Akra y su actual situación política. Se detuvo unos instantes para cargar la pipa y luego siguió leyendo entre bocanada y bocanada de humo.

Era evidente, se dijo. El chico era más una molestia que otra cosa para la carrera de su ambicioso tío. Él mismo había encargado su asesinato.

Pero, ¿a quién?

La lógica dictaba que fuese a alguien de fuera de la ciudad. Alguien profesional y discreto que no lo relacionara con la muerte del muchacho.

Trató de no dejarse llevar por la esperanza y siguió leyendo.

Cerró la carpeta y se puso de pie otra vez. Tras dejarla en su sitio, siguió su camino hasta un nuevo pasillo. Al llegar a la pared pareció desorientado. Al fin, con una sonrisa, se dio cuenta de su error y giró a su derecha.

No tardó en encontrar la puerta y casi se sorprendió al no ver al archivero plantado ante ella, vigilante día y noche para que nadie no autorizado entrara en la sala.

Bueno, abrir la puerta no era ningún problema. No con la llave maestra que el Adepto Supremo le había proporcionado junto con su autorización. Durante unos segundos imaginó la expresión escandalizada en el rostro del archivero y luego, con un encogimiento de hombros, entró en la habitación.

El interior estaba totalmente a oscuras. Brandan escupió al aire mientras musitaba una palabra impronunciable. Su saliva entró en incandescencia e iluminó lo que le rodeaba durante unos segundos. Suficientes para saber lo que buscaba y dónde estaba.

De nuevo a oscuras, abrió un armario y tanteó entre las carpetas que se apilaban en él.

—Ajá —murmuró.

Volvió a su sitio. Abrió la carpeta y empezó a pasar hojas. Vio que su pipa se había apagado. La encendió y se la llevó a la boca.

No, demasiado obvio. Pasó al siguiente.

Altur de Ashgramor podría haber sido un buen candidato, pero llevaba dos años retirado del negocio. Y prácticamente de cualquier otra cosa.

En cuanto a... no, tampoco.

Todos eran buenos en su trabajo, pero su forma de operar no encajaba con el asesinato del chico. No podía ser ninguno de ellos.

Al fin dio con lo que esperaba encontrar y, de nuevo, intentó no dejarse llevar por la esperanza.

Yoranna Lei.

Contempló el retrato que acompañaba al informe. El pelo muy corto, de un rubio tan claro que casi parecía blanco. Los ojos entre divertidos y desafiantes. La mandíbula decidida. Y el aire de resolución de quien se siente seguro de sí mismo y de sus habilidades.

Brandan no sabía quién había dibujado aquel retrato, pero merecía ser felicitado. Había conseguido capturar perfectamente no sólo la apariencia de Yoranna sino también su actitud.

Leyó lo que sabían de ella y, a medida que lo hacía, comprobó que encajaba con la persona que había matado al sobrino del jerarca.

Salvo que vivía en Akra, y aquello no tenía sentido. Una norma básica de cualquier espada mercenaria es que nunca trabajas donde comes. Eso acaba trayendo problemas.

Sin embargo, seguía siendo la candidata más adecuada. Y, por otro lado...

Entrecerró los ojos, recordando los escasos momentos en que la había visto, rememorando una y otra vez su forma de moverse, las palabras que elegía al hablar, el brillo en sus ojos cuando observaba algo.

Sí, se dijo. Encajaba. Incluso el hecho de romper una norma básica del negocio encajaba con ella. Un pequeño salto al abismo. Un riesgo calculado, siempre que se hiciera con bastante discreción y no muy a menudo.

Podía ser. Estaba casi seguro de que era.

Pese a todo, siguió pasando fichas y nombres, decidido a no descartar ninguna posibilidad.

Cuando terminó, y mientras devolvía la carpeta a su sitio, pensó que por fuerza tenía que tratarse de ella.

Lo cual no estaba muy seguro de que significase nada. Al fin y al cabo, dudaba de que fuera parte de la misteriosa organización que lo había secuestrado. Era más lógico pensar que la habían contratado para un único trabajo, y que, de hecho, ni siquiera supiera para quién trabaja realmente.

Pese a todo, era algo prometedor. Si estaban satisfechos con su trabajo, tal vez la contratasen de nuevo.

O tal vez no, se dijo, mientras volvía a su escritorio, tomaba la luz y salía de los archivos. En cualquier caso, era una pista que merecía la pena seguir. Informaría mañana.

Cerró la puerta a sus espaldas y se internó en el laberinto de las catacumbas.

Era tarde, se dijo.

Pero aún tenía tiempo para una última visita.

La cerradura del despacho del Adepto Supremo no se le resistió mucho tiempo. Mientras sus mensajeros disolvían todo rastro en la puerta que pudiera identificarlo, entró en la habitación.

Había estado en ella cientos de veces. Ahora, en mitad de la noche, parecía un lugar poblado de fantasmas. Sostuvo la luz en alto, pero su resplandor sólo conseguía convertir las sombras en los caprichos de un borracho.

Se acercó a la pared y se entretuvo un rato en la contemplación del enorme mapa que la ocupaba. Si sus sospechas eran ciertas, lo que buscaba estaba tras él.

Dejó la luz sobre la mesa y miró de nuevo el mapa. Los continentes estaban representados con un detalle casi obsesivo, con cada accidente del terreno delicadamente encajado en su lugar. Pasó la mano por los controles y la superficie del mapa se pobló de datos: población, información política, informes de migración, todo lo que los adeptos ejecutivos averiguaban en cada lugar, actualizado casi en tiempo real gracias a los mensajeros de los archivos. Sabía que no tenía más que pasar la mano por un lugar concreto y la información relativa a él se ampliaría y podría explorarla en detalle.

Una obra maestra, sin duda. Uno de los mejores trabajos de los artífices.

Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que había un lugar vacío de información. No tardó en darse cuenta de que se trataba de Desolación, la gran isla al este de Thunia, desaparecida bajo el mar en un cataclismo hacía cincuenta años. Se preguntó por qué seguiría apareciendo en el mapa después de tanto tiempo.

Se encogió de hombros. Quizá los artífices eran capaces de actualizar la información, pero la forma misma de las masas de tierra era algo fijo que no podían alterar. O que no sabían. El mapa tenía, al fin y al cabo, varios miles de años de antigüedad, y había mucho sobre su funcionamiento que se había perdido con el paso del tiempo.

Pero no importaba. Era tras el mapa donde se encontraba lo que estaba buscando, estaba casi seguro. El modo en que el Adepto Supremo se detenía a veces y se perdía en su contemplación era bastante revelador.

Claro que, se dijo, podía ser revelador de muchas cosas que no tuvieran nada que ver con lo que él creía.

No obstante, era el momento de averiguarlo.

Cerró los ojos, tragó saliva y, con la boca entreabierta, aleccionó en silencio a sus mensajeros. Cuando sintió que estaban listos dentro de su cuerpo pronunció la palabra impronunciable y se retiró un par de pasos.

Nada había cambiado, al menos a simple vista. Pero él podía sentirlos, como los había sentido siempre, desde la primera vez que fue consciente de lo que pululaba dentro de su cuerpo. Estaban allí, arracimándose alrededor del mapa, explorándolo, buscando aquello que estaba oculto, descubriendo resortes, mecanismos y salvaguardas.

Al fin, con un clic que sonó como una explosión en mitad del silencio, la cerradura del mapa se rindió y la pared se hizo a un lado lentamente, dejando a Brandan ver lo que había detrás.

Tomó de nuevo la luz y entró en el espacio que se abría tras el mapa.

No perdió el tiempo felicitándose por haber estado en lo cierto. Se lanzó a la búsqueda de su propio expediente y, cuando lo encontró, lo leyó allí mismo, de pie, absorbiendo cada palabra como si no existiera nada más.

Cuando salió al exterior, media hora más tarde, mientras la noche se desparramaba sobre la ciudad, era un hombre confuso.

No había nada extraño en el expediente, y eso era lo más extraño de todo.

Todo cuanto recordaba estaba allí. La desaparición de su padre durante una misión para los Adeptos Empíricos (y ahora creía saber qué misión había sido ésa) y la posterior confirmación de su muerte por un agente doble. La agonía de su madre en el parto y su fallecimiento por consunción. Su infancia en el castillo Brandan, cuidado por Maklén, el viejo criado de la familia. Su ingreso en los Adeptos Empíricos a los catorce años. Su rápido ascenso.

Todo estaba allí, pero faltaba lo esencial.

Las notas de sus tutores se deshacían en alabanzas sobre él. Aparentemente, servía para todo. Tenía buena mano para la escritura, y mejor memoria para la lectura. No había enigma lógico que se resistiera a su mente, y los misterios eran un reto al que no podía negarse. Y su cuerpo era como un instrumento siempre afinado y listo para la acción. Era ideal para las operaciones ejecutivas y también para el trabajo de análisis. Podía hacer cuanto quisiera.

Eso era lo que decían una y otra vez, mientras las páginas del expediente iban llegando a su final y él no encontraba nada de lo que estaba buscando.

Era como si la verdad estuviera justo frente a él y, de algún modo, se estuviera burlando de sus intentos por atraparla.

Se detuvo de pronto y alzó la vista. No sabía dónde estaba.

Rememoró el camino que había seguido y se dio cuenta de que se acercaba a los muelles. No era un lugar muy recomendable por el que pasear a aquellas horas de la noche.

Se encogió de hombros, lanzó una mirada desganada a una luna casi llena y siguió caminando.

Todo estaba allí, se decía, pero allí no había nada.

Lo peor era que así era como recordaba las cosas. Cada frase del expediente, cada acontecimiento que narraba, encajaba a la perfección en su memoria sin que hubiera huecos ni fisuras.

Un joven prometedor, excepcional en algunos aspectos. Con una vida sin sobresaltos (aunque con un nacimiento accidentado) y que tenía todo el mundo a su alcance.

Y luego, el colapso.

Cerró los ojos y vio en su mente la breve nota que lo describía. La vuelta al castillo Brandan a los diecisiete años, durante un invierno especialmente duro. Unos días de descanso en sus tareas como adepto empírico.

Ya no era un novicio, sino un verdadero adepto. Había dejado de ser un niño y era por fin un hombre.

Eso se decía mientras seguía recorriendo las silenciosas calles de Lambodonas en dirección al puerto.

Se lo decía una y otra vez y no le encontraba sentido.

Las palabras estaban allí, en su memoria, pero no había el menor rastro de las emociones que deberían haberlas acompañado. Era como si no fuera su historia, sino la de otro. Algo que le habían contado y le habían hecho memorizar.

Un cuento.

Asintió. Eso era. El pasado que estaba en su expediente, el que había en su memoria, no era más que un cuento. Una patraña.

Aunque era cierto. Había hecho todas y cada una de las cosas que había hecho el expediente,

de eso estaba seguro. Sólo que, ¿qué más había hecho? ¿Qué otras cosas había en su pasado que habían sido cuidadosamente expurgadas de aquel legajo?

Y de su mente.

El suelo estaba resbaladizo, y comprendió que estaba llegando a los muelles. Al alzar la vista, distinguió un malecón un tanto desvencijado y, sin saber muy bien por qué, fue en esa dirección. Por qué no. Al fin y al cabo era un sitio tan bueno como cualquier otro.

El colapso, se dijo. Según las Adeptas de la Curación, o así constaba en su expediente, producido por un exceso de trabajo. Incluso alguien tan brillante como él podía ser empujado demasiado fuerte y demasiado lejos.

¿Y adónde lo habían empujado a él?

No era más que una nota a pie de página. Agotamiento, tensión, demasiadas responsabilidades. Nada que no se curase con unos meses de reposo.

Y así había sido. Tras un tiempo, de nuevo había vuelto a ser la máquina bien engrasada y dispuesta que todos conocían. Y había elegido integrarse en la rama ejecutiva, para decepción de muchos de sus profesores y alegría de otros.

Todo aquello era cierto.

Pero no era lo único.

Oyó un ruido a sus espaldas y, al volverse, vio venir hacia él a varias figuras embozadas. Con disimulo, apoyó su mano en el pomo de la espada y aguardó.

—Este es un lugar peligroso —dijo una voz ronca que procedía de la figura más adelantada.

Yáxtor contuvo una sonrisa. El viejo ballet de siempre.

—Y tú vas a sacarme de aquí sano y salvo por el precio adecuado, supongo.

La figura negó con la cabeza.

—Me parece que no —dijo—. Nos darás todo cuanto tienes de valor, y luego... Mala suerte, amigo. Al menos para ti.

—No lo creo.

Formaban un semicírculo a su alrededor, confiados en que no tendría hacia donde huir. Estaba justo en el inicio del malecón y, salvo el lugar ocupado por los desconocidos, estaba rodeado de agua por todas partes.

No hizo el menor movimiento. Dejó que fueran ellos los que iniciasen el ataque y, tal como había supuesto, lo hicieron con torpeza.

No eran profesionales enviados a matarlo, se dijo, sólo un puñado de rateros que habían creído ver su oportunidad en un petimetre despistado. Casi sentía lástima por ellos.

Sólo casi.

Desenvainó la espada al mismo tiempo que se movía hacia un lado para evitar la carga de uno de los hombres. Con la otra mano, extrajo la larga daga de su espalda y, con una sonrisa torcida, se lanzó hacia adelante.

El hombre que estaba frente a él lo esquivó, sólo para tropezar con uno de sus compañeros. Yáxtor aprovechó aquello para impulsarse sobre su cuerpo y, de un salto, caer sobre el que estaba más alejado de él. El hombre, que no se esperaba tal maniobra, recibió con un gemido de sorpresa el palmo de acero que le atravesó el pecho.

Yáxtor se dejó caer al suelo, rodó sobre sí mismo y, al incorporarse, lanzó un tajo que abrió un vientre. Mientras su oponente intentaba sujetar sus tripas, se volvió hacia los tres que quedaban, mucho menos decididos.

—Ha sido un error —dijo uno de ellos.

—Para vosotros —respondió Yáxtor.

Se lanzó sobre ellos sin hacer un solo ruido, silencioso y mortal. No pudieron hacer gran cosa, aparte de defender con torpeza sus vidas, lo que no les sirvió de mucho.

Yáxtor limpió sus armas en las ropas andrajosas de sus atacantes muertos y luego arrojó los cadáveres al río. Que al menos alguien aprovechara toda aquella carne desperdiciada, se dijo.

Envainó la daga y la espada, escrutó a su alrededor y, cuando estuvo seguro de que estaba solo, siguió caminando por el malecón. Cuando llegó al extremo de éste, se sentó, cargó su pipa y se puso a fumar.

Todo estaba allí, se dijo, en el expediente. Pero faltaba todo lo esencial.

Su colapso nervioso. La vuelta al castillo. Diecisiete años. El castillo. El salón principal. Algo que se asaba en la chimenea y un cuerpo que se balanceaba en una esquina.

Su pasado.

No es extraño que la idea del Dios Único tenga éxito incluso entre los Pueblos del Pacto. Entre otras cosas, tiene la virtud de simplificarlo todo y volver fiable de repente aquello que era incierto.

El Dios Único no sólo le da una explicación a todo cuanto existe (y poco importa que ésta sea coherente o no, al fin y al cabo) sino que nos libra de la peor carga que los hombres llevamos encima. Para el Dios Único no basta con que hagas y digas lo correcto: debes pensar también de la forma adecuada. Y esa forma está descrita con precisión y sin ambigüedades en la versión khynainia del Libro del Origen.

Qué alivio, ¿verdad? Dejar de preocuparte por lo que piensas, dejar de vivir en la incertidumbre y saber, por fin, qué debes pensar y qué tienes que sentir. Tener una guía para cada uno de tus actos en lugar de estar abandonado a tus propios pensamientos. Ya no necesitas buscar un sentido a lo que te rodea y, mucho menos, a ti mismo: el Dios Único te dice con claridad cuál es el significado de todo y qué lugar tienes tú en el orden del mundo.

Poco importa que ese significado carezca de sentido y que ése lugar sea absurdo. Eso es irrelevante frente a la certeza que proporciona. Frente al alivio desmesurado al saber, por fin, que no eres responsable de tu propia vida y que alguien sabe qué debes hacer con ella.

—Glaxton Dishrel

Yáxtor no esperaba encontrar a Maklén convertido en un anciano. En su recuerdo, el criado era una presencia poderosa de edad indefinida, que parecía impermeable al paso del tiempo. Lo que veía ahora era un hombre encorvado, con el pelo casi completamente blanco, y el rostro surcado por un mapa de arrugas.

—¿Señor? —había preguntado Maklén al verlo, como si no estuviera seguro de que era él—. No contábamos contigo.

Yáxtor había sonreído ante estas palabras.

—Ni vosotros ni nadie. Eso espero.

Luego, miró a su alrededor y se sorprendió de encontrarlo todo tal como lo recordaba. El pequeño bosquecillo a un lado de la torre, el jardín descuidado, el río que corría algo más allá, el muro medio desvencijado que rodeaba toda la propiedad. Era como si algo los hubiera congelado en el tiempo y Yáxtor no pudo evitar el pensamiento de que todo aquello no era más que un decorado montado en su beneficio.

Alzó la vista y contempló la torre.

—Todo está como lo recuerdo —dijo.

Hacía años que no volvía a las tierras familiares. Recibía correspondencia de Maklén periódicamente, informándole de cómo iban las cosas, pero no había vuelto por allí desde... desde hacía mucho tiempo, se dijo. Y comprendió que no recordaba exactamente desde cuándo.

—Si me hubieras avisado, te habría preparado un recibimiento adecuado, señor —dijo Maklén—. Me temo que...

—No te preocupes —respondió Yáxtor—. Me conformaré con lo que haya.

El viejo no dijo nada y le franqueó el paso a la casa. Yáxtor dudó unos segundos antes de

cruzar el umbral y luego lo traspasó.

Allí estaban las dos armaduras hurañas, erizadas de pinchos y con el yelmo rematado en las alas de un dragón. De nuevo, tal como lo recordaba. Se preguntó si todo lo demás estaría así.

—Si esperas un poco, te prepararé tu habitación —dijo Maklén, entrando tras él.

—Claro.

Yáxtor se dirigió hacia el salón común, pero se detuvo al darse cuenta de que algo le pasaba a Maklén.

—¿Qué ocurre?

—Hace años que el salón común no se abre —dijo el viejo—. Nosotros no lo necesitamos. Y me temo que estará...

—Comprendo. —Sin saber por qué, Yáxtor se sintió aliviado—. Dime dónde quieres que me quede.

—Acompáñame, señor.

Yáxtor así lo hizo, y el viejo lo condujo hacia una habitación pequeña y cómoda en la que había una chimenea encendida.

—Espero que aquí estés bien. ¿Quieres que te enviemos algo mientras esperas?

Yáxtor dejó caer al suelo su petate y se sentó en uno de los sillones frente al fuego.

—Vino caliente —dijo.

El viejo asintió y lo dejó solo, aunque no tardó en volver con una copa humeante. Con un suspiro, volvió a irse de la habitación.

Yáxtor abrió su petate, extrajo la pipa, la cargó y, en lugar de pronunciar la palabra de ignición, la encendió con una astilla que prendió en la chimenea. Luego, se recostó en el sillón y trató de sentirse cómodo.

Fracasó.

Había vuelto porque sentía que era lo que necesitaba; que aquello que faltaba en sus recuerdos, fuera lo que fuese, estaba allí. Y que necesitaba recuperarlo lo antes posible.

Pero a medida que se acercaba a las tierras altas, una inquietud extraña iba ganándolo, una sensación de peligro que iba creciendo poco a poco. Ver las tierras familiares le había puesto los pelos de punta. Había necesitado todas sus fuerzas para seguir avanzando, saludar al viejo criado y entrar en la torre. Ahora, en el sillón, sentía todos los músculos agarrotados y el cuerpo empapado de sudor.

¿Qué me pasa?

Una parte de él lo sabía, pero otra sólo quería irse de allí, volver a Lambodonas y seguir con su trabajo.

Déjalo. Sea lo que sea, déjalo.

Pero no podía. Dentro de sus recuerdos había un lugar oscuro y frío al que se había acercado durante su convalecencia. Y ahora no podía volverse atrás. Iluminaría aquel rincón de su mente, costara lo que costase.

Salir de Lambodonas había sido fácil. Si algo había aprendido Yáxtor durante su tiempo como novicio, era a moverse por la burocracia como si ése fuera el estado natural del hombre. Había pasado una mañana generando un montón de papeleo que no había tardado en empezar a cruzarse entre las distintas secciones de los Adeptos Empíricos. En la confusión, su orden de traslado al sur por motivos de salud había pasado completamente desapercibida.

La confusión terminaría enseguida, por supuesto, y las cosas acabarían volviendo a su funcionamiento habitual en uno o dos días. Cuando el río de papeleo volviera a fluir con

normalidad, su superchería saldría a la luz, pero esperaba estar de vuelta mucho antes de que eso pasase. Al fin y al cabo, lo que había venido a hacer no debería llevarle mucho tiempo.

Maklén volvió al cabo de un rato y le dijo que sus habitaciones estaban listas. Le preguntó si tenía hambre y, al oírlo, Yáxtor se dio cuenta de que así era. El viejo criado quedó en llevarle algo de comer a sus aposentos.

Subieron por la amplia escalera de caracol que recorría la parte más exterior de la torre y se detuvieron en el tercer piso. Pese a su edad, Maklén no parecía cansado. Seguramente, se dijo Yáxtor, hacía aquello mismo todos los días varias veces.

Las habitaciones eran amplias y estaban en buen estado. Habían encendido la chimenea y la temperatura era agradable.

—No recuerdo esto —dijo Yáxtor.

Maklén se encogió de hombros.

—Son los aposentos del señor —dijo, y se retiró antes de que Yáxtor pudiera preguntarle nada más.

Los aposentos del señor. Y él era el señor, al fin y al cabo. Lo había sido desde su nacimiento, pero no recordaba haber estado nunca allí.

¿Las habitaciones de su padre? Seguramente.

Yáxtor deshizo su escaso equipaje y abrió uno de los grandes armarios. Estaban llenos de ropa que nunca había visto: trajes de caza, uniformes de trabajo, túnicas ceremoniales... Comprobó que la talla le iba y, al final, acabó poniéndose una bata que se ajustó a su cuerpo como si estuviera hecha a medida.

Se sentó frente al fuego y consumió otra pipa, mientras esperaba la cena.

No tardó mucho en llegar.

—Adelante —respondió cuando oyó cómo llamaban a la puerta.

Ésta se abrió y la carneútil más vieja que había visto en su vida entró en la habitación. Traía una bandeja con varias viandas frías y un jarro de vino caliente.

Una palabra se abrió paso en la memoria de Yáxtor.

—¿Manli? —preguntó, incrédulo.

La carneútil alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Los de ella eran totalmente inexpresivos, como debía ser, pero sus facciones eran casi completamente humanas. Yáxtor nunca había visto tal nivel de detalle en una carneútil. De no ser por el tono naranja de su piel, habría parecido una mujer.

—Manli —repitió, ahora en tono afirmativo.

—Sí, señor —dijo ella.

La voz despertó ecos en su mente. Y, con ella, un torrente de recuerdos: Manli bañándolo, Manli dándole de comer, Manli...

¿Cuánto tiempo llevaba la carneútil en la familia? Desde siempre, parecía. Desde antes de que él naciera, sin duda.

Cerró los ojos y volvió a recordar. En su mente, la carneútil tenía la apariencia de una mujer madura que no había dejado atrás del todo lo mejor de la juventud. Y en algunos de esos recuerdos...

Meneó la cabeza.

—Me alegra que sigas con nosotros —logró articular.

—Gracias, señor —dijo ella, mientras dejaba la bandeja en una mesita junto a la chimenea —. ¿Quieres algo más?

Negó con la cabeza y la carneútil empezó a irse con paso cansino. Yáxtor la contempló mientras dejaba la habitación, tratando de contener el vértigo que llenaba su mente.

Se sentó y encendió de nuevo su pipa.

Manli, se dijo. La había olvidado, y aquello era absurdo. La carneútil prácticamente lo había criado. Cierto que Maklén era su tutor legal, pero había sido ella la que se había ocupado de él día tras día, la que se había asegurado de que estuviera limpio, bien alimentado y dispuesto para cumplir con sus deberes como futuro señor de las tierras Brandan. Ella lo había consolado cuando tenía miedo y había compartido sus confidencias.

Ella lo había...

Meneó de nuevo la cabeza. No, ahora no. Ahora no era el momento de pensar en aquello. Se acercó a la bandeja y devoró la cena con desgana. Ya no tenía hambre.

En su sueño, Yáxtor no tenía más de doce años y Manli le parecía la criatura más hermosa del mundo.

En su sueño estaban juntos y desnudos y él se derramaba dentro de ella por primera vez.

En su sueño, Maklén los sorprendía y, con paciencia, lo advertía de que aquello no estaba bien. Los carneútiles eran herramientas, y cumplían un propósito, y no debería degradárselos de aquella manera. No eran juguetes sexuales.

—Pero ella es mi amiga —decía Yáxtor en su sueño.

—Ella no puede ser tu amiga, joven señor —respondía Maklén, que cada vez se parecía más al Adepto Supremo—. No puede ser tu amiga porque no es nadie. Sólo es una carneútil. No es una verdadera mujer, y nunca podrá hacer aquello que hacen las mujeres. Además, es peligroso.

—Pero...

—Comprendo que ciertas necesidades hayan despertado en tu cuerpo, joven señor —seguía diciendo Maklén, ahora con el rostro y los ademanes de Qérlex—. Pero hay otros métodos para calmar las urgencias de tu cuerpo. Métodos menos degradantes para nosotros y para los carneútiles. Me ocuparé de que tengas acceso a ellos.

—Pero...

—Es todo lo que tengo que decir, joven señor —decía Maklén, con el rostro del propio Yáxtor—. Ahora vete.

Y en su sueño, Yáxtor se iba.

Despertó, con el cuerpo helado y una erección reclamando su atención en la entrepierna. Salió de la cama y vio que en la chimenea sólo quedaban rescoldos. Alimentó el fuego y regresó al lecho.

En su mente, desvaneciéndose lentamente, estaba la figura de Manli, tal como la recordaba. Madura y suave, complaciente y tierna, capaz de responder a sus deseos incluso antes de que los hubiera formulado. De niño, no lo había comprendido. Y, aunque ahora sabía que no era más que el modo en que los carneútiles reaccionaban a la voluntad de los humanos, eso no le impedía sentirse excitado como hacía tiempo que no lo estaba.

Sonrió con tristeza. Ninguna otra compañera de lecho había sido como Manli. No necesitaba

preocuparse de su placer, porque el placer de la carneútil venía del suyo propio y todo cuanto complacía a Yáxtor encontraba respuesta en ella.

Claro que era peligroso, aunque Maklén nunca le había explicado por qué. El sexo con los carneútiles resultaba demasiado placentero y acababa volviéndose adictivo. Yáxtor siempre había sabido eso, pero hasta aquella misma noche no había recordado por qué lo sabía.

Poco a poco, su erección se fue calmando y Yáxtor se tumbó de nuevo. Logró dormir al cabo de un rato y, a la mañana siguiente, no recordaba haber tenido ningún otro sueño.

Pasó buena parte del día recorriendo las tierras adyacentes a la Torre. Maklén había sido un buen administrador y todo estaba perfectamente cuidado. El personal estaba reducido a lo mínimo imprescindible, pero incluso así Yáxtor se encontró con casi una docena de individuos entre jardineros, palafreneros y personal de la casa. Había algún carneútil aquí y allá, ocupándose de trabajos más duros y Yáxtor se sorprendió al descubrir una herrería junto al molino de agua que había al lado del río. No recordaba ninguna herrería. Claro que tampoco recordaba a ninguna de aquellas personas que lo saludaban con gesto obsequioso y, seguramente, murmuraban sobre él en cuanto pasaba de largo.

Todo estaba igual y, al mismo tiempo, todo había cambiado. Salvo Maklén y Manli ninguno de los que trabajaban para él le resultaba familiar. Eran rostros desconocidos que le sonreían o lo saludaban y hacia los que no sentía ninguna conexión especial.

Le cayó bien el herrero, un tipo enorme de rostro sucio y franco que no perdió el tiempo con reverencias y no dejó de trabajar en todo el tiempo que Yáxtor estuvo en su taller. Más tarde Maklén le contaría que el hombre se había instalado allí tres años atrás y que no había tardado en convertirse en el herrero más apreciado de los alrededores.

—Te lo conté en una carta, señor.

Yáxtor asintió. Recordaba vagamente algo sobre el contrato del herrero.

Comió en sus habitaciones, a solas, y por la tarde recorrió la Torre, al menos aquellas partes de ella que no estaban cerradas.

Luego, tras la cena, de nuevo a solas en los aposentos de su padre, llamó a Maklén.

—Necesito que abras el salón común.

El viejo no dijo nada, pero Yáxtor comprendió que la orden no le gustaba.

—¿Ocurre algo?

—Nada, señor.

—Entonces, necesitaré las llaves del salón.

El viejo echó mano al enorme llavero que pendía de su cintura, buscó la llave adecuada y se la tendió a Yáxtor. Su mano temblaba.

—¿Qué ocurre, Maklén?

—No lo sé, señor.

Había algo desvalido en su voz. Yáxtor cogió la llave y despidió al criado. Tomó aire y bajó en dirección al salón.

Sabía que allí estaba la clave de lo que había ocurrido. De su colapso. Las escasas imágenes

que había recuperado durante su convalecencia en la Casa de Curación siempre tenían el salón como centro. Fuese lo que fuese lo que le había pasado, allí había tenido lugar.

Tenía miedo, una sensación que era nueva para él. Conocía bien el intoxicante estremecimiento del peligro, del riesgo, pero el miedo era como un nuevo enemigo para el que no estaba muy seguro de tener las armas adecuadas.

No vayas, le decía una voz dentro de él.

Pero sabía que tenía que ir, si quería recuperar lo que le habían quitado de su pasado.

¿Y quieres?

Asintió hoscamente y siguió descendiendo por las escaleras. Llegó a la puerta del salón y su mano vaciló en la cerradura. Apretó los dientes e hizo girar la llave. Luego, empujó la puerta y ésta se hizo a un lado con un chirrido.

Tomó la luz que había traído con él e iluminó la enorme habitación.

Era evidente que hacía años que nadie entraba en ella. La capa de polvo y telarañas sobre los muebles y en las ventanas así lo atestiguaba. Dio un par de pasos hacia el interior y alzó la luz. Con la palabra impronunciable adecuada, hizo que la intensidad de ésta aumentase lo suficiente para iluminar todo el salón.

Era una habitación enorme, y tres grandes chimeneas se encargaban de que estuviera caliente en invierno, tal como recordaba. La mayor de ellas, en la pared frente a él, era ahora una boca polvorienta y bostezante.

Todo estaba allí: la enorme mesa, los pebeteros, las luces que colgaban del alto techo, los bancos para los siervos de los invitados.

Cerró los ojos y se concentró.

Lo que hubiera ocurrido allí tenía que haber dejado rastros, por tenues que fuera. Adoctrinó a sus mensajeros y, cuando supo que estaban listos, se llevó la muñeca a la boca y se la mordió. La sangre empezó a gotear de su antebrazo y, con ella, los mensajeros, que no tardaron en extenderse por todas partes, trazando una malla que lo cubría todo.

Ellos recuperarían el rastro que quedase. Y, a partir de él, reconstruiría lo que había ocurrido.

Vete, detente, seguía diciendo la voz dentro de él. Pero ya no le hacía caso.

Con los ojos cerrados, aguardó a que sus mensajeros hubieran terminado su trabajo. Los sintió volver a su cuerpo. Los últimos restañaron la herida en su muñeca y, al sentir ese familiar picor, Yáxtor abrió los ojos.

Nada. No había nada.

Y dentro de él, alguien suspiró de alivio.

No había nada. Ni el menor rastro.

Y aquello no tenía sentido. Siempre quedan rastros en un lugar que ha sido habitado, no importa lo pequeños y carentes de importancia que sean. Siempre hay algo que dejamos detrás, y sus mensajeros debían haberlo captado.

Y lo único que habían traído con ellos era el silencio, el vacío.

Sólo había una explicación posible: alguien había limpiado aquella habitación del mismo modo que había tratado de limpiar sus recuerdos. Y al contrario que en su mente, donde habían quedado rastros, en el salón habían tenido éxito.

Dio media vuelta para irse y se dio cuenta de que había alguien en la puerta. Era Maklén, y todo su cuerpo temblaba. Llevaba una espada en la mano y no parecía saber qué hacer con ella.

—¿Estás bien, señor? —preguntó, con voz temblorosa.

—¿Eso era para protegerme, Maklén? —dijo Yáxtor con una sonrisa torcida.

El criado miró lo que llevaba en la mano y pareció sorprendido de lo que encontró en ella. Asintió.

—Sí. Pero no sé de qué.

Yáxtor frunció el ceño.

—Vámonos —dijo, al cabo de un rato—. Dejemos este lugar.

—Es lo mejor.

—No estoy tan seguro. Pero seguir aquí es inútil.

Salieron juntos del salón y Yáxtor dejó que el viejo cerrara la puerta y devolviera la llave a su llavero. Luego, fueron al mismo saloncito donde Yáxtor había esperado a que sus habitaciones estuvieran listas. El fuego ardía en la chimenea, y un vaso de vino caliente esperaba a su dueño sobre una bandeja.

—Este lugar es tuyo, ¿verdad? —preguntó, comprendiendo de repente.

—Todo cuanto te rodea es tuyo, señor —dijo el criado—. Pero me he acostumbrado a usar este salón para mí, es cierto.

Yáxtor le indicó que se sentara y Maklén así lo hizo. Cogió la jarra que había junto al vaso y le hizo una seña a su señor, quien asintió.

Calentados por el vino, no tardaron en encender cada uno su pipa. Yáxtor no pudo evitar una sonrisa.

—Echaba esto de menos. Fuera de las tierras altas todos me miran como si esto fuera una costumbre bárbara —dijo, señalando la pipa.

—Quizá lo sea, señor, pero es muy reconfortante.

—Lo es, sin la menor duda. Y ahora, viejo amigo, cuéntame lo que pasa.

Maklén tomó una larga bocanada de humo.

—No lo sé, señor. Sólo puedo decirte que el salón no es un buen lugar. No es un sitio... no sé cómo definirlo.

Yáxtor asintió.

—Tú estabas aquí —dijo—. Bueno, siempre has estado aquí, tú y Manli, al menos eso es lo que recuerdo. Pero estabas aquí cuando me pasó algo. Dicen que un colapso fruto del exceso de trabajo.

—Sí, señor, estaba. Yo avisé a los adeptos para que vinieran a por ti. No podíamos hacer nada por ayudarte.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—No lo sé. —Su voz era casi un lamento—. He tratado de pensar en ello todos estos años, señor, pero no hay nada. Es como si no hubiera pasado nada.

—Hay un agujero en tu mente —sentenció Yáxtor.

—Quizá, pero ni siquiera siento que falte nada. Todo lo que sé es que no hay nada que recordar.

—Lo hay.

—Sé que tiene que haberlo —asintió Maklén—. La lógica así me lo dice. Pero no lo hay.

—Temía esto. Han manipulado tus recuerdos, igual que manipularon los míos.

—Eso creo yo también, señor. Pero, ¿quién?

—Si piensas en ello, te darás cuenta de que no hay muchas posibilidades. Dices que llamaste a los adeptos. Recuerdas eso, al menos.

—Sí, señor.

—Tuvieron que ser ellos.

—¿Por qué?

—Para protegerme de lo que sea que pasó aquí. Al menos, prefiero pensar que fue por eso.

—Guardó silencio unos instantes—. Necesito recuperarlo, Maklén.

—Señor... —El viejo criado dudó unos instantes—. Si, como dices, lo hicieron para protegerte, ¿no sería peligroso deshacer lo que hicieron?

—Seguramente. Pero necesito recuperar mi pasado. ¿No quieres recuperar el tuyo?

Maklén negó con la cabeza.

—Creo que no. Creo que prefiero no hacerlo.

Yáxtor asintió.

—Comprendo, pero yo sí que necesito hacerlo. ¿Me ayudarás?

—Eres mi señor, como tu padre lo fue antes de que nacieras. Mi familia está unida a la tuya desde que recordamos. Compartimos el mismo destino. Claro que te ayudaré, señor. No necesitas preguntarlo.

—Te he ofendido, viejo amigo. Perdóname.

Maklén asintió, como si aquello no tuviera importancia.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó después.

—No lo sé —dijo Yáxtor—. He empezado a recuperar parte de lo que me fue quitado. Sólo imágenes, fragmentos. Y todos apuntaban al salón común. Confiaba en encontrar algo en él, pero lo han limpiado. Está vacío.

Maklén apagó la pipa y se quedó pensativo un largo rato.

—Puede que haya otro lugar —dijo al fin.

No sabemos quién fue el primero que descubrió lo que había dentro de él. Quién fue el primer hombre que se dio cuenta de que llevaba consigo un ejército a su servicio. O quién fue el primero que se percató de que, además de dentro, los mensajeros estaban fuera, por todas partes, y que era cuestión de voluntad y de paciencia domarlos y hacer que cumplieran sus deseos. Desconocemos quién dijo la primera palabra impronunciable.

Según una leyenda, ésta significaba «Hágase la luz». Seguramente es falsa. La realidad rara vez es tan poética. Sospecho que fue en medio de una pelea. Y que quien lo descubrió fue el que estaba perdiendo. Sangraba tal vez por media docena de heridas y, de algún modo, comprendió que sus mensajeros salían por ellas y que podía ordenarles que atacasen a su oponente; la palabra impronunciable encontró un camino en su garganta y fue pronunciada. Seguro que su oponente, incapaz de comprender lo que pasaba, recibió la paliza de su vida.

Al fin y al cabo, la violencia y la creatividad tienden a ir de la mano.

—Próxtor Brandan

Esperó hasta el amanecer para bajar al sótano.

Había pasado buena parte de la noche dándole vueltas a las palabras de Maklén y recorriendo sus habitaciones de un lado a otro, como un animal enjaulado.

¿Por qué esperar, al fin y al cabo? Si lo que Maklén le había contado tenía la menor posibilidad de resultar cierto, ¿por qué no bajar a comprobarlo ahora mismo?

Aún no, dijo una parte de su mente. ¿Por qué?, preguntó otra.

Entrar en el salón común y explorarlo lo había dejado agotado. Y el no haber obtenido ningún resultado no había contribuido a mejorar la situación. Lo que Maklén le había contado no era más que una posibilidad remota y lo que en el fondo lo estaba deteniendo era el miedo de que también aquello acabase resultando un intento baldío.

El sótano.

Su parte más profunda llevaba cerrada durante tanto tiempo como el salón común, le había dicho Maklén.

—Apenas recuerdo nada, señor —había añadido tras unos instantes de duda—. Pero sé que alguien estuvo allí. No sé quién. Ni sé lo que hizo, pero cuando pienso en ello pienso también en ti y en lo que pasó. —Tomó una bocanada de humo, y se revolvió en el sillón, incómodo—. El pensamiento se va enseguida, pero...

No era gran cosa, pensaba Yáxtor.

Pero era cuanto tenía.

A menos que...

Llevaba un tiempo pensando en otra posibilidad, pero era tan extrema que se resistía a considerarla, incluso como último recurso.

Si había podido recordar, aunque no fueran más que sombras borrosas e imágenes distantes, era porque quien quiera que hubiese bloqueado sus recuerdos lo había hecho usando sus propios

mensajeros. Sólo cuando estos descendieron a un nivel mínimo pudo recuperar aquella parte de su memoria.

El proceso de curación debería haber restaurado las barreras y bloqueado de nuevo los recuerdos. Y Yáxtor no podía dejar de preguntarse por qué no había sido así, al menos del todo. Seguía habiendo un muro en su memoria, pero al contrario que antes, era consciente de su existencia y tenía sospechas sobre lo que había más allá.

Así que, si todo fallaba, podía intentar eso mismo: vaciarse. Librarse por completo de sus mensajeros.

Pero, ¿cómo?

Al fin y al cabo, no era nada que hubiese hecho de forma deliberada. Atrapado en un lugar en el que no había alimentos de ninguna clase y totalmente estéril en lo que a mensajeros se refería, se había visto obligado a consumir los propios para sobrevivir. Unos días más en aquel lugar, tal vez unas horas, y habría muerto, devorado por sí mismo en cierta forma.

No era algo que le apeteciese repetir, aunque lo haría si no le quedaba más remedio.

Miró por la ventana. Una débil claridad se colaba por el este, anunciando el amanecer.

Vamos, se dijo.

La llave giró en la puerta y ésta se abrió casi a regañadientes. Maklén, al que había encontrado levantado cuando bajó al sótano, aguardaba tras él. Yáxtor se volvió y reprimió una sonrisa, recordando su figura encorvada en la puerta del salón común, armado con una espada que apenas podía levantar.

—Es mejor que subas —dijo.

El viejo dudó un momento.

—Como quieras, señor.

Dio media vuelta y no tardó en desaparecer.

Yáxtor empujó un poco más la puerta, tomó la luz y cruzó el umbral. En otros tiempos, aquello había sido una bodega, y en las paredes aún se amontonaban varios estantes vacíos. La mayor parte del lugar, sin embargo, estaba ocupado por una enorme mesa que había visto tiempos mejores.

Dejó la luz sobre ella y frunció el ceño. Recordaba aquella mesa. Había estado en una de las salas de la Torre, en otro tiempo. Se preguntó cuánto llevaría allí.

Luego, recorrió el lugar minuciosamente. No parecía haber nada raro, todo encajaba con la idea de un sótano que llevaba años cerrado. Y quizá no era más que eso.

Otro fracaso.

Abandonó aquel pensamiento y se tendió sobre la mesa. Convocó a sus mensajeros y se mordió la muñeca. Luego, mientras su sangre iba goteando hacia el suelo, susurró la palabra impronunciable y aguardó.

No tuvo que hacerlo mucho.

Sin duda allí había algo. Sentía cómo sus mensajeros se alborotaban, rebuscaban por los rincones, perseguían pistas medio borradas por el tiempo, reactivaban fragmentos de otros

mensajeros ya inertes, se colaban por los intersticios de las piedras y saturaban el espacio que lo rodeaba hasta el extremo de que tuvo la sensación de que estaba dentro de su propio cuerpo.

Luego, lentamente, volvieron a él y de nuevo restañaron la herida de su muñeca.

Tomó aire poco a poco, casi con temor, esperando.

La escena era borrosa, desenfocada. Le faltaban partes, como un cuadro al que algún parásito hubiera dado pequeños bocados aquí y allá.

Había dos hombres y, pese a lo deficiente de la visión, Yáxtor no tuvo problemas en reconocerlos.

Orston Velhas, Adepto Empírico Supremo.

Qérlex Targerian, Maestro de Artífices.

No fue ninguna sorpresa verlos allí.

Hablaban; en realidad, discutían. Yáxtor no podía oír lo que estaban diciendo, pero era evidente que Qérlex no estaba muy de acuerdo con Orston y no hacía más que poner objeciones a todo cuanto decía.

El Adepto Supremo le enseñaba algo al artífice, y éste arrugaba el ceño al leerlo y meneaba la cabeza. Sin embargo, acababa asintiendo.

La escena tembló, se partió en mil pedazos y se reconstruyó.

Qérlex trabajaba, improvisando con los materiales que tenía a su alcance. Inclinado sobre la mesa, murmuraba algo incomprensible y hacía ajustes aquí y allá. El Adepto Supremo llegaba y le preguntaba algo. El artífice le respondía de malos modos.

De nuevo un temblor y todo cuanto veía fue arrastrado por el viento.

Durante un tiempo interminable, no hubo más que oscuridad.

Pero Yáxtor sabía que quedaba algo más, que aún faltaba algo por ver.

Una luz repentina lo iluminó todo. Fue muriendo lentamente y la escena regresó a la familiar penumbra, rota a medias por una luz mortecina.

Qérlex seguía encorvado sobre la mesa y en ella había un cuerpo tendido que Yáxtor reconoció como el suyo.

Sí, bien, eso era precisamente lo que esperaba encontrar.

Pero, ¿qué más? ¿Qué más había?

En aquel momento, casi lo vio. Sintió a Qérlex poniendo las barreras en su mente, usando sus propios mensajeros como guardianes de aquella parte de su memoria y estuvo a punto de atisbar lo que había detrás.

Un cuerpo balanceándose, colgado de sus propias tripas. Una... mujer. Y un nombre, que casi acudió a su memoria, pero se desvaneció de repente.

Y en la chimenea... lo que se asaba en la chimenea era...

Vacío. Silencio.

Parpadeó, confuso, y regresó al presente.

Se incorporó con esfuerzo y reprimió una maldición. ¿Eso era todo? ¿No había nada más?

Cogió la luz y echó a andar hacia la salida.

Orston y Qérlex. El segundo había hecho todo el trabajo, sin duda. A las órdenes del primero. O de alguien más, a juzgar por la resistencia del artífice, que no había cedido hasta que el Adepto Supremo le había pasado un pergamino.

Órdenes. ¿De quién?

¿Y qué importaba?

Nada de lo que había visto era nuevo. Las mismas visiones que había tenido durante su convalecencia y algunas de sus sospechas corroboradas. Eso era todo.

Tomó aire.

Era un principio, al menos.

Ahora sabía hacia dónde debía seguir.

Qérlex había puesto las barreras. Sabría cómo levantarlas.

Y lo haría.

Maklén contuvo un suspiro de alivio al verlo subir del sótano y Yáxtor apenas pudo reprimir una sonrisa.

Se asombró de cómo había olvidado todo aquello. La preocupación de Maklén, la solicitud de Manli, los días grises y tristes que se sucedían uno tras otro como si no hubiera nada más, las montañas como una amenaza cercana, la lluvia cayendo día sí y día no y convirtiendo el paisaje en un cuadro borroso.

Y se asombró aún más de lo fácil que había sido recordarlo y volver a acostumbrarse a ello. Con muy poco esfuerzo, podía renunciar a volver a Lambodonas, quedarse allí para siempre y convertirse en un aburrido caballero de provincias que vivía de sus rentas. Recorrer sus tierras, cobrar los diezmos, salir a cazar, disfrutar de un buen libro, una pipa y un vaso de vino caliente junto a la chimenea.

Huir del mundo. Dejarlo atrás para siempre.

Era tan tentador...

Pero no duraría. Lo sabía bien. Dentro de él algo se agitaba inquieto, un animal enjaulado que no soportaba la tranquilidad y daba zarpazos contra los límites de su celda. Una bestia que gruñía y anhelaba los espacios abiertos, el peligro, los encuentros furtivos a la luz de la luna, el martilleo en su corazón ante una situación desesperada.

No se molestó en preguntarse cuál de los dos era. Al fin y al cabo, la respuesta resultaba demasiado obvia.

Pero ¿cuál de los dos lo definía por encima del otro? ¿O también eso era obvio?

Regresó al presente y vio que Maklén lo contemplaba con el ceño fruncido.

—Estoy bien —dijo. Se encogió de hombros—. Bueno, eso no es cierto. Estaría mejor si hubiera encontrado lo que buscaba.

—No lo creo, señor.

Estuvo a punto de preguntarle al viejo qué sabía. Se mordió la lengua y asintió.

—Quizá tengas razón —dijo. Miró a su alrededor y contempló una vez más las armaduras polvorientas que flanqueaban la entrada. Por primera vez le parecieron fantasmas achacosos, sin

poder alguno. Dos pedazos de metal medio oxidados, recuerdos de tiempos que quizá no habían sido mejores—. Mañana vuelvo a Lambodonas —dijo de repente—. Creo que ya he acabado con lo que tenía que hacer aquí.

—Te echaremos de menos, señor.

—Y yo a vosotros —mintió Yáxtor.

¿O no era mentira? Aquel lugar y aquellas gentes apenas ocupaban espacio en sus pensamientos diarios. Sin embargo, ahora, al volver, había comprendido que en cierto modo siempre habían estado allí y que siempre estarían.

—Creo que es hora de abrir el salón común —dijo, tras un rato de silencio—. Dejar que entre la luz y se airee un poco. Ya está bien de que acumule polvo en la oscuridad.

Maklén asintió. Yáxtor se dirigió hacia las escaleras y se dio cuenta en ese momento de lo cansado que se sentía. De pronto, se detuvo.

—Dame las llaves —dijo.

Sin una palabra, el viejo criado le tendió el enorme llavero. Yáxtor rebuscó hasta dar con la llave del salón.

—No creo que haga falta que me protejas esta vez —dijo.

Maklén no respondió mientras Yáxtor abría la puerta, la hacía a un lado y entraba en la enorme habitación.

La luz del día se colaba con timidez a través de los ventanales velados por el polvo y las telarañas y, por un instante, Yáxtor no reconoció el lugar, como si contemplarlo de día fuera un absurdo, y el salón hubiera sido hecho sólo para ser visto de noche.

Se dirigió hacia la enorme mesa bajo los ventanales, cogió una silla y se sentó en ella.

La gran chimenea le quedaba enfrente y la luz que entraba a sus espaldas la convertía en una boca medio dormida. A su izquierda, había un espacio en sombras y casi pudo ver...

Nada, se dijo. No veía nada.

Pero estaba allí. Había estado allí. Una mujer, ahorcada en sus propias entrañas, balanceándose como un péndulo obscuro, con la cabeza torcida en un ángulo ridículo y terrible y los ojos convertidos en vidrio frío y distante. Su rostro estaba vuelto hacia la chimenea. Y en ella se asaba algo.

Casi sintió el olor de la carne. Jugosa, chorreando grasa sobre las brasas del hogar. Casi a punto.

Meneó la cabeza. Eso era todo.

Y no era nada.

Era lo mismo con lo que había empezado. Y seguía sin saber qué relación tenía con él, por qué se negaba a irse de su memoria, qué secreto sentido tenía para haber sobrevivido todo aquel tiempo y haberse negado a volver a la esquina de sus recuerdos que amurallaban sus mensajeros.

No sabía nada.

Y quizá era mejor así. Tal vez Maklén tenía razón.

No. Estaba incompleto. Y aquello no era aceptable. No importaba el precio que tuviera que pagar: eran sus recuerdos, era una parte de su vida y debía recuperarla.

Se puso de pie y echó a andar hacia la salida. Vio a Maklén parado en el umbral y por primera vez lo notó nervioso.

—¿Qué ocurre?

—Alguien desea verte, señor.

—¿Quién?

El viejo se hizo a un lado y Yáxtor vio a sus visitantes, tan nítidos como los había visto unas horas atrás en las imágenes que sus mensajeros habían recuperado del sótano.

El Adepto Supremo, con su ceño perpetuamente al borde de su frente, mirando a su alrededor como si nada de lo que viera pudiese contentarlo. Y Qérlex, el maestro de artífices, casi tan nervioso como Maklén, y con un vago aire de culpabilidad en la mirada.

—Yáxtor —dijo el Adepto Supremo—. Esto no parece un balneario del sur.

—¿Y por qué debería parecerlo?

—No sé. Tal vez porque según los últimos informes, te habías retirado a uno de ellos a descansar unos días. Supongo que la comunicación de tu cambio de planes se traspapeló por alguna parte.

—Es una buena explicación.

Qérlex masculló algo.

—¿Ocurre algo, Maestro de Artífices? —preguntó el Adepto Supremo. No esperó respuesta y siguió hablando—. Creo que tus investigaciones han tomado un rumbo inesperado, adepto Brandan.

—No lo sé. Que estéis aquí indica que quizá no era tan inesperado.

Vio cómo Qérlex contenía una sonrisa.

—Sea como sea, no parece que esto tenga nada que ver con la investigación que te encargué.

—No lo sé, Adepto Supremo. Ése es el problema.

—Basta ya —dijo de pronto una voz femenina tras Velhas y Qérlex.

Al oírla, Yáxtor comprendió por qué Maklén estaba tan nervioso. Y, cuando el Adepto Supremo y el Maestro de Artífices se hicieron a un lado y pudo ver a la propietaria de la voz, supo con total precisión quién había ordenado que protegieran sus recuerdos tras un muro de mensajeros.

—Majestad —dijo, inclinándose ante la niña malhumorada que había frente a él.

—¿Qué traes?

—Noticias.

—¿Para quién?

—Para todos

—¿De quién?

—De Dios.

—¿De cuál?

—Del único que existe.

—¿Y dónde está?

—Por todas partes.

—¿Dónde está?

—Donde puede verte.

—¿Dónde está?

—Justo tras de ti.

—¿Dónde está?

—Allá donde dirijas la vista. Allí donde no te atreves a mirar. En la noche que muere lentamente. En el día que se arrastra hacia el atardecer. En tus deseos y tus miedos. En tu voluntad y tu esperanza. En tus pecados. En todo cuanto haces.

—¿Dónde está?

—En ningún sitio.

—El diálogo del mensajero, según el Libro del Origen (versión de Khynai)

La vida discurría plácida. Demasiado. Y Yoranna sabía que era cuestión de unos días, quizá un par de semanas, antes de que empezase a volverse malhumorada y buscara la menor excusa para discutir con Imri. Y los esfuerzos de Imri por evitar la discusión, por tranquilizarla y mantenerla satisfecha, sólo conseguirían irritarla más.

Así que, como siempre, empezó a planear su partida. Tiempo atrás había comprendido que, para que su vida funcionase, no debía permitirse el lujo de esperar a que las cosas sucedieran, que ella misma debía ser quien las provocase.

No esperaría hasta no poder más. Se iría pronto, cuando aún desease estar con Imri y su presencia no se hubiera convertido aún en un recordatorio irritante y permanente del aburrimiento que la rodeaba por todas partes. Se iría enseguida. Cuanto antes, echando de menos a su amante y deseando terminar pronto su trabajo para volver a ella.

Como siempre.

Imri sabía lo que estaba pasando y no decía nada. También ella comprendía y sabía que era lo mejor.

Viéndola afanarse en la cocina al aire libre, dando órdenes a los esclavos y asegurándose de que todo estuviera en su sitio, se maravilló una vez más de la suerte que tenía.

—Voy a ir a la ciudad —dijo de pronto.

Imri no apartó la vista de su tarea para responder:

—No tardes. La comida estará en un par de horas.

—No tardaré.

Rozó con sus labios los de Imri y sintió su cuerpo asombroso, tan cercano y tan dispuesto y, por un momento, estuvo a punto de mandar al cuerno todo lo demás. Ya iría a la ciudad mañana, pasado, dentro de un par de días.

Tomó aire y mantuvo su decisión.

—No tardaré —repitió.

Imri sonrió y siguió a lo suyo, mientras ella se echaba una capa por los hombros y descendía la colina en dirección a la ciudad.

De camino, se sorprendió de la cantidad de carruajes y carromatos que iban hacia ella. No recordaba que fuese una temporada especial, ninguna celebración o acontecimiento señalado. ¿A qué venía todo aquello?

Comprobó que la mayoría de los carros iban llenos de vainas maduras de carneútiles y aquello la sorprendió más todavía.

¿Ahora? ¿En esas fechas?

Echó un vistazo a un par de carros y vio que algunas de las vainas no estaban lo bastante maduras. No se abrirían, o de hacerlo, el carneútil sería defectuoso y no serviría para nada.

Meneó la cabeza. No era asunto suyo, al fin y al cabo.

No tardó en llegar al mercado y en entrar en la tienda de Epaydos. El gordo comerciante no parecía haberse movido desde la última vez que lo viera, cuando fue a recoger su pago por el sobrino del jerarca. Contemplaba la puerta con aire aburrido y al verla entrar contuvo una sonrisa pícaro.

—Ah, Yoranna, los dioses trabajan de forma misteriosa.

Ella se encogió de hombros.

—Seguro que sí —dijo—. Pero no recordaba que fueras religioso.

Ahora fue él quien ensayó un desganado encogimiento de hombros.

—En mi línea de trabajo, no conviene ofender a nadie y es mejor estar a bien con todos. Si los dioses existen, no me vendrá mal tenerlos contentos. Y si no es así, tampoco habré perdido demasiado.

—Lástima que eso no te sirva para el Dios Único.

Epaydos pareció genuinamente sorprendido.

—¿Quién ha dicho que no sirve? Te aseguro, querida niña, que no encontrarás un seguidor más fiel del Verdadero Libro del Origen que este humilde comerciante. Aquel que ve en todos los corazones me perdonará sin duda por haberme postrado ante falsos ídolos llevado por la necesidad, pues mi corazón siempre le ha sido fiel.

A Yoranna le costó trabajo contener la risa.

—Pero dejemos a Dios y a los dioses lo que es suyo y descendamos a asuntos más mundanos —dijo Epaydos con un brillo travieso en la mirada—. ¿Me permites preguntarte cómo está la encantadora Imri?

—Encantadora —respondió Yoranna.

—Cómo podía ser de otro modo. Ambas sois la envidia de toda la ciudad, como seguro que sabes. Pero quizá... ¿está empezando a volverse un poco menos encantadora? ¿Tal vez la vida apacible y regalada que tu trabajo te permite está empezando a resultar un poquitín demasiado

apacible?

—Tal vez —asintió Yoranna, mientras recorría con la mirada las telas que colgaban de una de las paredes.

—Tejido ashkano —dijo Epaydos ante la pregunta que ella le lanzó con la mirada—. Tosco y sin estilo, si quieres mi opinión. Pero por algún motivo extraño, hace furor esta temporada, como casi todo lo que viene de Ashgramor.

—Qué sorpresa.

—La sorpresa es que hayas decidido venir precisamente hoy a mi humilde establecimiento, si me permites que reconduzca el tema. De ahí mi asombro ante el modo misterioso en que trabajan los dioses.

—O Dios.

—O quien sea.

Yoranna terminó su inspección del material y se acercó al mostrador.

—Creo que estaremos más cómodos atrás. Tal vez incluso podamos tomar un pequeño refrigerio.

—Que sea rápido. Imri me espera.

—Claro, y no queremos hacer esperar a tan hermosa criatura. Sígueme.

Yoranna así lo hizo, mientras el voluminoso comerciante se hacía a un lado y la dejaba pasar. Cruzó la cortinilla que separaba la parte de delante de la trastienda y no tardó en encontrarse en un pequeño y acogedor patio cuadrado, rematado por una fuente en su centro. A un lado, se apilaban varios cojines, al más puro estilo de Ashgramor.

—Veo que... —empezó a decir, pero se dio cuenta de que estaba sola.

Se encogió de hombros y se dejó caer sobre los cojines. A su lado, vio una jarra de vino reposando en un balde con agua. La tomó y se sirvió una copa mientras esperaba.

No tuvo que hacerlo mucho rato. Epaydos apareció enseguida, murmurando algo por lo bajo.

—Perdóname. Tenía que dejar a alguien al cuidado de la tienda. Veo que ya te has acomodado. Espléndido.

Se sirvió él también una copa de vino y se acomodó entre otro grupo de cojines, frente a la mujer.

—Hoy mismo he tenido una oferta que creo que te puede interesar —dijo, tras paladear el vino con parsimonia y degustarlo con los ojos cerrados—. Precisamente estaba pensando en avisarte cuando has entrado.

—¿Qué oferta?

—En realidad, no lo sé. Pagan mucho y son de fiar. De hecho, ya los conoces. Has trabajado para ellos no hace mucho.

—Los Espectros.

—¿Así los llamas? Es un buen nombre, desde luego.

—Así es cómo se llaman a sí mismos. O así les oí llamarse.

—Interesante. Como sea, contactaron conmigo la noche pasada y quieren alquilar de nuevo tus servicios.

—¿Para qué?

—Yo sólo soy un intermediario, bellísima. No me cuentan esas cosas. El que se puso en contacto conmigo dijo que estaría en la taberna del Perro dos horas después de anochecer y que él mismo te detallaría lo que deseaban de ti. Han prometido un buen pago y, si nos fiamos de su proceder anterior, no creo que haya problemas por ese lado.

Yoranna apuró las últimas gotas de vino. Era bueno, y se preguntó dónde lo conseguiría Epaydos. Luego, asuntos más prácticos ocuparon su mente.

—No sé si me interesa trabajar de nuevo con ellos —dijo.

—¿El anterior trabajo no resultó satisfactorio?

—El pago, sí. La tarea... fue sencilla, desde luego. Quizá demasiado. Y mi contacto era... — arrugó el labio en un gesto despectivo—, era un completo imbécil. Y no me gusta trabajar para imbéciles. Es peligroso.

—No siempre podemos elegir quién emplea nuestro talento. Y, en cualquier caso, no pierdes nada escuchando lo que tengan que decirte.

—Sólo unas horas de mi vida, cierto. La taberna del Perro

—murmuró—. ¿No había un lugar más cochambroso?

—Supongo que quieren un encuentro discreto. Si se hacen llamar los Espectros, hacerse notar es lo último que quieren.

—Hay miles de formas de encontrarse con discreción sin necesidad de dejarse caer por ese nido de pulgas. Está bien, iré. Y supongo que ahora debo volver a casa.

—Una copa más.

Lo pensó unos instantes. Y acabó asintiendo.

—Sólo una más —dijo.

Si algo bueno tenía Painé era que todo estaba bien ordenado, y las cosas tenían un lugar y no se salían de él. Incluso en un antro como el Perro, las castas no se mezclaban: los trabajadores portuarios bebían en su rincón y los marineros en el suyo. Los jóvenes de buena familia que querían visitar un lugar peligroso se sentaban en sus mesas, y los jugadores repartían las cartas en las suyas. Sólo las prostitutas pasaban de un grupo a otro como si la división no existiera.

Yoranna entró embozada en la taberna y arrugó la nariz ante el olor a sudor, alcohol y carne demasiado especiada. Recorrió el local con la vista y no tardó en dar con la persona que buscaba. En apariencia, un comerciante, pero estaba demasiado alerta para encajar del todo en el papel y unos ojos entrenados como los suyos no tardaron en ver más allá del disfraz. Bebía con tranquilidad, en una mesa apartada y no muy bien iluminada.

Yoranna suspiró. Secretos. Los secretos y la discreción no iban muy bien juntos. Si se sentaba junto a él, no tardaría en llamar la atención. Alguien se preguntaría enseguida qué hacían aquellos dos en el lugar más apartado de la taberna, hablando en voz baja y lanzando de vez en cuando miradas a su alrededor.

Y si algo tenía Painé, además de un sistema social perfectamente establecido, eran espías. Los había por todas partes y de todos los bandos. De hecho, algunos trabajaban para tantos amos distintos que hacía tiempo que habían dejado de saber para quién trabajaban realmente.

Así que en lugar de ir a sentarse junto al hombre que la esperaba, se dirigió a la barra y encargó una cerveza. Seguramente sería un asco, pero sin duda el vino que servían allí sería peor aún.

—¿Un poco de carne adobada? —preguntó el camarero mientras le servía la cerveza.

Negó con la cabeza. La sola idea de comer aquella carne grasienta y seguramente tan pasada que ni las especias conseguirían disimular su sabor, hizo que se le revoliera el estómago. Tomó un trago de cerveza y se sorprendió al descubrir que no estaba mal. Fresca y ligera, al menos. Ya era algo.

Pagó y se dio la vuelta, apoyando los codos en la barra. Aún no se había quitado la capucha y lo hizo ahora. Fingió no notar las exclamaciones de asombro que surgieron a su alrededor cuando descubrió su rostro.

Se contempló a sí misma en el espejo que tenía enfrente: altiva, fría y distante, con el pelo corto y alborotado, de un color tan claro que casi parecía blanco, los labios fruncidos en un mohín de aburrimiento que no conseguía ocultar que estaban hechos para dar placer y los ojos negros como el fondo de un pozo.

No estaba mal, pensó con cierta retranca. *Hasta a mí me gustaría darme un buen revolcón si me encontrase por el camino.*

La mirada que lanzó a su alrededor dejó bien claro que no buscaba compañía, y nadie se atrevió a desafiar sus deseos, salvo un borracho que dio dos pasos tambaleantes antes de que un compañero lo detuviese y le susurrara algo al oído. El hombre miró a su amigo y luego volvió la vista en dirección a Yoranna. Dejó escapar lo que parecía una maldición y regresó a su rincón.

De reojo, vio cómo su contacto se impacientaba, esperando que se acercase a su mesa. Contuvo una sonrisa de desprecio y echó un largo trago a su cerveza. Se apoyó de nuevo en la barra, en una pose indolente, como si nada de lo que pasaba a su alrededor fuera con ella.

Al fin, el hombre se levantó y, con evidente malhumor, se acercó a la barra. Se las arregló para que resultase natural el que acabara quedando junto a Yoranna mientras pedía una nueva jarra de vino.

—Tenemos que hablar —susurró mientras el camarero iba a por lo que había pedido.

Ella no se inmutó, como si no hubiera oído nada.

—Tenemos que hablar —insistió, con la jarra en la mano.

Se volvió y quedó junto a ella. Yoranna lo contempló en el espejo. Maduro, atractivo y algo hosco. Tan convencido de tener un milagro entre las piernas, se dijo, que seguro que pensaba que las mujeres deberían darle las gracias por dejar que se lo metiera. Le desagradó casi al instante.

—No sé por qué... —empezó a decir el hombre.

—Es evidente —susurró Yoranna en un tono cortante—. Si queréis hablar conmigo hacedlo bien. En dos horas en el antepatio del templo del Dios Único. Y que venga alguien que no sea un completo inútil.

Se fue sin esperar respuesta.

La ceremonia estaba a punto de comenzar. Y, mientras los sacerdotes eunucos del Dios Único paseaban por el antepatio la urna con las reliquias del Profeta, la multitud se arracimó a su alrededor.

No era una religión que tuviera muchos fieles en ningún lugar de Painé; en realidad, en

ningún lugar fuera de Khynai y sus satélites. Hasta en el mismo Can, donde se suponía que había nacido, era un culto minoritario que sobrevivía a duras penas.

Pero sus ceremonias nocturnas eran lo bastante vistosas y espectaculares para atraer a los curiosos. Los infieles no podían entrar en el templo, pero en el antepatio podían ver los preliminares, y hacía tiempo que los sacerdotes habían aprendido a alargarlos lo más posible, con la esperanza de atraer nuevos prosélitos.

Alguno habían conseguido, se dijo Yoranna. Imri le había contado que los fieles del Dios Único habían aumentado en el último año. No de un modo espectacular, pero sí lo suficiente para empezar a parecer una religión respetable.

Paseando por el antepatio, como una más de los curiosos, Yoranna apenas prestaba atención a la ceremonia. Abrirían la urna, por lo que recordaba, mostrarían unos huesos amarillentos y luego habría un revuelo de telas y colores y un espectáculo de luces que, seguramente, significaba algo profundo y oculto pero al que no le veía el menor sentido.

De vez en cuando alguien dejaba escapar un «¡ah!» o un «¡oh!» de admiración, aunque en general los asistentes estaban demasiado ocupados cuchicheando entre sí y señalándose las distintas partes de la ceremonia para perder el tiempo asombrándose.

Su contacto se acercó por su derecha. Parecía un curioso más y no se movía directamente hasta ella, pero Yoranna no tardó en darse cuenta de que su errática trayectoria acabaría llevándolo a su lado.

—Te pido disculpas —dijo, cuando llegó junto a ella.

Yoranna lo examinó con la mirada. Era un poco mayor que el otro hombre y quizá, al menos eso le indicaban los movimientos de su cuerpo, un poco más sensato.

—No es asunto mío —respondió—. Pero no me gusta tratar con estúpidos.

—No te preocupes. Eso no volverá a pasar.

Había algo amenazador en las palabras del hombre y, al mirarlo a los ojos, Yoranna vio en ellos un brillo implacable y oscuro.

—Paseemos —dijo.

Mientras lo hacían, él la fue poniendo en antecedentes sobre lo que esperaban de ella. Apenas podía creérselo.

—Así que escapó —dijo. En aquel momento salieron las acólitas, medio desnudas y con el rostro inexpresivo, y empezaron a bailar alrededor de los sacerdotes. Como echar margaritas a los cerdos, pensó—. Lo teníais a vuestra merced y escapó.

—El adepto Brandan es un hombre de recursos —dijo su contacto.

—Y Tsun Zune un imbécil.

—No me corresponde a mí juzgarlo. Pero si resulta serlo, recibirá su castigo, como el hombre que debía haber contactado contigo esta noche.

Yoranna no preguntó qué castigo había sido ése.

—Supongo que la niña le ayudaría —dijo.

—No conozco los detalles. Sólo sé que ha conseguido volver a Alboné.

—Y queréis que lo atrape de nuevo para vosotros.

—Así es.

Yoranna meneó la cabeza.

—No me lo puedo creer —dijo—. Os lo entregué, tal como prometí. Sólo le faltaba un lazo de regalo. Y lo dejasteis escapar en vuestras narices.

Las acólitas yacían en el suelo, y los sacerdotes acariciaban sus cuerpos con el hueso del

Profeta. Yoranna se preguntó cuántos huesos del Profeta habría. Si todos los templos del Dios Único tenían uno, tendría que haber sido un hombre gigantesco. Contuvo una sonrisa.

—Lo haré. Aunque si está en Alboné será más difícil. Además, ya me conoce. Y no creo que cometa dos veces el mismo error. Así que mi precio será más elevado que la vez anterior. Considerablemente.

—El precio no es ningún problema.

—¿Dónde queréis que os lo entregue?

El hombre se lo dijo, y le dijo también cuándo.

—Eso no me da mucho tiempo.

—Creemos que el suficiente.

—Pero soy yo quien debe creerlo. —Se lo pensó unos instantes—. Es factible —dijo al fin—. Esperadme allí el día indicado y lo tendréis.

La ceremonia exterior terminaba. Las acólitas se incorporaban y echaban a andar en dirección al templo y los sacerdotes, tras guardar la reliquia, las seguían. El resto del ceremonial sería privado, sólo para los fieles. Más de uno de los curiosos se preguntaba en qué consistiría.

La curiosidad, se dijo Yoranna. Un buen cebo. Muéstrales un poco y déjalos con ganas de más. Alguno picará, tarde o temprano.

Se volvió para decirle algo a su contacto, pero ya no estaba a su lado. Había aprovechado el momento para irse en silencio. Yoranna lo buscó y al fin dio con él cerca de la salida, paseando junto a un grupo de curiosos como si fuera parte de ellos. Asintió. Era bueno, sin duda.

Y ahora, se dijo, mejor volvía a casa. A Imri no le haría ninguna gracia que regresase tan tarde.

Al salir reconoció un rostro. Un hombre joven en medio de uno de los corrillos que aún quedaban en el patio. Lo había visto en la taberna del Perro, entre los grupitos de jóvenes de buena familia.

Frunció el ceño. Y luego, apartó el pensamiento de su cabeza. Un poco de sana paranoia estaba bien, pero tampoco convenía pasarse. Después de todo, a veces el carromato sólo era un carromato.

Tarde o temprano lo que está oculto, dicen, acaba saliendo a la luz. Lo cual no deja de ser una completa estupidez. Lo que está oculto puede perderse, dejar de tener importancia o, simplemente, desaparecer.

O, a veces, lo que está oculto puede estar delante mismo de nosotros, tan cerca de nuestras narices que somos incapaces de verlo.

La mentira en la que vivimos todos los habitantes del mundo es una de esas cosas, por ejemplo.

—Número Dos, antes Yán Fleng

La Reina había pedido que los dejaran solos y Qérlex se había apresurado a obedecer. El Adepto Supremo, sin embargo, pareció remiso unos instantes, hasta que una mirada de hielo de su monarca lo hizo inclinar la cabeza y abandonar la habitación.

No estaban completamente solos, notó Yáxtor. Claro que nadie estaba nunca completamente solo con la Reina de Alboné. La carneútil que iba almacenando sus recuerdos y, en buena medida, su personalidad, estaba siempre con ella. Parecía, como la misma Reina, una niña; una niña de piel anaranjada y ojos inexpresivos, y Yáxtor no pudo evitar recordar el viejo cuento de la Reina Carneútil.

Maklén se lo había contado de niño. ¿O fue la propia Manli? Habría tenido un toque deliciosamente irónico de ser así.

La carneútil real, siempre silenciosa, limitándose a absorber los recuerdos y las experiencias de la Reina y, en el proceso, convirtiéndose en ella, cobrando consciencia de sí misma hasta el punto de tener voluntad propia y deseos propios. Y en medio de la noche, ocurría la sustitución: la carneútil mataba a la Reina y se hacía pasar por ella. Maquillaba su piel naranja para parecer humana y reinaba sobre Alboné en uno de los periodos más prósperos y tranquilos que todos recordaban.

La superchería se descubría en el momento mismo de la Transición, cuando la nueva encarnación de la Reina terminaba de asimilar los recuerdos de su predecesora y comprendía lo que había pasado. Horror, al principio. Asombro. Y luego, la decisión. Mientras la vieja Reina moría, mientras la carneútil que había gobernado Alboné todo aquel tiempo dejaba de existir y su cuerpo se desmoronaba rápidamente, la nueva Reina decidía guardar silencio y mantenía el secreto.

Claro que, se preguntaba Yáxtor ahora, si había mantenido el secreto y sólo ella lo sabía, ¿cómo había llegado a conocerse la historia?

Evidentemente, era falsa. Ningún carneútil era capaz de desarrollar voluntad propia. Vivían sometidos a los deseos de sus dueños humanos por la sencilla razón de que no tenían deseos propios ni forma de desarrollarlos. Era así. Lo demás, no eran más que cuentos.

—¿Vamos a mantener esta conversación de pie o se nos permite la merced de un asiento?

En la voz de aquella niña, Yáxtor reconoció ecos de su anterior encarnación, y contuvo una sonrisa.

—Claro, Majestad. Será un honor para mí si me acompañas a un sitio más... acogedor.

Ella miró a su alrededor.

—Eso estaría bien. Deberías cuidar mejor las propiedades de la familia, Yáxtor.

Con un gesto, le indicó a la Reina el pasillo y esperó a que ella y su carneútil hubieran salido. Luego, tras indicarle el camino, le hizo una seña a un Maklén que temblaba como un flan y le encargó algo de comer y de beber.

—¿Qué bebe ella? —preguntó el viejo, con la voz trémula.

Yáxtor no sabía si se refería a la monarca o a su carneútil. Decidió que posiblemente la pregunta las incluía a ambas y dijo:

—La Reina tomará un té, supongo. En cuanto a su carneútil, es joven e inmadura. Algo caliente, nutritivo e inocuo estaría bien. Lo dejo en tus manos.

Sin esperar a ver qué hacía Maklén, echó a andar en pos de la Reina. Vio que ya había encontrado el cuarto que le indicaba y, al detenerse en el umbral, comprobó que había tomado asiento en lo que era la silla de Maklén. La carneútil se había hecho un ovillo a sus pies.

Maklén no volvería a sentarse en aquella silla, pensó Yáxtor. Ni permitiría que nadie más lo hiciera.

Tomó asiento frente a ella y aguardó.

Era la primera vez que la veía, al menos en aquella encarnación y se preguntó qué pasaría por su cabeza. Todo lo que había pasado por la de su predecesora, por supuesto, pero también algo más. Seguramente mucho más.

Aunque reconocía algunos gestos familiares, la mayor parte de su lenguaje corporal era nuevo y, desde luego, no había en su mirada el menor asomo de aquella bonachona autoridad que había caracterizado a la Reina anterior.

La misma y distinta a la vez.

Yáxtor se volvió al oír un ruido a sus espaldas y vio a Maklén en la puerta, con una bandeja, envarado y esperando permiso para entrar. Se lo dio y, mientras el viejo lo colocaba todo, siguió con su examen de la Reina. Ella no parecía mirar hacia ningún lugar en concreto, en una pose de serena quietud que, pese a todo, parecía natural.

Maklén terminó con lo que estaba haciendo y retrocedió dos pasos. Yáxtor iba a despedirlo cuando vio que la Reina salía de su inmovilidad y se inclinaba sobre la mesita donde el viejo había dispuesto las viandas y las bebidas.

La vio sonreír ante el contenido de un bol. Lo tomó y lo acercó a la nariz mientras dejaba escapar un murmullo de satisfacción. Luego, tendió el bol a su carneútil, quien lo tomó con sus dedos largos y anaranjados y empezó a devorar con auténtico deleite su contenido.

—Gracias —dijo la Reina en dirección a Maklén—. Le encantan las moras de las tierras altas. Muchas gracias.

El viejo no supo qué decir, así que se limitó a inclinar la cabeza y murmurar algo que podía haber sonado como «mirreina» o como cualquier otra cosa. Yáxtor lo despidió con un gesto y Maklén los dejó a solas.

—Bien, Yáxtor —dijo la Reina en el momento preciso en que la puerta se cerraba—. Parece que has sido un chico travieso.

En la puerta, junto a las dos armaduras que habían visto tiempos mejores, el Adepto Supremo y el Maestro de Artífices intentaban con todas sus fuerzas no mirarse el uno al otro.

Maklén les había preguntado si querían que los acomodase en alguna parte de la Torre, pero el Adepto Supremo rechazó el ofrecimiento, como también rechazó la bebida que les trajo algo más tarde.

—¿Esto es una penitencia? —preguntó Qérlex de pronto.

El Adepto Supremo pareció sorprendido y, por un instante, tuvo aspecto de no saber dónde se encontraba.

—No digas tonterías, Qérlex.

—Perdón —dijo éste—. Intentaré que mi conversación tenga un tono más elevado.

—Mejor no digas nada.

—Oh. Claro. Mejor estar aquí helándonos el culo en la entrada intentando parecer enormemente serios y reflexivos. Cómo no se me habrá ocurrido.

—Qérlex...

—Orston...

El Adepto Supremo espantó algo invisible con la mano y dio media vuelta, encarándose con el mediodía en el exterior de la torre.

—¿Vas a decirme que ya me lo habías advertido? —dijo de pronto, volviéndose hacia el Maestro de Artífices.

—Ni por asomo. Aunque es cierto. Ya te lo había dicho, sea lo que sea lo que tuviera que decirte.

—Basta de juegos.

—¿Por qué? ¿Acaso esto no es otro movimiento en la Gran Partida?

—Hicimos lo que hicimos porque era necesario y porque nos lo ordenó nuestra Reina.

—Y es el chico quien paga las consecuencias.

—Si tu trabajo...

—Mi trabajo fue perfecto, teniendo en cuenta las circunstancias. Que no eran las mejores, debo añadir.

—Me aburres.

Qérlex pareció animarse de pronto.

—Bueno, ya tenemos algo en común.

—Busco mi pasado, mi Reina —dijo Yáxtor tras unos segundos de duda.

Ella asintió.

—Lo sabemos. Lo cual no deja de ser curioso, porque no deberías saber que hay un pasado que buscar.

—Cuando huí de...

La Reina volvió a asentir.

—Sí, no es difícil imaginar lo que pasó. Sólo que no debería haber ocurrido. Alcanzaste un punto de equilibrio casi imposible, Yáxtor. Algo que no creemos que pudiera repetirse.

Yáxtor meneó la cabeza.

—No lo acepto. Mi pasado está ahí, oculto tras las barreras que puso Qérlex. Lo sé. Lo he visto. Y sé que fue por tu orden.

La Reina bajó la vista. Cuando volvió a alzarla, un velo de tristeza teñía sus facciones infantiles.

—Ay, Yáxtor, qué cerca estás y qué lejos al mismo tiempo.

Se incorporó de repente. La carneútil, sobresaltada, alzó la vista y ella la tranquilizó con una sonrisa. Se acercó a la chimenea y se calentó las manos en el fuego.

—Esto es difícil. Pero está bien, suponemos —dijo—. Empezar nuestro reinado con algo difícil hará que lo siguiente sea más sencillo. Eso esperamos, al menos.

Contempló lo que había en la pequeña mesa, las viandas que Maklén había dispuesto primorosamente. Echó mano a la jarra de sidra caliente y se escanció un pequeño vaso. Lo tomó de golpe.

—No te mentiremos. No hicimos lo que hicimos por ti, al menos no del todo —dijo, mientras se servía un nuevo vaso y volvía a sentarse—. Nos fue útil. Justo lo que necesitábamos en aquel momento. Y, si tuviéramos que hacerlo otra vez, lo haríamos. Esperamos que comprendas eso.

Yáxtor no dijo nada. Ella tomó un sorbo de sidra.

—Es cierto que fue Qérlex quien bloqueó tus recuerdos de lo ocurrido aquí. Y es cierto que lo hizo siguiendo nuestras órdenes. La consecuencia de no haberlo hecho, al menos para ti, habría sido el caos y la locura. Hoy no estaríamos hablando. Estarías en una de las celdas del olvido en la Casa de la Curación. O quizá ni siquiera siguieses con vida. —Lo pensó unos instantes—. Creemos que lo segundo es más probable. Habría sido lo más piadoso. Y, como cabeza suprema de la familia Brandan, en última instancia, habría sido nuestro deber.

Yáxtor asintió, aunque le sorprendió que la Reina recordase su lejano parentesco. Pero tenía razón. Con sus padres muertos y en ausencia de parientes directos, la responsabilidad sobre el destino de su casa caía sobre la monarca. El lazo de sangre que los unía era débil y remoto, pero estaba ahí.

—Pero, como te hemos dicho, no lo hicimos para sanarte. O no sólo para eso. En aquellos momentos, lo que hizo Qérlex nos permitía la creación de una herramienta que necesitábamos desesperadamente. ¿Recuerdas tu primera misión de campo?

Sorprendido por el brusco cambio de tema, Yáxtor apenas logró asentir. ¿Qué...?

—Sí, claro que lo recuerdas —dijo ella—. No hay nada malo en tu memoria, al menos en las partes de ella a las que tienes acceso. Sabes lo que hiciste y, aunque no creo que lo hayas pensado nunca, si reflexionas deberías ser consciente de que nadie más pudo hacerlo. Ningún otro tenía tus capacidades ni, tras la operación de Qérlex, la implacabilidad necesaria para llevarlo a cabo.

—No entiendo...

—Mírate a ti mismo, Yáxtor. Contéplate con la misma falta de misericordia con la que miras el mundo. ¿Ves lo que falta?

—Mi pasado.

—¿Y qué más se fue con él? ¿Alguna vez has sentido remordimientos por todo lo que has hecho, te has despertado en medio de la noche atormentado por el rostro de los que has matado o

arruinado?

—Hice lo que debía.

—Sí, y mejor que nadie. Llevas más de cinco años siendo un adepto empírico ejecutivo, a pesar de tu juventud. ¿Cuántos más conoces que hayan sobrevivido tanto tiempo?

—Nunca he intentado averiguarlo.

—Qué conveniente. La cifra se reduce a cero, exactamente.

Yáxtor tomó aire y luego echó mano de su pipa. La Reina lo contempló con curiosidad mientras la llenaba y la encendía. Se recostó en el sillón, echó una larga bocanada y miró a la Reina.

—¿Soy tan bueno porque habéis extirpado mi conciencia?

—No del todo. Siempre fuiste un material de partida de primera, Yáxtor. Lo único que impedía que te convirtieras en la herramienta perfecta a nuestro servicio era tu humanidad. Y ésta, de un modo u otro, te fue arrebatada por lo que pasó aquí.

Una nueva bocanada de humo.

—¿No soy humano?

La Reina se encogió de hombros.

—Eres un monstruo, querido. Un monstruo hermoso y letal. Y, de no haber intervenido nosotros, estarías muerto o serías un pobre despojo enloquecido. En ninguna de las tres opciones cabe la humanidad.

—O cabe en las tres.

—Como quieras. No hemos venido aquí a discutir de ontología ni de ética. Esas cuestiones son irrelevantes. Hemos venido porque hemos visto que intentas recuperar tu pasado.

—Para impedírmelo.

—No, para decirte que no puedes. Tu pasado ya no existe. No sabemos cuánto volvió a tu memoria durante tu convalecencia, pero eso es todo lo que tendrás. Todo lo que queda de él.

En la cocina Maklén temblaba de miedo, y Manli con él. La carneútil miraba al viejo criado y le preguntaba qué ocurría sin decir una palabra. Pero Maklén sólo podía tomar la jarra de vino con manos temblorosas y apurar su contenido casi sin respirar.

La cocinera lo había dejado solo en cuanto lo vio entrar. Manli, sin embargo, no había podido irse. Llevaba sujeta a su voluntad demasiado tiempo, como antes lo había estado a la de Yáxtor y antes de eso a la de su padre.

—La Reina está aquí —dijo el viejo de pronto—. Van a hacer que vuelva todo.

Manli se estremeció. Ella recordaba. Nadie había considerado necesario borrar su memoria y todo cuanto había pasado seguía allí. Todo lo que buscaba Yáxtor en su memoria y muchas más cosas que no sabía que debía buscar.

—Van a destruir al joven amo —dijo Maklén—. Y es absurdo que diga eso, porque no sé qué fue lo que pasó. Pero van a hacerlo.

Manli no dijo nada. Se limitó a tomarlo de las manos y consolarlo del único modo que sabía.

—No lo entiendo.

—Lo sabemos, querido. —La Reina sonrió y, al hacerlo, fue sólo una niña—. Cuando aún éramos la Reina que Sería, nos encantaba oír tus informes, saber lo que habías hecho y dónde habías estado. Eras como el héroe de un cuento. —Meneó la cabeza—. Y para una parte de nosotras lo sigues siendo, a pesar de todo lo que sabemos ahora.

—¿Y qué es lo que sabéis?

La carneútil tembló ante la rabia reprimida en la voz de Yáxtor. Alzó la vista y miró a los lados, indecisa, como si no supiera cuál era la voluntad a la que estaba atada.

—La estás confundiendo —dijo la Reina, en un tono relajado—. Y cuando está confundida, sufre. Tranquilízate, por favor.

—Entonces, ve al grano de una vez.

La carneútil tembló de miedo y la Reina acarició su cabeza mientras susurraba un galimatías que sonaba tranquilizador.

—Crees que pusimos una barrera en tus recuerdos y estás en lo cierto. Piensas que usamos tus propios mensajeros para construir esa barrera y también es verdad. No conocemos los detalles de lo que hizo Qérlex, pero estamos seguras de que él podrá detallártelos hasta el aburrimiento. Y estás convencido de que tu fuga de la prisión y el hecho de que tu nivel de mensajeros descendiera de un modo alarmante, debilitó las barreras, lo bastante para permitirte recuperar parte de ese pasado. En realidad, es algo ligeramente distinto. Deja que te lo contemos.

Yáxtor asintió y apagó la pipa.

La Reina tomó aire y habló.

No lo hizo durante mucho tiempo. Fue directa y al grano, detallando lo ocurrido como si estuviera leyendo un informe de algún departamento ministerial.

—Los mensajeros no bloquearon tus recuerdos. Los devoraron. ¿Comprendes? Tus recuerdos ya no estaban en ti, sino en ellos. Tu pasado se había desvanecido, y el único lugar en el que podías encontrarlo ya no existe. Porque casi todos tus mensajeros murieron durante tu fuga. Y, con ellos, lo hizo tu pasado. Cuando tu nivel descendió lo suficiente, los pocos que quedaban volvieron a soltar los recuerdos encapsulados dentro de ti. Eso es lo que has visto durante tu convalecencia. Eso es lo que queda.

Yáxtor negó con la cabeza.

—Es así, querido. Y creemos que es lo mejor. Recuperar lo que ocurrió te convertiría en lo que eras cuando te encontramos. Un guiñapo sollozante, sin apenas cordura a la que agarrarse.

—No soy el mismo hombre que era.

—Es cierto. Lo que hicimos te cambió. Alteramos los senderos de tu mente, sin duda, y el efecto de ese cambio no se fue cuando tus mensajeros empezaron a morir. Así que sí, eres distinto. Y es posible que el ser que eres ahora pudiera asimilar todo eso. No lo sabemos. Y no lo sabremos nunca, porque ya no existe.

—Me niego a creerlo.

—Niégate cuanto quieras. Eso no va a cambiar nada.

Yáxtor se incorporó. Volvió a sentarse. Abrió y cerró los puños.

—¿Y qué me queda?

La Reina acarició de nuevo a su carneútil, que había dejado de temblar, pero aún parecía confundida.

—Tienes dos opciones, querido. Y elijas la que elijas, te respaldaremos. Te debemos eso, al menos.

—¿Cuáles?

—Olvidar. Del todo. Deja que Qérlex elimine esos escasos recuerdos que han salido a la luz. De un modo definitivo y sin vuelta atrás. Fue un error conservarlos en tus mensajeros. Y podemos repararlo.

—¿Y la otra opción?

—Saber lo que pasó.

—Pero has dicho...

—Hemos dicho que no puedes recordarlo. Pero no que no puedas saberlo. Lo ocurrido aquí, o al menos buena parte de ello, está documentado. Te daremos acceso a ese material. Lo leerás y sabrás qué pasó.

—Pero será como si le hubiera pasado a otro.

—Íbamos a decir que no teníamos nada mejor para ofrecerte. Y en realidad, es lo mejor.

—No. Sólo es lo que hay.

—Esta semana asistimos a los servicios de los Obsesos del Propósito. Es lo que toca, ya sabes. —En su tradición de neutralidad, la Reina iba alternando su asistencia a los servicios de las distintas confesiones religiosas, algo que Yáxtor siempre había encontrado pintoresco, aunque en aquellos momentos no podía importarle menos—. ¿Y sabes lo que dicen? Que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Si eso es cierto, entonces lo que hay es lo mejor.

Yáxtor no dijo nada. Cargó de nuevo su pipa y, antes de encenderla, se incorporó de repente.

—Tengo que estar solo —dijo—. No tardaré mucho.

Ella asintió.

—Te estaremos esperando.

Cruzó el pasillo, pasó junto a los dos adeptos empíricos sin decir una palabra y salió al exterior.

Paseó durante media hora y en ese tiempo consumió varias pipas.

Cuando regresó, la Reina estaba donde la había dejado y, parecía, tal como la había dejado. Yáxtor entró en la habitación, tomó un vaso de sidra y luego se acercó a la carneútil real. La criatura alzó la vista y miró en su dirección. Sus ojos, generalmente vacíos de expresión, se tornaron anhelantes.

—Tu voluntad es fuerte —dijo la Reina—. No lo bastante para quitármela, sin embargo.

—Nunca lo intentaría.

Acarició el rostro de la carneútil, aún a medio definir. La línea de su mentón empezaba a tomar una forma concreta y Yáxtor la recorrió con sus dedos. Sonrió y la carneútil le devolvió la sonrisa.

—Quiero leer lo que tengáis —dijo.

—Entonces lo leerás —respondió la Reina.

¿Sólo somos la suma de lo que recordamos? ¿Hay algo más? ¿O el resto no es más que una ilusión, una ficción de consciencia creada por elementos dispares que no guardan ninguna relación entre sí?

¿O quizá el solo hecho de que seamos capaces de hacernos esas preguntas indica que es real?

¿Pienso que existo, luego existo?

¿O es otra ilusión?

Y de serlo, ¿acaso importa? ¿Hay alguna diferencia?

—La Reina de Alboné, en su decimoséptima encarnación

Número Dos contempló desde la ventana los progresos de Tsun Zune. Sin duda eran admirables. También, posiblemente, resultarían inútiles. Inútiles para salvar la vida de Tsun Zune, en cualquier caso.

Número Uno había dado la orden. El resto era inevitable.

Había dejado el cómo y el momento exacto en sus manos, pero había sido claro al señalar que debía ser cuanto antes.

Número Dos no tenía problema alguno con el momento. Se le ocurrían miles de momentos apropiados. El cómo era otra cuestión.

Al fin y al cabo, Tsun Zune había sido un elemento útil. Había puesto en sus manos el campo de contención de mensajeros y durante quince años les había proporcionado una base segura desde la que operar, a salvo de miradas inoportunas y cerca de todo el mundo al mismo tiempo.

Y, a un nivel mucho más personal, Tsun Zune le había abierto los ojos a la verdad. Le había facilitado la Transición de Yan Fleng a Número Dos. Ciertamente no había sido ésa su intención, pero no lo era menos que las intenciones importaban más bien poco frente a los hechos.

Y el hecho era que Tsun Zune había despejado las mentiras de la mente de Fleng, que en sus patéticos intentos por quebrar al hombre que había sido le había permitido atisbar la tramoya. Lo había preparado para ver más allá.

Así que estaba en deuda con él. Y un Espectro siempre paga sus deudas, como insistía Número Uno.

—No podemos permitirnos el lujo de mirar hacia atrás

—decía—. Por lo tanto, no debemos dejar nada atrás.

Lo cual, si se pensaba un poco, resultaba un tanto irónico. Claro que ése era el tipo de pensamiento que resultaba mejor dejar inexpresado. El sentido del humor de Número Uno se agotaba con rapidez al llegar a ciertos terrenos.

Pero tenía razón. No debía dejar nada atrás. Ni aunque fuera una deuda ridícula con un cadáver que aún no sabía que lo era.

Así que otra vez el cómo.

Se apartó del ventanal y recorrió el despacho. El mapa que había en la pared se actualizaba casi en tiempo real con lo que ocurría en el mundo, al igual que lo hacía su gemelo en el despacho del Adepto Empírico Supremo en Lambodonas. Ambos, por lo que sabía Número Dos, habían sido obra del mismo artífice y, eso le habían asegurado, eran los únicos que quedaban de su clase.

Contempló cómo las piezas se iban colocando en el tablero, cómo cada elemento encontraba su lugar o se dirigía a él. El rompecabezas casi estaba completo. Pronto, todos verían la verdad.

O al menos serían incapaces de ver la mentira. Porque ya no quedaría mentira alguna que contemplar.

Al despertar, lo primero que hizo Valquinia fue mirarse al espejo y luchar por no apartar la vista. Giró la cabeza y contempló el lado derecho de su rostro; luego, el izquierdo.

Soy una quimera, se dijo.

La mitad de ella era una niña hermosa y dulce, y la otra mitad un monstruo consumido por las llamas. El lugar donde ambas criaturas confluían, una tierra de nadie torturada que rápidamente se deslizaba de la tersura a la ruina. Sólo sus ojos mantenían entera aquella parodia de rostro.

Tsun Zune le había dicho que mejoraría. Que ya lo había hecho, en realidad. Tras drenar su cuerpo de «la peste de Brandan», como la había llamado, le había vuelto a suministrar mensajeros curativos; y estaban haciendo su trabajo. Aunque el rastro de las llamas no desaparecería nunca del todo, no tardaría mucho tiempo en ser una sombra leve sobre un rostro que sería de nuevo hermoso.

—Más hermoso que antes, en realidad —le había dicho Tsun Zune—. El rastro de las cicatrices le dará a tus facciones el toque exacto que necesitas. Estás en camino de convertirte en una criatura hermosa. En una mujer de la que los hombres no podrán apartar la vista.

Pero ella sólo podía ver la quimera. El monstruo mal ensamblado con piezas de otros.

—Se irá —insistía en su mente la voz de Tsun Zune—. Desaparecerá, aunque no sin dejar un rastro. Y es ese rastro lo que hará que dejes de ser una niña deseable y te conviertas en una mujer por cuya posesión los hombres matarán.

—¿Soy un objeto, entonces? —recordó que había preguntado.

—Tal vez. Todos lo somos en un aspecto u otro. Pero tú serás un objeto que nadie podrá poseer. Si aprendes, si sigues el camino que te estoy marcando, serás tu propia dueña. Y harás con los demás lo que desees.

Ella lo dudaba, pero se había sometido a las enseñanzas de Tsun Zune. Al fin y al cabo, ¿qué tenía que perder que no hubiera perdido ya?

Se había quedado sin su belleza, por más que Tsun Zune asegurase que volvería.

Y había perdido a Yáxtor. Aunque, de nuevo, Tsun Zune le había garantizado que lo recuperaría.

—Siempre que sea eso lo que quieres, claro —había añadido con un deje de malicia.

¿Recuperarlo? ¿Era eso lo que deseaba?

Quería volver a verlo, de eso estaba segura. Pero, ¿para qué?

Al fin y al cabo, la había usado, había hecho de ella una herramienta. Se había metido dentro de ella (y tanto, se dijo al recordar las explicaciones de Tsun Zune) y luego la había utilizado. Había convertido su placer en un instrumento.

—Pero seríamos injustos si le echásemos toda la culpa a Brandan. —Otra vez la voz de Tsun Zune en su memoria—. Al fin y al cabo, no anuló tu pensamiento o tu voluntad. Sólo torció tus deseos hacia donde le interesaba. Era responsabilidad tuya dejarte llevar o no por esos deseos.

Pero, ¿qué otra cosa podía haber hecho?

—Seguramente nada, en tu estado anterior. Sin embargo, con el tiempo...

A Valquinia no se le había escapado la casi imperceptible vacilación en la voz de Tsun Zune. No mentía, pero no estaba del todo seguro de lo que decía. No creía por completo que sus enseñanzas pudieran hacerla inmune a Yáxtor.

Claro que, por otra parte, ¿deseaba ella esa inmunidad?

No tenía más que cerrar los ojos, dejarse llevar y todo comenzaba de nuevo: el deseo, la necesidad irrefrenable de sentirse suya, el impulso de hacer cuanto fuera necesario por él, la mano invisible que tiraba de ella en su dirección y a cuyo empuje no podía resistirse.

Todo estaba allí. Él aún estaba dentro de ella.

—Eso cambiará. Sus mensajeros ya han muerto dentro de ti. La necesidad física ha pasado. Pero la otra... —Tsun Zune se había dado dos golpecitos en la frente al decir eso—. Ésa es la verdaderamente difícil de erradicar.

¿O tal vez imposible?

Valquinia abrió los ojos y se miró de nuevo en el espejo. Se dio cuenta de que, al menos en eso, Tsun Zune había tenido razón. El lado izquierdo de su rostro era una ruina: pero hoy lo era menos de lo que lo había sido ayer y, seguramente, más de lo que lo sería mañana.

Seguía viendo un monstruo armado con partes desaparejas. Pero cada vez lo eran menos. Y supo que, tarde o temprano, encajarían.

¿Y dentro?, oyó preguntar a un imaginario Tsun Zune, ¿dentro de ti, que es lo que importa, están encajando las distintas partes?

Sin responderse, salió de la cama y empezó a vestirse.

Mientras supervisaba los ejercicios de Valquinia, Tsun Zune lo comprendió todo de repente.

Van a matarme, se dijo.

Valquinia estaba resultando una alumna más que prometedor, dócil, inteligente y ávida por dejar de ser quien era y convertirse en algo más. No importaba lo duros o difíciles que fueran los ejercicios que Tsun Zune le impusiera, la niña los acometía con entusiasmo y los llevaba a cabo con precisión. Quizá nunca pudiera librarse por completo de la infección de Brandan (Tsun Zune estaba empezando a sospechar que los mensajeros del adepto hacían algo más que crear una dependencia; en cierto modo, modificaban el cuerpo que invadían, lo cual era un pensamiento estremecedor) pero podía aprender a usar aquello en su propio beneficio, a convertir su debilidad en su mejor arma.

A su pesar, Tsun Zune empezaba a sentirse orgulloso de ella, de su tarea, de lo que podían

llegar a conseguir juntos.

Fue entonces cuando le asaltó el pensamiento:

Van a matarme.

Mientras Valquinia seguía con sus evoluciones, él tomó asiento sobre una piedra y trató de tranquilizarse, de calmar su agitado corazón.

Miró a su alrededor. Estaban solos, pero sin duda eran observados. No podía dejar traslucir ni uno solo de sus pensamientos.

Contempló a la muchacha y, de un modo seco y preciso, le ordenó un nuevo ejercicio. Ella se lanzó a ejecutarlo.

Van a matarme.

Era obvio, a poco que lo pensase. Tan obvio que había estado ante sus narices todo aquel tiempo, y sólo su arrogancia había impedido que lo viera. En su memoria, repasó sus últimas conversaciones con Número Dos, el comportamiento de éste, las sutiles pistas en su lenguaje corporal que, en otro tiempo, habrían sido para él como faros encendidos en mitad de la noche.

Me hago viejo. Me he vuelto viejo y estúpido y van a matarme.

Su utilidad para los Espectros era prácticamente nula. En aquellos momentos no era más que un peso muerto en la organización; alguien que había cumplido su labor y que ya no servía para nada.

La compasión no era una de las características principales de los Espectros. Y menos hacia alguien cuyas últimas acciones podían ser descritas, sin faltar a la verdad, como una concatenación de errores.

Así que estaba claro: iban a matarlo.

Lo haría Número Dos personalmente, de eso estaba seguro. Al fin y al cabo, se lo debía, y un Espectro siempre paga sus deudas. No sería una muerte indigna ni dolorosa y, casi con total seguridad, sería rápido.

Valquinia terminó el ejercicio, se sentó en el suelo, adoptó la posición que él le había enseñado y, con los ojos cerrados, tomó aire. Lo retuvo y lo fue soltando poco a poco. No era consciente de lo mucho de Brandan que aún había dentro de ella, y quizá nunca lo fuera. Pero eso no importaba, podía aprender a usar aquella dependencia como un arma. Él podía enseñarla a hacerlo. Pero ahora sabía que seguramente no tendría tiempo.

Mientras contemplaba cómo el pecho de la muchacha subía y bajaba lentamente, Tsun Zune pensó en lo que iba a hacer.

Podía aceptar su destino. Había vivido una vida plena, después de todo, y había sido lo bastante afortunado para contemplar la verdad, para saber lo que había tras la realidad. Había aprendido, había olvidado y había vuelto a aprender. Había sido útil y, aunque había cometido unos cuantos errores (demasiados, se dijo) también había tenido su parte de aciertos. Terminar ahora no tenía por qué ser una deshonra. Quizá no era la culminación que había esperado para su vida, pero no era un mal modo de irse. Y sabía que Número Dos (y Valquinia, pensó sin dejar de mirarla) se encargarían de que él siguiera vivo, en cierto modo: en sus recuerdos. Y en lo que eran y en lo que iban a ser.

Podía aceptar eso. Inclinar la cabeza y ofrecer el cuello. En cierto modo, sería un alivio.

Sólo que...

Sólo que no quería.

Estaba vivo, con todo lo que eso implicaba, y quería seguir estándolo. Le quedaba demasiado por ver, por aprender, quizá incluso por olvidar.

Cuando me vaya será en mis propios términos, se dijo.

Valquinia abrió los ojos y lo contempló escrutadora. Él resistió su escrutinio, se incorporó y le marcó un nuevo ejercicio.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

—Nada. Y todo al mismo tiempo —respondió él, sin pensar demasiado en lo que decía. De pronto, como si las palabras hubieran sido un conjuro, se vio a sí mismo aprendiendo a escribir, muchos años atrás. Tomó aire y siguió hablando.—. Irás hasta la linde del bosqueoscuro. Y me traerás de allí algo que te recuerde tu antigua vida.

—¿El qué?

Tsun Zune se encogió de hombros. Ella abrió la boca para repetir la pregunta, se lo pensó mejor y guardó silencio.

—Tienes hasta la tarde —dijo él—. Luego, me explicarás qué es, cómo lo has encontrado y qué significa para ti.

—Es casi la hora de comer.

—Entonces, mejor te das prisa.

Sin esperar a ver lo que hacía la joven, Tsun Zune dio media vuelta y echó a andar hacia el complejo. No necesitaba verla para saber lo que haría.

La joven era prometedora. La arcilla más moldeable y prometedora que había tenido nunca en sus manos.

Qué lástima haberla encontrado ahora, cuando no tenía tiempo para convertirla en lo que podía llegar a ser. La había apuntado en la dirección correcta, le había marcado el camino y la había ayudado a dar los primeros pasos. El resto, tendría que hacerlo ella sola.

Una lástima.

Entró en el complejo y recorrió el pasillo en dirección a sus habitaciones.

¿Cuándo?, se pregunto.

Muy pronto. Quizá hoy mismo, se dijo.

Tenía mucho que hacer y puede que no tuviese tiempo suficiente para hacerlo. E incluso así, era muy posible que no tuviera éxito.

Sólo estás perdido cuando dejas de intentarlo.

Aquello no era cierto, y lo sabía, pero el pensamiento tuvo la virtud de mantenerlo enfocado en la tarea que lo esperaba.

Valquinia recorrió una y otra vez la linde del bosqueoscuro sin encontrar nada. En el cielo, el sol había dejado el mediodía atrás hacía un buen rato y se deslizaba perezosamente hacia la tarde.

Tenía hambre, pero eso no importaba. No en aquellos momentos.

Siguió buscando lo que Tsun Zune le había pedido. Lo encontraba absurdo, pero al mismo tiempo, no podía evitar seguir haciéndolo.

Cuando dio con ello, no faltaba mucho para anochecer. Oculto entre dos piedras, medio tapada por la yerba, no era más que un guijarro redondo.

Era azul.

Como el cielo de Barlénder en un día claro. Como los ojos de Yáxtor.

Yáxtor.

Tomó el guijarro entre sus manos, hizo un puño con ellas y se sentó. Inspiró profundamente y cerró los ojos.

Yáxtor.

En aquel momento, con una nitidez pasmosa que casi la hizo llorar, lo vio tal cómo era realmente. Implacable. Frío. Impasible. Distante incluso en la pasión. Dueño siempre de sí mismo.

Yáxtor.

Una máquina. Eficaz, imparable. Y estéril.

Yáxtor.

Vio al Yáxtor que ella había inventado, que su deseo había creado y su memoria había construido.

Una máscara. Un disfraz que él ni siquiera había llevado. No había necesitado llevarlo: sus mensajeros lo habían creado dentro de ella, llenándola de deseo, haciendo que se muriera cada vez que la tocaba, que la sola idea de estar separada de él fuera insoportable y cada uno de sus gestos, el menor de sus roces, se transformara en algo definitivo dirigido solo para ella.

Él ni siquiera había tenido que crear todo eso. No había necesitado transformarse en alguien distinto al que era. Sus mensajeros hicieron ese trabajo por él, logrando que ella viera algo que no existiera y lo desease como si la vida misma le fuera en ello.

Yáxtor.

Una ilusión. Un fantasma. Un espectro.

Abrió los ojos y dejó caer la piedra al suelo. Lloró, pero fue de rabia hacia sí misma, de puro despecho. Sintió que algo negro y afilado nacía en su interior, un rencor sordo y lleno de aristas que parecía desear devorarla.

No se le resistió. Dejó que la tomara y la consumiera.

Cuando volvió a ser consciente de dónde se encontraba, ya era noche cerrada. Tomó una larga bocanada de aire y buscó el guijarro en el suelo. No tardó en encontrarlo.

Yáxtor, se dijo. Yáxtor, se repitió.

No había nada tras el nombre. Y eso estaba bien, pensó, porque no había nada tras el hombre tampoco.

Se sentía ligera cuando volvió al complejo. Libre y vacía, dispuesta a todo. Impaciente, fue a las habitaciones de Tsun Zune para contarle lo que había ocurrido, pero no lo encontró. Ni allí ni en ninguna otra parte.

Nuestro pensamiento y nuestros deseos no siempre van de la mano. Y cuando ocurre así, son nuestros deseos los que ganan. Luego, racionalizamos lo que ha pasado y nos convencemos a nosotros mismos de que decidimos algo cuando en realidad fue nuestro cuerpo el que tomó la decisión por nosotros. La paradoja a veces resulta exquisita. Otras, es cruel. Algunas, es simplemente triste. Y casi siempre inevitable.

—Glaxton Dishrel

Fléiter Praghem terminó de leer el último de los informes y cerró la carpeta con un suspiro.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando. Pero sin duda pasaba algo. En alguna parte había un picor que no conseguía identificar y, mucho menos, rascarse, y era una sensación que odiaba, porque significaba que su vida estaba a punto de volverse demasiado interesante.

No sólo la mía, en realidad, pensó.

Repasó todo una vez más.

Nada cuadraba, nada tenía sentido. Y eso significaba que habían pasado algo por alto. Y si se las había apañado para llegar a la mediana edad en un negocio como el suyo era porque no pasaba nada por alto.

Ojalá el gran géiser los vaporice a todos.

Había estado a punto de suceder de todo. Pero no había ocurrido nada. Y eso quería decir que algo iba a ocurrir.

El mundo seguía en pie, pero ¿por cuánto tiempo?

En alguna parte había unos tipos con poder suficiente para destruirlo. Aquello no era una novedad, al fin y al cabo, él y los suyos habían tenido ese poder desde el fin de la Guerra del Martillo. Y, por supuesto, el otro bando no había tardado en hacerse con él. Después de todo, si ellos tenían la Bomba de Malas Noticias era gracias a un desertor del otro lado. Era absurdo pensar que habían detenido sus investigaciones por la pérdida de un solo hombre.

Así que la Confederación Occidental tenía la bomba, igual que la tenía el Martillo de Dios, por más que nunca lo hubieran reconocido públicamente.

Hasta ahí bien, ningún problema. Bueno, se dijo, en realidad un montón de problemas, pero nada que no se solucionase con un cuidado exquisito y el pensamiento de que el mundo se había convertido en hielo quebradizo por el que había que bailar midiendo cada movimiento.

No era la forma más adecuada de vivir, pero era una forma de vivir, pese a todo.

Sin embargo, ahora... Había un nuevo bailarín en el negocio. Alguien que tenía en sus manos la capacidad de desbaratarlo todo y mandar al cuerno la cuidadosa coreografía que había mantenido el mundo en pie y a salvo en los últimos años.

Y hacían exactamente lo contrario de lo que alguien en su sano juicio debería haber hecho.

Anunciaban que tenían las bombas y que las iban a utilizar. Y no pedían nada a cambio: no amenazaban, no chantajeaban, no negociaban. Simplemente, daban un aviso.

¿Por qué? ¿Para qué?

Si esperas obtener algo a cambio de una mano ganadora, tienes que darles a los demás espacio para maniobrar. Si quieres ganar en el juego, debes seguir unas ciertas reglas.

A menos, claro, que lo que desees sea acabar con el juego. Impedir que nadie más juegue. Nunca.

¿Qué habían hecho hasta ahora?

Habían avisado al mundo de lo que tenían y, por tanto, los habían hecho conscientes de su existencia.

Habían intentado detonar la bomba en alguna de las principales capitales. En eso, había que reconocer que habían sido del todo imparciales. Ambos bandos habían recibido la misma atención.

Aunque no del todo, se dijo. No habían intentado detonar la bomba en Washorya o en ninguna otra ciudad de la Confederación. Y Fléiter sospechaba que aquel detalle era importante.

Habían sido detenidos. Casi todas las bombas habían sido interceptadas y desactivadas. Incluso las pocas que habían detonado, habían causado más pánico que daños reales.

¿Y ya estaba? ¿Lo habían intentado y habían fracasado? ¿Eso era todo?

Imposible.

Fléiter se había pasado las últimas semanas recorriendo informes, buscando pistas, tratando de encontrarle sentido a algo que no parecía tenerlo. Intentando descubrir qué se avecinaba.

En el proceso, había trazado un mapa bastante detallado de cómo estaba el mundo en aquellos momentos.

Y la respuesta era sencilla: al borde de la locura.

Las bombas no habían detonado, pero quizá nunca se había pretendido que lo hicieran. Tal vez no habían sido más que un enorme farol, cuyo propósito no era más que provocar una cierta reacción en los otros jugadores.

¿Cuál?

Lo que Fléiter había visto era un mundo en el que los miedos que siempre habían estado allí estaban saliendo a la luz y estaban volviendo loca a la gente. Los gobiernos se volcaban en la investigación de campos de protección, de campos de inhibición, de escudos y defensas. Construían a su alrededor fortalezas que no dejaban pasar nada.

Ni las malas noticias ni las buenas, se dijo Fléiter haciendo un chiste que él mismo encontró carente de gusto.

Y la gente... acudía en tropel a los bosqueoscuros, se arracimaban en sus fronteras, esperaban impacientes el momento, dispuestos a recolectar hasta el último de los carneútiles como si se fueran a acabar para siempre.

Lo cual, quizá...

Más tarde, no le sorprendió ver a Brandan venir hacia él. En realidad, llevaba tiempo esperándolo.

Parecía cambiado. Lo cual no era extraño teniendo en cuenta que había estado al borde de la muerte.

—Vas a ayudarme —le dijo.

No «necesito tu ayuda» o «tienes que ayudarme». En eso, Brandan seguía siendo el mismo.

Fléiter se hizo el remolón y terminó su bebida, mientras fingía contemplar el aburrido espectáculo de sexo y violencia que representaban los carneútiles del escenario. El tacto del bastón en su mano era, como siempre, un recordatorio reconfortante. Aunque no fuera más que un inútil trozo de madera.

—¿Es una predicción o una advertencia? —respondió al fin.

Brandan se encogió de hombros.

—Tómalo como quieras. Vas a ayudarme porque es lo que tienes que hacer. Porque nadie más va a hacerlo.

—Veo que el descanso te ha sentado bien —dijo Fléiter—. Sigues siendo un as en las sutiles artes de la diplomacia.

—Ni tú ni yo tenemos tiempo para esto. Vamos a un sitio donde podamos hablar.

Fléiter se sirvió una nueva copa y la apuró de un trago.

—Claro —dijo—. Sígueme.

—Nuestros gobiernos no harán nada. Están demasiado ocupados atrincherándose y creyendo que así estarán a salvo. Así que lo haremos nosotros.

—Ah, Yáxtor, mis días de agente de campo pasaron a la historia. Creo que has ido al lugar incorrecto en busca de ayuda.

Estaban en un pequeño salón, protegidos del bullicio del resto del lugar por un muro de mensajeros de silencio. Fléiter se había servido otra copa y se reclinaba indolente en el triclinio, fingiendo una indiferencia relajada y distante que ni a él mismo le resultaba convincente. Yáxtor, por el contrario, se sentaba al borde mismo del asiento y parecía a punto de saltar. Sus ojos se veían más fríos que nunca.

—No eres tonto, Fléiter, aunque a veces te empeñes en fingirlo. Sabes que esto está muy lejos de acabarse. Y que lo que están haciendo nuestros gobiernos no es la solución, sólo una parte más del problema. Están haciendo exactamente lo que quieren los que han robado las bombas. Han sido conducidos hasta el lugar en el que están, y se han dejado guiar dócilmente.

Fléiter ocultó un estremecimiento con un trago. Yáxtor acababa de decir en voz alta lo que él llevaba tiempo pensando, y aquello no le gustaba nada.

—No sé qué pretenden. Pero sí sé una cosa: el mundo ahora mismo está como ellos quieren. Han hecho que las piezas del juego se sitúen en las casillas adecuadas. O que se dirijan hacia allí, en cualquier caso. Y, cuando todas estén en su sitio, harán lo que realmente pretendían hacer desde el principio.

Fléiter terminó la bebida y dejó la copa a un lado. Miró la jarra de vino, dudó unos instantes

y, finalmente, se incorporó en el triclinio.

—No tenemos pistas —dijo al fin.

Vio cómo Brandan sonreía y sintió cómo se le erizaba el pelo en la nuca.

—Tenemos una. Al menos, yo la tengo. No es gran cosa. Pero es un hilo del que empezar a tirar para desenredar la madeja.

Fléiter tragó saliva y preguntó:

—¿Dónde?

—En Painé. Allí hay alguien que nos puede conducir a esa gente. —Entrecerró los ojos y, por unos momentos pareció estar saboreando algo—. En realidad, ahora mismo está aquí, en Lambodonas, y creo que ha venido a por mí. Pero se irá pronto, entre otras cosas porque no podrá encontrarme. Y, cuando vuelva, la estaremos esperando.

A su pesar, Fléiter dijo:

—Cuéntame más.

Yoranna no notó nada raro hasta que no entró en las habitaciones que compartía con Imri. Había llegado a casa cansada y de mal humor, y el baño nocturno había servido para librarse de lo primero, pero no de lo segundo.

Había comido a solas en la cocina, iluminada por el resplandor de los rescoldos que quedaban en el hogar.

Brandan le había dado esquinazo. No sabía cómo ni de qué manera, pero el adepto no estaba donde debería haber estado. Quedaba menos de una semana para entregar el paquete, y el paquete que debía entregar no aparecía por parte alguna.

No le gustaba el fracaso. Podía vivir con él, pero no le gustaba.

Así que cuando se deslizó por la casa a oscuras en dirección al dormitorio, apenas reparó en lo que la rodeaba. Sólo podía pensar en que Brandan se le había escapado, que no tenía ni idea de dónde podía estar y que debía entregarlo en el plazo de una semana o devolver lo que le habían pagado. Peor que todo eso, tendría que reconocer su fracaso.

Luego, entró en la habitación y se dio cuenta de que algo andaba mal.

Imri no estaba. No había estado allí durante todo el día. Puede que desde antes.

Desenvainó la daga (y pensó en el mohín de Imri cada vez que la encontraba bajo la almohada) y, despacio, casi sin hacer ruido, se deslizó por el cuarto.

—Te mueves bien —dijo una voz.

Se volvió y en ese momento una luz parpadeante iluminó un rincón del cuarto. Antes de verlo, supo que era él. Se maldijo por no haberse dado cuenta antes: la peste de sus mensajeros estaba por todas partes.

—Estás vivo —dijo ella.

—Eso parece —respondió Brandan, sentado en una silla, con las piernas cruzadas, una expresión beatífica en el rostro y lo que parecía una luciérnaga revoloteando a su alrededor—. Aunque tú ya lo sabías, claro.

Yoranna no se molestó en negarlo. Olfateó de nuevo el aire y comprendió que estaba

saturado con los mensajeros de Brandan. Se dio cuenta también de que acababa de soltarlos, que no habían estado allí hasta que él encendió la luz.

Aquello la tranquilizó, en cierto modo.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió Brandan—. Me capturaste una vez y pretendías hacerlo otra. Si sigues así, la gente va a pensar que hay algo entre nosotros.

Yoranna no respondió. Dirigió la vista hacia la cama y se preguntó dónde estaba Imri.

—Está bien —dijo Brandan, siguiendo su mirada—. No le he hecho daño alguno. Y no se lo haré.

—¿A menos que te obligue?

Brandan negó con la cabeza.

—No será necesario hacérselo —dijo, simplemente.

Yoranna tomó aire y, al hacerlo, sintió los mensajeros de Brandan entrando dentro de ella. Recordó el inhibidor que había dejado en el baño y se preguntó si podría llegar hasta él a tiempo. Decidió que no. Brandan sin duda tenía perfectamente controlada la casa.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—A ti, por supuesto —dijo Brandan—. O sería más exacto decir que te necesito. Necesito saber quién te ha contratado, por qué y dónde está. Y tus habilidades no me vendrían mal. Podría contratarte.

—¿Para vender a mi anterior cliente? Yo no hago eso.

Brandan se encogió de hombros.

—Siempre hay una primera vez para todo. Tampoco trabajas donde vives y, sin embargo, aceptaste el encargo del jerarca.

Yoranna se mordió el labio inferior. Brandan era más fuerte que ella, sin duda, y seguramente más rápido. Pero, más allá de la cama, el ventanal se abría hacia la noche, mostrándole lo que quizá era su única vía de escape. Podía hacerlo, se dijo. No le gustaba huir, y menos dejando a Imri detrás, pero era una salida, seguramente la única.

Se acercó un par de pasos a Brandan.

—No creo que tengas nada que me interese —dijo.

Preparó su cuerpo. Cuatro rápidos pasos. No necesitaba más.

—Tengo a Imri —dijo Brandan—. Y tengo otras cosas.

Yoranna empezó a asentir y, a mitad del gesto, echó a correr hacia el ventanal. Por un instante, creyó que lo conseguiría. Luego, sintió el peso del cuerpo de Brandan sobre el suyo y, antes de que pudiera hacer nada por evitarlo, su daga caía al suelo y él la sujetaba contra la pared.

—Eres buena —dijo—. La mejor en tu trabajo, seguramente. Ése es uno de los motivos por los que te necesito.

—Entonces, tienes un problema.

Brandan sonrió.

—Quizá, pero no tardaré en solucionarlo.

TERCERA PARTE
ESPECTROS

Antes del primer día, el espíritu de Dios se extendía sobre la oscuridad, y en ella daba forma al mundo.

Y, cuando el mundo tuvo forma, Dios vio que lo que había hecho era bueno, y dijo:

—Let' de wa lai.

De este modo, la luz se hizo sobre el mundo.

Pero el mundo estaba vacío, y era un lugar yermo, aún no apropiado para la llegada del hombre.

Así que Dios envió sus mensajeros y ellos prepararon el mundo. El aliento de Dios estaba en ellos, y así fueron creadas las criaturas que se arrastran y las que caminan, las que reptan y las que nadan, las que corren y las que vuelan. Trabajando en lo invisible, allí donde sólo Dios puede mirar, sus mensajeros poblaron el mundo y lo hicieron apto para el hombre.

—El libro del Origen (versión de Khynai)

Fléiter Pragem maldijo una vez más la piedra minúscula que parecía decidida a empotrarse contra su costado.

Una hora más y será parte de mi cuerpo, se dijo.

Con infinito cuidado, cambió de postura, pero fue inútil. Era como si el condenado guijarro lo persiguiera.

Comprobó una vez más que todo el operativo estuviera desplegado y cada hombre en su sitio. Miró de nuevo hacia el pequeño valle en el que Yoranna esperaba con su carga y se preguntó cuánto iba a tardar en llegar el comprador.

Venga, maldición, no tengo toda la noche, pensó.

Claro que, en realidad, sí que la tenía. Y el día entero, si hacía falta.

Más vale que esto funcione, Yáxtor.

Aunque, de hecho, sabía que iba a funcionar. El pez mordería el cebo y la trampa se cerraría a su alrededor. Quizá aquello no sirviera de nada, puede que capturar a aquel tipo no los situase ni un paso más cerca de los que habían robado las bombas. Pero, después de todo, hacer algo que no funcionase siempre sería mejor que no hacer nada de nada.

Sintió movimiento a su izquierda. Alguien llegaba.

Tres hombres. Se deslizaban silenciosamente por la loma y pasaron junto a Fléiter sin advertir su presencia. Luego, descendieron hacia el valle donde Yoranna se calentaba las manos frotándose las manos junto a la hoguera.

La mujer no tardó en notar su presencia. Se incorporó de un salto felino y echó mano a la empuñadura de su daga.

Una hembra de primera, se dijo Fléiter, deleitándose en su economía de movimientos y el modo en que convertía cada gesto en un desafío.

Uno de los tres recién llegados se adelantó y descubrió su rostro. Las llamas iluminaron unas

facciones firmes coronadas por una barba que estaba empezando a volverse blanca.

Fléiter entrecerró los ojos y rebuscó en su memoria.

Arpaikes, nada menos. Arpaikes, secretario del jerarca de Lacos. El hombre que, desde un discreto segundo plano, manejaba buena parte de los entresijos políticos de Painé. ¿Y era un Espectro? Las implicaciones de algo como aquello lo hicieron estremecerse.

Sintió un ruido a sus espaldas. Podría haberlo producido cualquier animalejo nocturno, incluso el viento, o la diferencia de temperatura entre dos rocas, pero Fléiter sabía que no era así. Esperó unos minutos y no tardó en tener a uno de sus hombres junto a él.

Yáxtor había sido muy claro en sus instrucciones: nada de mensajeros. Ni el menor indicio. Así que no les quedaba más remedio que comunicarse de aquel modo.

—¿Todo en orden? —moduló Fléiter sin que un solo sonido saliera de su boca.

El hombre asintió.

—Dos minutos —moduló Fléiter de nuevo.

El hombre volvió a asentir y se fue, tan silencioso e invisible como había llegado.

Bien, dos minutos. Sólo dos minutos más y el pajarillo estaría en la jaula. Más valía que mereciera la pena.

Intentó buscar de nuevo una posición donde el guijarro no se le clavase en un costado, pero tuvo el mismo éxito que antes.

Fue rápido.

Yoranna intercambió algunas palabras con el hombre que se había adelantado. Luego, se agachó y le mostró lo que había traído.

Arpaikes contempló el rostro de Yáxtor y asintió aprobadoramente.

—¿Está vivo? —preguntó.

Yoranna asintió.

—Bien.

Echó mano a su faltriquera y sacó de ella una bolsa que tintineó con un familiar sonido metálico.

—Te has ganado tus honorarios —dijo—. Como siempre.

Yoranna, en silencio, tomó la bolsa.

Y, en ese momento, se desató el infierno.

Los hombres de Praghem salieron de su escondite y cayeron sobre los recién llegados. Yáxtor abrió los ojos, esbozó una sonrisa y se abalanzó sobre el jefe antes de que éste comprendiera qué estaba pasando.

No hubo tiempo para resistirse o forcejear. En unos segundos, los tres hombres habían sido desarmados y sus cuerpos fueron explorados concienzudamente en busca de armas ocultas.

—Eso es el inhibidor —dijo Yoranna, en respuesta a la pregunta silenciosa de Yáxtor.

Éste se acercó al cuerpo de Arpaikes y tomó el broche que colgaba de su cuello. Lo hizo girar entre sus manos, dio con lo buscaba y oprimió un resorte.

Yoranna se sentó, mientras los hombres de Praghem preparaban a los prisioneros para el

interrogatorio. Se arrebujió en su capa y trató de no pensar en nada.

Fracasó.

En cierto modo, no estaba allí. Como si se hubiera retirado a algún lugar lejano y contemplase todo cuanto hacía sin sentirse implicada en ello.

No estoy haciendo esto, se decía.

Había traicionado uno de los principios básicos de su profesión. Y volvería a hacerlo si Yáxtor se lo pedía. Así de sencillo.

Lo miró y odió lo que sentía al verlo, pero eso no impidió que lo siguiera sintiendo.

No soy ninguna chiquilla, pensó. *Sé lo que soy realmente. Lo que quiero de verdad. Y no es esto.*

Pero el pensamiento no tenía fuerza contra la necesidad atroz de mirar a Yáxtor, de sentirlo cerca, de complacerlo.

No, pensó de nuevo.

Pero era inútil.

Yáxtor terminó de atar a su prisionero y, con el inhibidor de mensajeros desconectado en sus manos, se volvió hacia ella.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—¿Eso te importa? —respondió ella con voz entrecortada—. ¿No te basta con que sea tu animalito obediente?

Yáxtor sonrió.

—Necesito tus habilidades —dijo—. Y para eso tienes que estar centrada. Sentirte a gusto contigo misma. Así que sí, me importa si estás bien.

—Pues no lo estoy.

Se arrodilló junto a ella y tomó su rostro entre las manos. Recorrió sus facciones altivas como si las estuviera memorizando. Luego, lentamente, acercó su rostro al de la mujer y saboreó sus labios. Sintió cómo Yoranna, a su pesar, entreabría la boca y dejaba entrar su lengua. Su respiración no tardó en convertirse en algo muy parecido a un jadeo y, cuando Yáxtor se retiró de su boca, se mordió el labio para no gritar de placer.

Él sonrió de nuevo.

—Lo estarás —dijo—. Con el tiempo.

Al principio, ella no supo a qué se refería, demasiado concentrada en el placer, en la necesidad que Yáxtor acababa de colmar en su boca. Se sentía tan llena de él que era como si no se perteneciera a sí misma. El resto del universo no tenía sentido, ni importancia alguna. Sólo el sabor de Yáxtor en sus labios, en su lengua, su olor colándose por su piel. Él era lo único que existía y así era como debía ser. Aquel era el orden natural de las cosas.

Parpadeó y volvió al mundo. Contempló el rostro de Yáxtor, su media sonrisa, sus ojos fríos y el solo pensamiento de que él pudiera desaparecer de su vida la llenó de horror.

—Maldito seas —consiguió articular.

Yáxtor se encogió de hombros y se incorporó. Mientras se acercaba a su prisionero, Yoranna sintió el impulso casi irresistible de lanzarse contra él, desenvainar su daga y hacer picadillo su cuerpo.

No pudo moverse.

—Bien, Yáxtor. Tenemos los pichones a buen recaudo. ¿Y ahora qué?

—Ahora, depende.

Fléiter enarcó una ceja, se sirvió más vino y miró a su alrededor. Sin duda Yoranna sabía rodearse de buenas cosas. Mientras recorría la habitación con la mirada, se preguntó una vez más por qué Yáxtor había hecho que sus hombres se llevaran a Alboné a la amante de Yoranna. Una pena, pensó encogiéndose de hombros.

—Creo que es probable que nuestros amigos tengan algún tipo de bloqueo mental que impida sacarles información —dijo Yáxtor, interrumpiendo sus pensamientos—. Si intentamos interrogarlos, es posible que los matemos.

—Bueno, son carne muerta, en cualquier caso.

—Sí, Fléiter, pero necesitamos saber.

—¿Y qué sugieres?

—Algo que no he intentado nunca. En teoría es posible. Es algo que se supone que un adepto empírico puede hacer.

—Pero no cualquier adepto —dijo Fléiter.

—Así es.

Yoranna entró en aquel momento en la habitación. Fléiter se maravilló de nuevo ante la mujer y se preguntó cómo se las había apañado Yáxtor para tenerla bajo control. Sólo había una explicación posible para ello, claro, y sólo pensar en el asunto hacía que se le pusiera la piel de gallina. Si Yáxtor era capaz de usar sus mensajeros hasta el punto en que podía torcer las inclinaciones naturales de otra persona... no, mejor no darle vueltas. Como en muchas otras cosas de Yáxtor, lo mejor era aceptarlo y procurar no volver a pensar en ello.

Pero no era tan fácil... Porque Yáxtor podía hacer cosas que nadie más podía hacer, cosas que ningún humano... Fléiter detuvo ahí sus pensamientos, incapaz de seguir más allá. Tomó un nuevo trago de vino y acarició la empuñadura de su bastón y, con ello, volvió a ser el niño aterrado que, sin embargo, disfrutaba de cada palabra, de cada historia. Porque sabía que, no importaba lo oscuras y aterradoras que estuvieran las cosas, Arteg Praghem siempre las solucionaría con su bastón mágico. El bastón de la familia. El bastón de papá.

Su bastón.

—Siéntate —dijo Yáxtor al ver a la mujer—. Vamos a necesitar tu ayuda.

—¿Qué quieres? —preguntó Yoranna.

A Fléiter no se le escapó la hostilidad en su voz, el rencor apenas contenido. Al mismo tiempo, miraba a Yáxtor como si no hubiera nada más en el mundo.

—Como le comentaba a Fléiter, es posible que nuestros amigos hayan sido condicionados. No creo que podamos interrogarlos con éxito. Lo más probable es que, ante la tortura, hayan sido entrenados para escapar a algún estado de fuga mental del que ya no podríamos sacarlos. Y en cuanto a usar los mensajeros para escudriñarlos... supongo que pasará algo parecido.

Yoranna asintió.

—Es muy posible —dijo.

—Tenemos una técnica que quizá sirva. Es difícil, delicada y arriesgada, pero creo que vamos a tener que usarla.

—Podemos probar primero con uno de los sicarios —dijo Fléiter—. Ver qué les sacamos,

comprobar si de verdad están condicionados.

Yáxtor no pareció muy convencido.

—Apostaría a que no saben gran cosa —dijo—. Y aunque ellos no estén condicionados, lo más seguro es que sí lo esté su jefe.

—Quizá. Pero no perdemos nada por probar.

—Como quieras.

Fléiter se incorporó.

—Entonces, iré haciendo los preparativos —dijo—. Cuanto antes, mejor.

Echó a andar hacia la puerta. Se detuvo en el umbral y se volvió a Yoranna.

—Gracias por tu hospitalidad —dijo.

Ella inclinó la cabeza, en el gesto tradicional de aceptación, pero a Fléiter no se le escapó el brillo fiero en sus ojos.

¿Domesticada?, lo dudaba. Quizá Yáxtor la tenía bajo control. Pero era como tener bajo control una tormenta: tarde o temprano se escaparía y haría de las suyas.

Lo mejor sería matarla, se dijo mientras iba en busca de sus hombres. Nos va a traer problemas.

Yoranna aguardaba el momento preciso.

Yáxtor se lo había explicado con sencillez y sin entrar en detalles. Necesitaba que matase a su prisionero en un momento concreto y exacto.

—¿Cuándo? —había preguntado ella.

—Cuando esté listo para entrar en él.

—¿Y cómo sabré cuándo es eso?

Yáxtor había sonreído. Y, por primera vez, ella vio algo parecido a la emoción en sus ojos: algo distante pero cálido que la hizo estremecerse.

—Lo sabrás. Tú, mejor que nadie, lo sabrás —había dicho él—. Estamos unidos, al fin y al cabo. Normalmente esto deberían hacerlo dos adeptos en total comunicación. Y lo más parecido que tenemos a eso ahora mismo es nuestro vínculo.

Sus mensajeros dentro de ella, había comprendido Yoranna. Llenándola y sometiéndola.

—En el momento de la muerte, la mente cambia de estado

—había dicho Yáxtor—. Algunos dicen que es como si quisiera escapar de la prisión del cuerpo, como si saltase a otro lugar. —Se había encogido de hombros, como si aquello no fuera con él—. A los adeptos empíricos no nos importa. Nos basta saber que en ese preciso momento, cualquier mente es vulnerable a un ataque. Puede ser... tomada.

—Tomada —había repetido ella.

—Todo cuanto es, cuanto ha sido, cuanto piensa y cuanto recuerda puede ser copiado, volcado en nuestros mensajeros. Para hacer eso, tengo que soltarlos casi todos y deben entrar en él justo cuando vaya a morir. Así que debes matarlo exactamente cuando sientas que están preparados para entrar. Es peligroso. Si no se hace de la forma correcta y en el modo adecuado,

los mensajeros serán rechazados y al volver a mí pueden causarme daño.

Ella había meneado la cabeza.

—No sé si...

—Lo sabrás, créeme.

Y allí estaban ahora. El prisionero estaba consciente, y miraba a su alrededor sin comprender del todo lo que ocurría. Yáxtor, sobre él, había tomado una larga bocanada de aire y, aparentemente, había dejado de respirar.

Ella no tardó en sentirlos, saliendo de su cuerpo a cientos, a millares, quizá más, arremolinándose alrededor del prisionero, justo al borde mismo de su piel, pero sin llegar a tocarlo, concentrándose junto a su cabeza, sus fosas nasales, su boca, sus ojos.

Yáxtor seguía inmóvil y Yoranna desenvainó su daga. El prisionero vio el brillo metálico, pero no hizo el menor gesto de temor. Yoranna, pendiente de los mensajeros de Yáxtor, abandonó todo pensamiento superfluo y se concentró en su tarea. El momento debía ser preciso, exacto: Yáxtor tenía que entrar en la mente del hombre a la vez que moría.

Si fracasaba... Pero el pensamiento murió enseguida. La sola idea de que Yáxtor fracasase por su culpa era inconcebible. Imposible. Se maldijo a sí misma una vez más y alzó la daga.

Sí, casi, estaba casi a punto...

¡Ahora!

Clavó la afilada hoja en el corazón del prisionero mientras los mensajeros de Yáxtor entraban en la mente moribunda y se hacían uno con ella.

Con un estertor, el hombre murió y, casi a la vez, Yáxtor volvió a respirar.

Abrió los ojos y la miró. Asintió.

—Lo tengo —dijo. Luego, en un gesto sorprendentemente tierno, la besó en la mejilla—. Lo has hecho muy bien —añadió.

Yoranna estuvo a punto de llorar de pura satisfacción.

Hacer planes es inevitable. Casi tanto como que el mundo te los desbarate.

—Próxtor Brandan

El Adepto Empírico Supremo subió una vez más los escalones que conducían al palacio real. Dos pasos tras él, un grupo de artífices jadeaba bajo el peso que transportaban.

Sin mirar atrás una sola vez, el Adepto Supremo entró en palacio. El Regente lo esperaba y parecía varios años más viejo que la última vez que se habían visto.

A sus espaldas, empezaba a amanecer, y la ciudad despertaba lentamente.

—La Reina nos espera —dijo el Regente.

Orston Velhas asintió.

—Entonces no la hagamos esperar más tiempo —dijo.

Siguió a Dishrel por los largos pasillos y se preguntó qué habría pasado para que tuviera ese aspecto. Su decadencia física parecía haberse acelerado en las últimas semanas, como si de pronto el Regente se hubiera vuelto consciente de su verdadera edad y el tiempo le estuviera pasando factura.

Se encogió de hombros. Tenía cosas más importantes en las que pensar y, aunque un cambio de Regente no era lo más adecuado en un momento como aquel, con una posible situación de emergencia a las puertas y la Reina recién salida de una Transición, lidiarían con aquello como habían lidiado con otras cosas.

La Reina estaba en sus aposentos, y terminaba su desayuno cuando ellos entraron.

—Ah, Adepto Supremo —dijo, mientras despedía a su séquito con un gesto de la mano—. Vemos que aún sigues sin aprobar lo que hicimos con Yáxtor.

—No es mi misión aprobar o desaprobar nada de lo que haga tu Majestad —respondió Velhas, tras una inclinación de cabeza.

—Lo cual quiere decir que, en efecto, lo desapruebas

—corroboró ella, con un mohín a mitad de camino entre la sonrisa y el fastidio—. Sentaos —dijo después—. Suponemos que aún tardarán algún tiempo en preparar el espejo.

—Nos daremos toda la prisa que podamos.

—Por supuesto. —La Reina se encogió de hombros y el gesto despertó a la carneútil real, que miró a su alrededor como si no supiera dónde estaba—. Sentaos y comed algo, si queréis.

Los dos hombres tomaron asiento, pero no aceptaron el ofrecimiento de comida.

—Entendemos que Yáxtor ha emprendido de nuevo una misión por su cuenta, sin ser sancionada por ti —dijo la Reina, al cabo de un rato—. Y que quien se ha puesto en contacto con nosotros es ese colonial, Praghem.

—Así es, Majestad.

—¿Y por qué él? ¿Por qué no Yáxtor?

—Lo desconozco. Praghem conocía los códigos, así que debemos asumir que Brandan se los facilitó. Dijo tener que comunicar algo de suma importancia que nos afectaba a nosotros y a la Confederación Occidental, y sugirió organizar esta conferencia. Aparte de eso, no sé más.

—Pues no sabes gran cosa —dijo la Reina con impaciencia. Su pie golpeó el suelo y Velhas vio asomar en ese gesto a la niña que había sido hasta no hacía mucho tiempo—. En fin, esperemos que esto merezca la pena. No estamos entusiasmadas ante la perspectiva de tener que hablar con el líder de los coloniales. El... ¿cómo se llama, Dishrel? Siempre olvidamos esos ridículos nombres igualitarios que tienen.

—El Coordinador Electo, Majestad.

—Eso. Como sea. Todo sonrisas y empeñado en hablarnos como si fuéramos iguales y estuviéramos a la misma altura.

Velhas no respondió, pero no pudo evitar el decirse que la Reina tenía razón. Ella y el Coordinador de la Confederación Occidental no estaban a la misma altura. El problema era cuál de los dos ocupaba el nivel inferior y, pese a que el pensamiento era traición con tan sólo formularlo, Velhas sabía que no eran ellos los que estaban por encima.

—Parecía importante, Majestad —dijo en voz alta.

—Bueno, ya lo veremos.

Era evidente que la Reina no se había levantado de muy buen humor aquella mañana.

Los artífices tardaron algo más de media hora en preparar el espejo de comunicaciones. En teoría, nadie podría interceptar lo que se dijera a través de él y, mientras el Adepto Supremo veía a sus subordinados hacer los últimos ajustes, pensó que más valía que fuera así.

No tenía ni idea de lo que Praghem quería comunicarles, pero sabía que no habría pedido una conferencia entre los dos estadistas por una minucia.

—Está listo, Adepto Supremo.

—Gracias. Podéis retiraros. Nosotros nos encargamos del resto.

El jefe de artífices asintió y les hizo una seña a sus hombres. Velhas, Dishrel y la Reina no tardaron en quedar solos en la habitación.

No completamente, claro. La carneútil real estaba con ellos.

—Majestad, si me lo permites, activaré la comunicación.

El espejo era una monstruosidad a medio acabar que apenas cabía en la estancia, como si hubiera sido construido por un artífice borracho. De bordes irregulares y forma asimétrica, su superficie estaba cubierta por una finísima red de hilos plateados que apenas eran visibles pero daban a la imagen reflejada en él una extraña sensación de irrealidad.

El Adepto Supremo se acercó al artefacto tras el gesto de asentimiento de la Reina, cerró los ojos e instruyó mentalmente a sus mensajeros, antes de pronunciar la palabra impronunciable que debía activar el espejo.

Su superficie osciló, se volvió borrosa y se oscureció poco a poco. Como le ocurría siempre

que lo activaban, Velhas no pudo evitar una punzada de inquietud. Tiempo atrás, Qérlex le había explicado que aquel espejo no era como los demás, que lo que volvía indetectables las comunicaciones establecidas a través de él era algo peligroso y no del todo controlable.

—No usa el espacio tal como lo conocemos —le había dicho—. De algún modo abre un... atajo a través del mundo.

—Todos los espejos lo hacen, ¿no? —había preguntado él.

—Sí, pero no como éste, no por los mismos lugares que éste.

—¿Qué lugares?

—Ah, ésa es la pregunta. No estamos seguros. Pero lo poco que hemos visto no parece muy recomendable.

En teoría, mientras se utilizase de la forma correcta, no tenía por qué haber peligro alguno. Pero las teorías y los hechos rara vez iban de la mano. Así que el espejo sólo se usaba en los momentos en que era realmente necesario y aún entonces se tomaban todas las precauciones posibles.

La superficie del espejo se había vuelto casi negra y tenía una cualidad líquida, pastosa. El Adepto Supremo esperó el momento adecuado y lanzó la segunda palabra impronunciable.

Hubo un crujido, como si algo se hubiera roto a lo lejos y, poco a poco, el espejo empezó a aclararse. Al principio no mostraba más que imágenes desenfocadas, que se fueron volviendo nítidas con una lentitud irritante. Velhas notaba la impaciencia de la Reina a sus espaldas y se preguntó qué le habría pasado la noche anterior.

Una de las figuras en el espejo se volvió reconocible, por fin. Era Fléiter Praghem y no parecía muy contento. En otra zona del espejo, el rostro del Coordinador Occidental terminó de enfocarse y el Adepto Supremo vio que sonreía.

—Ah, Majestad —le oyó decir—. Es un placer hablar contigo. Lástima que siempre sea por motivos un tanto luctuosos.

La Reina se limitó a asentir en señal de reconocimiento y, con un gesto, dejó que Velhas llevara la voz cantante.

—Coordinador de la Confederación Occidental, soy el Adepto Empírico Supremo Orston Velhas y, a mi lado está el Regente Glaxton Dishrel. En este asunto, hablamos con la voz de la Reina.

—Pues claro que sí. ¿Cómo estás, Glaxton? Te veo un poco desmejorado.

—Estoy bien —respondió el Regente, un tanto envarado—. Y lo estaré mientras pueda servir a mi Reina. Gracias por tu interés por mi salud, Coordinador.

—De nada, pero cuídate. En fin, mejor vamos al grano, ¿qué es eso tan urgente y tan secreto?

—Creo, Coordinador, que es tu hombre quien tiene esa información —dijo el Adepto Supremo.

—Así es —dijo Fléiter, interviniendo en la conversación por primera vez. Se lo veía incómodo y tenía aspecto de desear estar en cualquier otra parte—. Aunque no he sido yo quien la ha obtenido, sino el adepto Brandan.

—Entiendo que colaborabais en el mismo asunto.

Fléiter tomó aire.

—Se puede decir así, Adepto Supremo. Brandan puede ser muy convincente cuando se lo propone.

Velhas asintió.

—Intentaré ir al grano, como ha dicho mi Coordinador. Por lo que sé, Brandan había hecho

que vuestro servicio tuviera el ojo puesto en una mercenaria llamada Yoranna Lei. Una de las mejores en su oficio, por lo que sabemos. Hace algo más de una semana, Yáxtor supo que Yoranna estaba en Lambodonas y supuso que venía a por él. No sé muy bien en qué basó sus sospechas, pero por lo que supimos luego, eran ciertas. Así que Yáxtor vino a verme y me propuso que, como has dicho, colaborásemos.

—Y parece que la colaboración ha sido fructífera —dijo el Adepto Supremo—. Si mis fuentes son correctas, decidisteis adelantaros a la mercenaria y, mientras ella estaba en Alboné, vosotros la esperabais en su casa en Painé.

—Así es, Adepto Supremo. Yáxtor le tendió una emboscada y la... convenció para que colaborase con nosotros.

—Un hombre convincente, vuestro adepto —dijo el Coordinador, siempre con la sonrisa enarbolada en alto.

—Como sea, supimos que había sido contratada para raptar a Yáxtor por un grupo que se llaman a sí mismos los Espectros —dijo rápidamente Fléiter—. Decidimos aprovechar el momento en que debía hacerse entrega de la «mercancía» para capturar a alguno de esos espectros e interrogarlos. Lo que descubrimos... lo que Yáxtor descubrió... Bueno, fue él quien consideró necesario convocar esta conferencia. Y, tras oírle, tiendo a estar de acuerdo con él.

—Un momento —dijo de pronto la Reina, mientras se ponía de pie y se acercaba al espejo—. ¿Por qué Yáxtor mismo no convocó esta reunión?

Fléiter inclinó la cabeza y se mordió el labio.

—Tenía prisa, Majestad. Si sus sospechas son ciertas, y confieso que creo que lo son, no disponemos de mucho tiempo. Me dejé para que os informara y luego... bueno, supongo que pretendía que coordinase todo el asunto.

—Así que Yáxtor tiene un plan —dijo la Reina,

—O el esbozo de uno, Majestad. Yáxtor sabe pensar rápido cuando la ocasión lo requiere, no lo dudo, pero lo que sabemos es demasiado poco para que el plan sea muy detallado. Tendrá que improvisar, me temo, aunque no es que eso se le de mal, tampoco.

—¿Y qué es lo que sabemos, Praghem? —preguntó el Coordinador con un deje de impaciencia en la voz.

—Los Espectros son quienes están detrás del robo de la bomba de Malas Noticias, eso sin la menor duda —dijo Fléiter—. Y de la amenaza de usarla que lanzaron contra medio mundo. Pero eso no era más que el principio de su plan. Y su plan...

Fléiter dudó unos instantes, como si no estuviera seguro de cómo plantear la cuestión.

—Tenéis que comprender que todo lo que voy a decir ahora no son más que especulaciones. Pero son consistentes con lo que hemos averiguado. Y, si son ciertas, las consecuencias pueden ser... bien. Desastrosas es un eufemismo en ese caso.

—Habla —dijo la Reina.

—El credo fundamental de los Espectros se basa en que vivimos en una mentira. Que el mundo, tal como lo conocemos, es falso. Y que esa ilusión ha sido creada por los mensajeros. Todo lo que hemos construido está basado en ellos, en su uso y su manipulación. Incluso en Occidente, donde no hay bosqueoscuros y la concentración de mensajeros es por fuerza menor, los hemos convertido en una parte imprescindible de nuestras vidas, ya sea importando carneútiles o apañándonos con lo que tenemos.

—Ya sabemos todo eso, Praghem. Al grano.

—Sí, Coordinador. Lo siento. —Fléiter tragó saliva—. La amenaza de usar la bomba de

Malas Noticias no era más que un... iba a decir un señuelo, pero quizá no sea exacto. Al fin y al cabo, el peligro era real, y las bombas que se desactivaron también. Pensamos que necesitaban crear un cierto estado de ánimo, una cierta inquietud. Como no dudo que sabéis, en los últimos meses, nuestros servicios han detectado una actividad anormal en las lindes de los bosqueoscuros. El tráfico de peregrinos y comerciantes ha aumentado. Y aumentará más a medida que se acerca el día del Reparto.

—Es cierto —dijo el Adepto Supremo—. La actividad en las cercanías de los bosqueoscuros es anormalmente elevada, incluso para esta época del año.

—Creemos que los Espectros necesitaban provocar precisamente eso. Su amenaza de bomba desató el pánico y la gente se ha abalanzado a los bosqueoscuros a proveerse de carneútiles, como si temieran que se fueran a acabar. Y eso es, precisamente, lo que puede pasar.

—No lo entiendo —dijo el Coordinador.

—Las bombas de malas noticias robadas por los Espectros son de última generación, como sabes, Coordinador. Y creemos además que los Espectros son capaces de manipular los campos inhibidores de mensajeros. Lo que vio Yáxtor mientras estuvo prisionero apunta en esa dirección. Y, bien, si consideran que el mundo es una mentira y que los mensajeros son los responsables de ella... está claro lo que pretenden.

—Van a destruir los bosqueoscuros —susurró el Adepto Supremo.

—Eso es lo que cree Yáxtor, y me temo que estoy de acuerdo con él. El pánico provocado por la amenaza inicial y la urgencia que lo ha seguido hará que haya demasiada gente en las cercanías de los bosqueoscuros. La seguridad no será suficiente. Demasiadas personas que controlar. Se infiltrarán sin problemas, llevarán sus artefactos lo más cerca posible del corazón de los bosqueoscuros. Sí, ya sé que eso es imposible —se apresuró a añadir al ver la expresión en el rostro de sus interlocutores—, pero cuentan con un medio para atravesar el bosque. No sabemos cuál, porque nuestro prisionero tampoco lo sabía, pero la convicción de que era así parecía clara en su mente. Así que entrarán, cruzarán los bosqueoscuros y dejarán allí las bombas. Y... cuando llegue el momento, las detonarán.

La Reina no decía nada, y ni el Adepto Supremo ni el Regente se atrevían a hablar antes que ella.

La conferencia había terminado hacía un buen rato, no sin que antes el Coordinador de la Confederación Occidental perdiera su sonrisa. Fléiter había permanecido un tiempo más conectado y les había explicado lo que intentaba hacer Yáxtor. Luego, también él abandonó la comunicación.

—¿Creéis que es cierto? —preguntó de pronto la Reina.

Su voz nunca le había parecido tan infantil al Adepto Supremo.

—Creo que no podemos arriesgarnos a que lo sea, Majestad

—respondió.

Sin decir nada, el Regente asintió.

—Entonces no pospondremos más la decisión —dijo la

Reina—. Anoche el Regente y nosotras estuvimos hablando y estuvimos de acuerdo en que

había llegado el momento de su retiro.

El Adepto Supremo no dijo nada, pero de pronto comprendió muchas cosas.

—Era nuestro deseo que el relevo se retrasase un poco. Hacerlo coincidir con el Reparto y... —Guardó silencio de repente y bajó la cabeza. Cuando volvió a alzarla, sus ojos brillaban y la boca le temblaba—. Pero ahora ya no importa. No podemos esperar. Glaxton, necesitamos un nuevo Regente ya. Lo sentimos. No era así como queríamos hacerlo.

—Lo sé, Majestad —dijo el Regente—. Pero tienes razón. No podemos esperar.

—Orston Velhas, te nombramos Regente de Alboné. De momento compaginarás tu labor con la de Adepto Supremo. En una situación como esta, creemos que es lo mejor. Pero deberás buscar un sucesor pronto.

El Adepto Supremo trató de hablar y descubrió que no podía.

—Majestad... —consiguió decir al fin—. No sé si...

—Nosotras sí lo sabemos, Orston. Eres el que necesitamos en estos momentos. Así que el puesto es tuyo, tanto si quieres como si no.

El Adepto Supremo inclinó la cabeza.

—Se hará como desees, mi Reina.

Dicen que cuando Mag'kán Ellnes se hizo a la mar, dispuesto a explorar el Océano Desconocido y circunnavegar el mundo, se encomendó a todos los dioses, por lo que pudiera pasar, incluyendo al Dios Único.

También dicen que ése fue su error, pues el Único es una criatura celosa de su divinidad y no vio con buenos ojos que pidiera ayuda a los demás.

Otros, en cambio, afirman que su error fue no encomendarse simplemente al azar.

Como fuere, su viaje fracasó y, tras algo más de tres años de navegación, se vio obligado a dar la vuelta, con una tripulación menguada y la mitad de los barcos perdidos. Dijo haber visto cosas extraordinarias en su viaje, pero no son pocos los que piensan que lo afirmó para convencer al mundo de que su idea no había sido un completo fracaso.

En cualquier caso, la mitad de nuestro mundo sigue inexplorada. Suponemos que es una extensión de agua casi inacabable que ocupa por completo uno de nuestros hemisferios. Y nada de lo que contó Ellnes desautoriza esa creencia.

—Crónicas de Arginia

Cuando llegaron a No Mo Lou, la prisión no solo estaba desierta, sino que parecía la víctima de un cataclismo.

Yoranna detuvo el carro en el que los dos viajaban y durante un largo rato no comprendió lo que veía.

No quedaba rastro alguno de las murallas. Y la alta torre se había convertido en un muñón de piedra que parecía llevar así mil años.

Se volvió a su acompañante y, una vez más, se sorprendió al no ver los rasgos de Yáxtor. Estaba allí, bajo aquel rostro desconocido, cada fibra de su cuerpo se lo decía, pero no verlo era como sentir que algo se abría camino dentro de ella y la desgarraba a cada paso.

—¿Qué ha ocurrido?

El cuerpo que no era de Yáxtor se encogió de hombros.

—Diría que el gobierno de Khynai ha tomado cartas en el asunto —dijo con una voz que tampoco era la suya—. Tras mi fuga y la marcha de Tsun Zune estoy seguro de que se tuvo que armar un buen revuelo. Lo más probable es que no llegasen a descubrir qué había pasado exactamente, pero para evitar males mayores decidieron borrar todo rastro de que aquí hubiera habido una prisión. Estoy seguro de que si nos acercamos, el lugar parecerá no haber sido habitado en cientos de años.

Yoranna asintió.

—¿Estás seguro de que es aquí adónde debemos ir?

El que no era Yáxtor se tocó la frente con el dedo.

—Lo que había en la mente de nuestro amigo era bastante claro. Nos quedan todavía un par de días para que lleguen nuestros contactos. Y cuando lo hagan debemos estar preparados.

Parecía preocupado y Yoranna se preguntó por qué. Empezó a comprenderlo algo más tarde, mientras terminaban de montar el campamento al amparo de las ruinas de la prisión. Por lo que

habían podido comprobar en su viaje, el campo de inhibición de mensajeros seguía activo y eso significaba que Yáxtor no podría usar su mejor arma contra sus enemigos, al menos hasta que salieran de allí.

El tratamiento al que había sometido su cuerpo no tenía por qué preocuparle. Una que vez que los mensajeros habían alterado sus rasgos para convertirlo en un duplicado del agente de los Espectros que tenía que haberlo llevado hasta allí, el efecto era permanente, hasta que los mensajeros intervinieran de nuevo para restaurar su apariencia original. Cosa que, se dijo Yoranna, no podrían hacer estando dentro del campo.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó cuando terminaron de montar la tienda y consiguieron encender un fuego.

—Esperar —dijo él, como si realmente todo estuviera en orden.

Pero ella sabía que no lo estaba. Bajo aquellos rasgos desconocidos había un hombre que Yoranna había aprendido a conocer bien.

A mi pesar, se decía.

Pero luego el pensamiento desaparecía al recordar sus manos sobre ella, su cuerpo pegado al suyo y todo lo que él era entrando en su interior.

Sí, lo conocía bien. Era frío y era implacable. Y no compartía con nadie sus secretos. Pero también era el hombre que la hacía gemir de placer cada noche y que se había convertido el centro alrededor del que giraban todos sus pensamientos, tanto si quería como si no. En aquel momento, Yáxtor era la única justificación de su existencia, y Yoranna se maldecía una y otra vez por sentirse así, pero no podía dejar de sentirlo y, mucho menos, dejar de sentir que así era como debían ser las cosas.

¡No!, se gritaba a veces a sí misma.

Pero el grito moría enseguida, devorado por Yáxtor, el rastro de Yáxtor dentro de ella, la necesidad de Yáxtor, la idea de que el universo sin él carecía de sentido.

Notó cómo se acercaba a ella y, al principio, no pudo sentir más que repulsión. Al fin y al cabo, quien se le aproximaba era un hombre, un desconocido, y lo último que deseaba era que le pusiera una mano encima.

Pero en cuanto sintió su boca contra ella, su lengua dentro de ella, todo eso se desvaneció.

Me está inoculando, se dijo. Sentía los mensajeros entrar en su boca con la saliva de Yáxtor y sabía lo que le estaban haciendo a su cuerpo.

Y no quería que dejaran de hacerlo.

Yáxtor despertó en mitad de la noche y descubrió que Yoranna no estaba con él. Con cuidado, salió de la tienda y no tardó en ver la silueta de la mujer recortada contra las ruinas. De hecho, estaba escalando un montón de ellas, trepando por la pirámide de cascotes como si algo importante la esperase arriba.

Yáxtor admiró el modo en que se desplazaba, la gracia felina de sus movimientos y la forma en que cada uno de ellos parecía inevitable. Era una criatura magnífica, sin la menor duda, un

animal peligroso y salvaje que nunca estaría por completo domesticado.

Lo cual era un riesgo. Y, de hecho, era un riesgo que quizá no podía permitirse correr. Cierto que sus habilidades podían serle de gran ayuda llegado el momento, pero no era menos cierto que no la había mantenido a su lado por eso. Su continua rendición, su insumisión constante, lo excitaban y lo hacían sentirse alerta y vivo como hacía mucho tiempo que no se sentía.

Sin embargo, su primer deber era hacia su Reina y su país, y dejarse llevar por las emociones era un lujo que no podía permitirse en su trabajo.

Contempló de nuevo cómo Yoranna ascendía por la pirámide de cascotes y se preguntó qué pasaría por su cabeza.

¿Acaso importa?, se dijo.

Cargó su pipa, sabiendo que si alguien miraba aquello mandaría al cuerno su disfraz. Sin embargo, había dispuesto la tienda de un modo que era imposible que se viese de lejos y, gracias al campo inhibitorio, no podían espiarlo usando mensajeros.

La encendió y disfrutó de las primeras bocanadas como si llevara años sin probarlo.

¿Qué debía hacer?

Si era estrictamente lógico, llevar con él a Yoranna era un riesgo inaceptable. Cierto, sus mensajeros la tenían bajo control, y se cuidaba de administrarle abundantes dosis de refuerzo siempre que podía. Las apetencias de la mujer estaban atadas a él, sin la menor duda, y no podía librarse de lo que sentía y lo que deseaba sin matarse a sí misma, eso estaba claro. Sin embargo, eso mismo podía ser fatal.

La había vuelto adicta a él. Yáxtor era su droga y no podía vivir sin ella. Pero una mujer como Yoranna podía reaccionar de un modo inesperado ante esa esclavitud. Y podía elegir para reaccionar el momento menos adecuado para él y su misión.

Tenía que librarse de ella.

Sin embargo, se descubrió a sí mismo tratando de buscar excusas para no hacerlo.

Vaya, qué sorpresa, se dijo.

Le gustaba. Tal vez demasiado. Lo que, de nuevo, era un lujo que no podía permitirse. ¿Estaba funcionando la adición en ambos sentidos? ¿Llegaría un momento en que, aunque quisiera matarla, se vería incapaz de hacerlo? Y, si era así, ¿no sería mejor encargarse de ello ahora que aún podía?

Yoranna se había sentado en lo alto de la pirámide y tenía la cabeza alzada hacia el cielo.

¿Aún puedo?

Pensó en ello, bocanada tras bocanada y descubrió que sí, que podía. Que en aquellos momentos el trastorno que le causaría hacerla desaparecer era mucho menor que el alivio que representaría.

Me reconstruyeron bien.

Aunque quizá «bien» no era la palabra adecuada.

Lo habían reconstruido del modo adecuado para hacer lo que estaba haciendo, sin la menor duda. Pero, ¿lo habían reconstruido bien?

Apagó la pipa y pensó en el expediente que la Reina le había permitido leer.

Su pasado.

Que ya no lo era. Sólo era algo que le había sucedido a otro Yáxtor en otra vida. No era parte de sus recuerdos ni lo sería jamás.

No eran más que palabras en un fajo de papeles. Y no tenían poder alguno sobre él.

Sintió pena por aquel Yáxtor. Y aquello era nuevo. No recordaba haber sentido pena nunca antes por nadie.

Se encogió de hombros. Qué más daba. No era él. No le había pasado a él, sino a un pobre diablo que había visto su vida destrozada y todo su mundo hecho pedazos a su alrededor.

Pedazos.

Pedazos de su hijo en la chimenea de la sala común, asándose y chisporroteando sobre las brasas.

Pedazos de su mujer desparramándose por su vientre abierto, mientras ella se balanceaba de un lado a otro, ahorcada con sus propias tripas.

Pedazos de un mundo que ya no existía.

Se asomó de nuevo. Yoranna seguía sentada, con la vista clavada en el cielo, y volvió a preguntarse qué estaría pasando por su cabeza, qué guerra perdida de antemano se estaba luchando dentro de ella.

Ganaré yo, decidió. Al menos por esta noche.

Entró de nuevo en la tienda y pospuso su decisión un día más.

Al día siguiente, exploraron las ruinas. Alrededor de lo que había sido la muralla no había mucho que ver, realmente, pero en el interior de la torre hecha pedazos encontraron alguna cosa más interesante.

Había aposentos que parecían intactos, y daba la impresión de que las mazmorras no habían sufrido daños, lo cual no dejaba de resultar irónico.

Yáxtor se preguntó si habrían trasladado a los prisioneros a otro lugar o se habrían deshecho de ellos. No es que importase mucho, en realidad.

Lo que había sido el despacho de Tsun Zune se conservaba medio en pie. Dos de las paredes habían desaparecido y otra amenazaba con hacerlo, pero la cuarta estaba intacta. No había rastro de los muebles, y el suelo estaba cubierto de lo que parecía el polvo de muchos años.

Bajo él, Yáxtor distinguió restos de un diseño geométrico. Un círculo, y un grupo de ideogramas dentro de él. Lo memorizó. No parecía servir a ningún propósito, pero nunca se sabía.

Siguieron explorando, siempre en silencio, y Yáxtor notaba la presencia de Yoranna a un par de pasos detrás de él, como un animal que lo estuviera acechando.

Llegaron al día siguiente, cuando casi anochecía, tal como Yáxtor sabía que harían. Pero no vinieron de ningún sitio, sino que salieron de las ruinas de la torre.

Era imposible que no los hubieran visto llegar, así que la única explicación aceptable era que dentro de la torre había un portal.

Sólo que era una explicación que no explicaba nada.

Si el campo inhibitor seguía activo, era imposible que hubiera un portal activado por mensajeros en ningún lugar de las cercanías. Y eso no era lo peor: en los recuerdos que había robado de la mente del hombre al que suplantaba no había la menor referencia a ningún portal.

Algo no encajaba.

Yáxtor mantuvo la calma mientras se acercaba a los tres recién llegados y los saludaba tal como sus recuerdos robados le decían que debía hacerlo. Ellos le devolvieron el saludo del modo adecuado y luego tomaron asiento alrededor de la hoguera.

Todo estaba normal. Pero nada lo estaba. Había algo que fallaba.

A su lado, Yoranna guardaba silencio, mientras Yáxtor y los tres recién llegados recitaban un juramento que no parecía tener sentido.

—¿Y bien, hermano? —preguntó el mayor de los tres—. ¿Tenemos al adepto?

—Me temo que no —respondió Yáxtor.

Se volvió a Yoranna y le indicó que hablase con un gesto.

—Prefirió morir antes de ser capturado de nuevo —dijo ella.

—Eso es desafortunado.

—No del todo. Conseguí copiar sus pensamientos antes de que muriese. —Yoranna hizo una pausa—. Sé que no es el trato al que habíamos llegado, pero al menos puedo ofreceros esa compensación.

Los tres se miraron.

—Las instrucciones eran precisas —dijo de nuevo el que había hablado antes—. Necesitábamos al adepto. Sus pensamientos... —Se encogió de hombros.

—Esperad, hermanos —dijo Yáxtor—. Quizá encontremos algo útil en ellos. No lo que querían nuestros superiores, sin duda, pero tal vez la información valga la pena, pese a todo.

Una nueva mirada entre los tres. El que llevaba la voz cantante, asintió.

—Es posible que tengas razón. Mañana al alba te extraeremos los recuerdos del adepto —dijo, mirando a Yoranna como si fuera poco más que un insecto—. Luego, seguiremos nuestro camino.

Ella no dijo nada.

—Hermano, hay cosas de las que deberíamos hablar y no son para oídos de todos.

Yáxtor asintió.

—Claro, hermano. Demos un paseo.

Se incorporó y, sin mirar a Yoranna, echó a andar. Su interlocutor le imitó y la hoguera no tardó en convertirse en un resplandor lejano a sus espaldas.

Recorrieron las ruinas en silencio. El acompañante de Yáxtor no habló hasta que la torre medio desmoronada los ocultó por completo a la vista de los demás.

—¿Por qué la has traído? —preguntó.

—Me pareció que el riesgo merecía la pena. —Extendió las manos, con las palmas hacia arriba, mientras rebuscaba algo de utilidad en los recuerdos que había robado—. Al fin y al cabo, hemos fracasado en nuestra misión.

—Tú has fracasado.

—Tienes razón, hermano. Y aceptaré el castigo por ello, lo sabes bien. —Poco a poco, la información iba fluyendo—. Un espectro no rehúye sus responsabilidades. Sin embargo, es posible que en la información que la mercenaria extrajo de la mente del adepto haya algo útil para nosotros. Mal cumpliría mis obligaciones si permitiera que eso se perdiese.

El otro hombre dudó unos instantes.

—Tienes razón. El riesgo merece la pena. Mañana, cuando le extraigamos los recuerdos robados, habrá que eliminarla.

—Yo mismo lo haré.

—Claro, hermano. —Miró a sus espaldas y luego alzó la vista al cielo—. Ya falta muy poco. Dentro de unos días la mentira será destruida y todos podrán contemplar el mundo tal como es.

—No todos podrán aceptarlo.

—Claro que no. Pero eso no nos incumbe. Vamos, hermano, volvamos.

Pero cuando volvieron no encontraron lo que esperaban. Yoranna y los dos Espectros yacían inconscientes alrededor de la hoguera y sus cuerpos desmadejados dibujaban un ideograma que no tenía sentido.

El acompañante de Yáxtor desenvainó una daga y se volvió hacia él.

—¿Qué has hecho? —preguntó, en un gesto amenazador.

—No he sido yo, hermano —dijo, tratando de mantener la calma—. Ha venido alguien más.

—Imposible. —El hombre agarró a Yáxtor y le acercó la daga al cuello—. No por donde nosotros hemos venido. Tienes que haberlo traído tú.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué...? Podía partirle el cuello a aquel imbécil antes de que hubiera movido un solo músculo. Pero, ¿y si era parte de una prueba, algún tipo de...?

—No ha sido él —dijo una voz—. Aunque, en cierto modo, sí que lo ha sido.

Yáxtor reconoció la voz casi al instante, y aprovechó los instantes de vacilación de su compañero para librarse de la presa, hacerse con la daga y clavársela en el pecho.

—¿Qué...?

Cayó al suelo sin poder decir nada más.

Yáxtor miró a su alrededor. Estaba solo, o eso parecía, sin otra compañía que un cadáver y tres cuerpos inconscientes. Pero había alguien más.

—Deja que te vea —dijo.

—¿Para que puedas hacerme lo mismo que a mi antiguo hermano, adepto Brandan? Creo que no.

Oyó venir el dardo desde atrás, un mosquito veloz que surcaba el aire en su dirección. Se agachó y sintió cómo pasaba sobre él, pero antes de que pudiera moverse de nuevo notó cómo algo se clavaba en su espalda.

—Sigues siendo rápido, y tus reflejos no son peores que cuando nos conocimos —dijo la voz, que no parecía venir de ningún sitio—. Te subestimé una vez, adepto. No volveré a hacerlo de nuevo.

Yáxtor sintió que las piernas no le respondían y cayó al suelo. De pronto, sobre él se descorrió un velo y una figura apareció de la nada, caminando lentamente en su dirección.

—¿Quién me iba a decir que encontraría un premio como tú cuando decidí ocultarme aquí? —oyó decir a la voz de Tsun Zune unos segundos antes de desvanecerse—. Lo cierto es que cada vez creo menos en las casualidades.

Yáctor trató de mantener los ojos abiertos, pero el mundo entero se convirtió en un manchón informe a su alrededor.

Si algo tienen en común todas las religiones de Érvinder es su adoración al Lugar del Origen, su creencia de que Dios o los dioses tienen allí su morada, o desde allí crearon el mundo, o usan aquello como puerta a través de la que vienen y van.

La conclusión a la que se salta con facilidad es que, por fuerza, debe haber algo de verdad tras las creencias religiosas. Que ese origen común del hogar de la divinidad sin duda significa algo.

Y evidentemente, es así. Algo significa. Básicamente que el Lugar del Origen tiene unas características únicas y excepcionales que lo convierten en origen inevitable de cualquier creencia preternatural.

Eso es todo.

—Próxtor Brandan

Lo primero que aprendió a escribir Tsun Zune fue «todo». O, para ser más exactos, «todo bajo el cielo». No tardaría en descubrir, sin embargo, que también había aprendido a escribir «nada».

—Si «nada» es aquello que no existe —se atrevió a preguntar aquel día—, ¿cómo podemos tener una palabra para ello?

El profesor había dejado el pincel a un lado, entrelazado los dedos de las manos y, con una calma exasperante, había vuelto el rostro a la ventana y se había perdido en la contemplación del sol del atardecer.

Luego, tomó de nuevo el pincel y siguió escribiendo como si nada hubiera pasado.

Tsun Zune no tenía entonces más de siete años y no supo qué hacer. Miró a los lados, pero el resto de los niños estaban concentrados en sus tareas y no le prestaban atención, como tampoco lo hacía el maestro. Contempló su tablilla de arena y trató de encontrarle sentido a lo que había escrito en ella, pero el ideograma le pareció la creación de un loco o un borracho.

Tomó el estilo e intentó arreglarlo, pero cada nuevo trazo volvía más incomprendible lo escrito.

—¿Qué es eso? —oyó una voz a sus espaldas.

Al volverse, vio al maestro, que lo contemplaba con intensa curiosidad.

—No lo sé —respondió Tsun Zune.

El maestro sonrió.

—Ya tienes un signo para «todo», otro para «nada» y otro para tu ignorancia —dijo—. Muchos hombres sabios se conformarían con bastante menos.

Sin esperar respuesta, el maestro volvió a su lugar, se sentó, mojó el pincel en tinta y empezó a trazar ideogramas mientras silbaba algo que sonaba risueño y distante. Tsun Zune trató de contener la rabia y se prometió a sí mismo que un día haría pagar a aquel hombre la humillación sufrida.

Luego, borró lo que había escrito en la tablilla de arena y empezó de nuevo.

El adepto empezaba a despertarse y Tsun Zune abandonó los recuerdos de su infancia... aunque no por completo.

—Todo y nada son conceptos equivalentes, adepto. Complementarios también, sin duda, pero eso es irrelevante frente a su naturaleza intercambiable.

Vio cómo Brandan parpadeaba y meneaba la cabeza, intentando comprender dónde estaba.

—Ahora estás aquí, adepto. Y hace poco estabas en ningún lugar. Pronto, como todos, simplemente no estarás. ¿Qué diferencia hay entre esos tres estados?

La vista de Brandan consiguió enfocarse en Tsun Zune. Abrió la boca pero en el último momento pareció pensárselo mejor y guardó silencio.

—¿Sabes de dónde viene la escritura de Khynai, adepto? Sí, claro que lo sabes. Y, aunque no fuera así, no ibas a reconocer tu ignorancia frente al enemigo, ¿cierto? No importa, asumamos que esta pregunta retórica no era tal y que tú has respondido con un «no». O, mejor, has hecho uso del sarcasmo que los hombres como tú confunden con el ingenio y has dicho «no, pero presiento que no tardaré en saberlo». Una vez supuesto eso, no tengo más remedio que explicarte que los primeros ideogramas de nuestra escritura vienen de las pictografías grabadas en el lugar del nacimiento, en Jarsarén. Ah, las conoces, ya lo veo. Sin duda te mueves mucho.

Brandan se incorporó a medias, lo suficiente para quedar sentado, y luego miró a su alrededor. No tardó en descubrir los cuerpos de los Espectros con los que se había reunido. Y algo más allá, vio a Yoranna. Entrecerró los ojos y asintió de un modo feroz.

—Ah, una deducción brillante —dijo Tsun Zune, siguiente su mirada—. La mujer está maniatada, así que sigue viva. Mis antiguos compañeros, por el contrario, yacen sin atadura alguna, por lo que es lógico suponer que han muerto. Brillante, adepto. Elemental, pero brillante.

Brandan no dijo nada.

—El primero de nuestros ideogramas —dijo Tsun Zune, como si no hubiera cambiado de tema— viene del carácter central grabado en el lugar del nacimiento. Lo recuerdas, supongo. Por supuesto, nunca nos hemos atrevido a escribirlo tal cual es, pues consideramos que es la firma de Dios. Así que lo rotamos noventa grados hacia arriba y con eso obtuvimos «todo». Noventa hacia abajo y tuvimos «nada». Dios a medio camino de «todo» y de «nada». Una idea fascinante, a poco que pienses en ella, ¿no es cierto?

Brandan tragó saliva.

—Lo prefería cuando me torturabas —consiguió decir—. Era menos doloroso.

Tsun Zune sonrió.

En el refugio que había encontrado tras su huida, el tiempo no pasaba. O quizá, se dijo Tsun Zune un día, no pasaba otra cosa que el tiempo.

Tiempo suficiente. Todo el tiempo. Nada más que tiempo.

Tiempo para ver su vida. Varias veces. Tiempo para intentar olvidarla. Tiempo para inventar recuerdos y para dejarlos a un lado. Tiempo para reconstruir lo que era, lo que había sido y lo que sería.

Tiempo.

Como un manojo de naipes que se barajaban una y otra vez. Siempre las mismas piezas, pero el resultado final nunca era el mismo. Todo cambiaba. Todo seguía igual.

A veces, el mundo exterior irrumpía en su refugio, y era como una bofetada en el rostro. Sus pequeños informantes llegaban hasta él y le contaban lo que pasaba afuera.

Solo que, ¿era afuera o era dentro?

¿Dónde estaba él?

Había huido para salvar su vida, aunque no estuviese seguro de que su vida merecía la pena. Pero, al fin y al cabo, era cuanto tenía.

Eso no era cierto, se decía. Tiempo era todo lo que tenía.

—Pero dime, adepto, ¿es Dios lo que se oculta entre «todo» y «nada» o es otra cosa?

Esto era el presente, se dijo. Aunque en algún momento fue el futuro y no tardaría en ser el pasado. Pero debía aferrarse a la idea de que era el presente, de que estaba pasando ahora, no antes ni después.

Vio cómo Brandan se encogía de hombros.

—¿Vas a matarme a base de cháchara?

—No voy a matarte, adepto. Si quisiera hacerlo, ya lo habría hecho. Algo que, estoy seguro, ya has supuesto por ti mismo.

—¿Qué quieres, entonces?

—¿Qué quiero? Lo que he querido toda mi vida. La verdad. La mentira. Todo. Nada. No espero que me comprendas. Yo mismo no termino de comprenderlo del todo.

—La verdad, no me interesa demasiado. Mátame o desátame, pero termina de una vez.

Tsun Zune meneó la cabeza.

—No, adepto Brandan. Aún no.

—¿Por qué?

—Porque no es así como se desarrollan las cosas. No es así como lo he visto. El presente debe fluir al futuro de la forma correcta.

—No sé de qué estás hablando.

—De todo. Y de nada.

Al fin y al cabo, era un hombre precavido, lo había sido siempre. Nunca había avanzado sin tener un plan de retirada, jamás se había internado en lo desconocido sin prepararse un refugio al que

huir si todo lo demás fallaba.

Todo y nada eran conceptos que tal vez fueran intercambiables. No había diferencia entre vivir y morir, entre ser y no ser.

La diferencia soy yo, había respondido él cuando su maestro le dijo aquello.

Pero tú no eres nada, no importas.

Me importo a mí.

El maestro había dado media vuelta y se había quedado mirando por la ventana.

Y si no hay diferencia entre la vida y la muerte, había añadido Tsun Zune, ¿por qué no elegir la vida?

Sin una palabra, el maestro lo había dejado solo.

Pero nunca había estado solo, lo sabía ahora. No de la forma en que había pasado los últimos meses, separado del espacio, plegado sobre sí mismo y sin otra cosa que tiempo a su alrededor. Sin nada con qué medirlo: simplemente sintiéndolo pasar, girar, detenerse, enroscarse a su alrededor como un fantasma inquieto.

No, nunca había estado solo de esa manera.

Había preparado su refugio hacía mucho tiempo, cuando él mismo se creía un obediente espía al servicio de Alboné. Lo había preparado, pensando que jamás tendría que usarlo, en cuanto comprendió el modo en que todo funcionaba.

¿Todo? No, aquello no era cierto. No supo realmente cómo funcionaba todo hasta que Número Dos se lo mostró, pero al menos podía decir con cierto orgullo que había sido él mismo, sin ayuda de nadie, el que había visto aquella minúscula parte de la verdad.

—¿Nunca te has preguntado cómo funcionan los portales, adepto?

Brandan se encogió de hombros una vez más.

—Tomaré eso como un no. Te ruego que lo pienses ahora. Cuando activas la palabra de inicio, los mensajeros abren un extremo aquí y otro en... no sé, pongamos Alboné, ¿te parece bien? Pero, ¿cómo lo hacen? ¿Cómo es posible que la información llegue hasta el otro extremo del mundo sin un lapso perceptible de tiempo? Y, sobre todo, una vez que el portal ha sido abierto, ¿cómo están comunicados ambos extremos? No, no lo he formulado bien. ¿A través de qué están comunicados ambos extremos?

—De nada, supongo.

Tsun Zune asintió, complacido.

—Exacto —dijo—. De nada. O de todo. Das un paso al interior del portal y el siguiente ya lo das en el destino. No has pasado por lugar alguno. O has pasado por todos los lugares. O quizá... has pasado bajo el mundo. O has rodeado el mundo. Has girado hacia... afuera. O tal vez hacia dentro.

Brandan pareció a punto de decir algo, tal vez una réplica punzante, pero guardó silencio en el último momento.

—¿No te interesa lo que digo, adepto? Bueno, es comprensible. Pero sí me interesa a mí y dado que no estás en posición de llevarme la contraria, me temo que no te queda más remedio que

escuchar lo que tenga que decir.

En ese momento, un gemido escapó del cuerpo de Yoranna y los dos hombres permanecieron largo rato contemplándola.

—No, aún no despertará —dijo Tsun Zune—. Es una criatura magnífica, sin duda. Y el modo en que la has doblegado es... iba a decir que resulta sorprendente, pero en realidad tras haber comprobado los efectos de tu habilidad con Valquinia, no me sorprende demasiado. Aunque con Yoranna tiene que haberte sido más difícil. Al fin y al cabo, Valquinia no era más que una niña y sus apetitos naturales ya tendían en la dirección correcta para tu provecho, cosa que no podemos decir de Yoranna.

—¿«Era»?

Tsun Zune pareció sorprendido.

—¿Te preocupa que la pobre niña haya muerto? Sorprendente.

—Era sólo curiosidad.

—Comprendo. La satisfaré, pues, diciendo que la última vez que la vi estaba viva y en un estado razonable de salud. Excepcionalmente bueno, de hecho, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Me alegro.

—No lo creo. Dudo que lo que le pase a la joven te preocupe lo más mínimo. Salvo que... ah, claro, comprendo. Sí, es lógico. En cualquier caso, como decía, tiene que haber sido mucho más difícil con Yoranna, ¿no es así?

—Me las he arreglado.

—No lo dudo. Al fin y al cabo, lo he visto, o lo vieron mis pequeños espías, que viene a ser lo mismo. Sin embargo, el esfuerzo tiene que haber sido considerable, tienes que haberte metido dentro de ella de un modo... Oh, perdón, el juego de palabras ha sido más bien ramplón, lo reconozco. En cualquier caso, ¿por dónde íbamos?

—Creo que estabas en ninguna parte.

—Exacto, adepto. Ninguna parte. O todas. Ahí me he pasado estos meses. Oculto en el espacio entre la realidad que usan los portales. Y he tenido mucho tiempo para pensar. De hecho, no he tenido otra cosa.

Tiempo.

Como una cosa viva, como un animal al acecho.

El pincel descendiendo hacia la hoja de papel mientras Tsun Zune trataba de que no le temblase el pulso bajo la mirada atenta de su maestro. La superficie blanca del papel era como un territorio hostil, y Tsun Zune no sabía por dónde empezar. Y luego, de pronto, todo había pasado, como si su mano tuviera voluntad propia, como si la palabra se estuviera escribiendo por sí misma. Su nombre sobre el papel. Y el gesto hosco de asentimiento del maestro.

Como un carrusel. Como un laberinto.

La verdad que buscaba en el dolor de otros hombres, la verdad esquiva que siempre estaba al borde de sus percepciones, la maldita verdad que no era más que otra mentira, un nuevo

engaño, una impostura más.

Como una herida abierta. Como un grito.

Tiempo.

Eso era todo lo que tenía, todo cuanto había a su alrededor en aquel lugar que no estaba en ningún lugar.

Tiempo incandescente, tiempo helado, tiempo dulce como el gemido de la primera mujer a la que poseyó, tiempo ácido, pesado y penetrante como el olor de los hombres a los que torturaba. Tiempo inacabable. Tiempo efímero.

Como una vidriera por la que la luz tuviese miedo de pasar. Como la oscuridad.

Volvía a verse de niño, de adulto. Se veía muerto, vivo, manteniendo conversaciones que aún no habían sucedido, acariciando cuerpos que había olvidado, recuperando recuerdos de cosas que nunca había hecho. Sentado en mitad de ninguna parte, esperando. De pie en el centro de todo, mientras el mundo se cerraba a su alrededor.

Tiempo.

En un lugar que no estaba ningún lugar, que no era ningún lugar. Fuera del mundo. O quizá dentro de él. O a un lado, tal vez a un lado del mundo.

Tiempo.

Como un animal. Hambriento y peligroso. Dulce y complaciente.

—Toda mi vida ha sido una búsqueda, adepto. Siempre pensé que de la verdad. Una verdad esquiva que no conseguí encontrar en el sufrimiento ajeno y que creí hallar cuando el hombre al que un día conocí como Yan Fleng volvió a No Mo Lou como Número Dos.

Notó el cambio en la actitud de Brandan. Ya no se molestaba en fingir indiferencia, como si las últimas palabras de Tsun Zune hubieran despertado algo dentro de él. Lanzó una mirada de reojo a Yoranna, que parecía en mitad de un sueño inquieto, y luego centró toda su atención en el hombre que lo había capturado.

—Eres inteligente, sin duda —decía éste—. Aunque no es eso lo que te hace único, y me pregunto si lo sabes. No importa. Tengo que decirte que tu plan habría fallado aunque yo no hubiese intervenido. Era ingenioso, pero imperfecto. Los recuerdos que robaste del Espectro no te habrían servido de mucho.

—¿Por qué?

—Porque su memoria estaba incompleta. Y así habría permanecido hasta que sus compañeros la restaurasen. Y en ese momento, adepto, se habrían dado cuenta de que tú no eras él.

—Quizá.

Tsun Zune meneó la cabeza.

—No. Es como digo, créeme.

Brandan se encogió de hombros de nuevo.

—Si tú lo dices.

—Los conozco bien. Fui uno de ellos.

Vio el brillo en los ojos de Brandan y contuvo una sonrisa. Un poco más, se dijo. Sólo un

poco más.

—Creí encontrar la verdad entre los Espectros. Y, ¿sabes?, quizá fue así. Pero eso ya no importa. Estos meses, mientras no tenía otra cosa más que tiempo a mi alrededor, he repasado mi vida: lo que fue, lo que soy y un atisbo de lo que seré. Y lo que he visto, me ha hecho comprender.

—¿El qué?

—Que la verdad no importa.

—Oh.

—Te burlas, adepto, pero comprendes. Sé que comprendes. De hecho, deberías comprender mejor que nadie. Quizá no lo sepas, pero es así.

Para su sorpresa, Brandan reaccionó con indiferencia, y no era fingida. Así que sabía lo que era y lo que había sido. O, al menos, lo sospechaba.

—Te he visto, Yáxtor —dijo, usando su nombre por primera vez—. Te lo he dicho, he tenido tiempo, mucho tiempo, y lo he dejado pasar a mi alrededor, he aprendido a reconocerlo, a seguirlo y ver adónde me llevaba. He explorado mi pasado, pero también el tuyo. He visto lo que eras y lo que deberías ser.

—¿Y?

—Que la verdad no importa, sólo la percepción. Y lo sabes.

—Asintió—. Oh, sí, ya lo creo que lo sabes.

Sus pequeños informantes venían a él de vez en cuando. Cruzaban la barrera que había construido en torno a su refugio y le llevaban la información que habían recolectado de lo que pasaba a su alrededor.

Inmunes al campo de inhibición de mensajeros, se habían extendido por las ruinas de la vieja prisión y, como vigías atentos, no se perdían nada de lo que pasaba.

Claro que no había mucho que perderse, al fin y al cabo.

Hasta la noche anterior. Hasta el momento en que sintió la familiar bofetada en el rostro que le indicaba la llegada de sus informantes y asimiló la información que éstos le traían.

Brandan. Allí, precisamente él.

A su alrededor el tiempo seguía pasando. Era lo único que había. Pero Tsun Zune había acabado por comprender que era suficiente. Que, al fin y al cabo, lo era todo.

O nada.

Y con el conocimiento, llegó el poder, el control. Apenas había arañado la superficie de todo aquel tiempo que pasaba a su lado. Pero «apenas» había bastado para que su cabeza casi reventase, demasiado llena de información.

El presente. El pasado. El futuro. Lo que había sido y lo que no. Lo que era y lo que no podía ser. Lo que sería y lo que quizá no fuese nunca. Todo estaba allí, sólo había que escarbar en el lugar adecuado.

Y él lo había hecho. Había empezado a hacerlo.

¿Por dónde empezar?, se había preguntado.

¿Por qué cuándo? Y, sobre todo, ¿por el cuándo de quién?

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué de todos los posibles tiempos había empezado a explorar el de Yáxtor Brandan?

¿Casualidad?

No, allí no había casualidad.

Sólo tiempo.

Tsun Zune se inclinó hacia Brandan mientras desenvainaba una daga. El adepto ni siquiera se movió.

No pareció sorprendido cuando Tsun Zune empezó a cortar sus ligaduras. Despacio, como si nada fuera más importante que aquello, se llevó las manos al frente y se masajeó las muñecas.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

—Porque me gusta el mundo tal y como es —contestó Tsun Zune. Y sólo en ese momento, a medida que respondía supo por qué hacía lo que hacía—. Porque no me importan ni la mentira ni la verdad. Por todo. O, seguramente, por nada.

Despacio, Brandan se puso en pie y retrocedió un par de pasos.

—¿Vas a ayudarme? —preguntó.

Sí, así era, recordó Tsun Zune, eso era lo que había visto. Ahora él sólo tenía que responder con las palabras adecuadas y todo se habría cumplido. No estaba seguro de lo que pasaría a partir de ahora; su exploración en el tiempo de Brandan se había desparramado por un cúmulo de posibilidades contradictorias a partir de aquel momento, pero sabía qué tenía que decir exactamente para que todo encajara y las cosas pasaran como tenían que pasar. Como pasarían. Como, en cierta forma, ya habían pasado.

—Nos ayudaremos el uno al otro, adepto —dijo, de un modo lento, deliberadamente vacilante—. Compartiré tu futuro, sea el que sea.

Ahora se ve cada vez mejor. Ha ido creciendo en los últimos días, ascendiendo poco a poco en el horizonte occidental y creciendo en tamaño a medida que seguíamos nuestro viaje.

Los hombres murmuran. Hablan de presagios y desastres.

No es más que otra luna, les digo.

¿Por qué entonces no se mueve? ¿Por qué no obedece las leyes de la mecánica celeste?

Trao de explicarles no es así, que por supuesto que se mueve. Que, al igual que la luna que conocemos, está girando nuestro alrededor y que si parece inmóvil es sólo porque se desplaza a la misma velocidad que el mundo, de modo que siempre ocupa el mismo punto en el cielo.

Pero no me creen. Lo noto en sus rostros supersticiosos y en el miedo en sus palabras.

Estos tres años nos han hecho mella. Hemos perdido la mitad de la flota y dos terceras partes de los hombres. Y los supervivientes quieren volver a casa. Dicen que nos hemos embarcado en una empresa imposible, que no se puede circunnavegar el mundo, que es demasiado grande o incluso que quizá no tenga fin.

Y esta extraña luna no hace más que azuzar sus temores.

Temo que, en breve, dejen de obedecerme y no tenga más remedio que dar media vuelta si quiero conservar mi vida.

—Mag'kán Ellnes. Cuaderno de bitácora del *Improbable*

Desde la cabina del aerobajel, Fléiter Praghem contemplaba el paisaje de Quitán pasar bajo él y se preguntaba cuándo terminaría el viaje.

El aerobajel se deslizaba perezosamente por el cielo, avanzando con majestuosa parsimonia, sin ninguna prisa en llegar a su destino.

Y en cierto modo, se decía Fléiter, él tampoco tenía prisa por llegar.

Al fin y al cabo, en cuanto tomasen tierra tendría que embarcarse en una tarea imposible. Y eso era lo último que deseaba en aquel momento.

El mundo estaba patas arriba y, en cierta manera, él era uno de los responsables de que así fuese.

La culpa era de Yáxtor, se repetía una y otra vez. Pero aquello no le servía de mucho consuelo.

La conferencia entre la Reina de Alboné y el Coordinador de la Confederación Occidental no había tardado en dar sus frutos, algo con lo que Fléiter había contado. Al fin y al cabo, no hacía falta ser un genio para comprender la gravedad de la situación. Pero lo último que había esperado era encontrarse al frente de aquella locura.

Unos años más en Alboné, vegetando tranquilamente, acudiendo a alguna que otra recepción, actuando como enlace entre los suyos y los albonenses y quizá, de vez en cuando, supervisando de lejos y con comodidad alguna que otra operación de campo. No era mucho pedir. Sólo unos años más, lo suficiente para retirarse.

No, no era mucho pedir que el mundo se comportase con un mínimo de sensatez por un

tiempo.

Pero parecía que, después de todo, sí que lo había sido.

Volvió a mirar hacia abajo. Bosques, colinas, algún plantío, pueblos por aquí y por allá. Nada muy distinto a lo que llevaba contemplando durante las últimas horas.

Aburrido.

Y aquel aburrimiento estaba a punto de irse al infierno.

Odio los tiempos interesantes, se dijo. Son una jodienda.

En Alboné, la Reina paseaba por el jardín y esperaba las noticias. Cerca de ella, la carneútil real se había hecho un ovillo y descansaba en un sueño inquieto poblado de sobresaltos. La Reina sonrió y acarició a la carneútil, que dejó de temblar y pareció tranquilizarse.

Bajo ella, Lambodonas se preparaba para un nuevo día.

Amaba a aquella ciudad, pero nunca hasta ahora había comprendido lo frágil que era. Bastaba un soplo, un empujón en la dirección adecuada y todo lo que su pueblo había construido en los últimos mil años desaparecería. Sería como si nunca hubiera existido.

Quedarían las ruinas, claro. Como el esqueleto petrificado de algún animal extinto. Un testimonio de lo que había sido.

Y quedarían las heridas. Las cicatrices que no se cerrarían nunca.

El mundo estaba a punto de cambiar. De un modo o de otro.

Si dejaba de haber bosqueoscuros, ya no habría carneútiles. Y sin carneútiles, no existirían los mensajeros. Y el mundo en el que vivían era imposible sin ellos. Ella misma, de hecho, era imposible sin ellos.

Se volvió al oír unos pasos. Su nuevo Regente venía hacia ella, hosco y ceñudo.

—Ya está, Majestad —dijo, tras detenerse a su lado e inclinar la cabeza.

Le tendía una urna delicadamente ornamentada, y la Reina la tomó en sus manos.

Ah, Glaxton, se dijo. ¿Eso es todo cuanto queda de ti? Al menos has sido afortunado. Has podido elegir el momento de irte y no has llegado a ver tu mundo hecho pedazos.

Abrió la tapa de la urna y esparció al viento las cenizas que contenía.

—Adiós, viejo amigo —susurró.

Se volvió al Adepto Supremo. No, Velhas no estaba muy complacido por su nombramiento, decidió la Reina. Sin duda llegar a Regente había entrado en sus planes, pero no así y no en aquel momento. Bueno, más valía que fuese el hombre que ella creía que era y aceptase cuanto antes cómo eran las cosas.

—Infórmanos, Orston. Pasea con nosotras.

Velhas asintió y se puso al lado de la Reina, mientras ésta despertaba con delicadeza a su carneútil. La criatura parpadeó, clavó los ojos en su dueña y sonrió. Se puso de pie de un salto ágil y aguardó a que la Reina echara a andar.

—Ya parece muy desarrollada —dijo el Regente.

—Sí, aprende de prisa. Tiene que hacerlo.

Guardaron silencio mientras recorrían el jardín. A veces, la Reina se detenía y se perdía algunos segundos en la pura contemplación. Notaba a Velhas hirviendo de impaciencia a su lado, pero no hizo el menor esfuerzo por ponérselo fácil. Al fin y al cabo, como Regente, debía aprender, y era misión suya enseñarle.

Claro que quizá no haya nada que enseñar, dentro de poco. Ni nadie para aprender.

El pensamiento le agrió el paseo. De un modo brusco que sobresaltó a su carneútil, dio media vuelta y echó a andar hacia el centro del parque. Se sentó en un banco y, con un gesto de la cabeza, le indicó al Adepto Supremo que tomara asiento a su lado.

—Cuéntanos, Velhas.

A la Reina no se le escapó el modo en que el Regente contenía un suspiro de alivio.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, mi Reina. Todos los Pueblos del Pacto están de acuerdo en que la emergencia no puede ser mayor, y han aceptado a poner sus fuerzas bajo el mando conjunto de Alboné y la Confederación Occidental. Estamos actuando de un modo discreto, pero lo más rápido posible.

—¿Será suficiente?

—No lo sabemos. Hemos analizado muchas posibilidades, mi Reina. Y no todas son buenas. Hacemos lo que podemos para minimizar las pérdidas.

—¿Cómo?

El Regente tomó aire.

—No podemos vigilar todos los Bosqueoscuros, eso es imposible. Son demasiados. Sin embargo, creemos que no será necesario. Al fin y al cabo, la mayoría no son más que bosques pequeños y nuestros expertos siempre han sido de la opinión de que no son auténticos bosqueoscuros, que en realidad funcionan como satélites de los de verdad.

La Reina asintió.

—Lo sabemos —dijo—. Aunque no estamos muy seguras de que eso sea cierto.

Velhas se agitó, incómodo.

—Tampoco nosotros lo estamos, mi Reina, aunque por lo que hemos podido observar a lo largo de los años, es la teoría que mejor explica su comportamiento. Los bosqueoscuros pequeños se marchitan con enorme facilidad, casi la misma facilidad con la que surgen al poco tiempo en otro lugar. En cambio, los grandes, los que llamamos primigenios... siempre están ahí. Y seguramente, siempre lo han estado.

—Comprendemos. Creéis que si salvamos los cuatro grandes, los demás volverán a resurgir, tarde o temprano.

El Regente asintió.

—Así es, mi Reina. Y aunque no fuese así, aún tendríamos los cuatro bosqueoscuros originales. Son lo bastante grandes para que los carneútiles sigan naciendo al ritmo que necesitamos. Quizá tengamos que economizar durante una temporada, pero es la menos mala de las situaciones.

—Siempre que seáis capaces de defenderlos—sentenció la Reina.

Velhas dudó unos instantes.

—Ése es precisamente el problema, Majestad. Incluso con todas nuestras tropas y las de los occidentales en estado de alerta, el perímetro a defender es excesivo. Y ni siquiera estamos seguros de que no estemos actuando demasiado tarde. Estamos intentando tejer una red de mensajeros vigías alrededor de los bosqueoscuros, y patrullamos el cielo sobre ellos con nuestros mejores aerobajeles, pero...

—Pero no hay garantías.

—Me temo que no, mi Reina.

Los dos guardaron silencio. El jardín había despertado hacía un buen rato y estaba lleno de pequeños ruidos. La carneútil real, acurrucada a los pies de su ama, contemplaba distraída el paisaje.

—Así que todo depende de Brandan —dijo al fin la Reina—. Dependemos de que él consiga averiguar el modo en que piensan hacer detonar las bombas de Malas Noticias, o cómo las van a transportar a los bosqueoscuros. Necesitamos que nos diga qué buscar y dónde. Todo lo que somos está en manos de un solo hombre.

—Es nuestro mejor hombre, Majestad.

—Lo sabemos. Al fin y al cabo, nosotras aprobamos lo que hicisteis con él. Y sabemos por qué tuvisteis éxito. Brandan es excepcional en muchos aspectos, Velhas, por supuesto que sí. Pero, ¿es lo suficientemente excepcional?

—Si él no lo es, Majestad...

—Tienes razón, aunque eso no nos consuela mucho. Si fracasamos, desaparecerá todo lo que conocemos. Sí, sabemos que lo sabes y que no te decimos nada nuevo, no es necesario que ocultes tu impaciencia. Estamos pensando en voz alta, Velhas, y uno de tus deberes como nuestro Regente es soportarnos cuando pensamos en voz alta.

—Majestad...

—Sí, sí, de acuerdo. Déjalo. No importa. —Se incorporó y lanzó un largo vistazo a su alrededor, mientras Velhas también se ponía de pie—. Los hombres sobrevivirán, de eso no nos cabe duda. Pero todo lo que han construido se perderá. —Dudó unos instantes—. Quizá no todo. Se salvarán algunas cosas, estamos seguras, pero nos preguntamos si será suficiente. Y a veces, ¿sabes, Velhas?, pensamos si eso no será lo mejor, pese a todo. No queremos dejar de ser lo que somos ni ver desaparecer lo que amamos, pero ¿y si es lo mejor? ¿Y si esos absurdos Espectros tienen razón y llevamos demasiado tiempo moviéndonos con muletas y es hora de echar a andar por nosotros mismos?

—No tengo respuesta para eso, mi Reina —consiguió decir el Regente al cabo de un rato.

—No, nadie la tiene. Nosotras tampoco. —Se encogió de hombros—. Lucharemos por lo que conocemos, no podemos hacer otra cosa. Incluso aunque no tengamos la seguridad de que es lo mejor. Puedes irte, Velhas, nos quedaremos un rato más en el jardín.

Bueno, ya estamos aquí.

Las tropas desplegadas, el aerobajel sobre ellos y todo preparado para... ¿qué?

Para nada. Esto es como buscar una puñetera aguja en un pajar sin un imán.

—Haré que los hombres se desplieguen de acuerdo al plan.

Fléiter alzó la vista y contempló con aburrimiento al coronel que acababa de hablarle.

—Claro —dijo.

El militar no pareció muy contento, pero tampoco había gran cosa que pudiera hacer al respecto, así que dio media vuelta y empezó a ladrar órdenes como si tuviera prisa.

Aquello era una estupidez. No había manera de que controlaran todos los accesos al bosque. Tampoco había manera de rodearlo por completo de un campo de contención de Malas Noticias. Y eso suponiendo que la bomba no estuviera ya dentro esperando el momento adecuado para hacer explosión.

Así que, básicamente, estamos jodidos.

A menos que el chico estrella se colara en la guarida de los malos, descubriera su clave secreta y les transmitiera los códigos a tiempo. O hablase con los puñeteros Espectros para que ellos mismo desactivaran las bombas. Podía convencerlos. Por qué no. Si había conseguido que una lesbiana quisiera comérselo hasta el agotamiento, ¿por qué no iba a lograr que un puñado de tarados convencidos de tener la Razón —así, con mayúscula, y quién sabe si en cursiva y negrita, qué narices, puede que hasta subrayada— abandonaran sus planes y se rindieran?

Claro, Yáxtor podía.

Más valía que pudiera, porque si no estaban jodidos.

Apoyado en su bastón, contempló a los soldados, mientras éstos se iban desplegando con una eficacia tan rutinaria como inútil.

Lo que necesitaba ahora era un buen baño, tan caliente que lo hiciera gritar, y dos o tres carneútiles bien complacientes que lo dejaran agotado y satisfecho. No era mucho pedir, ¿verdad? Sobre todo teniendo en cuenta que dentro de poco no habría más carneútiles en ningún sitio.

Se apoyó en el carro de suministros y se preguntó qué estaría haciendo Yáxtor.

Todo lo que podía, sin duda.

Comprobó la hora. Aún faltaban quince minutos para intentar la conexión. Sería inútil, claro, como lo había sido hasta ahora, pero el plan era el plan y todos los días Fléiter intentaba establecer conexión con Yáxtor.

A lo mejor, un día contestaba.

Y a lo mejor, hasta traía buenas noticias. Sí, como juego de palabras no era gran cosa, pero él tampoco era un público muy exigente.

Los soldados no tardaron en completar su despliegue y el coronel volvió a acercarse a Fléiter. Era uno de esos malditos militares albonenses de carrera, todo eficacia y marcialidad, con un palo bien metido por el culo y la barbilla paralela al suelo. Una joya, vaya.

—El despliegue está completo.

—Perfecto, coronel T'icorn —dijo Fléiter—. No sabes cuánto me alegra oírlo. —Comprobó de nuevo la hora—. Y ahora, si me disculpas, tengo otros asuntos que atender.

Subió al carro de suministros, apenas consciente del gesto de desagrado del coronel, y empezó con los preparativos.

No tardó en tenerlo todo dispuesto y, como hacía siempre, usó un poco de su sangre para activar el espejo de comunicaciones.

Para su sorpresa, la conexión funcionó y el rostro de Yáxtor apareció en la superficie del espejo.

—No tengo mucho tiempo —dijo éste, antes de que Fléiter pudiera articular palabra—. Lo que buscáis ya está en los bosqueoscuros. Muy cerca de su centro. No debería ser muy difícil dar con él. Sugiero que llevéis con vosotros un generador de campo de inhibición de Malas Noticias.

Fléiter no podía creer lo que estaba oyendo

—Espera —dijo—. No podemos entrar en el bosqueoscuro. Es imposible.

—Pues tendréis que hacerlo.

No.

—Pero...

—Haré lo que pueda desde aquí, Fléiter, pero no puedo garantizar nada. Tendréis que intentarlo también desde vuestro lado.

No.

—Pero...

Ninguno de los dos dijo nada durante varios segundos.

—Haremos lo que podamos —dijo al fin Fléiter, a su pesar.

Yáxtor asintió.

—No sé muy bien lo que encontraréis en el centro del bosqueoscuro, pero me han asegurado que lo reconoceréis en cuanto lo veáis. —dijo luego—. La bomba estará situada muy cerca de... lo que sea y tenéis que evitar que lo dañe. No importa lo que haga con el resto del bosqueoscuro, pero esa... cosa, tiene que permanecer intacta.

Fléiter tragó saliva y esperó que su voz pareciera normal.

—¿Por qué? —preguntó, tratando de asimilar toda aquella información y preguntándose de dónde la habría sacado Yáxtor.

Y, sobre todo, tratando de convertir su miedo en algo manejable.

—No lo sé —respondió Yáxtor—. Y tampoco tendría tiempo de explicártelo si lo supiera. Tenéis que proteger el centro del bosqueoscuro a toda costa. Si se mantiene intacto, todo lo demás puede regenerarse, pero...

—Comprendo —dijo Fléiter.

Yáxtor lo miró con un ligero deje de diversión.

—Tengo que irme. Buena suerte.

Fléiter iba a añadir «y para ti también», pero Yáxtor no le dio tiempo. La comunicación se había interrumpido.

Durante largo rato fue incapaz de hacer nada. Permaneció allí, en la oscuridad, tratando de negar el mundo que había más allá del carromato, intentando no pensar en lo que le había prometido a Yáxtor que haría. Y, sobre todo, sin tener la menor idea de cómo demonios iba a hacerlo.

Luego, midiendo cada uno de sus movimientos como si fuera lo más importante que había hecho en su vida, salió del carromato y llamó al coronel.

Hasta no hace mucho, creíamos que la mecánica de los portales estaba basada en la simple comunicación entre los mensajeros. Los situados a un lado almacenan la información del interlocutor de ese lado y la van pasando a otros mensajeros que, a su vez, se la pasan a otros hasta llegar al destino, donde los mensajeros de allí reciben la información y la convierten en imagen y sonido. Desde el otro lado, por supuesto, se repite ese proceso para transmitir la respuesta. Dado que se ha podido comprobar que la comunicación mediante espejos es prácticamente instantánea (nuestros mejores relojes han sido incapaces de medir un retardo perceptible), habíamos asumido que la velocidad de comunicación entre mensajeros era demasiado elevada para medirla.

Eso planteaba varias cuestiones espinosas, una de las cuales, y no la menor, era el hecho innegable de que en otros ámbitos hemos sido capaces de medir con razonable precisión el tiempo en que los mensajeros ejecutan sus tareas.

¿Es que quizá cuando el mensajero actúa de forma directa lo hace con una velocidad mensurable pero cuando transmite información a otros es demasiado rápido?

Eso se pensó hasta no hace mucho.

Porque, fijaos, cuando empecé a hablar, no lo hice de espejos de comunicación, sino de portales. Porque hoy sabemos que los espejos no son otra cosa que un tipo concreto de portal.

Fue hace noventa años, cuando el artífice Desglás abrió el primer portal (él creyó sinceramente que se había limitado a activar un espejo de comunicación) y saltó a través de medio mundo. Como sabéis, le costó reproducir el efecto, pero acabó consiguiéndolo y regresando a Alboné.

La tesis de la comunicación semiinstantánea entre mensajeros no explicaba aquello. Desglás saltó de un lugar a otro en un tiempo prácticamente nulo. Él. No la información que pretendía transmitir, sino él mismo.

En los últimos noventa años hemos utilizado los portales sin comprenderlos del todo. Sabíamos qué palabras impronunciadas los creaban, los activaban y los manipulaban, pero desconocíamos casi todo lo demás.

Sólo recientemente se ha postulado la existencia de un plano a ángulos rectos del nuestro. Una suerte de espacio en el que no existe espacio alguno y que sería a través de donde pasamos cuando usamos un portal.

Como adeptos empíricos, no podemos afirmar ni negar la existencia de ese «espacio plegado», como algunos han dado en llamarlo. Sin embargo todas las pruebas realizadas partiendo de la hipótesis de que es real, han sido consistentes con su existencia.

Seguimos sin pruebas. Pero los indicios empiezan a ser abrumadores.

—Qérlex Targerian

—¿Por qué me quieren los Espectros? —preguntó Brandan.

—No me corresponde a mí decírtelo.

—En otras palabras, no lo sabes.

Tsun Zune se encogió de hombros.

—Sé algunas cosas e intuyo otras —dijo—. Pero no es a través de mí como vas a averiguar lo que quieres saber.

—Así que voy a averiguarlo.

Tsun Zune frunció el ceño. ¿Iba a averiguarlo? Durante su encierro, en su escondite en el espacio entre espacios, todo había parecido muy claro: el pasado, el presente y el futuro habían sido una sola cosa nítida y precisa. Pero eso había sido antes de que él dijera las palabras adecuadas y encaminara el futuro del adepto hacia donde debía; ahora, en el mundo, las cosas

empezaban poco a poco a desdibujarse.

—No estoy seguro —dijo al fin—. El futuro.... —Dudó unos instantes—. Cambia. No se está quieto. De hecho, cambia cuanto más nos acercamos a él.

Brandan espantó las palabras de Tsun Zune con un gesto de la mano. Se incorporó y se volvió a Yoranna, quien no se había movido del umbral, como si temiera entrar en la habitación.

—¿Qué opinas?

La pregunta pareció hacerla regresar de un lugar muy lejano. Había contemplado la comunicación de Brandan con su amigo occidental de un modo lejano, como si aquello no fuera con ella, y era evidente que no había prestado la menor atención a lo que éste y Tsun Zune acababan de decir.

—No lo sé —consiguió responder—. Esto es cosa tuya.

Brandan se apoyó en los restos de lo que había sido la mesa del despacho de Tsun Zune en la prisión. Contempló el suelo y recorrió con la mirada el dibujo que había visto dos días atrás: el enorme círculo, los curiosos ideogramas alrededor de los que estaba circunscrito, la figura en el centro que no parecía tener ningún sentido... Según Tsun Zune aquello era un portal, y seguía activo. De hecho, los tres Espectros que se habían reunido con ellos la noche antes habían llegado a través de él.

Alzó la vista y tomó aire. Había mensajeros a su alrededor; los suyos, los de Yoranna y los de Tsun Zune, sin duda, pero también un rastro tenue de algo más.

—Explícamelo otra vez —dijo al fin.

Tsun Zune suspiró, entre dolido y resignado.

—Comprendo que no te fies de mí, adepto, pero no tenemos tiempo. Ha pasado casi un día desde la llegada de los tres Espectros; dentro de poco deberían informar de lo que pasa o regresar, y cuando no lo hagan, nuestro margen de maniobra se reducirá considerablemente. —Hizo una pausa, dándole tiempo a Brandan de asimilar la situación—. Y cuanto más esperemos, más probable será que las bombas estén ya en su sitio, y no creo que tus colegas sean capaces de encontrarlas a tiempo.

Brandan asintió.

—Tampoco yo lo creo, pero no importa. Haremos esto a mi modo o no lo haremos. Explícamelo de nuevo.

—Como quieras. En todo el complejo de No Mo Lou, lo que eran mis oficinas estaban más allá de la influencia del campo inhibitor de mensajeros. Y, como has podido comprobar, lo siguen estando.

—Pero no lo estaban hace dos días.

Tsun Zune sonrió.

—Claro que no —dijo—. Al fin y al cabo, no queremos alertar a nadie. O para ser más exactos, mis antiguos colegas no quieren que cualquier viajero casual se acerque por aquí y descubra una zona libre del campo. El escudo se activa pocos segundos antes de que se produzca una transferencia a través del portal, y sigue activado durante varios minutos. Tras eso, se vuelve inerte y esta zona se hace indistinguible del resto.

—A menos que sepas cómo mantener el escudo —murmuró Brandan.

—Así es. Este era mi territorio, adepto. Lo fue durante muchos años. Así que sé perfectamente cómo funciona todo.

—No lo dudo —dijo Brandan. Se apartó de la mesa y recorrió lo que quedaba de la habitación. Se detuvo en el umbral y contempló a Yoranna; había vuelto a perderse en sus

pensamientos. Con cuidado, lanzó hacia ella sus mensajeros, tanteando sus percepciones y sus deseos. Asintió y siguió recorriendo la habitación—. Lo que dudo es que me estés diciendo toda la verdad.

—Claro que no te la digo toda. Sólo aquella parte que sirve a mis propósitos.

—Que son...

—Detener a mis antiguos colegas.

Brandan se detuvo, consciente de que estaba en el centro exacto del círculo.

—¿Sabes? Eso es lo que más trabajo me cuesta creer. Si me dijeras que te has vuelto contra ellos porque te han traicionado, porque han descubierto que ya no les eras útil y han querido deshacerse de ti... bueno, eso tendría sentido. Podría ser cierto. La venganza es una motivación comprensible, después de todo. Pero no, en lugar de eso me cuentas que has pasado las últimas semanas oculto en una especie de... pliegue, de bolsillo de la realidad, y que allí has visto lo que va a pasar. Y que me ayudas sólo porque así contribuyes a que las cosas sucedan como deberían suceder. Compréndelo, Tsun Zune. Es algo difícil de tragar.

—Es lo que hay, adepto.

Brandan tomó aire.

—Estás escudado contra mí —dijo—. Y bastante eficazmente, debo añadir.

—Sí, tus ataques no me han pasado desapercibidos.

—Creo que podría romper tus barreras. Tardaría, pero mis mensajeros acabarían penetrando tras tus defensas.

—Pero no a tiempo. Y no de un modo lo bastante sutil.

—No estoy seguro de eso. Al menos de la segunda parte.

—¿Puedes correr ese riesgo?

—¿Puedo correr el riesgo de ir contigo, de meterme en la boca del lobo sin más garantías que tu palabra?

Tsun Zune juntó las yemas de los dedos y apoyó el mentón en las manos.

—Puedes bajar tus defensas —dijo Brandan— y permitir que mis mensajeros examinen tu mente.

La sonrisa que se fue extendiendo lentamente por el rostro de Tsun Zune fue tan contundente como una negativa.

—Lo que debes hacer es decidirte, adepto —dijo, tras un rato de silencio.

—En eso estamos de acuerdo.

Brandan dio la vuelta con brusquedad y recorrió de dos rápidos pasos el espacio que lo separaba de la puerta. Yoranna alzó la vista al verlo llegar, se hizo a un lado y lo contempló mientras descendía hacia las ruinas de la prisión.

No es que tenga muchas opciones.

En realidad, no tenía ninguna. Tsun Zune tenía razón: era poco probable que Fléiter o alguno de los otros consiguiera llegar a tiempo al corazón de los bosqueoscuros e impedir la detonación de la bomba.

Tendría que hacerlo él. Y la única forma de conseguirlo era hacer lo que Tsun Zune quería.
Y tendría que darse prisa.

Tsun Zune podía haberlo matado cuando hubiese querido. Y en lugar de eso le había ofrecido su alianza, lo había ayudado a comunicarse con Fléiter y le había indicado dónde estaban las bombas, o al menos dónde pretendían ponerlas los Espectros.

Eso no significaba que pudiera fiarse de él, claro.
Sólo que tampoco tenía otra opción.

Por primera vez en su vida se sentía atrapado y descubrió que no sabía cómo manejar la emoción, como si no hubiera sido diseñado para lidiar con ella.

En cierto modo, supongo que así es.

Qérlex, bajo las órdenes de la Reina y la supervisión de Velhas, había creado una criatura de acción, una herramienta siempre afilada, un arma cuyo filo no se embotaba jamás. La idea de quedar atrapado, de no poder seguir adelante ni retroceder, era algo que no había pasado por sus mentes. No lo habían preparado para eso.

Claro que tampoco lo habían preparado para que descubriese su propio pasado. O quizá sí, pensó con una sonrisa torcida; al fin y al cabo, el proceso que había seguido para reconstruir su propia historia no era muy distinto de lo que habría hecho si la Reina o sus superiores se lo hubiesen ordenado.

Sólo que no lo hicieron. Lo hice yo.

El pensamiento no le causaba gran consuelo. Quizá el suficiente para intuir que, pese a todo, tenía cierto margen de maniobra. Que por muy bien que lo hubieran reconstruido, aún quedaba dentro de él lo bastante de un Yáxtor Brandan anterior; quizá sólo un cimiento sobre el que Qérlex había creado su máquina perfecta. Puede que menos.

Pensó de nuevo en el expediente que la Reina le había permitido leer. Lo había memorizado palabra por palabra, lo que no hacía que sintiera lo que había pasado como algo cercano. No era él quien había vuelto a Casa Brandan y se había encontrado trozos de su hijo haciéndose a la brasa en la chimenea y a su mujer colgada de sus propias tripas. No era él; recordar lo escrito en el expediente, rememorar aquellos hechos no hacía que sintiese nada.

Y sin embargo...

Soy yo. Me pasó a mí.

Meneó la cabeza. No tenía tiempo. Y sus prioridades estaban claras. Se debía a su Reina y a Alboné y lo único que podía hacer para cumplir con su misión era seguir a Tsun Zune. No tenía otra salida.

Tomó aire y volvió a la habitación.

Tsun Zune contemplaba a Yoranna con desagrado. El adepto había hecho con ella un trabajo brutal, carente de sutileza. La forma en que los mensajeros de Brandan habían forzado los instintos y los deseos naturales de la mujer había sido más el trabajo de un carnicero que el de un cirujano.

Supongo que tuvo que trabajar rápido.

Sin embargo, la falta de tiempo no era una excusa para un trabajo chapucero. Yoranna tendría

que haber sido doblegada poco a poco, de un modo suave, apenas apreciable. Ella ni siquiera tendría que haber sido consciente de lo que estaba pasando en su interior, de la forma en que todo cuanto deseaba, todo cuanto su cuerpo quería, iba siendo pervertido hacia otro lugar. El proceso tendría que haber sido imperceptible.

Yoranna se habría transformado en otra mujer y ni siquiera se habría dado cuenta de lo que estaba pasando.

En cambio, lo que había hecho Brandan... había sido brutal, feroz, pura fuerza animal abriéndose paso hacia su destino y derribando todos los obstáculos que encontrara por el camino.

El resultado era una criatura domesticada a medias; un tigre consciente de sus cadenas.

Vio regresar a Brandan y supo que había ganado, al menos aquel asalto.

—Lo haremos a tu modo —dijo el adepto.

Tsun Zune asintió.

—Bien —dijo—. Como dije antes, no tenemos mucho tiempo. Por suerte, hace rato que mis pequeños amigos terminaron su trabajo.

Tomó tres frascos de la mesa y los agitó suavemente. Estaban llenos de un líquido azulado y pequeñas formas blanquecinas nadaban en él.

—Algo parecido a esto es lo que te faltaba para que tu disfraz estuviera completo, adepto —dijo Tsun Zune, sin dejar de mirar los frascos—. A menudo los Espectros dejan aquí parte de su memoria, sobre todo cuando la misión les exige internarse en terreno desconocido. Pequeños detalles, como la localización de los portales que les permitirán volver a casa, o el emplazamiento de su base.

Brandan asintió. Tsun Zune ya se lo había explicado unas horas atrás, después de desatarlo y ayudarlo a despertar a Yoranna. Los tres Espectros con los que se habían reunido la noche antes traían con ellos todo lo necesario para que la memoria del hombre al que Brandan había suplantado estuviera completa.

—Sólo que en ti no habría funcionado —le había dicho—. Al fin y al cabo, no eras él.

En aquel momento, Brandan no había prestado demasiada atención, ocupado en tranquilizar a Yoranna y en preguntarse por qué no estaba muerto.

Ahora, mientras Tsun Zune agitaba los frascos frente a él, no pudo por menos que admirar el modo de proceder de los Espectros. Con la memoria devorada por aquellas cosas, no había forma de extraerles información relevante. Simplemente, no la tenían.

Como yo. En cierto modo, también soy un espectro.

—Esto no es exactamente lo mismo que ellos usan. —La voz de Tsun Zune lo devolvió a la realidad de repente—. Aunque parte del mismo principio. De hecho, en origen eran las mismas criaturas. Pero las he modificado para mis propósitos.

Tras una ligera vacilación, tendió un frasco a Brandan y otro a Yoranna. Ésta contempló con repugnancia las pequeñas criaturas vermiformes que se movían por el interior.

—Estos gusanos de memoria hacen algo más que devorar recuerdos y almacenarlos. —Tsun Zune pareció repentinamente incómodo consigo mismo—. En realidad, no. Pero podemos decir que no se limitan a lo que hay en tu mente. Duplican todo lo demás.

—¿Qué hacemos con ellas? —preguntó Brandan, harto de la cháchara del otro hombre.

—Bebedlas. Ellas harán el resto. Será incómodo y poco agradable, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Brandan.

—Me ha parecido conveniente darle a Yoranna los recuerdos de la mujer. No es que sea indispensable, pero resulta menos problemático.

—¿Hasta qué punto dejaremos de ser nosotros mismos?

Tsun Zune enarcó una ceja.

—¿Me tomas por un idiota? —De pronto sonrió, y era como acabaran de contarle un buen chiste—. Sí, claro que me tomas por un idiota. Al fin y al cabo, la última vez que nos vimos me comporté como uno. Pero, respondiendo a tu pregunta, los gusanos de memoria cambiarán tu cuerpo y descargarán los recuerdos del Espectro en tu mente, pero a todos los efectos seguirás siendo tú. Tu personalidad no se verá afectada, y tu memoria tampoco.

Brandan destapó el frasco y olisqueó su contenido.

—Apesta —dijo.

Tsun Zune se encogió de hombros e imitó al adepto. Luego, se llevó el frasco a los labios y lo vació de un solo trago. Tras un segundos de vacilación, Brandan hizo lo mismo.

Yoranna los miró y luego, sin una sola palabra, bebió el contenido de su frasco.

—Érvinder es vuestro para que lo pobléis. Excepto allí donde mora mi aliento. No os adentraréis en los bosqueoscuros.

El hombre, dócil, no respondió nada, mas fue la mujer la que dijo:

—¿Por qué?

—Porque así lo he decidido —dijo Dios.

—¿Por qué? —repitió la mujer.

—Porque seríais destruidos si lo intentarais. Porque no hay norte al que ir tras sus lindes. Porque no podréis volver una vez las traspaséis. Porque los Grassin J'mpmensh caerían sobre vosotros y os consumirían.

—¿Por qué? —dijo una vez más la mujer.

Lo que Dios le respondió en esta ocasión, nadie lo sabe. Ni tampoco que hizo la mujer con su respuesta.

—El libro del origen (versión de Jarsarén)

Era evidente que el coronel se estaba conteniendo para no decirle a Fléiter Praghem que estaba loco. También era evidente que había recibido órdenes de seguir sus instrucciones.

En realidad, Fléiter estaba de acuerdo con el coronel. Estaba loco, tenía que estarlo para proponer lo que estaba proponiendo. Pero tampoco podía hacer otra cosa.

—Tenemos que atravesar el bosqueoscuro, coronel

—repitió—. Si la información con la que cuento es correcta, lo que buscamos está en su mismo centro. —Dudó unos instantes—. Eso significa que es posible cruzarlo; al fin y al cabo, los Espectros han tenido que hacerlo para colocar allí las bombas.

El coronel consideró unos segundos las palabras de Fléiter.

—Eso, suponiendo que estén allí —dijo.

Fléiter no respondió. El coronel se llevó la mano a la frente y miró a su alrededor, como si quisiera convencerse de que realmente estaba allí. Al final, tomó aire lentamente y dijo:

—Si hay que hacerlo, hay que hacerlo.

Fléiter tomó su bastón y se puso de pie. Normalmente, el tacto pulido de la plata de la empuñadura lo reconfortaba, pero en aquellos momentos no sirvió para nada. ¿El bastón mágico de Arteg Praghem? Lo miró, y lo único que pudo ver fue un maldito trozo de madera surcado por palabras incomprensibles.

Alzó la cabeza y tomó aire.

—Intentaremos no ir a ciegas, coronel —dijo—. Tengo varias ideas.

T'icorn asintió, aunque Fléiter sabía que era porque no le quedaba otro remedio.

Como a mí, se dijo.

Dos horas.

Dos horas de penoso avance a través de la espesura sin ninguna garantía de estar caminando en la dirección correcta.

Fléiter miró el grupo de carneútiles que iban al frente de la comitiva, flanqueados por media docena de soldados que les abrían camino a machetazos y seguidos por otros diez que no parecían hacer nada más que caminar en silencio.

Si habían cumplido sus órdenes, si realmente los carneútiles estaban sometidos a su voluntad, si... si todo eso funcionaba, quizá estuvieran yendo al corazón del bosqueoscuro.

Tiempo atrás se había comprobado que un humano no podía adentrarse en un bosqueoscuro más allá de unos cientos de metros. Enseguida perdía la orientación y, tarde o temprano, acababa de nuevo en las lindes. A veces, en el mismo lugar del que había partido; otras, a varios kilómetros de allí.

De nada servía llevar una brújula. Aparentemente, funcionaba y uno tenía la sensación de estar caminando en la dirección correcta todo el rato... hasta que se encontraba de nuevo en la linde del bosqueoscuro y comprendía que había sido burlado una vez más.

Había sido idea de Fléiter usar los carneútiles. Al fin y al cabo, eran capaces de hacer casi cualquier cosa, con tal de que la voluntad que los guiaba fuese lo bastante fuerte. Así que el plan era de una simplicidad extrema.

Pon a unos cuantos hombres con una sola idea en la cabeza: ir al corazón del bosqueoscuro. Frente a ellos, pon unos cuantos carneútiles y deja que el pensamiento se vaya convirtiendo en obsesión, hasta el extremo de que los carneútiles no puedan evitar marchar hacia donde se les dice.

A partir de ahí...

A partir de ahí, tirabas los dados y confiabas en que todo saliese como esperabas.

Y lo cierto es que así lo parecía.

Avanzaban con una lentitud exasperante. Y continuamente tenían la sensación de estar andando en círculos, cosa que las brújulas confirmaban.

Así que quizá estaban yendo en la dirección correcta, después de todo.

—Debemos descansar, Praghem.

Fléiter miró al coronel y asintió. El trecho que habían recorrido había sido descorazonadoramente escaso, pero incluso así se habían adentrado en el bosqueoscuro más de lo que lo había hecho cualquier otro hasta el momento... bueno, salvo los Espectros, que parecían tener sus propios medios para llegar al corazón del bosque.

Todos estaban cansados. De hecho, los carneútiles parecían al borde del agotamiento, como si sus dóciles cerebros se hubieran pasado el día entero luchando con impulsos contradictorios.

—De acuerdo, coronel —dijo Fléiter—. Reúne a los carneútiles en un corro bien apretado y

sitúa cuantos hombres puedas a su alrededor. Y que estén concentrados en lo que deben.

—Así lo haré —concedió T'icorn a regañadientes—. Confieso que tu idea no me pareció gran cosa cuando la expusiste, pero da la impresión de que funciona.

—Tal vez, coronel. Pero para que siga funcionando, nuestros carneútiles deben ser guiados en todo momento. No podemos relajar la presión sobre ellos, recuérdalo.

—¿Crees que de verdad saben dónde está el centro del bosque oscuro?

Fléiter se encogió de hombros.

—O lo saben, o lo irán averiguando sobre la marcha. No se dejarán engañar por el bosque como nos pasa a nosotros. No, al menos, mientras nuestra voluntad sea fuerte.

El coronel asintió. Sin añadir una palabra, dio media vuelta y empezó a repartir órdenes. No tardaron en establecer el campamento.

Bien, se dijo Fléiter. *De momento parece que las cosas funcionan.*

Sí, las cosas siempre parecían funcionar justo hasta que dejaban de hacerlo.

Cuando iniciaron el descanso parecía estar anocheciendo y ahora, varias horas más tarde, seguía igual. Avanzaban en medio de un crepúsculo interminable, abriéndose paso a machetazos entre un bosque cada vez más espeso, guiados por los carneútiles, dóciles y obedientes, que seguían su camino espoleados por la voluntad de los soldados tras ellos.

Era como una maldita pesadilla, se dijo Fléiter. Peor, en realidad, como estar a mitad de camino entre el sueño y la vigilia, ni del todo dormido ni despierto por completo.

Alzó la vista y vio un cielo que no parecía tener ninguna prisa en oscurecerse o aclararse. A su lado, los árboles eran como esqueletos inmóviles de gigantes muertos. Aquí y allá, de algunas ramas colgaba un fruto anaranjado y menudo que, sin duda, era el embrión de un carneútil.

El tiempo no parecía transcurrir. Seguían caminando y, a cada paso, Fléiter se aferraba con más fuerza a la empuñadura de su bastón.

Las historias de su padre no se iban de su cabeza.

Historias de peligro, de grandes males que se cernían sobre el mundo, de riesgos imposibles y miedos a lo que nadie podía hacer frente.

Excepto un hombre, contaba el viejo. Un solo hombre se interponía en su camino. Arteg Pragem, armado únicamente con su bastón (y aquí su padre lo agitaba en el aire, se lo mostraba un Fléiter cada vez más fascinado), el bastón que había sido creado en el amanecer del mundo y cuya superficie estaba cubierta por tales palabras impronunciables de protección (y los ojos de Fléiter, cada vez más abiertos, recorrían hasta sabérselos de memoria aquellos caracteres incomprensibles) que nada podía hacerle daño.

—Es nuestra herencia —le decía el viejo—. Ha ido pasando de mano en mano, de un Pragem al siguiente. Y algún día será tuyo.

Y lo era. Un trozo de madera inútil que no tenía más valor que el de su nostalgia y sus miedos infantiles.

De pronto, el bosque terminó, y lo primero que pensó Fléiter es que pese a todo, habían sido burlados y estaban de vuelta en las lindes. Al final, habían caminado en círculos.

Pero no tardó en darse cuenta de que no era así. No sabía dónde estaban, pero seguían dentro del bosque, eso era un hecho.

Un claro, quizá. Un claro inmenso que se extendía a cuanto alcanzaba la vista en mitad de un mediodía imposible.

Fléiter miró a sus espaldas, a la trocha a través de la que acababan de pasar. Atardecía. Miró al frente y parpadeó ante la luz cruel del mediodía.

—¿Qué es esto? —preguntó el coronel, a su lado.

Fléiter se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. Un claro, tal vez.

—¿Llamas a esto un claro?

Señalaba frente a él con un amplio ademán que intentaba inútilmente abarcarlo todo. A los lados, el bosque se acababa de repente y ante ellos no había más que una extensión de yerba que parecía no terminar jamás. El suelo estaba en una ligera pendiente, como si estuvieran al inicio de una loma no muy alta.

La forma en que el bosque terminaba junto a ellos era brusca, abrupta, tanto que no parecía natural.

—Un claro —repitió Fléiter—. Bastante grande, por lo que parece. Quizá si coronamos la pendiente, podamos verlo en su totalidad.

El coronel asintió. Junto a ellos, los carneútiles se mostraban nerviosos por primera vez, indecisos. El coronel ladró una orden y media docena de hombres se adelantaron al resto y entraron en el claro.

La yerba empezó a temblar casi al instante y Fléiter encontró aquello tan inquietante como familiar.

Tonterías, se dijo.

Los hombres caminaron diez, doce pasos y se detuvieron. Uno de ellos se volvió hacia el grupo que los esperaba al borde del claro y dijo:

—Todo parece en orden.

¿En orden?, se dijo Fléiter. Nada estaba en orden. Estaban pasando de un atardecer interminable a un mediodía eterno con un solo paso.

—¿Qué hacemos? —preguntó el coronel.

¿Qué podían hacer?

—Seguiremos adelante —dijo Fléiter.

La yerba seguía temblando a cada paso que daban y por mucho que caminasen, no parecían llegar nunca a la cima. Los carneútiles estaban desorientados, como si la voluntad de los soldados que los empujaba ya no fuera suficiente.

Respirar estaba empezando a convertirse en un esfuerzo, y hacía rato que todos tenían las ropas empapadas de sudor.

Esto no puede durar mucho más, se decía Fléiter una y otra vez.

Pero duraba.

Contempló la yerba. Ya no se limitaba a temblar. Era como si cada tallo estuviera buscando a los de al lado y, cuando se encontraban, iniciaban una danza lenta y casi hipnótica, como un ritual de cortejo, o...

Tonterías. Imaginaciones.

Tenemos que salir pronto de aquí.

El calor era insoportable, la humedad en el aire no hacía más que aumentar, y seguían ascendiendo como si aquella loma no tuviera un final. A sus espaldas, la línea del bosque era un manchón lejano.

Al volver la vista a un lado distinguió algo. Pero, tan rápido como lo había visto, se desvaneció.

Te estás imaginando cosas.

De pronto, se detuvieron. El coronel, ceñudo, se dirigió a un grupo de hombres que se arracimaban alrededor de algo y comentaban lo que veían entre murmullos nerviosos.

—¿Qué ocurre? —le oyó preguntar.

Uno de los soldados se volvió para decírselo.

Y, de pronto, Fléiter tuvo la sensación nítida y precisa de que todo cuando había a su alrededor se detenía.

La yerba se estremeció una vez más, los tallos finalizaron su baile.

Y en el suelo empezaron a formarse pequeños abultamientos que crecieron con rapidez. Como si la tierra se estuviera librando de algo molesto, fueron haciéndose cada vez mayores.

Y de repente estallaron.

Estaban rodeados.

A todo cuanto alcanzaba la vista no había otra cosa que...

Grassin J'mpmensh, pensó Fléiter.

Eran hombres, o al menos tenían la apariencia de tales. Dos brazos, dos piernas, una cabeza, un rostro de ojos negros y sonrisa afilada. Y eran verdes. Tan verdes como la yerba que los había vomitado, y parecían estar hechos de ella.

Grassin J'mpmensh, pensó de nuevo Fléiter.

Y luego:

Estamos muertos.

Los soldados no parecían comprender lo que ocurría. Los carneútiles se habían dejado caer al suelo y gemían, libres al fin de la voluntad de los hombres gracias al miedo.

Fléiter oyó cómo el coronel iniciaba una pregunta:

—¿Qué...?

Pero nunca supo lo que el coronel quería saber, porque al momento los hombres de yerba perdieron su inmovilidad y se abalanzaron sobre ellos.

Estamos muertos, pensó otra vez Fléiter.

Los Grassin J'mpmensh caían sobre los soldados y, por más que estos los apartaban a un lado a base de golpes y patadas, seguían cayendo sobre ellos, siempre sin dejar de sonreír, siempre sin una palabra.

Fléiter vio que uno de los soldados desenvainaba su espada y cortaba en dos a uno de los hombres de yerba. Quiso advertirle, pero ya era demasiado tarde. Cuando comprendió lo que ocurría, el soldado tenía ante sí dos diminutos hombrecillos hechos de yerba, que lo miraban sonrientes y silenciosos.

De pronto, se intercambiaron una mirada y saltaron a la vez. En mitad del vuelo, se deshicieron en un millón de yerbajos que cayeron sobre el soldado y, antes de que éste pudiera hacer nada, lo cubrieron por completo.

Fléiter vio cómo el hombre se agitaba, intentando librarse de aquella nueva piel, pero a cada movimiento sólo conseguía que la yerba se pegara más a él.

Al cabo de un rato, dejó de moverse y cayó al suelo, que se abrió para abrirle paso. En unos segundos, el soldado había desaparecido.

Estamos muertos.

El espectáculo se repetía por todas partes. Los Grassin J'mpmensh caían sobre los hombres, los empujaban los rodeaban, pasaban sobre ellos, como niños que estuvieran jugando. Luego, de repente, saltaban y en medio del aire se deshacían en una nube de girones verdes que no tardaban en encontrar un anfitrión humano.

Las armas eran inútiles contra ellos. Cortarlos en dos sólo servía para conseguir réplicas de talla disminuida que seguían siendo tan peligrosas como los de tamaño natural. Las balas los atravesaban sin causarles ningún daño. Y, en el momento en que saltaban y se deshacían en briznas, cualquiera que estuviera cerca de ellos acababa atrapado.

No podían hacer nada.

—¡Retirada! —oyó gritar al coronel.

Pero, ¿retirada hacia adónde? El inicio del claro casi no se divisaba en la distancia, y nada les garantizaba que, aunque se volvieran a internar en el bosque, no fueran a perseguirlos hasta allí.

No, se dijo Fléiter. Los Grassin J'mpmensh sólo viven en la yerba. No pueden estar en el bosque.

¿Por qué? ¿Porque un cuento estúpido contado por su padre a la luz de una hoguera mortecina así lo aseguraba?

Sin embargo, no tenían muchas opciones.

Fléiter sabía que no llegarían, que su retirada sería inútil, pero no podían hacer otra cosa.

De pronto, sintió un movimiento a un lado y, al volverse, vio a uno de los hombres de yerba junto a él, tan sonriente y monstruoso como lo había sido en su imaginación infantil.

Sin pensar en lo que hacía, alzó el bastón y golpeó con él a aquella criatura.

¿Qué es una leyenda? ¿De dónde salen los cuentos que les contamos a nuestros hijos para que se duerman? ¿Cómo surgen las historias?

Y, sobre todo, ¿Por qué son iguales en todas partes? Pueden cambiar los nombres, parte de la peripecia, o el final. Pero reducidos a sus elementos básicos todas esas leyendas y esos cuentos infantiles son los mismos. Da igual que se cuenten en Khynai o en Mex, que se pasen de padre a hijo en Jarsarén o se atraiga la atención del público con ellos en un mercado de Barlénder. Una y otra vez son las mismas historias, las mismas leyendas.

Y nadie recuerda nunca haberlas inventado. Los trovadores las embellecen, los cuentacuentos les añaden nuevas complicaciones, los rapsodas interpolan en ellas material de su cosecha.

Pero el esqueleto básico está ahí. Y parece haber estado ahí desde siempre. Cuando el primer hombre y la primera mujer llegaron al mundo, las historias ya estaban allí, esperando a ser contadas, o al menos es lo que parece.

La solución al misterio es obvia, claro. Las implicaciones de esa solución, por otra parte, quizá se revelen como algo incómodas de manejar.

—Próxtor Brandan

Yoranna, en un cuerpo que no era el suyo, seguía a Tsun Zune sin decir una palabra. Él miraba hacia atrás de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que la mujer no se había ido. No parecía especialmente complacido cuando descubría que estaba allí.

Coronaron una loma rematada por un pequeño muro de piedra y se detuvieron unos instantes.

El bosque oscuro empezaba a unos metros de ellos y Tsun Zune se sentó en una piedra chata a un lado del camino y miró hacia el cielo. No había casi nadie a su alrededor, y los pocos que había no les prestaban atención. Bueno, no tenían por qué, al fin y al cabo. No eran más que dos Espectros paseando, o tal vez cumpliendo una misión que les había sido encomendada.

Lo bueno de formar parte de una maquinaria bien engrasada era que todo el mundo asumía que, si estabas allí, era porque tenías que estar. Así que nadie preguntaba.

Claro que todo eso iba a cambiar enseguida.

—No tenemos mucho tiempo —murmuró, sin prestar atención a la mujer—. Pero creo que puedo perder unos instantes.

—¿En qué? —preguntó Yoranna.

Tsun Zune se encogió de hombros.

—¿En qué se suele perder el tiempo? —dijo—. En tonterías sentimentales, por supuesto.

Tomó aire y se puso de pie.

—Vamos.

Echó a andar hacia el bosque oscuro y Yoranna, tras un momento de vacilación, fue tras él.

Imri.

Se abrían paso trabajosamente a través de los árboles, con Tsun Zune siempre delante, siguiendo un camino que no parecía estar allí hasta que se encontraban en él y que siempre estaba a punto de desvanecerse. Un movimiento en falso, un instante de vacilación y el camino perdía consistencia y todo a su alrededor se tambaleaba.

Tsun Zune se detenía, tomaba aire, cerraba los ojos y daba un nuevo paso. Y Yoranna, casi pegada a él, imitaba sus movimientos.

Lo hacía de un modo ausente, mecánico, sin ser del todo consciente de lo que la rodeaba.

Imri.

No conseguía apartar la imagen de su antigua amante de su cabeza. No hacía otra cosa más que ver su rostro, contemplar su figura indolentemente tumbada en el lecho, con los ojos brillantes y la sonrisa a punto de asomar a sus labios.

Imri.

En la que no había pensado en... ¿cuánto tiempo?

Desde que Yáxtor la había poseído, comprendió. Como si lo que había introducido el adepto dentro de ella hubiese borrado todo lo que había antes, como si ya no hubiera sitio en Yoranna para nada que no fuese Yáxtor.

Ni para Imri.

Se sentía sucia, manchada por algo frío y resbaladizo que no conseguía quitarse de encima. Había olvidado a Imri, se había desvanecido en su memoria como si no hubiera existido jamás, aplastada por el peso insoportable de Yáxtor dentro de ella, Yáxtor a su alrededor, Yáxtor llenando cuanto sentía con su presencia, rodeándola como una prisión de la que no podía escapar. De la que, a veces, no quería escapar.

Había pasado los últimos días luchando contra eso, maldiciéndose a sí misma por no poder dejar de sentir lo que no quería sentir, por estar atrapada en una cárcel de la que no deseaba salir, por estremecerse cada vez que él la tocaba y la poseía.

Luchando y perdiendo, una y otra vez.

Llena de rabia y de deseo.

Y en todo ese tiempo, no le había dedicado un solo pensamiento a Imri, como si la mujer que amaba se hubiera desvanecido para siempre en un pasado que no había existido jamás, como si todo lo que hasta ahora había vivido Yoranna no fuera más que una ilusión que la presencia de Yáxtor hubiera barrido de un plumazo.

Había olvidado a Imri.

Y ahora, cuando volvía a verla, cuando recuperaba, por fin, aquel rostro que había amado y aquel cuerpo que había saciado todos y cada uno de sus deseos, no conseguía sentir nada.

A su alrededor, el bosque era una amenaza; sombrío, silencioso, lleno de caminos que no conducían a ninguna parte y de susurros que nunca llegaban a ser del todo audibles. Como si todo el bosque fuera un único animal al acecho, esperando que sus presas llegaran lo bastante lejos para que no tuvieran la menor posibilidad de escapar.

Pero todo aquello no podía importarle menos.

Había olvidado a Imri. Y eso ya era bastante malo. Pero el horror estaba en haberla recuperado ahora, en hacerla volver a su memoria sólo para sentir que ya no sentía lo que debía.

Donde había estado Imri, ahora estaba Yáxtor, y su presencia no permitía salida alguna. No había tregua.

Pero yo la amaba, se dijo.

Se mordió el labio, al comprender el error que acababa de cometer.

La amo, pensó.

Sólo que no era así, y lo sabía.

Sus apetencias, sus deseos, su inclinación, todo cuando hacía de ella una mujer estaban orientados a Yáxtor, giraban alrededor de él y estaban encadenados a su imagen, su olor, su tacto y su peso. No había sitio para nada más.

La amo, recalcó.

No era cierto.

Su memoria estaba intacta. Y recordaba lo que había sentido por Imri, recordaba el modo en que deseaba volver a casa cada vez que se iba, el modo en que su carne deliciosa, tibia y trémula se estremecía bajo sus dedos, la manera en que un solo gemido de Imri, un simple gesto, el solo indicio de una sonrisa de placer en su rostro la volvía loca y la hacía desear morir pegada a ella.

Recordaba todo eso y no servía de nada.

Era como si le hubiera ocurrido a otra persona. Toda la emoción que debía haber acompañado a las imágenes había desaparecido.

La amo, se dijo una vez más, rechinando los dientes.

Pero era mentira.

Tsun Zune debió notar que algo no estaba bien, porque se detuvo de pronto y la miró. Pareció a punto de preguntarle algo, pero en el último momento, meneó la cabeza y siguió caminando. Ella fue tras él.

Imri, se dijo de nuevo. Pero lo único que había tras el nombre era una vaga tristeza y una intensa sensación de culpa.

Lambodonas no dormía.

El último aerobajel procedente de Wáhrang soltaba su carga humana y se quedaba inmóvil, amarrado a la torre de atraque. Los artífices revisaban su estructura, anotaban los posibles puntos de reparación y terminaban su turno.

La Reina de Alboné descansaba. Aunque, en realidad, no lograba conciliar el sueño y daba vueltas una y otra vez en una cama demasiado grande. Junto a ella, la carneútil real temblaba.

A medida que anohecía, las calles se iban iluminando y a la luz amarillenta de las farolas todo adquiría un tono espectral, como si no fuera real por completo. La gente paseaba, los carruajes traqueteaban por el adoquinado de las calles. El río se desparramaba lánguido hacia un mar que lo esperaba sin ninguna prisa.

Orston Velhas, Adepto Empírico Supremo y nuevo Regente, recibía informes, oía análisis y esperaba. No podía hacer otra cosa.

De noche, la respiración de la ciudad se hacía más pausada. Y, entre bocanada y bocanada, sus habitantes vivían, morían, amaban, se divertían o, simplemente, seguían adelante una noche

más.

Qérlex Targerian se entretenía con sus cachivaches y retrasaba la hora de abandonar su taller. A veces, alzaba la vista y se preguntaba qué estaría haciendo Yáxtor Brandan.

Hasta ahora, todo iba saliendo de acuerdo a lo previsto, pero Tsun Zune estaba muy lejos de sentirse seguro.

Necesitaba toda su concentración para seguir adelante y no perder el errático sendero que lo llevaba hacia el corazón del bosque oscuro. A veces vacilaba y entonces no le quedaba más remedio que detenerse y esperar.

En esos momentos, todo lo que había hecho para llegar hasta allí se convertía en una pregunta sin respuesta.

Sin poder evitarlo, repasaba su vida.

Cambios, se decía.

Una sucesión de cambios que lo habían llevado hasta aquel preciso instante, a aquel lugar concreto.

Había buscado la verdad en el dolor de otros hombres, en dos palabras que eran la misma pero significaban todo lo contrario, en la tranquila confianza de que el Dios Único lo tenía todo previsto y había ordenado el mundo de acuerdo a un patrón reconocible y comprensible.

Y todo eso había cambiado.

Varias veces.

(El sendero cobraba de nuevo consistencia, y Tsun Zune daba un paso, dos, media docena antes de detenerse otra vez y esperar.)

Había cambiado cuando Yan Fleng volvió a su vida convertido en Número Dos y le mostró, una tras otra, todas las mentiras que lo rodeaban. No le había enseñado la verdad, aún no, pero había alzado el velo lo suficiente para que Tsun Zune pudiera atisbar lo que había más allá, el animal desnudo que se agazapaba tras las máscaras del mundo.

Había seguido cambiando mientras Tsun Zune se entregaba a esa nueva verdad y a la causa del hombre que le había mostrado el camino. Había cambiado una y otra vez a lo largo de los años, mientras maquinaba, tramaba y obedecía como un Espectro fiel.

(Un paso. Otro más, asegurándose siempre de que el camino seguía allí, de que no se desvanecería. La presencia de la mujer a sus espaldas, cargada de culpa y preocupación. El camino siempre adelante... salvo cuando dejaba de estarlo.)

Había cambiado de nuevo cuando parecía imposible.

Bastó con sentir su vida amenazada. Con tomar la decisión de que, pese a todo, quería seguir vivo. Con huir y refugiarse en aquel lugar oblicuo al mundo, en aquel vacío en el que sólo había tiempo y nada más.

¿Seguirá cambiando?, se preguntó.

Quizá.

(Una bocanada de aire. La vista al frente. El aliento de Yoranna tras él. Detenerse. Esperar.

Seguir. Detenerse una vez más.)

Sabía lo que le esperaba, hasta cierto punto. Oculto en su refugio en medio de ninguna parte, viendo el tiempo pasar, había visto su propia vida una y otra vez, la había recorrido hacia atrás y hacia adelante y se había visto a sí mismo tomando decisiones, abriendo caminos y cerrando posibilidades. Había contemplado su propia muerte innumerables veces. Había comprobado cómo sus actos podían cambiar el mundo. Haz esto en lugar de esto otro, gira a la izquierda en lugar de a la derecha, no te muevas y deja que las cosas pasen, obliga a los acontecimientos a que vayan por donde quieres. Actúa o no actúes.

Había elegido una senda. Sólo una de todas las posibles. Y esa senda lo llevaba a Yáxtor, lo llevaba a volver a donde estaban sus antiguos compañeros. Lo llevaba a internarse en el bosque oscuro acompañado de Yoranna.

(Sobre ellos, un crepúsculo interminable. A su alrededor, los árboles convertidos en una amenaza. Al frente, casi invisible, el camino.)

¿Por qué?, se preguntaba.

¿Por qué no?, se respondía.

Cambios. Decisiones. Encrucijadas.

No había certezas. Si algo le había quedado claro durante su reclusión en el espacio vacío entre los portales era que nada era del todo inevitable. Había visto un futuro y había llevado sus pasos en dirección a él. Pero, aunque hasta el momento el sendero que seguía era el mismo que se había visto recorrer, aún podía torcerse y desembocar en otro sitio.

Cambios.

Se detuvo de pronto. Había visto...

Entrecerró los ojos y permaneció totalmente inmóvil.

Sí, allí estaba. Se acercaban al claro de los Grassin J'mpmensh. Miró a sus espaldas y escrutó el rostro de Yoranna. Era difícil ver a la mercenaria tras aquellas facciones prestadas, pero Tsun Zune sabía cómo mirar.

Un tigre a medio domesticar, se dijo de nuevo. Yáxtor tendría que haber hecho las cosas de otro modo.

Pero ahora no había tiempo para aquello.

Se volvió al frente y siguió caminado. Tres pasos más tarde se encontraba en la linde del claro, abierto a un mediodía interminable.

—Hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Yoranna tras él.

Tsun Zune se hizo a un lado y dejó que la mujer contemplara el paisaje.

—¿Qué...?

Tsun Zune sonrió.

—Vamos, querida, no me digas que tu madre nunca te contó cuentos al acostarte. Seguro que te habló de los hombres de yerba, los guardianes del corazón de los bosques oscuros.

Yoranna asintió, incrédula.

—Pero...

—Es real —dijo Tsun Zune—. Lo bastante real, en cualquier caso, para suponer nuestra muerte si no nos andamos con cuidado. Tendremos que cruzarlo.

—¿Cómo? —preguntó Yoranna.

—Oh, no será muy difícil, espero. En cuanto hayamos dado con el camino. No creo que esté muy lejos.

—¿Y nadie nos detendrá?

Tsun Zune frunció el ceño y calculó mentalmente el tiempo que había empleado en llegar hasta allí.

—No, no lo creo. Encontraremos poca oposición —dijo—. Yáxtor se encargará de ello.

No le pasó desapercibido el modo en que cambiaba la expresión de Yoranna al oír el nombre de Brandan. *Domesticada a medias*, se dijo de nuevo. Esperaba que fuera suficiente.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Bueno, a estas alturas el efecto de los gusanos de memoria debe haberse pasado. Así que mis antiguos compañeros ya habrán averiguado que Yáxtor es un intruso y lo habrán capturado. O estarán en ello, en cualquier caso.

Yoranna tardó en asimilar lo que decía Tsun Zune.

—¿Has...? —empezó a decir. Tragó saliva y empezó de nuevo—. ¿Has hecho que capturaran a Yáxtor?

Tsun Zune asintió.

—Por supuesto —dijo.

Lo peor de ser consciente de tu propia ignorancia es que no sabes realmente lo grande que es.

Puedes cuantificar lo que sabes, pero ¿cómo vas a saber cuán grande es todo lo que no sabes?

Hoy conocemos el mundo mejor que hace una generación. Y sin duda los hombres de generaciones siguientes lo conocerán mejor que nosotros. Así, nuestro conocimiento se hace cada vez mayor.

Pero no sabemos si, en realidad, nuestra ignorancia disminuye. Bien pudiera ser que aumentase junto con nuestro conocimiento.

—Qérlex Targerian

—¿Qué podemos hacer?

Fléiter contempló en silencio al joven que le estaba preguntando eso. Era un teniente, a juzgar por las dos espadas en su manga y, si no se equivocaba, acababa de convertirse en el oficial de rango más alto.

—Esperaremos —respondió Fléiter.

El teniente asintió, como si lo único que hubiera necesitado fuese una respuesta, cualquiera. Fléiter sospechaba que si le hubiese dicho que avanzasen, el joven habría asentido con la misma decisión.

Se volvió y contempló el claro del que acababa de salir.

La yerba estaba de nuevo tranquila, y no había el menor rastro de los hombres que habían muerto sobre ella. Los Grassin J'mpmensh se los habían tragado y la tierra se había abierto para recibirlos.

La mitad de los hombres y la mayoría de los carneútiles habían desaparecido, por no mencionar casi todos los carros y las bestias de carga.

Pero estoy vivo, se dijo Fléiter.

De algún modo se las habían apañado para retroceder y regresar al bosque. Y, sobre todo, habían descubierto que no estaban totalmente indefensos.

Fléiter contempló el bastón de su padre. Su superficie pulida por el tiempo estaba completamente cubierta por una baba verde y pegajosa que olía intensamente a yerba recién cortada. Ante los ojos de Fléiter, la madera absorbió el fluido que la cubría y volvió a presentar su aspecto de siempre.

Así que quizá eres el bastón de Arteg Pragem, después de todo, se dijo.

Parecía el mismo de siempre: oscuro, suave, cubierto de ideogramas y ligeramente torcido. Pero al mismo tiempo, era distinto. Como si, en cierta extraña forma, hubiera despertado de un largo letargo y se resistiera a dormirse de nuevo.

¿Y por qué no?

Contempló de nuevo el claro. Volvió la vista hacia los hombres que habían conseguido

retirarse. Finalmente, miró el escaso grupo de carneútiles que les quedaban.

—Teniente —llamó.

El joven pareció materializarse a su lado.

—Voy a volver al claro —dijo, sin creer del todo lo que estaba diciendo—. Esperaréis a mi vuelta.

—¿Cuánto tiempo?

—Todo el que haga falta, teniente.

El joven asintió, sin vacilar. Un soldado obediente, al fin y al cabo.

—Necesito dos carneútiles. A ser posible en buenas condiciones. Átalos bien y ponles unas riendas.

—Sí, señor.

El teniente dio media vuelta y empezó a cumplir las órdenes de Fléiter.

¿De verdad vas a hacerlo?

¿Por qué no? Si aquél era el bastón de Arteg, si los Grassin J'mpmensh existían y podían ser derrotados por él... ¿por qué no iba a ser cierto todo lo demás?

Deja que vaya otro.

Meneó la cabeza. Vio ante sí el rostro de su padre y oyó sus palabras. «Nadie que no sea un Praghem empuñará este bastón».

El teniente volvía, con dos carneútiles que llevaba de las riendas. Fléiter se hizo cargo de ellos con una mano y agarró con fuerza el bastón con la otra. Dio un paso que esperaba que pareciera decidido hacia el interior del claro.

Allá vamos, papá, se dijo.

Era como estar viviendo un cuento.

Ahora que era un hombre solo y no un grupo de ellos, la yerba parecía más tranquila, y su actividad era mucho menor, como si sopesase la nueva amenaza y la encontrase menos importante que la anterior.

Pero no debía confiarse, era cuestión de tiempo que se formase un hombre de yerba.

Dentro de su cabeza, oía a su padre contando la historia de Arteg Praghem y los Grassin J'mpmensh. Y no se perdía ni una palabra.

Seguía avanzando y no tardó en ver que, cerca de él, se estaba formando un bulto sobre la yerba. Se detuvo y aguardó mientras el bulto iba tomando poco a poco forma humana y finalmente, con un ligero sonido de succión, echaba a andar.

Entonces, sin vacilar, alzó el bastón y golpeó a la criatura.

Hubo un crujido y una expresión de asombro desvalido asomó al rostro del hombre de yerba. Luego, tras temblar unos instantes, la criatura perdió consistencia y se transformó en un torrente de baba verde que fue absorbido por el suelo.

Siguió caminando.

Hasta ahora, todo bien, se dijo.

Sí, hasta ahora el cuento y la realidad eran una sola cosa. Ascendía loma arriba, guiado por los dos carneútiles, como habría hecho el mismo Arteg Praghem. Pero, ¿qué pasaba si al llegar a la cima las cosas dejaban de ser como en el cuento? ¿Y si lo que esperaba encontrar no estaba allí? ¿Qué haría entonces?

Se encogió de hombros.

Una cosa cada vez. Ya habría tiempo para pensarlo cuando pasase.

Siguió caminando. De vez en cuando la yerba formaba un Grassin J'mpmensh, pero parecía hacerlo de un modo desganado, como si estuviera cumpliendo una obligación rutinaria. La loma ya no vomitaba hombrecillos verdes de mirada vacía: a veces crecía uno aquí, otro allá, y lo hacían a una velocidad lenta, casi cansina.

Destruirlos con el bastón era un juego de niños.

¿Se estaba rindiendo la yerba? ¿O simplemente dejaba que Fléiter se confiase para lanzar de verdad su ataque cuando éste estuviera desprevenido?

No pienses, se dijo. Sigue caminando.

Eso hacía.

Seguía ascendiendo. Poco a poco, sin que pareciera que la cima de la loma estuviera más cercana. De vez en cuando volvía la vista y contemplaba la linde del bosque, cada vez más lejana.

Llegó de repente, y fue extrañamente decepcionante.

Un paso y aún seguía ascendiendo. Un nuevo paso y, de pronto, estaba en la cima.

Los carneútiles se habían detenido y se volvían hacia él, esperando nuevas instrucciones. Era su voluntad lo que los había guiado hacia allí y ahora, con el objetivo cumplido, no parecían saber qué hacer.

—Tranquilos —dijo Fléiter, aunque él mismo distaba mucho de sentirse así.

Miró a su alrededor. Era como estar en el centro del mundo. La loma se extendía a sus pies, alcanzando cuanto abarcaba la vista. A lo lejos había una delgada línea, poco más que una mancha parda que circundaba por completo la loma.

El bosqueoscuro.

Así pues, estaba en su centro, en su corazón, en el lugar al que Yáxtor había dicho que debían ir.

Junto a los carneútiles había lo que parecía un altar, o tal vez un banco de piedra.

Fléiter se acercó, y no necesitó verlo para saber cómo era. Al fin y al cabo, su padre se lo había descrito cientos de veces:

«Arteg Praghem encontró el nudo del mundo. Le llegaba a las rodillas y era como la boca de un pozo, de paredes redondas y lisas. Pero, donde debería haber estado el pozo, no había más que un minúsculo agujero que parecía un ojo.»

¿El ojo del mundo? O quizá, tan solo, el ojo del bosqueoscuro.

Fléiter sabía lo que debía hacer. Lo había sabido desde su infancia.

Meneó la cabeza, tomó aire y, lentamente, introdujo el bastón en el pequeño agujero del

altar.

Poco a poco, fue encajando en él, hasta que Fléiter oyó un chasquido.

Y, a su alrededor, el mundo cambió por completo.

Ya no estaba en cima de una loma. Ya no se encontraba en el centro del bosque oscuro.

Pero sin duda estaba muy cerca de él.

Era como si el espacio se estuviera creando ante sus ojos a medida que miraba. Y Fléiter no podía dejar de mirar.

Lo que había sido la cima se convirtió en el borde de un cráter. El mundo parecía estar moviéndose a su alrededor, y Fléiter tuvo la sensación de que él estaba inmóvil, que estaba más inmóvil de lo que lo había estado en toda su vida.

Se sintió vuelto del revés y recompuesto de nuevo.

Parpadeó.

Y luego, muy lentamente, se sentó en el borde del cráter que acababa de formarse.

La pendiente, arenosa y no muy pronunciada, descendía varios cientos de metros. Aquí y allá se alzaban algunos árboles aislados.

Y en el fondo, en el centro mismo del cráter, algo brilló con un resplandor inconfundiblemente metálico.

—Sígueme, teniente.

El joven asintió, aún tratando de digerir lo que había ocurrido.

Había visto a Praghem caminar loma arriba, repeler con su bastón los ataques de los Grassin J'mpmensh, ir empequeñeciéndose poco a poco a medida que ascendía.

Luego, lo había visto en la cumbre, poco más que un punto oscuro recortado contra el cielo. Se dio cuenta de que estaba haciendo algo, pero no sabía el qué.

Y, de pronto, el mundo había cambiado. El teniente no supo cómo, pero tuvo la sensación inconfundible de que el mundo era ahora más grande, sólo un poco, como si se le acabara de añadir una pizca más de espacio.

Y Praghem había vuelto, descendiendo tranquilamente por la loma, sin bastón y sin carneútiles.

—¿Los... hombres de yerba?

Fléiter sonrió.

—No nos harán nada ahora, teniente. El camino es seguro.

No quiso decirle que no las había tenido todas consigo mientras descendía de vuelta al bosque. Se había pasado todo el trayecto mirando nervioso a los lados, buscando indicios de que se estuviera gestando un hombre de yerba y preguntándose qué haría de ser así.

Pero no, el cuento había tenido razón una vez más. Con el bastón firmemente clavado en el ojo del bosque, el claro ya no era peligroso.

—Vamos.

El teniente asintió de nuevo. Se volvió hacia sus hombres y dio la orden de marcha.

No tardaron en llegar a lo alto, y Fléiter no pudo por menos que notar el suspiro mental de

alivio que soltaron todos al llegar al borde del cráter.

—Lo que buscamos está allí —le dijo al teniente, señalando el objeto metálico al fondo del cráter—. Lo mejor es que dejemos aquí la mitad de los hombres.

—Muy prudente —dijo el joven.

—Y haz que traigan el generador del campo de contención.

—Claro.

Saludó a Fléiter como si fuera su superior y regresó hacia donde estaban los soldados. Fléiter comprendió que a partir de ese momento podía ordenarle al teniente lo que quisiera y éste lo obedecería sin vacilación.

La sensación no terminaba de gustarle.

Los sonidos parecían más apagados en el interior del cráter, y la luz se había vuelto extraña. Todo lo que había su alrededor se volvía irreal en cuanto lo miraban fijamente y sólo cobraba consistencia en el momento que dejaban de prestarle atención.

Los hombres murmuraban a sus espaldas, y los murmullos llegaban a él convertidos en ecos fantasmales.

Pero no importaba.

En aquellos momentos, a Fléiter no había nada que le importase.

Estaba caminando por uno de los cuentos de su padre, él mismo convertido en el personaje de una historia infantil: el héroe que llegaba al corazón del mundo y descubría su secreto, vencía todas las dificultades y volvía a casa.

Pero... ¿habría una casa a la que volver?

Hacía frío y Fléiter se dio cuenta de que, a cada paso que daban, la temperatura descendía velozmente. No tardó en notar que la escarcha se acumulaba en los huecos de las ramas y en los agujeros de las escasas piedras. Su aliento era una nube frente a su rostro, y se sintió invadido por una extraña modorra.

Batió palmas, tanto para alejar el frío como para desperezarse, y miró a sus espaldas.

Los hombres parecían sonámbulos.

—¡Vamos! —gritó.

Pero su grito perdió fuerza a los pocos metros y se convirtió en un susurro grave que resonó a su alrededor.

—¡Vamos! —gritó de nuevo.

Los hombres alzaron la vista y apretaron el paso, y Fléiter hizo otro tanto.

No faltaba mucho. El centro del cráter estaba cerca, y el objeto metálico al que se dirigían iba cobrando forma poco a poco. Fléiter intentó no mirarlo y trató de apartar de él la sensación de familiaridad que le producía.

Pero era inútil.

Unos metros más allá, el objeto se alzaba ante ellos, claramente reconocible. Y, antes de que Fléiter pudiera decir nada, oyó susurrar a sus espaldas:

—La morada de los dioses.

Fléiter asintió.

Había estado en Jarsarén. Y había peregrinado a la Colina del Origen, como todos los que visitaban la ciudad. Y, por supuesto, había contemplado el Lugar del Origen, el objeto que era la morada de Dios, o de los dioses, según la religión que profesara cada uno.

Y lo que había ante ellos podía haber sido su hermano gemelo.

Fléiter contemplaba un cilindro metálico de algo más de tres metros de ancho que se ahusaba rápidamente en la punta, a casi diez metros sobre su cabeza. Su superficie plateada no presentaba ningún rastro de que el tiempo o los elementos tuvieran el menor efecto sobre ella. Pulida, imaculada, reflejaba con total precisión lo que había a su alrededor. Al contrario que el que había en Jarsarén, era totalmente lisa, sin ideogramas de ningún tipo.

Fléiter alzó una mano y rozó la superficie de aquella cosa y, al igual que le había pasado en la Colina del Origen, sintió que no la tocaba del todo, que algo que no podía precisar separaba sus dedos del metal. Si es que era un metal.

—La morada de los dioses —susurró de nuevo alguien a sus espaldas.

Fléiter se volvió. Algunos soldados se habían arrodillado respetuosamente y otros, aún de pie, fruncían el ceño ante lo que veían.

La tradición decía que era en el Lugar del Origen donde había nacido el hombre. Que Dios (o los dioses) lo había creado dentro de su Morada y lo había soltado al mundo desde allí.

Si aquello era cierto, ¿qué significaba que en el centro de un bosque oscuro hubiera algo idéntico? Y, si un bosque oscuro tenía algo igual que la morada de los dioses, ¿la tenían todos?

¿Qué demonios significaba aquello?

Fléiter meneó la cabeza.

Aquellas preguntas podían esperar. Los eruditos podían venir más tarde y tratar de descifrar el enigma. Pero para eso, debía haber un «más tarde» y él estaba allí precisamente para asegurarse de ello.

Retrocedió hacia los soldados y, sin hacer caso de la expresión de sus rostros, tomó el generador de campo. Uno de ellos lo interrogó con la mirada y él trató de tranquilizarlo con un gesto.

Con el aparato en las manos, se dirigió a la morada de los dioses.

A su alrededor, la tierra era dura y lisa. Fléiter se detuvo a poco más de un metro de su superficie y empezó a rodearla lentamente, buscando algo fuera de lugar.

No tardó en encontrarlo y, cuando lo hizo, se sorprendió no sólo de su pequeño tamaño, sino de su aspecto vulgar, prosaico.

No era mayor que su puño cerrado. Y, si uno no se fijaba, parecía una roca de aspecto extrañamente regular.

Sólo que no era ninguna roca.

Fléiter posó el generador en el suelo y, con cuidado, tendió la mano hacia el objeto. Lo notó vibrar entre sus dedos y, cuando lo sostuvo en la palma, pareció cobrar un peso repentino. Con esfuerzo, lo llevó hasta el generador y lo posó sobre la placa de éste. Luego, tomó aire y conectó el generador.

Esperó, esperó y esperó. Y, sólo cuando vio que nada extraño pasaba, se atrevió a respirar de nuevo.

Tomó el generador y, con él activado, regresó hacia donde estaban los soldados.

Vio que seguían inmóviles. En sus ojos no parecía haber sitio para nada que no fuese aquella réplica de la morada de los dioses.

—Lo tengo —dijo Fléiter—. Podemos volver.

Sus palabras sonaron torpes, rechinantes, pero tuvieron la virtud de sacar a los soldados de su ensoñación.

—¿Señor? —preguntó uno de ellos.

—Podemos irnos.

—Sí, señor.

Lentamente, como si moverse les costara un esfuerzo infinito, abandonaron el lugar e iniciaron la ascensión del cráter. De vez en cuando, alguno volvía la vista y contemplaba el cilindro metálico.

Fléiter no se atrevió a mirar atrás.

Algunos hombres preferirán morir, antes de dejar de ser lo que son.

La mayoría, sin embargo, seguirán adelante, sin comprender que dejar de ser lo que eres no es más que otra forma de morir.

Unos pocos tal vez comprendan que es posible aceptar la muerte del cambio y seguir siendo quien eres. No del todo, tal vez, pero lo suficiente.

—Yán Fleng

—Vaya, adepto, confieso que a estas alturas confiaba que estuvieras entre nosotros, pero no de esta manera.

Yáxtor no respondió, pero tampoco parecía que Número Dos hubiera esperado una respuesta.

—Tengo que aplaudir tu habilidad —dijo—. Te has tomado realmente muchas molestias para llegar justo al lugar en que queríamos que estuvieras.

A su pesar, Yáxtor no pudo contener una sonrisa.

—No quería que os aburrieseis —dijo.

Número Dos asintió, como si la chanza de Yáxtor hubiera sido dicha totalmente en serio.

—Muy considerado por tu parte. Supongo que no llevarás tu consideración al extremo de decirnos dónde se ocultan las dos personas que vinieron contigo. ¿Adeptos también, quizá?

—Quizá —dijo Yáxtor.

Número Dos entrecerró los ojos.

—O quizá no —murmuró.

Se volvió a uno de sus subordinados y le susurró algo al oído. Tras una seca inclinación de cabeza, el hombre dio media vuelta y abandonó el lugar.

Estaban en el extremo de una sala amplia, con aspecto de haber sido excavada en la misma roca, tal vez una cueva natural que habían ampliado. Las paredes se curvaban formando una bóveda que, sin embargo, no llegaba a estar cerrada del todo. La luz del sol se colaba desde lo alto e iluminaba un amplio espacio en el centro.

—No espero tu cooperación —dijo Número Dos, mientras se acercaba a Yáxtor—. Al menos, todavía no. Pero te aseguro que cooperarás. Es cuestión de tiempo. Y somos pacientes.

Examinó las cadenas del adepto y pareció satisfecho con su robustez. Yáxtor, sujeto a la pared, con piernas y brazos extendidos, parecía completamente cómodo, en su elemento, como si estar encadenado en aquella posición fuera algo que hacía todos los días nada más levantarse, un poco de ejercicio antes de desperezarse del todo.

—Sé que tus mensajeros te sostienen y te protegen de los peores efectos de esta situación —dijo Número Dos—. Pero los dos sabemos que no durarán para siempre. Estás dentro de un

campo de inhibición de mensajeros y sin duda recuerdas perfectamente sus efectos.

Yáxtor asintió.

—Tarde o temprano empezarán a morir, y no podrás regenerarlos. No, sin materia prima de la que trabajar. Y si usas tu propio cuerpo como materia prima... bueno, espero que no haya que llegar a esos extremos. Sería... engorroso.

Yáxtor apretó los dientes.

—No tengo nada que decirte. Así que, a menos que tu intención sea matarme hablando, ¿qué tal si terminamos con esto de una vez?

Número Dos meneó la cabeza.

—No pretendemos matarte —dijo—. ¿De verdad crees que nos tomaríamos tantas molestias en capturarte, no una, sino dos veces, sólo para acabar con tu vida? ¿Nos crees estúpidos? No, no respondas. Queremos que sigas vivo, adepto. No se destruye a una criatura tan extraordinaria como tú, no sin antes haber intentado que sea útil a nuestros propósitos. Lógicamente, si vemos que no podemos darte utilidad, tendremos que destruirte, aunque primero te estudiaremos a fondo, por supuesto.

—¿También estudiasteis a fondo a mi padre?

Número Dos pareció sorprendido.

—¿Próxtor? ¿Qué tiene que ver Próxtor con esto?

—Tú, Mashrun y él formabais parte de un grupo. Mashrun acabó en una prisión que no existía, tú eres el mandamás de los Espectros y mi padre desapareció. Sería demasiada coincidencia que no hubieras tenido nada que ver con ello.

Número Dos frunció los labios.

—Ya veo. Has hecho tus deberes, lo cual no es que resulte sorprendente. Lo contrario nos habría decepcionado, desde luego. Pero no tuve nada que ver con la desaparición de Próxtor Brandan. Ni mi yo actual ni el hombre al que tu padre conocía como Yan Fleng.

—No te creo.

—Te daría mi palabra, pero no veo que eso sirviera para nada. Sin embargo, es así. Yo estaba preso en No Mo Lou cuando tu padre desapareció. No habría podido hacer nada. Por aquel entonces... —Una sombra pasó por su frente, tal vez un recuerdo fugaz—. No importa. Ya no soy el que era. Y, cuando lo era, no tuve nada que ver con lo que le pasó a Próxtor. Era un buen amigo —susurró, sin dirigirse a nadie en particular.

La puerta se abrió en aquel momento y un hombre entró en la sala.

—La chica está aquí, Número Dos.

—Perfecto, hazla pasar.

Yáxtor tomó nota de aquella expresión. Confirmaba lo que Tsun Zune le había contado sobre la organización de los Espectros. Esperaba que el resto de la información que el viejo torturador le hubiera dado fuese igualmente veraz.

Y si Fleng era el Número Dos de los Espectros... ¿quién era el Número Uno? ¿Dónde estaba? ¿Desde qué lugar se comunicaba con sus hombres y les daba las órdenes? Tsun Zune había confesado que no conocía a Número Uno, que no lo había visto jamás; que, de hecho, ningún Espectro, salvo quizá Número Dos, había hablado jamás con él directamente.

Pero aquello perdió toda importancia en cuanto vio a la persona que entraba en la habitación.

—Valquinia —susurró.

Sin duda era la joven, aunque su forma de moverse no concordaba con sus recuerdos. Se

había vuelto peligrosa.

La mitad de su rostro estaba cubierta por una fina red de cicatrices y Yáxtor descubrió que eso sólo la hacía más atractiva.

Ella caminó hacia él y se detuvo a poco más de un metro. Lo recorrió con la mirada y Yáxtor se sintió como un espécimen de laboratorio examinado por un investigador no demasiado interesado en lo que veía. Se mantuvo impassible mientras la muchacha seguía con su examen, y la examinó a su vez.

Sí, se había vuelto peligrosa. Había aprendido a controlar su cuerpo y sus impulsos y había dejado de ser una niña

Podría matarme de un solo gesto, pensó. Y descubrió que el pensamiento lo excitaba.

Cuando la había poseído no era más que una niña llena de ilusiones y sin ninguna idea de cómo funcionaba realmente el mundo. Ahora no parecía más que una mujer fría, despiadada y con absoluto control de sus impulsos, pero Yáxtor siguió viendo la niña bajo todas aquellas capas y supo que aún podía sacarla a la superficie... si le daban esa posibilidad, claro, lo que parecía poco probable.

Sonrió, pese a todo. No sabía quién había sido el instructor de Valquinia, pero tomó nota mental para darle las gracias si alguna vez se lo encontraba. La criatura que había construido era una de las cosas más excitantes que Yáxtor había visto en su vida.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba —dijo Número Dos.

Yáxtor siguió la dirección de su mirada hacia su propia entrepierna y acentuó su sonrisa al ver la erección que empezaba a asomar en ella.

—Me alegro de verte, Valquinia —dijo.

Míralo, decía la voz de Tsun Zune dentro de ella. *No es más que un hombre.*

Pero había otra voz. Una voz débil y sin fuerza que intentaba decir otra cosa.

Valquinia silenció la voz y siguió mirando a Yáxtor.

—Eso puede arreglarse —dijo, echando mano a su daga.

Número Dos no intervino y permitió que la muchacha se acercara más a Yáxtor y lo acariciara con el filo de la daga.

Yáxtor acentuó su sonrisa, y también lo hizo su erección.

—Has aprendido trucos nuevos —dijo.

Parecía tranquilo, totalmente seguro de sí mismo, como si nada lo amenazase.

—Ya tendré tiempo de enseñártelos —respondió ella.

Número Dos se acercó a ellos.

—No te he traído aquí para que juegues —dijo—. Sólo quería mostrarte que los Espectros cumplimos nuestras promesas.

Valquinia asintió y envainó la daga. Yáxtor se dio cuenta del esfuerzo que le requería hacerlo. Maldijo silenciosamente a Número Dos por haber intervenido tan pronto, pero tampoco había nada que pudiera hacer al respecto. No sabía si el breve instante en que Valquinia había

estado a su lado había sido suficiente, pero supuso que lo averiguaría tarde o temprano.

—Puedes irte —dijo Número Dos.

Por un momento, pareció que la muchacha iba a decir algo, pero se limitó a asentir y abandonar la habitación. Número Dos permaneció largo rato contemplando a Yáxtor, siempre con la media sonrisa plantada en su rostro.

Sólo cuando la erección del adepto hubo desaparecido por completo, dijo:

—Tus reacciones son notables.

Yáxtor intentó encogerse de hombros, algo difícil, teniendo en cuenta su situación.

—Hago lo que puedo.

—Y estoy seguro de que lo haces de maravilla. —La sonrisa abandonó sus labios de repente —. Te garantizo que tendremos todo el tiempo del mundo para hablar, pero ahora mismo tenemos otras prioridades.

—No me cabe duda. Pero no tengo claro que eso sea de mi incumbencia.

Número Dos no se inmutó.

—Tus dos acompañantes. ¿Dónde están? —preguntó.

—Supongo que decirte que no lo sé no serviría de nada.

—Supones bien. Todo el complejo está en estado de alerta desde hace un buen rato, y te aseguro que es cuestión de tiempo que demos con ellos. No tardaremos en reconstruir sus movimientos desde que llegasteis aquí e informasteis del resultado de... vuestra misión. Pero nos facilitaría bastante las cosas que nos ayudaras.

—Seguro que sí. Pero no veo que eso me beneficie.

—Haría tu situación un poco más cómoda.

Un nuevo intento de encogerse de hombros.

—Puedo seguir así mucho rato.

Número Dos tomó aire.

—Te dije antes que no pretendíamos matarte —dijo—. Y es cierto. Pero estamos decididos a hacer cuanto sea necesario para conseguir lo que queremos. Y, te lo aseguro, las cosas pueden ponerse muy desagradables para ti.

—No lo dudo.

Número Dos retrocedió un par de pasos y su mirada recorrió la superficie de una mesa metálica que había a un lado. Una manta tapaba lo que había sobre ella.

—Sabemos que eres terco, Yáxtor. Y que no te rindes con facilidad. Todo eso son cualidades admirables. Pero tenemos el tiempo de nuestra parte. Encontraremos a tus compañeros. En cuanto a ti, tarde o temprano te acabarás mostrando razonable, lo sé.

Yáxtor no dijo nada. Número Dos tomó asiento y permaneció en silencio largo rato. Su rostro era una máscara inexpresiva, y Yáxtor no fue capaz de leer lo que había tras ella. Al fin, se levantó y se dirigió de nuevo a la mesa. Hizo la manta a un lado y dejó que Yáxtor viera lo que había en la superficie metálica.

El adepto no se inmutó ante la variedad de instrumentos punzantes y estaba seguro de que Número Dos no había esperado que lo hiciera. Vio cómo tomaba un estuche entre sus manos, lo abría y sacaba de él una pequeña ampolla de cristal con un líquido ambarino.

—Podemos llegar a un acuerdo —dijo, como si hablase con la ampolla.

Se acercó a Yáxtor y le mostró lo que llevaba en la mano.

—¿Qué es? —preguntó el adepto.

—Lo que has perdido —respondió Número Dos.

—Me temo que no te entiendo.

Número Dos asintió.

—Claro que sí. Tengo lo que has estado buscando desde que volviste a Alboné: tus recuerdos, Yáxtor, los que te fueron arrebatados. Aquí está la primera vez que viste a tu mujer, tu primer beso, lo que sentiste al ver a tu hijo recién nacido. Está todo.

—¿Todo? —preguntó Yáxtor.

—Todo —corroboró Número Dos.

El silencio cayó entre ellos y fue como algo afilado, metálico. Los ojos de Yáxtor no se apartaban de la ampolla, y los de Número Dos estaban clavados en el rostro del adepto.

—Así que fuisteis vosotros —dijo éste al fin.

Hablaba con tranquilidad, pero había algo frío tras su voz. Número Dos meneó la cabeza.

—No intervinimos directamente en sus muertes, si es lo que quieres decir. Fue... el proyecto de otra persona. Él grabó tus recuerdos. En cuanto a cómo llegaron a nuestras manos... bueno, eso no tiene importancia, ahora mismo.

—Y tengo que creer vuestra palabra.

—No es necesario. Recupera tu memoria y entonces sabrás quién fue. Quién lo hizo. Y comprenderás por qué. No te garantizo que te vaya a gustar. Pero es la verdad y creo que era eso lo que estabas buscando, ¿no? —dijo en tono burlón.

Yáxtor se mordió el labio.

Vio de nuevo su propio expediente, fue pasando página tras página en su mente. El nombre de su mujer y su hijo, el modo en que se habían conocido, los meses que pasaron juntos, la boda, el nacimiento, la separación, la vuelta a casa. Todo estaba allí.

Pero no estaba lo esencial.

No eran más que datos, información. Aquello que leía no le había pasado a él. A otro, tal vez, con su mismo nombre. Otro Yáxtor en otra vida.

Y lo que ahora le ofrecían...

Meneó la cabeza.

—¿Por qué querría recuperar todo eso? —preguntó.

Ahora fue Número Dos quien se encogió de hombros.

—Eso es cosa tuya. Tú lo estabas buscando, al fin y al cabo. Nosotros sólo te ofrecemos la posibilidad.

Antes de que Yáxtor pudiera responder, la puerta volvió a abrirse y el mismo hombre de antes entró en la sala. Parecía enormemente agitado. Se acercó a Número Dos y le susurró algo al oído.

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

El hombre asintió.

—¿Has enviado...?

Asintió de nuevo.

—Refuerza la vigilancia. Nadie más debe entrar o salir —dijo Número Dos tras unos instantes. Luego, miró a Yáxtor, tratando de decidir lo que debía hacer—. Que lo lleven a una celda —añadió.

En aquellos momentos, había una sola cosa en la mente de Yáxtor.

Una ampolla de cristal llena de un líquido ambarino.

Él estaba allí. Lo que había sido, lo que habría llegado a ser estaba encerrado en aquella minúscula cápsula de cristal.

Y no estaba seguro de quererlo.

Una parte de él, pequeña y morbosa, le decía que sí, que recuperase todos aquellos recuerdos, que se sumergiera en lo que había sentido y se regodeara en lo que había sufrido. Aquella parte insistía una y otra vez en llenarle la cabeza con la imagen de una mujer ahorcada con sus propias entrañas.

Otra parte, pequeña y curiosa, también le decía que sí, que averiguase lo que había pasado, quién había sido el responsable y por qué.

El resto de él, guardaba silencio.

Veía la ampolla en las manos de Número Dos. Recordaba la sala común de Casa Brandan. Y no decía nada.

A aquellas alturas, Tsun Zune y Yoranna deberían estar en lo más hondo del bosqueoscuro de la isla, a punto de desactivar el aparato que detonaría las bombas de malas noticias de los otros bosqueoscuros. Tsun Zune le había asegurado que, una vez que se encontrasen en el corazón del bosqueoscuro, no podrían detenerlos. Y había pasado tiempo más que suficiente para que llegaran. Por otra parte, si Fléiter había tenido suerte, quizá habían podido empezar a dismantelar las bombas, o al menos sacarlas de los bosques.

Y, en realidad, todo aquello no le importaba gran cosa en esos momentos.

Recuperar lo que había perdido. Volver a estar entero. Pero, ¿volvería a estar entero o se encontraría partido en dos, incapaz de recomponerse? ¿Acaso no estaba entero ahora? ¿Y no lo estaba precisamente gracias a todo lo que le faltaba?

Debería estar intentando escapar, tratando de encontrar el modo de alertar a sus superiores sobre lo que pasaba en aquella isla.

Desolación, un nombre muy apropiado.

Para el resto del mundo, un lugar que ya no existía. Todos pensaban que la enorme isla al este de Khynai y Thunia se había hundido en el mar hacía más de cincuenta años. Los maremotos, las lluvias, el cambio del clima durante los años siguientes, el hecho de que nadie hubiera vuelto a ver la isla... Pero allí estaba, protegida por su campo inhibitor, camuflada ante los navegantes ocasionales. El cuartel general de los Espectros, su base invisible, el lugar desde el que habían tramado cómo hacer que el mundo dejase de ser lo que era.

Se encogió de hombros

¿Y qué?

Tsun Zune y Yoranna tendrían éxito o fracasarían. Fléiter se las arreglaría para dismantelar su bomba o llegaría tarde. Los Espectros se saldrían con la suya o sus planes se vendrían abajo.

¿Y qué?

En una minúscula ampolla estaba su vida. Lo que faltaba de su vida. El pedazo de su vida que lo haría volver a sentirse completo o lo partiría en dos para siempre.

Y no sabía qué quería hacer con ella.

Oyó un ruido, más allá de su celda, como un gorgoteo ahogado y, luego, el sonido de unos

pasos viniendo en su dirección.

No le sorprendió descubrir a Valquinia con una daga manchada de sangre en una mano y las llaves de la celda en la otra.

Lo miraba fría, distante, pero Yáxtor sabía que tras aquellos ojos implacables seguía estando la niña a la que había hecho enamorarse de él.

Se puso de pie, intentando no sonreír. No tenía mucho tiempo.

Valquinia abrió la celda y entró en ella.

—Número Dos se enfadará cuando vea esto —dijo—. Te quiere vivo.

Había hablado, y eso le daba a Yáxtor una ventaja. Si realmente hubiera estado decidida a matarlo no habría perdido el tiempo dirigiéndose a él.

—Te ha engañado —dijo.

Ella sonrió y, al hacerlo, la mitad de su rostro surcada por las cicatrices pareció de repente una máscara de cuero viejo.

—Si fuera así, no sería el único, ¿verdad, Yáxtor? Mi Yáxtor, el amor de mi vida, el hombre que me desfloró y me hizo mujer. ¿No es cierto?

—Nunca te mentí —dijo él—. No en lo que sentía por ti.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo me mentiste en todo lo demás.

Yáxtor tomó aire y comprendió que no estaba llevando la conversación por donde debía. Intentar aplacar a Valquinia era un error. Tenía que hacer todo lo contrario.

—¿Y por qué no te iba a mentir? No eras más que una chiquilla, llena de tonterías. No me habrías creído si te hubiese contado la verdad. Ni siquiera la habrías entendido.

Los ojos de ella brillaron, llenos de peligro, y Yáxtor decidió que aquel era el camino adecuado.

—¡Despierta, Valquinia! —dijo, llenando su voz de todo el desprecio que pudo encontrar—. ¿Crees que el mundo es un cuento? ¿Qué todo va a acabar bien para la princesita? No hay princesas ni príncipes, sólo hombres y mujeres. Y yo, por lo menos, te convertí en una mujer. Deberías estarme agradecida por eso, después de todo.

Algo ronco salió de la garganta de la muchacha y, de repente, se abalanzó contra Yáxtor, tal y como él esperaba.

Interceptó la daga dirigida hacia su entrepierna y, sin soltar su muñeca, se las arregló para esquivar la patada que intentaba lanzarle. Consiguió sujetarle la otra mano y la empujó contra la pared.

Ella forcejeaba, aullaba y pataleaba y parecía haber perdido por completo el control de sí misma. Él se limitó a respirar cerca de su rostro, siempre tranquilo, sin apartar sus ojos de los de ella. Luego, pasado un rato, la soltó y retrocedió un par de pasos, con la daga en la mano.

Valquinia lo miraba y no parecía humana. Era como un animal herido, acorralado. Pero no se movía. No parecía capaz de hacerlo.

De pronto, Yáxtor le tendió la daga y ella, sin comprender lo que pasaba, la tomó. Yáxtor se hincó de rodillas. Ella alzó la mano.

Y se detuvo.

Él la miraba, sólo la miraba, sin odio ni rabia. Y ella no podía moverse.

—Puedes matarme, si crees que es lo que debes hacer —dijo Yáxtor muy despacio—. Tuve que hacer lo que tuve que hacer. Pero nunca te mentí en lo que sentía por ti.

Ella jadeaba, como un animal. Pero no bajó el brazo armado.

—Soy Yáxtor, Valquinia. Me conoces.

La muchacha lo miraba como si acabara de verlo por primera vez. Su pecho subía y bajaba ahora con regularidad y, lentamente, relajó el brazo con la daga.

—Yáxtor —articuló con dificultad.

Él asintió.

Despacio, como si cada movimiento fuera algo nuevo, Valquinia se arrodilló a su lado. Tomó el rostro de él entre sus manos y lo escrutó como si no acabara de creérselo.

—Yáxtor —repitió.

Luego, su boca hizo presa en la de él, y Yáxtor recogió los frutos que los mensajeros de su respiración habían sembrado unos minutos atrás.

(Entran Vasilidors y Bractamant, dos caballeros de Barlénder. Caminan hacia la barra mientras charlan animadamente)

VASILIDORS: *Así pues, amigo mío, al fin has vuelto.*

BRACTAMANT: *Quizá demasiado pronto, por lo que veo. ¿Qué noticias son esas que he oído?*

VASILIDORS (sonriendo a medias): *Nada que deba preocuparte. Ya conoces la política.*

BRACTAMANT: *Y tanto que la conozco, que fue por ella por la que me ausenté de la ciudad. Y veo ahora que quizá debería haber permanecido ausente más tiempo.*

VASILIDORS: *No seré yo quien lo niegue, viejo amigo. Mas no te he llamado para discutir de nimiedades. Al fin y al cabo, poco importa quién sea el ladrón que nos gobierne, en tanto robe de un modo razonable y no se extralimite.*

BRACTAMANT: *En cuyo caso...*

VASILIDORS (tras mirar a un lado y otro): *En cuyo caso, amigo mío, los accidentes ocurren, como bien sabes. (Llegan a la barra) ¡Posadero! Dos vasos de vino. Y más vale que sea bueno.*

(Entra el posadero)

POSADERO: *¿Acaso lo tengo de otra clase, señores?*

VASILIDORS (enarcando una ceja): *Impertinente mercachifle... (Se vuelve y deja de prestarle atención). Dime, amigo mío, ¿qué ocurrió realmente?*

(El posadero, rezongando, deja una botella y dos vasos y se va. Bractamant no responde mientras su amigo sirve la bebida. Sólo después de apurar su vaso parece dispuesto a hablar, y no de buen grado.)

BRACTAMANT: *Ocurrió... lo que ocurrió, Vasilidors. Lo que ocurre siempre que los hombres se mezclan en asuntos que no conocen ni comprenden.*

VASILIDORS: *He oído cosas muy inquietantes.*

BRACTAMANT: *Y oirás algunas que lo serán más, no lo dudo. Mas no por mi boca.*

VASILIDORS: *¡Pero, amigo mío!*

BRACTAMANT: *Si en verdad lo somos, Vasilidors, no insistirás en que te cuente lo que vi.*

VASILIDORS: *Debo hacerlo.*

BRACTAMANT (tras apurar un nuevo vaso): *Ten cuidado con la curiosidad, Vasilidors. Es un juguete peligroso. Y no exagero al decir que es la causa de todos los males del mundo.*

VASILIDORS: *Vamos, Bractamant, bromeas.*

BRACTAMANT: *No con algo como esto, te lo aseguro.*

(Vasilidors permanece dubitativo unos instantes. Mira a su amigo como si no creyera lo que está viendo.)

VASILIDORS: *Como sea, quiero que me lo cuentes. Me lo debes.*

BRACTAMANT (resignado): *Sea, pues. Tuya será la responsabilidad de lo que pase.*

VASILIDORS: *Que sea mía.*

BRACTAMANT: *Así será, entonces.*

(Desenvaina una daga y la clava en el pecho de su amigo. Éste, incrédulo, contempla lo que ha pasado. Bractamant se abraza a él y, lentamente, deja que se vaya desplomando en la barra.)

BRACTAMANT (al oído del agonizante Vasilidors): *Vi a los hombres de yerba, y me postré en el corazón del bosque oscuro. Y adoré a Dios. (En voz alta). ¡Te lo dije, no sabes aguantar tu bebida! (Al oído de Vasilidors). Ya sabes lo que vi, y ese conocimiento debe morir contigo. (En voz alta) ¡Ahí te quedas, maldito borracho! (Al oído de Vasilidors). Adiós, viejo amigo.*

(Deja a Vasilidors desplomado sobre la barra. Lanza unas monedas sobre ella y, con paso indiferente, sale)

Fléiter contemplaba alternativamente la linde del bosque y al artífice que se inclinaba sobre el generador del campo de contención.

No, ni por todo el oro del mundo volvería a entrar allí. Ni aunque le prometiesen hacer realidad sus más locas fantasías.

Miró su bastón y estuvo a punto de besarlo. Pensó en su padre, volvió a ver su rostro medio iluminado por la chimenea y su voz ronca mientras le contaba las viejas historias de Arteg Pragem.

Gracias, papá, se dijo.

Y luego, casi a la vez:

Viejo cabrón.

El artífice se incorporó.

—Sin duda es una bomba de Malas Noticias.

—¿Puedes desactivarla? Y, sobre todo, ¿puedes decirnos para cuándo está previsto haga explosión?

—Lo primero, creo que sí. Aunque el instrumental que tengo aquí no es el mejor ni el más adecuado. Sin embargo, puedo extender el campo de contención de malas noticias lo suficiente para que nos cubra a la bomba y a mí mientras trabajo. Si es detonada, no le hará daño a nadie... bueno, a mis mensajeros, pero creo que me recuperaré. En cuanto a lo segundo...

—¿Sí?

—No parece haber ningún sistema de tiempo. Diría que la bomba está preparada para detonar al recibir una señal concreta.

Fléiter asintió. Probablemente para el día del Reparto. Miró al cielo, que se iba oscureciendo lentamente. Sólo unas horas.

—Adelante —dijo—. Ponte a ello.

El artífice asintió.

—Espera —dijo Fléiter de pronto—. ¿El campo de inhibición es lo bastante potente para aguantar la explosión?

El artífice se rascó la cabeza, pensativo.

—Es difícil de asegurar. Diría que sí, pero...

Fléiter lo pensó unos instantes.

—Sube a uno de los carros. Que te lleven lo más lejos posible. Mejor no correr riesgos; al fin y al cabo se supone que tenemos tiempo hasta mañana. —Esperaba que así fuera—. Y si puedes reforzar el campo antes de ponerte manos a la obra, mucho mejor.

El artífice se encogió de hombros.

—Como digas.

Fléiter ya no le prestaba atención. Desactivarían la bomba, o el campo aguantaría, o la bomba detonaría pero el bosque oscuro estaría a salvo, porque su corazón ya no sería accesible para la bomba. Fuera como fuese, ganaban.

Eso espero.

Vio que el teniente se acercaba a él.

—Han abierto un espejo de comunicación, señor —le dijo tras cuadrarse militarmente—. Esperan que les cuentes lo que ha ocurrido.

—Sí, claro —dijo Fléiter.

Dio media vuelta y echó a andar hacia el campamento, con el teniente detrás como un obediente perrillo faldero. No pudo evitar una sonrisa y se volvió hacia el joven:

—Haré lo posible para que seas recompensado —dijo—. Y también tus hombres. Hablaré con tus superiores.

El teniente pareció incómodo.

—No hice nada —dijo al fin.

—Sobreviviste y llegaste al final, teniente. No subestimes eso.

El joven guardó silencio, pero Fléiter vio que estaba complacido.

Al fin llegaron al campamento, justo en el momento en que un carro salía de él. Se hicieron a un lado para dejarlo pasar y Fléiter comprobó que se trataba del artífice.

Le deseó buena suerte. El artífice parecía muy seguro de sí mismo y no creía que la bomba pudiera causarle mucho daño, más allá de eliminar sus mensajeros. Pero Fléiter había visto los efectos de la bomba de Malas Noticias y no estaba tan seguro. A algunos no les afectaba, cierto, y otros parecían simplemente desorientados. Pero había gente cuya cordura no sobrevivía a la pérdida de los mensajeros de su cuerpo. Se convertían en fantasmas incoherentes, guiñapos incapaces de aceptar el mundo que veían y que se refugiaban en fantasías cada vez más caóticas de las que jamás lograban salir.

No hay forma de saber cómo te afectarán las malas noticias, decía el chascarrillo. Y era cierto.

—¿Puedo hacerte una pregunta, señor?

Fléiter se volvió al teniente, sorprendido.

—Claro —dijo.

—A la vuelta... nos enviaste primero por la loma y luego recuperaste tu bastón y bajaste tú solo. Tuviste que enfrentarte de nuevo a los hombres de yerba.

Fléiter asintió.

—¿No habría sido más fácil dejar allí el bastón?

Sí, claro que lo habría sido, se dijo Fléiter. Por unos instantes, había estado a punto de hacer precisamente eso. Pero si de algo estaba seguro era que no podía dejarlo allí. Tenía que llevárselo. Aquél era el bastón de Arteg Praghem, y jamás se separaría de él.

Sin embargo, no fue eso lo que dijo:

—Teníamos que volver a cerrar el corazón del bosqueoscuro. Si ahora estallase la bomba sería un mal asunto, pero no sería nada irreparable: con su corazón intacto, el bosqueoscuro podría seguir produciendo mensajeros y recuperarse del ataque. Pero con el bastón allí...

El teniente asintió:

—Comprendo. Muy astuto.

¿Astuto? No, únicamente lo bastante despierto para recordar todos y cada uno de los cuentos que había oído cuando era niño. Bueno, era menos que nada.

Llegaron a la tienda donde estaba el espejo de comunicaciones. Había un adepto empírico manejándolo y Fléiter se preguntó qué estaría haciendo Yáxtor. Y dónde.

El teniente se despidió de él y Fléiter tomó asiento frente al espejo. Al otro lado, Orston Velhas miraba al frente con impaciencia.

—Regente... —saludó Fléiter con una inclinación de cabeza.

—Ah, Praghem. Buen trabajo, por lo que tengo entendido.

—Hemos tenido suerte.

Velhas apartó las palabras de Fléiter con un ademán de la mano y un fruncimiento de ceño.

—Mis artífices están ansiosos por saber qué fue lo que pasó exactamente.

El foco del espejo se abrió y Fléiter se dio cuenta de que Velhas no estaba solo. Por supuesto, se dijo, Qérlex Targerian, el maestro de artífices, quién si no. Curiosa pareja, sin duda.

—¿Qué es eso que he oído de un bastón? —preguntó Qérlex.

Fléiter se lo mostró.

—Es el bastón de mi familia... bueno, eso dijo siempre mi padre y confieso que yo nunca lo creí hasta este mismo momento. Siempre pensé que el viejo embustero mentía para darse importancia. Ya sabéis, el mítico bastón de Arteg Praghem y todo eso.

Qérlex contemplaba la superficie del bastón atentamente, y dejó escapar un largo «hmmmm» cuando reparó en los caracteres que lo cubrían. Velhas, conteniendo una sonrisa, animó a Fléiter a que hablase.

Éste así lo hizo y describió lo que había ocurrido sin guardarse nada. De vez en cuando el Adepto Supremo y Regente asentía y el Maestro de Artífices soltaba aquí y allá algún que otro «hmmmm». Cuando Fléiter terminó de hablar, los dos se intercambiaron una larga mirada.

—Interesante —dijo Velhas—. Ciertamente el Libro del Origen sostiene, en la mayoría de sus versiones, que el aliento de los dioses está en el corazón de los bosqueoscuros, pero creo que nadie había esperado encontrar una réplica de la morada de los dioses en su centro.

Fléiter se encogió de hombros.

—No creo que mucha gente haya visto el corazón de un bosqueoscuro —dijo.

—Cierto. Aunque tuvo que haber algunos que sí lo hicieron

—intervino Qérlex. Fruncía el ceño y no parecía muy contento. Claro que, se dijo Fléiter, Qérlex nunca lo parecía—. Sin duda ese conocimiento tuvo que ser común en algún momento. —Meneó la cabeza y sonrió con sorna—. Y, con el tiempo, se acabó convirtiendo en pasto para los cuentos infantiles. Los temibles hombres de yerba, el corazón cerrado de los bosqueoscuros... pamplinas para que nuestros hijos se durmieran.

O permanecieran despiertos toda la noche, pensó Fléiter.

—Sí, Qérlex, pero ahora tenemos otras prioridades —dijo Velhas.

—Lo sé, Orston. Pero si no hay tiempo para una conversación civilizada cuando estás salvando el mundo, ¿para qué salvarlo?

El Regente no dijo nada y Fléiter contuvo como pudo una sonrisa.

—Necesito tu bastón, Praghem.

—¿Cómo?

—Mis chicos lo necesitan, para ser exactos. Tenemos que examinarlo, a fondo y rápido. Si el plazo que suponemos es correcto, es muy posible que mañana al amanecer hagan detonar las bombas que quedan. Tenemos que intentar construir tantos duplicados de él como podamos. Has salvado un bosqueoscuro, pero los demás siguen en peligro.

Fléiter dudó.

—Pensaba ir...

—¿A cada uno de ellos? ¿Llegarías a tiempo?

—¿Lo haréis vosotros?

—Un momento —dijo Velhas—. No hay por qué prescindir de ninguna posibilidad. Puedes enviarnos el bastón a través de un portal. Mientras tanto, puedes ir al bosqueoscuro más cercano. Danos un plazo para estudiarlo y te lo devolveremos y podrás desactivar otra bomba, mientras

nosotros tratamos de duplicar tu bastón.

—¿Cuánto?

—¿Qérlex?

El viejo artífice lo pensó unos instantes.

—Tres horas. No puedo hacerlo en menos tiempo.

Fléiter tomó aire y miró su bastón con tristeza.

—Tres horas, entonces. Enviádmelo a la linde del bosqueoscuro de Wáhrang. Y crucemos los dedos. Nos va a hacer falta.

Acercó el bastón al espejo de comunicaciones y esperó a que el artífice que lo manipulaba le diera la señal. Entonces, lo apoyó contra la superficie del espejo y esperó. El bastón desapareció con un chasquido y volvió a aparecer al otro lado. Qérlex lo tomó entre sus manos y echó a correr fuera de la habitación.

—Trátalo con cuidado —dijo Fléiter, pero el artífice ya no le oía.

—¿Sabemos algo de Brandan? —preguntó el Regente, que seguía frente al espejo.

Fléiter negó con la cabeza.

—Quizá ha tenido éxito. Al fin y al cabo, las bombas no han estallado todavía.

—Tal vez —dijo el Adepto Supremo—. O tal vez aún no era el momento de que estallasen.

Cuando salió de la tienda vio que el teniente estaba esperándolo. Aparentemente, remoloneaba sin nada concreto que hacer, pero a Fléiter no se le escapó la mirada de reojo que lanzó en su dirección.

Bueno, ¿por qué no? El muchacho le había traído suerte, al fin y al cabo.

Echó a andar en su dirección. Se sentía extraño sin el bastón de su padre, como si le faltara algo.

Claro que te falta, idiota.

—Teniente.

—Señor.

—Me voy a Wáhrang. Usaré un portal.

—¿Vas a intentar desactivar la bomba de su bosqueoscuro?

Fléiter asintió.

—Tu bastón... —dijo el teniente.

—Vuestros artífices lo están estudiando. Esperan poder hacer copias. Me lo darán cuando acaben con él.

—Comprendo.

—Aquí no queda gran cosa por hacer.

—Vigilaremos esto. Y guardaré mis órdenes.

—Como un buen soldado, no lo dudo. —En ese momento se dio cuenta de que no conocía el nombre del joven y aprovechó la ocasión para plantearle lo que había pensado—. No estaría mal saber cómo debo llamarte, si vas a venir conmigo.

El teniente intentó no parecer sorprendido. No tuvo mucho éxito.

—¿Ir contigo? —Tragó saliva y volvió a intentarlo—. Eh... claro... sería un honor, señor.

—Lámame Fléiter —dijo éste tendiendo la mano.

El teniente se la estrechó con algo que era casi veneración.

—Soy Arstin Penjándel —dijo—. Teniente de Caballería del Ejército de Su Majestad.

—Bien, Arstin. Mejor que nos demos prisa, ¿no crees? Los Espectros no van a estar esperando por nosotros.

La vida es una sucesión de despedidas. Como si el tiempo fuera pasando a nuestro lado sin tocarnos a nosotras y destruyendo todo lo demás.

¿Cómo vivís con eso?, se han atrevido a preguntarnos alguna vez.

¿Qué podemos responder? Con eso y con todo, la vida es algo que merece la pena ser vivido. Y, donde unos se van, llegan otros. No ocupan el lugar de los que se han ido, pero a veces se labran su propio sitio y hacen que, pese a todo, las cosas compensen. Haberlos conocido y que hayan sido parte de nuestra vida es recompensa suficiente.

Y, por encima de todo, queremos vivir: Sentir, aunque sea una continua sensación de pérdida y fugacidad, es mejor que no sentir.

—La Reina de Alboné en su decimocuarta encarnación

—Pues no parece gran cosa como plan.

Tsun Zune miró a Yoranna sin dejar de caminar.

—Quizá no te lo parezca, pero el adepto estuvo de acuerdo en que era lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Dejarse matar por tus amigos los Espectros?

—Ni son mis amigos ni creo que lo maten. Están interesados en él, es cierto, pero no es su muerte lo que tienen en mente. Y, aunque lo fuera, no creo que a Brandan le importase gran cosa. Si su vida es el precio que tiene que pagar para que su Reina y su mundo estén a salvo, ¿crees que dudaría un solo segundo? ¿Tan poco conoces a tu hombre?

—No es mi hombre, es...

—Tu dueño, sí. Aunque es dueño de una propiedad bastante problemática, sin la menor duda. Como tener a un tigre agarrado por la cola.

Yoranna frunció el ceño, pero no dijo nada.

—En cualquier caso —siguió Tsun Zune—, mientras lo tengan a él estarán demasiado ocupados para buscarnos aquí, al menos al principio. Pondrán el complejo patas arriba intentando dar con nosotros, seguro, pero no se les ocurrirá que nos hayamos ido. Al fin y al cabo, si Brandan está allí, asumirán que sus aliados también lo están.

Caminaban rápidamente loma arriba, por un estrecho sendero bordeado por un muro de piedras.

—O quizá eres tú quien asume demasiado —dijo Yoranna.

Tsun Zune esbozó una sonrisa desganada.

—Conozco bien a mis antiguos compañeros, mujer —dijo—. Por supuesto, tarde o temprano, se darán cuenta de adónde hemos ido, pero no antes de que hagamos lo que tenemos que hacer.

—¿Y adónde hemos ido?

—Bueno, creí que era obvio. Estamos en el bosque oscuro de la isla.

Yoranna miró a su alrededor. Salvo por el sendero que recorrían, toda la loma estaba cubierta de una yerba corta y densa que parecía temblar a su paso. Aquí y allá se formaban bultos sobre el terreno, pero eran absorbidos rápidamente.

—¿Y esto?

—Aquí habitan los Grassin J'mpmensh. Si camináramos sobre la yerba caerían sobre nosotros. Pero no pueden formarse fuera de ella, ni pueden percibirnos mientras estemos en el sendero. —Se encogió de hombros—. No del todo, al menos. Notan algo, pero no lo suficiente para salir.

Yoranna contempló de nuevo los bultos que se formaban y desaparecían. No se sintió muy tranquila.

—Estamos en el bosqueoscuro primigenio, Yoranna, el primero de todos. De él surgieron todos los demás. Lo que pase aquí, los afecta.

—Si tú lo dices.

—No soy yo quien lo dice, sino la experiencia. Los Espectros llevan años experimentando con el bosqueoscuro. Construir el sendero por el que caminamos no fue una fruslería, te lo aseguro. Los hombres que han muerto en el proceso... —Volvió a encogerse de hombros, como si aquello no fuera con él—. En cualquier caso, conocen bien el bosqueoscuro. Y lo han comprobado: lo que se hace aquí afecta a los demás. Y lo que pretenden...

—No hace falta ser muy listo para ver lo que pretenden —dijo Yoranna con desprecio—. Destruirán este bosqueoscuro para que los demás desaparezcan.

La sonrisa que apareció en el rostro de Tsun Zune lo era todo menos tranquilizadora.

—Ah, tan cerca y tan lejos, querida. Pero, espera. Estamos llegando. ¿Estás preparada?

Yoranna asintió y tanto ella como Tsun Zune se tumbaron en el suelo. Habían hablado de lo que tenía que hacer antes de iniciar el ascenso, así que las palabras eran innecesarias. Yoranna se deslizó sobre Tsun Zune y siguió después arrastrándose hacia la cima.

No tardó en ver a los vigías. Eran tres, como Tsun Zune le había dicho, y no parecían saber lo que les esperaba.

Miró a su alrededor. La yerba seguía intranquila, y los bultos sobre ella se formaban claramente en su dirección. Si aquellos tres no eran idiotas, tendrían que darse cuenta de que alguien venía.

Pero debían serlo. O estaban muy ocupados charlando de alguna trivialidad, porque no notaron nada extraño. Su reacción cuando Yoranna saltó sobre ellos fue de sorpresa y, el tiempo que se tomaron en responder a su ataque fue más que suficiente para que la mujer eliminase a uno, hiriese seriamente a otro e hiciera frente al tercero.

De una patada en la cara, Yoranna remató al herido y luego se enfrentó al tercer hombre. Éste no parecía comprender del todo lo que estaba pasando. Al fin y al cabo, ella seguía pareciendo uno de los suyos, un Espectro, y era inconcebible que un Espectro atacase a otro.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que su vida estaba en juego y, con la espada desenvainada, trató de hacerle frente.

Era bueno. Aunque no lo suficiente. Luchaban en una pequeña explanada circular, rematada por un pequeño altar y rodeada del mismo muro de piedras que bordeaba el sendero, y su oponente tenía un cuidado exquisito de que sus pasos no lo llevaran más allá. A su alrededor, la yerba borboteaba, como si comprendiera lo que estaba pasando, y los bultos empezaban a tomar una forma definida.

Yoranna no hizo caso. Tenía que acabar aquello, y tenía que hacerlo pronto.

Lanzó un ataque que falló, fingió un tropezón y soltó una maldición mientras se tambaleaba. Su oponente no lo pensó y se lanzó a fondo, sólo para encontrarse con la espada de Yoranna bien clavada en sus tripas.

Tsun Zune llegó en ese momento a la cima, se incorporó y comprobó con aprobación el panorama.

—Buen trabajo —dijo, mientras Yoranna remataba a su oponente.

Tsun Zune registró los tres cadáveres hasta dar con lo que buscaba. Parecía un bastón y tenía aspecto de haber visto tiempos mejores: la madera estaba gastada y ennegrecida, cubierta de caracteres que Yoranna no reconoció.

—Bien —dijo Tsun Zune—. Ayúdame a deshacerme de ellos.

Entre los dos, arrojaron los tres cadáveres fuera de la explanada y la yerba no tardó en dar buena cuenta de ellos. Yoranna contuvo una mueca de asco mientras los tres hombres eran devorados.

Tsun Zune alzó el bastón y asintió.

—Los Espectros no pretenden destruir este bosqueoscuro

—dijo, siguiendo la conversación con Yoranna en el mismo punto en que la había interrumpido—. Sólo deshacerse de los otros. El resto del mundo quedará sin mensajeros, pero ellos tendrán acceso a la única fuente.

Yoranna asintió.

—Comprendo.

—Seguro que sí —dijo Tsun Zune, con una sonrisa torva—. Y seguro que lo has hecho más rápido de lo que este viejo estúpido lo hizo. —Se señalaba a sí mismo, burlón—. La verdad —murmuró—. La verdad para el resto del mundo, lo quieran o no. Y para los Espectros, el control de la mentira y, por tanto, del mundo. La verdad nunca ha sido más que un juguete. Pero las cosas van a cambiar.

Yoranna frunció el ceño.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó

—Bueno, creo que es obvio. Vamos a impedir que los Espectros destruyan los bosqueoscuros. Y, si las cosas van como espero, vamos a impedir que puedan intentarlo de nuevo.

—Parece fácil.

—Y hasta puede que lo sea.

Luego, sin una palabra más, Tsun Zune introdujo el bastón en el altar que remataba la explanada.

Caminaban hacia el fondo del cráter, y Yoranna no parecía muy a gusto.

—Debería haberme quedado arriba —dijo.

Su voz se transformó en poco más que un susurro, un eco. Sin embargo, Tsun Zune la oyó perfectamente.

—No es necesario. En el momento en que el corazón del bosqueoscuro se abre, nadie puede entrar en él. Y los que ya están dentro no se moverán del lugar en el que están, el bosque no los

dejará a menos que hayan llegado al prado de los hombres de yerba, cosa que dudo.

—Pero podrían haberlo hecho...

—Quizá —respondió Tsun Zune, indiferente—. Ya veremos.

Yoranna no dijo nada y siguió caminando.

No tardaron en llegar al fondo del cráter. Tsun Zune sonreía, mientras Yoranna trataba de asimilar lo que estaba viendo.

—Sí, es igual que la morada de los dioses que hay en Jarsarén. En cuanto a su propósito... mis antiguos compañeros creen que es la responsable de crear los mensajeros. Hay una como esta en el corazón de cada bosqueoscuro. Y todas ellas responden a... será mejor que te lo enseñe.

Se acercaron al cilindro metálico y Yoranna enseguida vio el extraño anillo que lo rodeaba.

—Es un transmisor —dijo Tsun Zune—. Mañana, en el momento del Reparto, cuando el mundo entero esté ocupado recolectando y distribuyendo los carneútiles recién madurados, los Espectros lo usarán para enviar una señal a los demás bosqueoscuros y activar las bombas de Malas Noticias que hay en sus corazones. Y en ese momento...

—No habrá más bosqueoscuros —terminó Yoranna.

—Sólo éste, y Desolación está aislada del resto de Érvinder. Los mensajeros que aquí se produzcan no pasarán de aquí. Y sólo los Espectros podrán usarlos y manipularlos para sus propios propósitos. El resto del mundo... bueno, tardará un tiempo, pero los mensajeros irán muriendo. Y, cuando lo hagan, no serán reemplazados.

Tsun Zune se arrodilló junto al cilindro y empezó a trastear en el anillo que lo rodeaba. De vez en cuando contemplaba a Yoranna, que lo miraba completamente inmóvil. Tsun Zune comprendió que algo estaba cambiando dentro de la mujer, pero ahora no tenía tiempo para preocuparse por ello.

Al cabo de unos minutos, encontró lo que estaba buscando. Con cuidado, desactivó el artefacto y, con más cuidado aún, empezó a desmontarlo.

—Ya está —dijo.

Lo que había sido el anillo estaba desparramado por el suelo, y Tsun Zune sujetaba con las manos lo que había sido su fuente de energía.

—Ya está —repitió.

Yoranna parpadeó, como si volviera de muy lejos. Tsun Zune la miró de nuevo.

—¿Qué ocurre?

Ella meneó la cabeza.

—Imri —dijo.

Tsun Zune frunció el ceño.

—Recuerdo a Imri —añadió Yoranna.

—Claro, nunca creí que la olvidararas.

Ella meneó la cabeza. Intentó dar un paso y tropezó.

—No —dijo, tratando de recuperar el equilibrio—. Recuerdo... lo que sentía. —Tropezó de nuevo y cayó de rodillas—. Recuerdo su tacto, y cómo me hacía sentir. Recuerdo...

—Ah, comprendo —dijo Tsun Zune. Aquello era inesperado, aunque no del todo—. Debería haberlo pensado. Todo el cráter está plagado de mensajeros, y creo que están contrarrestando lo que te hizo Brandan.

Yoranna no respondió, con la vista clavada en el suelo y las manos abrazando su propio vientre. En aquellos momentos estaba muy lejos de allí, a varios mundos de distancia. Alzó la vista y Tsun Zune vio que sonreía. Había algo salvaje en su sonrisa, casi feroz, pero también un

brillo de nostalgia en sus ojos azules.

—¿Yáxtor? —preguntó de pronto, como si sólo ahora hubiese escuchado las palabras de Tsun Zune—. No, él... yo...

Sonrió otra vez y todo su cuerpo se estremeció. Se mordió los labios y bajó la vista de nuevo. De pronto, sus manos se cerraron en dos puños y golpeó sus propios muslos. Gritó y se golpeó de nuevo. Miró hacia Tsun Zune y éste sintió miedo.

—Fascinante —dijo, intentando que su voz se mantuviera imperturbable—. Ahora mismo estás atrapada entre dos impulsos contradictorios. —Con cuidado, tratando de no hacer ningún movimiento amenazador, se acercó a ella—. Los mensajeros del corazón del bosque te han devuelto tus impulsos naturales, pero no han anulado los que Brandan te inoculó. Quizá no puedan. Hace tiempo que sospecho que los mensajeros de Brandan tienen efectos más permanentes de lo que parece. Fascinante —repitió—. Sin embargo, me temo que no tenemos tiempo para eso.

Yoranna lo miraba, pero no parecía estar viéndolo. Sonrió otra vez y luego su rostro se crispó en una mueca de dolor. De ahí paso a la rabia y ésta no tardó en ser sustituida por la añoranza. Tsun Zune vio cómo tomaba aire y, a cada bocanada, la expresión de su rostro iba cambiando. Había dos Yorannas dentro de aquel cuerpo que ni siquiera parecía el suyo, dos Yorannas enzarzadas en una lucha que ninguna de las dos podía ganar.

Tsun Zune aguardó. No podía hacer otra cosa.

Poco a poco, el cuerpo de la mujer dejó de temblar y la carrera alocada de emociones en su rostro dio paso a la tranquilidad.

Alzó la vista y parpadeó.

—Imri —musitó—. Yáxtor... —Meneó la cabeza y fue como si despertara de pronto—. ¿Qué...?

Una tregua, se dijo Tsun Zune. Mientras estuvieran allí dentro era a lo más que podía aspirar. Una tregua inestable entre sus impulsos naturales y los que Brandan le había inoculado. No sabía cuánto duraría, pero si la mujer seguía allí mucho tiempo, acabaría desgarrada, partida en dos por sus propias emociones. Y en cuanto saliera, se dijo con tristeza, Brandan vencería de nuevo, tarde o temprano.

—No importa —dijo—. Tendrás tiempo después para pelear con tus demonios. Lástima. Me gustaría ver cuál gana. —*Pero ganará Brandan*, pensó, y descubrió que le habría gustado que las cosas fueran distintas—. Pero si no sacamos pronto esto de aquí y sellamos el lugar, todo cuanto hemos hecho no habrá servido para nada.

—¿Y por qué debería ayudarte? —preguntó Yoranna de pronto.

—Menudo momento para tener dudas —dijo Tsun Zune—. ¿Quieres vivir en un mundo sin mensajeros, en un mundo donde tu Imri envejezca antes de tiempo?

—Sabes...

—Sé muchas cosas. ¿Quieres vivir en mundo así, donde tengamos que depender sólo de nosotros?

Yoranna meneó la cabeza.

—Entonces, toma esto y vete de aquí. Y, cuando llegues al altar, saca el bastón y lánzalo hacia el cráter antes de que se cierre.

—¿Y tú?

—Creo que me quedaré aquí.

Yoranna tomó la fuente de energía que le tendía Tsun Zune y miró al hombre sin comprender.

—Mientras yo esté aquí y tenga el bastón, no podrán entrar, una vez que cierres el corazón

del bosque. Lo protegeré.

—¿Por qué? ¿Por qué no...?

—Sí, hay otras opciones. Podríamos salir los dos, cerrar el corazón y dejar el bastón dentro, sin guardián. Es muy probable que nadie más pudiera entrar. Al fin y al cabo, éste es el bosque oscuro primigenio, y su corazón sólo se abrirá con el bastón original. Pero creo que es más seguro de esta forma.

—No, no quería decir eso. ¿Por qué quieres...?

Tsun Zune se encogió de hombros.

—Podría responderte muchas cosas, pero creo que se nos acaba el tiempo. Vete y cierra el corazón del bosque. —Yoranna vaciló—. Estoy donde quiero estar en este preciso momento. Donde vi que estaría y donde decidí estar. No tengo la menor intención de irme de aquí.

Yoranna estuvo a punto de decir algo, se lo pensó mejor y dio media vuelta. Se detuvo de pronto, miró a Tsun Zune y dijo:

—Adiós.

—Hasta la vista, querida —respondió él.

Desde lo alto del cráter, Yoranna contempló lo que había su alrededor. Era como estar en la cima del mundo, en cierto modo. Y, al mismo tiempo, era como estar al borde mismo de él. En su centro y fuera.

Meneó la cabeza. Se acercó al altar y tiró del bastón. Éste salió sin dificultad y, en cuanto abandonó la piedra, el cráter empezó a cerrarse. Yoranna dudó. Luego, se encogió de hombros y lanzó el bastón.

El cráter se plegó sobre sí mismo y de nuevo estaba en la cima de la loma, en medio de un claro del bosque. La yerba se agitaba otra vez, y la esperaba un largo camino de descenso.

Contempló la fuente de energía que llevaba y se preguntó qué hacer con ella.

Luego, pensó en Brandan.

Debía ir a buscarlo, se dijo. Intentar sacarlo del lío en que se había metido.

¿O debía irse, simplemente?

Imri, pensó.

Y sintió una oleada cálida dentro de ella, algo delicioso que había añorado todo ese tiempo sin saberlo.

Yáxtor, se dijo después.

Y algo brutal, ardiente y sin piedad, la partió en dos.

Tomó aire y trató de tranquilizarse.

Durante largo rato permaneció allí, inmóvil, en el centro de un torbellino que tiraba de ella hacia todas partes.

Luego, se decidió y empezó a descender hacia el bosque.

Tsun Zune se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra la morada de los dioses. Yoranna se había convertido en una silueta lejana que ascendía trabajosamente por la pared del cráter. Sobre él, el cielo era una mancha de grises sucios que se iban oscureciendo poco a poco.

Vio a Yoranna coronar la cima del cráter y acercarse al altar.

Las paredes comenzaron a cerrarse.

Algo voló por el aire en su dirección y se clavó en el suelo a su lado.

Tsun Zune se estiró, lo desclavó y lo dejó sobre sus rodillas.

Vio el cielo por última vez y luego permaneció solo en la oscuridad. Seguía sintiendo la presencia de la morada de los dioses a sus espaldas.

Y nada más.

Estaba, otra vez, fuera del mundo. O quizá en su mismo centro.

No importaba.

A su alrededor no había más que tiempo y estaba donde quería.

Luego, sintió una presencia familiar, conocida.

Sonrió.

—Creí que tardarías algo más —dijo.

Lo que hemos hecho con Yáxtor Brandan lo pagaremos algún día, de eso estoy seguro.

Sin embargo, nosotros sólo continuamos lo que alguien más empezó. Eso no nos hace menos culpables, claro.

Es cierto que no fuimos nosotros quienes destruimos todo lo que Brandan había sido hasta ese momento. Quién fue o con qué propósito, lo desconocemos. Y seguramente no lo sabremos jamás. Aunque a veces pienso que quizá la Reina sabe más de lo que dice. En cualquier caso, aunque fuera así, ella no hablará. Lo sé.

Pero no es menos cierto que en lugar de intentar reparar lo que estaba roto, usamos los pedazos para construir algo nuevo que se ajustase a nuestros propósitos. Usamos los fragmentos de un hombre para construir un instrumento.

Bueno, al fin y al cabo soy un artífice, me paso la vida construyendo cosas.

Pero hay algunas que preferiría no haber creado jamás.

—Qérlex Targerian

Número Dos contemplaba el mapa del mundo.

Faltaba poco. Al día siguiente, al amanecer, daría la orden. El artefacto en el corazón del bosqueoscuro emitiría su señal a las bombas de Malas Noticias repartidas por el mundo y todo acabaría.

Frunció el ceño y pensó en los dos compañeros de Brandan. Si las noticias que había recibido eran ciertas... se los había visto salir del complejo y dirigirse hacia el bosqueoscuro. Luego, se había perdido todo rastro de ellos.

Meneó la cabeza.

No. Era imposible que conocieran sus planes. No podían saber que la clave de todo estaba en el corazón del bosqueoscuro primigenio.

Sin embargo...

Brandan había llegado hasta allí, hasta Desolación nada menos, y aquello era tan imposible como lo otro. ¿Cómo podía haber sabido lo que debía hacer, qué resortes pulsar, hacia dónde dirigirse?

Inconcebible.

Miró de nuevo el mapa del mundo. En menos de dos horas los últimos bosqueoscuros tendrían una bomba de malas noticias en su corazón y nada podría detener su plan.

A menos que...

¿Debía ponerse en contacto con Número Uno, explicarle lo que había pasado, pedir su ayuda, sugerirle tal vez que no esperasen al amanecer y adelantasen el momento de la detonación? A Número Uno no le gustaría: había elegido el momento preciso para detonar las bombas y sería reacio a cambiarlo sólo por las sospechas de su segundo, sobre todo sin nada que las confirmase, más allá de una vaga inquietud y la sensación de estar olvidando algo.

No, no podía permitirse parecer débil.

Lo que no puedo permitirme es ser débil, pensó.

En realidad, no podía hacer más de lo que había hecho. Había enviado a sus hombres al bosqueoscuro en cuanto había sabido las noticias y tenía a Brandan a buen recaudo. El resto... si algo había aprendido a lo largo de todos los años era que los planes que preveían todas las contingencias no existían.

El transmisor estaba a salvo, en el corazón del bosqueoscuro. Y éste estaba cerrado. Y había una guardia alrededor de la puerta. Y era casi imposible que alguien ajeno a los Espectros pudiera orientarse en el bosqueoscuro lo suficiente para llegar a la loma de los hombres de yerba.

Todo cuanto era posible hacer estaba hecho.

Y en unas horas...

Sin embargo, Número Dos seguía con la sensación de que estaba olvidando algo, de que algo obvio se le estaba escurriendo entre los dedos.

Frunció el ceño y contempló el mapa una vez más.

Desolación.

Desaparecida para el resto del mundo cincuenta años atrás en un cataclismo natural. Perdida para todos salvo para ellos. Rodeada de un campo de camuflaje que hacía que los barcos desviasen su ruta sin notarlo cuando se acercaban demasiado. Hasta las aves migratorias cambiaban su vuelo cuando se acercaban a la isla.

Nadie sabía que existía. Sólo ellos.

Y nadie había sospechado el secreto que encerraba. Salvo ellos.

¿Cómo averiguó Número Uno que el bosqueoscuro de Desolación era el bosque primigenio, el primero, aquel del que dependían todos los demás? Número Dos no lo sabía. Había muchas cosas que ignoraba de Número Uno. Aunque, se decía, también sabía unas cuantas.

Sonrió.

Y enseguida volvió a fruncir el ceño.

Algo se le escapaba. Algo...

Basta. Preocuparse demasiado era tan malo como preocuparse poco. Quizá peor. Había hecho cuanto debía y ahora sólo podía esperar.

¿Por qué esperar?, se dijo. ¿Por qué consultar con Número Uno? El éxito de lo que se proponían era lo único que importaba. Si Número Uno se sentía traicionado por no haber esperado a que amaneciese, que pidiera su cabeza. Se la daría gustoso. Pero no se quedaría allí parado, con aquella sensación rondándole el cuerpo, sólo para que las bombas estallasen en el momento más... ¿más qué? ¿Más espectacular?

Tomó la decisión y, al hacerlo, sintió un alivio casi salvaje. No consultaría con Número Uno. Al fin y al cabo, se suponía que tenía la suficiente capacidad de iniciativa para improvisar si la situación lo requería. No era un simple sicario. Era el Número Dos de los Espectros y podía tomar aquellas decisiones.

No iba a esperar al amanecer. En cuando la última bomba hubiera llegado a su destino, las detonaría todas.

Dos horas.

Dos horas y el resto del mundo viviría en la verdad desnuda y sólo ellos, los Espectros, tendrían el control de la ilusión. Y, con eso en sus manos...

La puerta se abrió a sus espaldas, y Número Dos se volvió, ceñudo. ¿Quién se atrevía a...?

Suavizó la expresión de su rostro al ver a Valquinia.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Ella asintió y entró en la habitación, sin cerrar la puerta. Número Dos iba a pedirle que lo hiciera cuando un guardia del nivel tres se coló por ella. ¿Qué hacía un...? Luego, el rostro del recién llegado salió de las sombras.

¡Brandan!

Y, de pronto, Número Dos se encontraba atrapado, prisionero en su propio despacho, sin posibilidad alguna de moverse o de pedir ayuda.

El adepto sonreía, pero sus ojos seguían fríos.

—Vigila la puerta, cariño —le dijo a Valquinia.

Ella lo miró con algo que sólo podía ser descrito como adoración e hizo lo que le pedía.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Número Dos.

Yáxtor lanzó una mirada de reojo a Valquinia y sonrió.

—Bueno, gracias a ti, Fleng, en cierta manera —dijo—. Vuestro campo de inhibición mata mis mensajeros, es cierto, pero no instantáneamente, y si están lo bastante cerca de otro cuerpo, un cuerpo que ya sea receptivo a ellos...

Número Dos asintió.

—Tu erección...

—Era real, sincera e involuntaria, te lo aseguro —dijo Yáxtor, acentuando su sonrisa—. Pero me vino de perlas, sobre todo cuando Valquinia amenazó con convertirme en un buey. La mayoría de los mensajeros que solté murieron antes de alcanzarla, seguramente, pero sobrevivieron los suficientes para entrar en ella. Luego, cuando vino a verme a mi celda... supongo que no hace falta que siga.

Yáxtor dejó de prestarle atención a su prisionero y recorrió la habitación con la vista. Se detuvo ante el enorme mapa que ocupaba una de las paredes.

—Interesante —dijo—. Me pregunto qué pensará el Adepto Supremo cuando sepa que tenéis un duplicado de su mapa.

—No creo que llegue nunca a saberlo.

—Quizá no. Salir de aquí no va a ser tan fácil como lo fue entrar. Pero creo que me las apañaré. Y antes de venir informé de dónde estaban las bombas de Malas Noticias. A estas alturas, nuestros hombres van hacia el corazón de los bosqueoscuros para desactivarlas.

—¿Y crees que van a poder?

Yáxtor frunció los labios. Se acercó a un aparador junto a la puerta y contempló lo que había sobre él. Reprimió una sonrisa y cogió un estuche y un brazalete en forma de serpiente.

—No lo sé —dijo—. Pero estoy seguro de que mis compañeros ya habrán desactivado el transmisor que tenéis aquí, así que no importa que desactivemos o no las bombas.

Y, de pronto, Número Dos comprendió lo que había pasado por alto.

—Tsun Zune —murmuró.

—Tsun Zune —repitió Yáxtor—. En efecto. Un poco chiflado, o eso me pareció, pero lo bastante cuerdo para saber lo que había que hacer. Y a estas alturas ya debe haberlo hecho. Y ahora... desactivar vuestro transmisor está bien. Y si Tsun Zune es capaz de cerrar el bosqueoscuro, tal como me dijo, estará incluso mejor. Pero me sentiría más tranquilo haciendo volar vuestro garito por los aires y llevándome por delante tantos de vosotros como pueda. Espero que no te importe.

Número Dos no dijo nada.

—Ha sido muy amable por tu parte haber traído mis cosas a tu despacho —dijo Yáxtor—.

Eso me ahorra tener que buscarlas.

Alzó el brazalete en forma de serpiente. Se lo llevó a la boca y lo lamió varias veces mientras murmuraba algo.

El brazalete empezó a cambiar de forma y Número Dos no tardó en comprender en qué se había convertido. Estuvo a punto de decir que aquello no le serviría de nada, pero había decidido no hablar más, y guardó silencio.

Yáxtor abrió el estuche y de él sacó varios perdigones. Los introdujo en la pistola y luego la amartilló.

—Sé lo que piensas. Que no me servirá de nada pronunciar la palabra impronunciable de ignición. Pero, verás, estos proyectiles son un poco distintos.

Apuntó a la pared y apretó el gatillo. Con un silbido, el perdigón salió de la pistola y arrancó una esquirla de piedra de la pared.

—Uno de los mejores inventos de Qérlex —dijo Yáxtor.

Número Dos siguió en silencio. Si el adepto iba a matarlo, que lo hiciera. Y si pensaba torturarlo con su pistolita de juguete, no iba a conseguir gran cosa.

—Sí, claro —dijo Yáxtor, como si le hubiera leído el pensamiento—. Qué le puede hacer una bala a un hombre que ha sido torturado durante años por Tsun Zune.

Número Dos sonrió. Yáxtor le devolvió la sonrisa.

—Sólo que estos proyectiles también han sido modificados. Fue algo que se me ocurrió después de mi estancia en No Mo Lou y a Qérlex le pareció buena idea. Lo que hay bajo su cubierta metálica es... podríamos decir que soy yo. Mis mensajeros, en todo caso. Y todo eso a cambio de un poco de mi sangre. Parece un buen trato, ¿no?

Y antes de que Número Dos pudiera asimilar lo que Yáxtor acababa de decir, este apretó el gatillo.

Número dos sintió la primera bala reventar su rodilla. La segunda se clavó en su vientre.

Podía con el dolor. El dolor nunca había sido un problema.

Pero...

Sí, los sentía dentro de él. El adepto no había mentido. Las balas estaban llenas de mensajeros de Brandan y notaba cómo iban haciendo rápidamente su trabajo.

—No sé cuántas serán necesarias —le oyó decir—. Pero creo que tengo suficientes.

Mientras los mensajeros iban haciendo lo que tenían que hacer, Yáxtor sentía que las preguntas se acumulaban en su cabeza, como si quisieran reventársela.

Al fin y al cabo, aquel hombre había sido Yan Fleng. Había conocido a su padre. Poseía una ampolla en la que estaban sus recuerdos. Había hecho que los Espectros fueran tras él una y otra vez. Y había confesado que no quería matarlo, que lo necesitaba vivo.

Pero todo aquello podía esperar. Debía esperar.

Su misión era lo primero. Y, al recitar mentalmente aquellas palabras, no pudo evitar una sonrisa torcida.

Lo habían reconstruido bien. Mejor que bien, de hecho.

Era un soldado obediente. Un adepto, en el pleno sentido de la palabra.

Por mi Reina, se dijo en tono irónico.

Pero, con ironía o sin ella, así era. Y así debía ser.

Volvió la vista hacia Valquinia, plantada en la puerta, alerta y vigilante. Tan frágil, tan letal, tan deseable...

Y tan poco importante.

Miró a Fleng, al hombre que se llamaba a sí mismo Número Dos. Él tampoco tenía importancia, en realidad. La información que llevaba dentro podía ser relevante, él no. Ya no.

Y en cuanto a él mismo, a Yáxtor Brandan, adepto empírico al servicio de Su Majestad, la Reina de Alboné, era el menos importante de todos.

Una herramienta. Un arma.

Por primera vez en su vida (¿por primera vez?, se dijo) algo se rebeló dentro de él ante ese pensamiento.

Era algo más. Era mucho más. O lo había sido.

Pero eso tampoco tenía importancia.

Tomó aire y se acercó a Número Dos, que tenía los ojos cerrados y parecía haberse rendido a sus mensajeros. Un par de minutos más y estaría listo.

Miró una vez más a Valquinia. Y luego pensó en Yoranna. Ella tampoco era importante. Aunque fuera más letal y más deseable aún que Valquinia. Aunque fuera un animal salvaje al que no podría domar nunca del todo y que nunca se cansaría de intentar domar.

¿Nada era importante, entonces?

¿Sólo la Reina?

Dentro de él, algo dijo que así era. Y algo más, algo débil y lejano dijo que no.

Número Dos despertó.

—Bienvenido —dijo Yáxtor—. Y ahora, tal vez quieras explicarme el mecanismo de autodestrucción de todo esto.

—¿Y si no lo hay?

—Vamos, no seas ridículo, claro que lo hay. No dejaríais algo como eso al azar, no me lo creo.

Número Dos se mordió el labio y luchó por no responder.

—En mi escritorio —dijo, como si cada palabra le fuese arrancada contra su voluntad—, bajo la bandeja de documentos.

Cada palabra le resultaba más fácil que la anterior y, en pocos minutos, estaba contándole a Yáxtor cómo activar el mecanismo de autodestrucción del complejo.

—Hmmm —murmuró Yáxtor mientras lo manipulaba—. Media hora. Sí, media hora suena razonable.

—No podrás huir de aquí en media hora.

—Tal vez sí y tal vez no, pero eso es irrelevante.

Número Dos lo miró y Yáxtor aguantó su mirada.

—Media hora —dijo éste de nuevo—. Nos arriesgaremos. ¿Qué opinas, Valquinia?

Ésta se giró y dijo:

—Si a ti te parece bien.

Yáxtor sonrió, pero sus ojos seguían fríos. De hecho, iban volviéndose más fríos por momentos.

—¿Si me parece bien? No lo sé. Y tampoco estoy muy seguro de que eso importe.

Activó el mecanismo, lo cerró y, de un par de disparos, reventó el cierre.

—Mejor asegurarnos —dijo, mientras volvía hacia donde estaba Número Dos—. Y, ahora que hemos terminado con lo importante, vayamos a las trivialidades.

Tomó asiento frente a su prisionero.

—No es que andemos sobrados de tiempo, pero supongo que podemos perder cinco minutos en ponernos al día con algunas cosas. Empecemos, ¿qué sabes de mi padre y por qué ese interés en capturarme con vida?

La reacción de Número Dos tomó a Yáxtor por sorpresa. El hombre que había sido Yan Fleng empezó a reírse como si acabaran de contarle el mejor chiste de su vida.

—¿Próxtor? —dijo, cuando consiguió tranquilizarse a

medias—. ¿Quieres que te hable de Próxtor? ¿Vas a perder tus últimos minutos de vida (y los míos, ya que estamos) preguntándome por tu padre? Vete al cuerno, muchacho.

Yáxtor meneó la cabeza.

—Después de ti —dijo—. Mi padre desapareció casi a la vez que lo hicisteis tú y Mashrun. Supongo que en el mismo lugar y por el mismo motivo.

—Cerca —dijo Número Dos—. Y tan lejos...

El adepto frunció el ceño. Algo no iba bien. Fleng no debería ser capaz de responder de ese modo a sus preguntas. Sus mensajeros tendrían que haberse encargado de que sus respuestas fueran claras y directas. Y ciertas.

—No puedes llegar a ese rincón de mi mente. —Ahora fue Número Dos el que habló como si le hubiera leído el pensamiento a Yáxtor—. Hay en él protecciones que ni tus mensajeros pueden saltar, muchacho. Lugares a los que ni siquiera yo tengo acceso. De hecho, ni siquiera están aquí —añadió, enarcando las cejas y mirando hacia arriba—. Tuve esos recuerdos, pero ya no están dentro de mí. Y dudo mucho que quieras dar con la persona que los tiene.

—¿Tu misterioso Número Uno?

Fleng asintió.

—Has dado en el clavo. Puedes exprimirme cuanto quieras, Yáxtor, pero lo único que encontrarás es que faltan cosas. No, no te diré qué fue del bastardo de tu padre. Además, no importa.

—Sí, parece que nada importa demasiado últimamente.

—Pero sí te responderé a tu otra pregunta. ¿Por qué te queremos vivo? Bueno, pregúntaselo a tu Reina. Ella lo sabe.

—Eso no tiene sentido.

Maniatado como estaba, Número Dos se las apañó para encogerse de hombros.

—Puede. O puede que lo tenga. Averígualo. —Sonrió—. Creí que eras más listo. Hasta tú tendrías que haberte dado cuenta de lo que eres, a estas alturas, aunque no sepas por qué.

Yáxtor se incorporó y se dio media vuelta. Comprobó el tiempo. Los cinco minutos que se había dado a sí mismo casi habían llegado a su fin.

—Vendrás con nosotros —dijo.

Se inclinó sobre el cuerpo de Número Dos para desatarlo y, al hacerlo, comprendió el error que acababa de cometer.

Porque Fleng se las había apañado para liberar uno de sus brazos mientras respondía a las preguntas de Yáxtor, y ahora lanzaba su manaza hacia el cuello del adepto y hacía presa en él. Yáxtor intentó liberarse y trató de avisar a Valquinia, que seguía vigilando la puerta y no se había dado cuenta de lo que pasaba, pero la mano de Número Dos le impedía hablar.

Todo sucedió demasiado rápido.

Fleng liberó su otra mano, cogió algo de entre sus ropas y trató de golpear a Yáxtor. Éste dejó de intentar liberarse (ya respiraría más tarde, qué demonios) y agarró la muñeca del otro hombre antes de que consiguiese su objetivo. Vio lo que había en la mano de Número Dos, sonrió y empujó hacia adelante con todas sus fuerzas.

La silla cayó contra el escritorio y, antes de que diera contra el suelo, Valquinia había saltado hacia ellos y acuchillaba a Fleng de un modo salvaje.

Yáxtor intentó pararla, pero era demasiado tarde.

La mano de Número Dos dejó su cuello y cayó inerte. Su otra mano soltó la ampolla que había intentado romper contra la piel de Yáxtor y éste la recogió antes de que se hiciera pedazos contra el suelo.

Se incorporó, se frotó el cuello y se maldijo por su descuido.

Había perdido un prisionero, un rehén y la posibilidad de obtener información. Y casi había perdido la vida.

O había estado a punto de recuperarla.

Miró la ampolla que Fleng había intentado romper contra él.

Sus recuerdos.

La parte que le faltaba para estar completo. O dividido del todo.

En el suelo, Valquinia acuchillaba a Número Dos una vez más y se aseguraba de que estaba muerto.

—Lo siento —la oyó decir—. Si te hubiera hecho daño...

Él sonrió y le tendió una mano.

—Estoy bien —dijo—. Me has salvado.

Ella se apretó contra él y Yáxtor agradeció la presión de aquel cuerpo cálido y tembloroso contra el suyo. Lástima que no tuvieran tiempo, se dijo.

—Tenemos que irnos, pequeña.

Valquinia asintió.

Limpio su daga en las ropas del cadáver y luego lo arrastró bajo la mesa. Al menos no sería visible al primer golpe, aunque eso de poco iba a servir.

Bueno, pensándolo bien, dentro de poco, nada iba a servir.

—Hay una ensenada con un pequeño puerto —dijo Valquinia—. Quizá nos de tiempo a llegar.

Yáxtor asintió. Tsun Zune le había hablado de aquel lugar. Esperaba que el viejo torturador y Yoranna hubieran acabado lo que tenían que hacer y estuvieran allí a tiempo. Aunque, si no estaban... Se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

Valquinia lo besó, feroz, le hizo una seña de que esperase y luego salió de la habitación. Volvió enseguida.

—Todo despejado —dijo.
Yáxtor fue tras ella.

«Me has picado», dijo la rana. «Ahora nos hundiremos los dos.»
«¿Qué esperabas?», dijo el escorpión. «Soy un escorpión. Es mi naturaleza.»

—De un cuento de origen incierto

Yoranna salía del bosqueoscuro cuando oyó las primeras explosiones.

Tal como le había asegurado Tsun Zune, salir había sido mucho más fácil que entrar.

—Los bosqueoscuros están hechos para que nos quedemos fuera —le había dicho—. Así que vayas a donde vayas, te llevará siempre al exterior.

Y así había sido. Aunque el viaje no había resultado aburrido. El bosqueoscuro estaba lleno de Espectros y sin duda los buscaban a ella y al viejo.

La espada le pesaba como si fuera un mandoble y estaba empapada de sangre. Todo su brazo era un único grito de dolor.

Pero había llegado.

Claro que eso no significaba que los problemas hubieran terminado. Estaba a un paso de las lindes del bosque, oculta tras un arbusto y preguntándose, mientras iba anocheciendo lentamente, cómo iba a apañárselas para pasar a través de todos aquellos tipos.

Y entonces, alguien resolvió el problema por ella.

Primero sonó una explosión lejana. Luego, otra y otra más. Y luego, la misma tierra pareció estremecerse.

Los hombres que estaban frente a ella se miraron, tomaron una decisión y echaron a correr.

No todos, pero los suficientes.

Los dos que habían quedado no deberían ser un problema.

Maldita sea, estaba cansada.

Apretó los dientes y desenvainó de nuevo su espada, sin hacer caso del grito de dolor de su brazo.

No sabía qué había hecho Yáxtor, pero había sido efectivo. El enorme edificio que había alojado a los Espectros saltaba por los aires y cada explosión hacía que la isla entera temblase.

Pero Yoranna no se detuvo a mirar. Tsun Zune le había explicado cómo llegar a la cala y siguió corriendo hacia ella. Se introdujo entre las rocas, bajó por una escalera resbaladiza y no tardó en sentir el olor húmedo y salado del mar.

Ojalá no hubiera demasiados. Estaba agotada.

Y Yáxtor... ¿habría conseguido escapar, o se habría convertido en un cadáver destrozado entre las ruinas del complejo?

Yoranna oyó voces. Aminoró el paso y asomó la cabeza.

La luna estaba saliendo y, a su luz, vio que el pequeño malecón estaba hirviendo de actividad. Era como si todos los Espectros de la isla estuvieran allí en aquel momento, tratando de irse antes de que las cosas fueran a mayores.

Escuchó una explosión lejana. ¿Qué demonios había hecho Yáxtor? ¿Hundir la isla?

Volvió a mirar. Eran demasiados y estaba demasiado cansada. Sin embargo... los gusanos de memoria de Tsun Zune seguían activos, lo que significaba que seguía pareciendo un Espectro y era poco probable que en la confusión la examinasen con detenimiento.

No era la mejor de las opciones. En cualquier momento el efecto de los gusanos podía desvanecerse, y entonces se vería en un buen apuro. Pero no había mucho más que pudiera hacer, y quedarse allí, teniendo en cuenta lo que estaba pasando, tampoco era buena idea.

De pronto, una mano se cerró alrededor de su boca y se sintió empujada hacia atrás. Trató de liberarse del brazo que la sujetaba, pero no pudo. A su lado, notó otra presencia y se maldijo por haber sido tan descuidada.

Quien la estaba sujetando se le acercó, y entonces Yoranna reconoció los ojos fríos de Yáxtor y lo vio sonreír en la penumbra. Despacio, le quitó la mano de la boca y la soltó. Yoranna tomó aire e intentó no pensar en el olor de Yáxtor, en el tacto de su cuerpo pegado al suyo y sus manos en su rostro.

Imri, se dijo, y contuvo un estremecimiento. *Imri*, se repitió.

—Creí que no ibas a salir a tiempo —susurró Yáxtor.

—Me las he arreglado.

—¿Tsun Zune?

Ella negó con la cabeza.

—Está donde quiere estar —respondió.

Yáxtor frunció el ceño, sin comprender del todo las palabras de Yoranna. Ésta se dio cuenta de que, junto a él, había una mujer... poco más que una niña, en realidad, y comprendió que era la cría que Yáxtor había seducido en Barlénder.

Sintió un arañazo frío y profundo y se maldijo a sí misma por aquel estúpido ataque de celos.

Qué le importaba a quién se trajinase Yáxtor.

Se mordió el labio.

Qué le importaba... Sólo *Imri*. *Imri* era lo único que importaba. En estos momentos, lo único que existía en el mundo era la idea de salir de allí, escapar de aquella trampa y volver con *Imri*, estar de nuevo con ella.

Valquinia la miraba con desconfianza. Para la niña ella no era más que uno de los Espectros, que venía a por ellos.

—Es una amiga —dijo Yáxtor.

¿Amiga?, pensó Yoranna. ¿Amiga? Apretó los puños, luchando contra el deseo de apuñalar a Yáxtor allí mismo y, al mismo tiempo, cabalgarlo hasta el agotamiento. *Imri*, se dijo una vez más, y se dio cuenta de que el pensamiento perdía fuerza cada vez que lo repetía.

A sus espaldas, las explosiones seguían sacudiendo la isla.

—Se te fue la mano —murmuró, tratando de sonar indiferente.

—Tal vez —respondió Yáxtor, con una sonrisa.

Yoranna deseó borrarla del rostro. Y deseó, al mismo tiempo, devorar aquella boca. Miró a Valquinia y se preguntó cómo reaccionaría la muchacha cuando la viera en su verdadero cuerpo y se diese cuenta de que era ella la que había capturado a su «adorado» Yáxtor en Barlénder.

Aunque en realidad, no se estaba preguntando eso. Se estaba preguntando qué aspecto tendría Valquinia con una daga entre sus costillas. Y se estaba preguntando cómo sería besar aquel rostro cubierto de cicatrices. Y se estaba preguntando por qué no los mataba a los dos de una vez. Y se estaba preguntando por qué los tres estaban tan separados y por qué no se acercaban más, hasta que sus cuerpos se convirtiesen en una madeja imposible de desenmarañar. Y se estaba preguntando...

Imri, volvió a decirse. *Imri*, se repitió.

Se agarró a ese pensamiento y logró mantener la calma, al menos de momento. Miró a Yáxtor y se dio cuenta de que éste no sabía lo que estaba pasando dentro de ella.

Tienes que tener cuidado, se dijo. *No debe averiguarlo*.

¿Por qué no?, preguntó otra vez. ¿Por qué no dejar que lo supiera y que volviese a llenarla con..?

No debe saberlo.

Se mordió el labio.

Imri, pensó una vez más. Y fue suficiente. Esta vez.

—Señor, tenemos noticias.

Sí, pero lo que no tenéis todavía es mi puñetero bastón, se dijo Fléiter, irritado.

Llevaba dos horas allí plantado, esperando a que el maldito Qérlex terminara su examen y le devolviera el bastón de su padre. Los soldados estaban listos, él estaba listo, el mundo entero estaba listo, pero mientras los condenados artífices de Su Graciosa Majestad no terminasen su trabajo, no podían entrar en el bosqueoscuro.

—¿Qué ocurre, sargento?

—Hemos recibido comunicación de nuestros... eh... aliados de Khynai.

Fléiter asintió con una sonrisa. Sí, sin duda la expresión tenía algo de contradictoria. Pero las emergencias eran así.

—¿Qué ha pasado?

—Han detectado varias explosiones en algún punto al este de Thunia, en el mar.

Fléiter frunció el ceño.

—Pero ahí no hay nada.

—Eso creíamos. Pero, tras las explosiones... bueno... la información es un poco confusa. Pero parece ser que ahora hay una isla.

Fléiter enarcó una ceja. Aquello sí que no se lo esperaba.

—¿La comunicación es de fiar?

El sargento asintió.

—Hmmm. Vamos, tengo que hablar con el Adepto Supremo. No sé muy bien qué ha pasado, pero sospecho de qué puede tratarse.

El sargento dio media vuelta y Fléiter fue tras él.

En cierto modo, se alegraba de alejarse de las lindes del bosqueoscuro. Al contrario que el que había entre Quitán y Painé, el bosqueoscuro de Wáhrang era... bueno, eso, oscuro. Algo tétrico.

Y frío de narices.

Llegó a la tienda y le pidió al adepto de comunicaciones que le pusiera con el Adepto Empírico Supremo.

Yáxtor, se dijo, tiene que haber sido Yáxtor.

Eso esperaba, al menos.

Estaban a salvo, al menos de momento, ocultos por dos grandes rocas, en una pequeña hondonada natural que había entre ellas, no muy lejos de la ensenada. De vez en cuando, Yáxtor se asomaba y contemplaba el malecón. El bullicio había ido decreciendo poco a poco, a medida que los Espectros se subían a las barcas y abandonaban la isla. Habían huido en perfecto orden, como si estuvieran siguiendo un plan ensayado de antemano.

Yáxtor se preguntó qué podían hacer. No creía que todos los Espectros se hubieran ido de la isla y, aunque así fuera, el portal por el que habían accedido a ella estaría destruido a aquellas horas, junto al resto del complejo.

Y, de un modo u otro, los Espectros volverían. Cerró los ojos y comprobó que podía liberar sus mensajeros, lo que significaba que el campo de inhibición que cubría la isla ya no existía o, en todo caso, se había debilitado lo suficiente. Si era así, quizá hubiera ocurrido lo mismo con el campo que ocultaba Desolación a los ojos del resto del mundo. Y tal vez alguien se diera cuenta.

Pero no podía contar con ello, con que los suyos vinieran a tiempo. O que los que vinieran a tiempo fueran los suyos. Tenían que irse de allí, y rápido.

Miró de nuevo hacia el malecón. Estaba vacío, y las barcas cruzaban rápidamente la ensenada hacia el mar abierto.

Y, de pronto, algo emergió y provocó un pequeño oleaje. Yáxtor distinguió el brillo claramente metálico y comprendió que era un barco submarino. Quizá el mismo que lo había llevado a No Mo Lou. O tal vez otro, qué más daba.

Las barcas se dirigían hacia él.

Frunció el ceño.

Al activar el mecanismo de autodestrucción había alertado al barco. Tal vez. O quizá éste iba a Desolación por un motivo que no tenía nada que ver. Eso no importaba ahora. El barco recogería a los Espectros que huían. ¿Y luego? Era posible que se fuese, en busca de un nuevo refugio. Pero también lo era que decidiera enviar una patrulla a la isla.

No tenían mucho tiempo, se dijo.

Volvió al escondite y se dio cuenta de que, poco a poco, Yoranna iba recuperando su aspecto natural. El proceso, si bien no resultaba doloroso, no era demasiado agradable. Ni de pasar, ni de contemplar.

Pese a ello, ni Yáxtor ni Valquinia apartaron la vista de ella mientras dejaba de ser una mujer baja, morena y robusta y se convertía en Yoranna Lei.

—Quieta —dijo Yáxtor.

Y su mano sujetó la de Valquinia antes de que desenvainase su daga.

—Tranquila. Está con nosotros.

—Pero ella fue la que...

—Lo sé —asintió Yáxtor—. Pero eso ya no importa. Está con nosotros.

Valquinia se relajó, pero siguió mirando a Yoranna con desconfianza.

—¿Qué le has hecho? —preguntó al cabo de un rato.

Yáxtor no respondió.

—¿La has... hecho tuya? ¿Cómo a mí?

El silencio fue respuesta suficiente para Valquinia. De pronto, se incorporó y se lanzó hacia Yoranna. Yáxtor saltó tras ella y consiguió agarrarla antes de que hubiera clavado su daga en una Yoranna demasiado débil para defenderse.

—¡Quieta, maldita sea!

Lo que Valquinia decía era ininteligible, y parecía más un animal rabioso que una mujer. Yáxtor la sujetaba con fuerza, pero eso no tenía ningún efecto en ella, más allá de hacerla revolverse cada vez más y aullar tan alto que amenazaba con volverlos sordos.

Con dificultad, Yoranna fue hasta ellos. Tomó su daga por la hoja y golpeó a Valquinia en la cabeza con la empuñadura. El cuerpo de la muchacha se relajó, sus ojos se vidriaron y quedó inconsciente.

—Gracias —dijo Yáxtor.

—La niña nos ha salido territorial —dijo Yoranna con voz cansada—. Quizá sería mejor que la atases.

Yáxtor asintió y así lo hizo, tras haberla desarmado. Se asomó de nuevo entre las rocas. Las barcas habían llegado al submarino. ¿Habían oído los gritos de Valquinia? Demonios, el mundo entero debía haberlos oído. Volvió al escondite.

—No tenemos muchas opciones —dijo—. Y es posible que nos hayan detectado.

Yoranna, medio recuperada tras su transformación, se encogió hombros.

—Ni siquiera sé dónde estábamos —dijo.

—Al Este de Thunia. En un lugar que no debería existir. Se llama Desolación y, oficialmente, se hundió en el océano hace cincuenta años.

Yoranna miró a la joven inconsciente. Se sorprendió al no sentir ninguna lástima por ella. Aprendería. O no. En cualquier caso no era asunto suyo. Su prioridad era regresar con Imri y, en sus brazos, ser de nuevo lo que había sido. Borrar a Yáxtor de su existencia como fuera. No volver a pensar en él y en todo lo que le había hecho. No acordarse jamás de todo lo que le había hecho sentir. De cómo la había hecho sentirse. De...

Meneó la cabeza. Tomó aire y logró calmarse.

—¿Qué vamos a hacer?

Yáxtor no respondió, y lo que asomaba a su rostro no era demasiado tranquilizador.

—Tienen que estar preparados —decía Fléiter—. Si es Yáxtor, es posible que solicite un portal. Hay que facilitarle el tránsito como sea. Debe ser nuestra única prioridad. Tenemos que saber si lo ha conseguido.

Orston Velhas, al otro lado del espejo, asintió.

—Nuestro mejor experto en portales está ahí contigo, Praghem. Así que sugiero que lo pongas en alerta. Y, si Brandan solicita un portal, deja que él se encargue.

—Sí, perfecto.

Hubo un momento de silencio bastante incómodo.

—¿Crees que lo ha conseguido? —preguntó al fin Fléiter.

—Bueno, el adepto Brandan tiene la terca costumbre de tener éxito donde todos los demás fracasaríamos, así que es posible que sí. —Por un instante Fléiter llegó a pensar que el Adepto Supremo iba a sonreír—. Por otra parte, lo que nos han dicho encaja. En teoría, Desolación se hundió en el océano hace cincuenta años. Y ahora, reaparece de la nada. Si ha estado oculta todo este tiempo tras algún tipo de campo de camuflaje, es bien posible que haya sido la base de los Espectros. Y si el camuflaje se ha desactivado...

—Puede haber sido cosa de Brandan.

—O puede ser otra cosa totalmente distinta. Estamos mandando hombres para allá. Y también lo harán Khynai y Thunia. Va a ser difícil, pero espero que nos las apañemos para hacerlo conjuntamente y sin demasiadas fricciones. En cualquier caso, aún tardarán en llegar.

—Comprendo —dijo Fléiter—. Avisaré al experto en portales. Y estaremos atentos.

—Infórmame con lo que ocurra.

—Si ocurre.

Valquinia estaba consciente, aunque no demasiado a gusto. No había tardado mucho en despertar, y miraba a su alrededor con rabia. Yáxtor, sumido en sus propios pensamientos, no le prestaba demasiada atención, pero Yoranna no le quitaba la vista de encima.

—No te compartiré —dijo Valquinia, de pronto.

Yáxtor alzó la vista, la miró y se encogió de hombros.

—Ahora mismo no tienes mucho poder de decisión, Valquinia.

Ella lo miró, dolida.

—Pero eres mía —dijo—. Soy tuya. No puedes haber poseído a otra.

Yáxtor suspiró, parecía cansado.

—Ya lo discutiremos después —dijo—. Ahora hay otros asuntos que requieren nuestra atención. Voy a ponerte un poco más cómoda. No intentes nada.

Ella asintió, aunque no dejó de mirar a Yoranna con veneno en los ojos. La mercenaria parecía divertida ante la situación.

—Bien. No sé si quedan Espectros en la isla. Y es posible que los que se han ido decidan

regresar. Sobre todo después del escándalo que has armado. Quizá alguien venga a investigar desde el continente, pero dudo que lleguen a tiempo. No quedan barcas en el malecón y, aunque las hubiera, no podríamos escapar: el submarino controla por completo la ensenada. Podríamos ir hacia el interior de la isla, escondernos y esperar, o buscar otro puerto. Pero no me gusta. Cuanto más tiempo pase, más probable es que nos encuentren. Y, desde luego, eso no entra en mis planes. Tenemos que irnos de aquí, y lo antes posible. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Yoranna asintió. Valquinia, tras unos momentos de vacilación, hizo lo mismo.

—El campo de inhibición de la isla ha sido destruido. De eso estoy seguro, o al menos se ha debilitado lo suficiente para que podamos usar nuestros mensajeros. Podemos crear un portal.

Valquinia, pendiente de cada palabra de Yáxtor, asintió, incapaz de poner en duda lo que decía. Yoranna frunció el ceño.

—¿Crearlos nosotros? —preguntó—. ¿Directamente?

—No podemos arriesgarnos. Si creamos un espejo de comunicación para solicitar un portal, pueden encontrarnos. No poseo la capacidad de crear un espejo que no pueda ser rastreado y la actividad de los mensajeros pondría en alerta a los que nos estén buscando. Si llamamos, solicitamos la activación de un portal, esperamos... podría ser demasiado tarde.

—Pero, crear nosotros un portal, implica...

Yáxtor asintió.

—Veo que comprendes cuál es el problema, Yoranna. Me alegro.

Valquinia miraba alternativamente de uno a otro, confusa.

—¿Qué pasa?

Yáxtor la miró.

—Para abrir un portal desde nuestro lado, sin ayuda alguna, necesitaremos una cantidad de energía y de mensajeros que no tenemos —dijo, con una voz que era como hielo picado—. Pero podemos conseguir ambos.

—¿Cómo? —preguntó la muchacha, todavía sin comprender.

—Si uno de nosotros muere, podemos usar sus mensajeros y su cuerpo para fabricar el portal.

El rostro de Valquinia se iluminó.

—Entonces no hay ningún problema, ¿verdad? —dijo—. Mátala —añadió, señalando a Yoranna con la cabeza.

—Me temo que no.

—Pero ella... ella no te sirve para nada. No como yo.

Yáxtor la miró. No había la menor emoción en su mirada. Tan sólo evaluaba a Valquinia.

—Me has sido útil —dijo—. Mucho. Pero creo que ya no lo eres. —Se encogió de hombros—. Bueno, sí, hay un último servicio que puedes prestarme.

Hablaba de un modo tranquilo, casi aburrido, como si todo fuera tan obvio que no hiciera falta dar explicaciones.

—Pero... pero... No lo entiendo.

—Bueno, tu comprensión no es imprescindible para lo que necesitamos de ti.

Desde el otro lado del refugio, Yoranna asistía a aquella escena en silencio. Intentaba desesperadamente no pensar en nada, aferrarse una y otra vez al nombre de Imri en su cabeza, tratar de no pensar en el alivio casi salvaje que sentía y la escasa compasión que experimentaba hacia aquella niña que iba a ser sacrificada para que ellos vivieran.

Yáxtor se volvió hacia ella.

—¿Estás lista? —preguntó.

El asentimiento de Yoranna fue casi como un espasmo.

Yáxtor se volvió hacia Valquinia. Contempló su rostro como si lo estuviera memorizando y luego, de un tajo veloz, cortó su carótida.

Valquinia lo miró incrédula y su cuerpo cayó contra el suelo. La luz en sus ojos se fue apagando rápidamente y, en todo ese tiempo, no dejó de mirar a Yáxtor, como si su imagen fuera algo que quisiera llevarse al otro mundo.

—Ayúdame —dijo el adepto en cuanto se aseguró de que la muchacha estaba muerta.

La sangre de Valquinia se había extendido por el suelo de piedra. Colocaron su cuerpo inmóvil en medio del charco y unieron sus manos.

—Intentaré encontrar a Fléiter —dijo Yáxtor—. Con él tiene que haber adeptos suficientes para que activen su parte del portal una vez hayan recibido la señal. —Miró a Yoranna y sonrió, y ella sintió miedo ante el brillo cálido que vio asomar a sus ojos—. Tranquila. Yo me encargo de todo. Sígueme, simplemente.

Yoranna asintió otra vez y dejó que Yáxtor manipulara los mensajeros que habían escapado del cuerpo de Valquinia con su vida. No tardaron en devorar su cuerpo y el charco de sangre que había en el suelo empezó a brillar.

Luego, se volvió completamente negro.

Yoranna se dio cuenta de que estaba jadeando.

—Señor, están llamando.

—¿Yáxtor?

El adepto asintió y Fléiter casi dio un salto.

—¿Yáxtor? —repitió—. ¿El maldito cabrón ha encontrado un modo de generar un portal? ¿Él solo?

El adepto, concentrado en su tarea, no dijo nada.

—Bueno, ¿a qué esperas? Activa este lado.

—Sí, señor.

No fue Yáxtor el primero que cruzó el portal, sino una mujer a la que Fléiter identificó sin problemas como Yoranna. Parecía extraordinariamente pálida y temblorosa y Fléiter no pudo evitar preguntarse qué podía poner así a una mujer como aquélla.

Luego, Yáxtor cruzó tras ella y Fléiter dejó de pensar en la mercenaria.

Pues, si bien los humanos nacemos distintos, y con distintas capacidades y distinto potencial, no es menos cierto que todos merecen las mismas oportunidades y todos tienen derecho a la vida, a la libertad y a labrarse como mejor crean su propia felicidad. Y creemos que los gobiernos nacen de la voluntad de los gobernados, con su deseo y su consentimiento, y que la verdadera autoridad descansa en el pueblo, quien únicamente la delega en quién, cuándo y cómo la desea. Y cuando un gobierno no atiende a los intereses de sus gobernados, sino a los propios, los gobernados podrán cambiar ese gobierno como mejor decidan. Pues ellos son, al fin y a la postre, la verdadera autoridad.

Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas y que cualquier ley, norma, regulación, reglamento, medida, código, orden o regla desarrollada por los gobiernos debe estar siempre bajo su imperio.

—Declaración de Independencia de las Colonias de Occidente (preámbulo)

—¿Y bien, Orston?

Estaban en el jardín, la Reina sentada en un banco y su Regente de pie ante ella. Más allá, Lambodonas disfrutaba del sol de media mañana.

—Todo está en orden, Majestad. Hemos firmado el tratado.

—¿Ha sido difícil?

—Menos de lo que me temía. Al fin y al cabo, todos estábamos de acuerdo en lo básico. Nadie desea la desaparición de los bosqueoscuros, ni siquiera los occidentales. Puede que no los haya en su parte del mundo y que los mensajeros que lleguen allí sean escasos. Pero los necesitan. Tal vez no tanto como nosotros, pero...

Se detuvo al ver que la Reina arrugaba el ceño.

—Seguimos sin entender por qué había que meter a los coloniales en esto.

Velhas dudó unos instantes.

—Bueno, Majestad. Es su mundo, tanto como el nuestro. Y nos ayudaron. Y... bien, son una voz de la que es difícil prescindir.

—Son molestos.

—Sin duda, Majestad, pero los necesitamos.

—No nos gusta, pero suponemos que tienes razón. Después de todo eres el Regente y, si no confiamos en el criterio de nuestro Regente, ¿en qué vamos a confiar? —Con un gesto de la mano, interrumpió la respuesta que Velhas empezaba a murmurar—. ¿Están a salvo los bosqueoscuros, entonces?

—Eso creo, Majestad. Desolación estará bajo el control coordinado de todos, tanto los Pueblos del Pacto como el Martillo de Dios como los... los coloniales. Todos velarán para que los demás no hagan ninguna locura. Y hemos tomado medidas para garantizar que el resto de los bosqueoscuros estén a salvo. El peligro ha pasado.

La Reina se puso de pie.

—El peligro no pasa nunca. Y menos ahora. Los coloniales tienen su maldita bomba. Y seguro que Khynai también la tiene, si es que no la tenía ya. Y no pasará mucho tiempo antes de que otros la tengan, por no mencionar lo que quede de los Espectros. Todavía podemos destruirnos a nosotros mismos.

—Eso es cierto, mi Reina. Pero mientras los bosques oscuros estén a salvo, podremos reconstruir.

—Quizá.

La Reina echó a andar y se acercó al borde del jardín. Contempló la ciudad que se extendía bajo ella. La había visto crecer, desde que no era más que un villorrio orgulloso y arrogante a la orilla de un río hasta convertirse en la ciudad más populosa de los Pueblos del Pacto. Si se esforzaba, podía reconstruir en su memoria cómo había sido en un principio, y avanzar a partir de ahí hasta su aspecto actual.

Era como un animal. Un animal hermoso y caótico, en perpetuo crecimiento. Siempre al borde del desastre y siempre evitándolo por un pelo.

—Estamos complacidas —dijo de pronto, volviéndose hacia Velhas—. Lo has hecho muy bien, y creemos que serás un buen Regente.

—En realidad, Majestad, no he hecho gran cosa.

—Supiste en quien confiar. Eso es bastante. Es hora de que dejes los Adeptos, Velhas. Queremos a nuestro Regente a tiempo completo, no deseamos compartirlo con los Adeptos Empíricos.

—Majestad, los adeptos son tuyos en cuerpo y alma.

—Sí, sí, por supuesto. Pero te queremos aquí, centrado en tu cargo.

Velhas inclinó la cabeza.

—Se hará como deseas, Majestad.

—Ya —dijo la Reina, indiferente, como si el tema ya no tuviera demasiada importancia.

Dio media vuelta y echó a andar por el jardín. El Regente la siguió en silencio. La carneútil real iba tras ellos. Ya había alcanzado casi la edad adulta y sobrepasaba en altura a la Reina. Como carneútil real, era extraña. Sonreía a menudo, y a veces canturreaba.

La Reina paseó sin rumbo fijo por el jardín. Se detenía a veces, aprobaba o desaprobaba algo, fruncía el ceño, sonreía, olisqueaba, toqueteaba aquí y allá.

Llegaron junto a la fuente central y la Reina tomó asiento al lado del estanque.

—¿Yáxtor está bien? —preguntó.

—Eso creo, Majestad. Cuando el adepto Brandan y su compañera cruzaron el portal estaban cansados, pero nada que una temporada de reposo no pudiera arreglar.

—Su compañera —dijo la Reina arrugando la frente—. La mercenaria.

—Así es.

—Que ha desaparecido.

—No la culpo, Majestad. Es muy posible que no tuviera ningún deseo de caer bajo la justicia de Alboné. Y, al fin y al cabo, su trabajo exige discreción, no notoriedad. No es de extrañar que prefiriera hacer un cauteloso mutis y evaporarse.

La Reina se encogió de hombros.

—Suponemos que no. Pero fuisteis muy descuidados dejándola escapar.

—Ella es buena en su oficio.

La Reina mató aquel tema con un gesto desdeñoso de la mano.

—Da igual. Háblanos de Yáxtor. ¿Qué hace?

Velhas contuvo una sonrisa.

—Le hemos dado un permiso. Está en las tierras de su familia. Descansando, sin duda. Y jugando de vez en cuando al hidalgo rural. O aburriéndose. O lo que sea. Volverá pronto.

La Reina asintió.

—Y lo volveremos a necesitar tarde o temprano. Mejor que sea tarde.

Mientras dos carneútiles trabajaban su cuerpo con decisión, Fléiter Praghem intentaba no pensar en nada.

De vez en cuando no podía evitarlo, y se decía:

Me lo he ganado.

El bastón de su padre estaba en el aparador, no muy lejos de la cama, y a veces se le iba la vista hacia él y reprimía una sonrisa.

Las carneútiles eran de primera. Claro que siempre eran de primera en el establecimiento de Mishra. Y, con su nuevo estatus, no creía que usar regularmente sus servicios fuera un problema a partir de ahora.

Ah, sí, magníficas. Manos hábiles, carne suave y firme, lenguas golosas y bocas húmedas. Todo lo que un hombre podía desear.

Me lo he ganado, maldita sea.

Claro que Yáxtor también se lo había ganado, y en lugar de estar disfrutando de su premio en el mejor establecimiento de Lambodonas (y seguramente del mundo, qué narices, algo bueno tenían aquellos albonenses, al fin y al cabo) se había ido a su condenada torre a aburrirse contando ovejas y recaudando diezmos. O, bueno, quién sabe, quizá alguna lugareña lozana a la que asaltar, por qué no.

Demasiado trabajo.

Bueno, tal vez para Yáxtor no, con sus malditos mensajeros, pero sí para él. Mucho mejor estar allí tendido y dejarse hacer por aquellas dos maravillosas criaturas que no tenían otro propósito en la vida que complacerlo.

Tomó aire, se echó las manos a la nuca y se dejó hacer, con los ojos entrecerrados.

Sí, ya lo creo que me lo he ganado.

Alzó un poco la cabeza y miró a las dos carneútiles. Una parecía enormemente ocupada devorando su pene y la otra, por lo visto, había decidido que sería buena idea mordisquearle los pies.

Y sí, parecía buena idea.

La carneútil alzó la cabeza, como si hubiera oído su pensamiento, y le sonrió. Fléiter le devolvió la sonrisa.

Luego frunció el ceño, y aquello asustó a la carneútil, así que volvió a sonreírle y trató de relajarse.

Debería haberlo supuesto, se dijo, mientras se tranquilizaba y se dejaba llevar de nuevo. Al fin y al cabo los carneútiles respondían a la voluntad de quien los manipulaba. No era extraño que una de ellas hubiera alterado sus rasgos para parecerse a Yoranna. De hecho, pensó divertido, lo

raro sería que no lo hubiesen hecho las dos.

Ah, Yoranna, magnífica mujer.

Se preguntó qué habría sido de ella. Luego, dejó de pensar.

—Bien, Orston, ¿para qué querías verme?

Qérlex Targerian estaba plantado en el umbral del despacho del Adepto Supremo. Éste se volvió al oírlo, como si no lo hubiese esperado, a pesar de que lo había mandado llamar. Estaba junto a la pared, contemplando el mapa del mundo que, según le habían contado, era idéntico al que había habido en Desolación.

—Pasa, Qérlex, tenemos que hablar —dijo.

—Espero que no sea para que me digas que todo ha ido de maravilla, que hemos vencido y que el mundo está a salvo gracias a nosotros. Estoy harto de oír esas tonterías.

Velhas contuvo una sonrisa.

—No, Qérlex, no voy a hacerte perder el tiempo con eso. Aunque convendrías conmigo en que no lo hemos hecho mal del todo.

—¿Mal del todo? ¿Comparado con qué? Las cosas han salido razonablemente bien, Orston, te concedo eso. Pero nos ha ido por un pelo. De no haber sido por el chico...

—Pero el caso es que teníamos al chico. Y lo seguimos teniendo. Y es gracias a ti. Es tu obra, Qérlex.

El artífice arrugó la boca.

—Lo es. También es tu obra y la de la Reina. Ella lo ordenó, tú lo tramaste y yo lo ejecuté. Y malditos seamos los tres por ello.

—Quizá lo seamos —dijo el Adepto Supremo con un encogimiento de hombros—. Es posible. Y puede que hasta la Reina estuviera de acuerdo contigo. Pero, por si acaso, yo no se lo comentaría.

—Bueno, no hay muchas posibilidades de que eso vaya a pasar.

—Quizá alguna más, a partir de ahora.

—Creo que no me va a gustar lo que me quieres decir.

—Es muy posible.

El Adepto Supremo se sentó y, muy despacio, extendió sus manos sobre la mesa.

—Llevo aquí... demasiado tiempo, supongo. Y a la vez, no el suficiente. En cualquier caso, se ha terminado. La Reina quiere que sea su Regente a tiempo completo.

Qérlex no dijo nada, pero miraba a Velhas como si estuviera contemplando un animal peligroso.

—A partir de mañana, serás el nuevo Adepto Empírico Supremo, Qérlex.

Éste siguió en silencio.

—Mis secretarios ayudarán a que la transición sea lo más fácil posible. Y, por supuesto, yo estaré cerca. Así que todo irá bien, supongo.

—¿Todo irá bien? —estalló Qérlex de repente, tal como el Regente sabía que iba a pasar—. ¿Que todo irá bien, asquerosa sabandija?

Se puso de pie y, si en aquel momento hubiera tenido un arma a mano es posible que la vida de Velhas hubiera corrido peligro.

—¿Que todo irá bien, sapo inmundo?

—Regente Sapo Inmundo, si no te importa, Qérlex.

El hombrecillo volvió a sentarse y meneó la cabeza.

—Papeleo, papeleo y más papeleo. Se acabó el taller para mí. Soy un artífice, Orston, no un puñetero burócrata.

—Somos lo que se nos pide que seamos, Qérlex.

—Bah.

—¿Quieres seguir conservando el taller? Pues hazlo. Aprende a delegar. Deja que otros hagan el papeleo. Decide qué es lo importante y busca tiempo para hacerlo.

—¿Acaso tú has podido?

—Siempre.

Aquello pilló por sorpresa al artífice. Por un instante, se quedó sin nada que decir.

—No hay nada que diga que no puedas ser Maestro de Artífices y Adepto Supremo a la vez, Qérlex. Y si es lo que quieres, busca el modo de conseguirlo. Apáñatelas.

—Rata.

El Regente se encogió de hombros.

—Es posible. Pero aún soy tu Adepto Supremo, al menos hasta mañana. Así que déjame disfrutar una última noche de mi despacho.

Qérlex se puso de pie. Abandonó la habitación con un último gesto desdeñoso y un insulto final.

A solas, Orston Velhas sonrió.

EPÍLOGO

El resto es silencio.

—Marlev Shaspa

Yáxtor se había pasado todo el día encerrado en la sala común de la torre.

Ahora, mientras subía al dormitorio, intentaba no temblar. No tenía demasiado éxito.

Entró en la habitación, posó la luz sobre una mesa y empezó a desnudarse. Las ventanas estaban abiertas, y el aire que se colaba por ellas era frío. Sin embargo, no las cerró.

Se tumbó en la cama cuan largo era y agradeció que Imri no estuviera esperándolo esa noche. En cualquier otro momento habría agradecido su cuerpo suave y delicioso, su mirada glotona y sus maneras complacientes, el modo en que a su alrededor todo parecía estar siempre en calma, pero no ahora.

Lo que ahora necesitaba era... ¿qué?

Estaba agotado, pero no era así como se sentía.

En realidad, no sabía muy bien cómo se sentía.

Pero necesitaba estar solo.

O quizá no.

Tomó aire y cerró los ojos.

Ámber. Ámber saliendo de las Casas de Curación. Ámber cogiendo agua en el pozo. Ámber sonriendo cuando él pasaba. Ámber a su lado, pegada a su cuerpo como si fuera una parte más de él, la mejor, tal vez. Ámber haciendo que todo mereciera la pena, que el mundo tuviera sentido y la oscuridad dejase de ser una amenaza.

Y Ámber muerta, ahorcada con sus propias tripas. Su cuerpo, desmadejado. Su rostro, convertido en una máscara ridícula. Sus ojos, dos piedras frías y distantes en las que ya no había nada familiar, reconocible.

Respiró otra vez, con los ojos cerrados.

Era imposible sentir tanto dolor y continuar con vida. No podías ser partido de esa manera y

conservar la cordura.

Ámber. Ámber viva y Ámber muerta.

Una nueva inspiración.

Pero él lo había hecho. Había recuperado lo que había perdido, había pasado todo el día sumido en sus recuerdos, regodeándose en el dolor atroz y desgarrador que los acompañaba, en la sensación de que su mundo se había ido para siempre y nunca podría recuperarlo, en el horror de saber que ella ya no estaba allí, no estaría allí nunca más, en la certeza de que nada ya tendría sentido. Jamás.

Había sentido, por fin, todo lo que se suponía que tendría que haber sentido. Las emociones eran suyas de nuevo, el dolor y la agonía le pertenecían. Los recuerdos estaban allí, nítidos, precisos y teñidos de ira, sufrimiento y desesperación.

Y todo aquello no servía de nada.

Soltó el aire poco a poco.

Y de pronto, lo sintió.

No estaba solo.

¿Imri? No, Imri no entraría de esa manera, y además, él habría notado su olor. Lo que sentía ahora, sin embargo era...

Algo afilado y frío en el cuello.

Abrió los ojos y vio a Yoranna, mientras ésta se sentaba sobre su pecho sin que la daga dejase de acariciar su piel.

Yoranna. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Por qué, de todos los días posibles, aquél? ¿Por qué no ayer, o mañana, o cualquier otro día?

Lo miraba con rabia, con una rabia tan fría que, por primera vez, sintió miedo. Y, al mismo tiempo, algo dentro de él decía «¿por qué no? Acabemos de una vez.»

Pensó en Fleng, no supo muy bien por qué, y en la forma en que éste le había mentado. Recuperar sus recuerdos no le había dado la menor pista de por qué había pasado lo que había pasado, o de quién había estado detrás de todo aquello. Lo único que le había traído eran emociones que no estaba muy seguro de querer y de las que no sabía cómo librarse.

¿Fleng? ¿Por qué pierdo el tiempo ahora pensando en Fleng?

Sobre él, Yoranna permanecía inmóvil.

—Me la has quitado —fueron sus primeras palabras.

Y al principio, él no comprendió de qué hablaba. En realidad, descubrió que no le importaba demasiado de qué estaba hablando.

Ámber.

—Me has quitado a Imri. La has... poseído, como hiciste con esa niña estúpida de Barlénder.

—Y contigo —dijo Yáxtor, sin pensar realmente en lo que estaba diciendo.

Todo aquello no tenía la menor importancia.

—No. No del todo. Nunca del todo.

Recordó las palabras de Tsun Zune: poseer a Yoranna era como ser dueño de un tigre que no estaba domado del todo, y que nunca lo estaría por completo. Y Yáxtor recordó que le había gustado precisamente por eso.

Ámber. La dulce Ámber. Tan parecida a él en algunas cosas que a veces era como hablar consigo mismo. Mejor, porque tenía una manera de ver el mundo que lo completaba y hacía que tuviera sentido.

No había necesitado domarla. Ni poseerla. No había nada que domar ni poseer. Ámber se le había entregado por sí misma y él... él había hecho lo mismo.

—Mala suerte —dijo, volviendo de pronto al presente.

Contempló a la mujer que había sobre él, notó el cuchillo contra su cuello y se sintió excitado, tanto que apenas pudo resistir el deseo de tomarla allí mismo.

Tranquilo, se dijo. Aún no, espera.

¿Y Ámber?

—Para ti —dijo Yoranna—. Estaba dispuesta a perdonar tu asquerosa vida a cambio de Imri. Pero me la has quitado.

¿Y Ámber?

Pero Ámber no estaba allí, sino Yoranna. La que en esos momentos alborotaba su carne no era Ámber, sino Yoranna. La criatura salvaje a la que deseaba poseer y hacer suya hasta la muerte no era Ámber, sino Yoranna.

¿Y Ámber?

Muerta, en un pasado que ya no tenía sentido, que sólo era dolor. Que no le pertenecía.

Despacio, cuidando cada movimiento, llevó la mano al cuchillo en su cuello.

—Quieto —dijo ella.

—Tranquila —susurró él.

Comprendió de pronto que no lo mataría, que si hubiera querido matarlo, lo habría hecho hacía mucho rato. No sabía qué había venido a hacer Yoranna a su cuarto aquella noche, pero no había sido a acabar con su vida.

Ámber, pensó una última vez. Y dejó que el recuerdo se deslizara a la parte más oscura de su mente, al lugar apartado y lejano donde estaban el dolor y el remordimiento y la sensación de que nada en el mundo tenía sentido. Todo aquello no era útil, no le haría sobrevivir. Y Ámber tampoco.

Así que, con un último esfuerzo, la apartó y concentró toda su atención en la mujer que ahora estaba con él.

—¿A qué has venido? —preguntó.

—Vine a por Imri —respondió ella. Cada sílaba que pronunciaba era un cuchillo afilado, preciso, letal—. A recuperarla. Y tú me la has quitado. Es tuya. Hasta el último rincón de ella es tuyo ahora. Y no me la devolverás.

La ira de Yoranna era fría, medida, como si hubiera pasado todo aquel tiempo aprendiendo a controlarla para liberarla en el momento adecuado y del modo preciso. Gobernaba su rabia, comprendió Yáxtor, y eso la hacía más peligrosa que nunca. Y la idea de romper ese control lo hizo sentir más excitado.

—No —dijo.

—No, claro que no. ¿Cómo ibas a devolvérmela? Una vez que la probaste, ¿cómo ibas a renunciar a ella? Ella calma tus pesadillas y vela tus sueños, y no deja que tengas miedo a las cosas que hay en la oscuridad, ¿no es cierto?

Yáxtor no pudo por menos que asentir. Ciertamente que no tenía pesadillas, y que su sueño era siempre tranquilo, pero desde que dormía con Imri se sentía más descansado, más a gusto consigo mismo, más en paz. De hecho, había sido su presencia la que le había dado la fuerza necesaria para recuperar sus recuerdos y enfrentarse a ellos.

—Al menos la aprecias en lo que vale —dijo Yoranna—. No es mucho, pero es algo.

Exploró el cuerpo de la mujer con detenimiento, tratando de contemplarla de un modo desapasionado. No le costó mucho, a pesar del deseo que sentía por ella.

No tardó en distinguir el pequeño bulto en su cintura que, sin duda, era el inhibidor de mensajeros.

—Te diría que lo siento, Yoranna —dijo, articulando las palabras con cuidado—. Pero eso no te la devolverá, por supuesto. Y además, no importa demasiado.

—Lo que pusiste dentro de mí, lo que has puesto dentro de ella...

—Allí se quedará —dijo, y a él mismo le sorprendió lo implacable que resultaba su voz.

Sintió cómo Yoranna rechinaba los dientes, y la presión sobre su cuello aumentaba. Quizá la había empujado demasiado. O tal vez no lo suficiente. Aún seguía al control, gobernando su ira como si fuera un perro de presa, pero Yáxtor vio que le costaba cada vez más. Pronto dejaría suelto todo su odio y su rabia, y debía aprovechar el momento.

—Puedes irte —dijo, en el mismo tono—. O puedes quedarte. Pero si haces esto último, atente a las consecuencias. Y deja de quejarte de una vez y acepta las cosas como son —añadió, en un tono lleno de hastío y desprecio.

Ella parpadeó, incrédula, y de pronto se convirtió en un animal salvaje. Aquello fue todo lo que Yáxtor necesitaba.

De un manotazo, apartó la daga de su cuello, dio un salto y empujó a la mujer contra la pared. La oyó aullar mientras trataba de ponerse en pie y él se deslizaba fuera de la cama y retrocedía un par de pasos. En sus manos llevaba el inhibidor de mensajeros. Lo tiró al suelo y lo pisó.

Con un chasquido, el aparato murió.

Yoranna, en pie, se preparaba para saltar sobre él. Todo su cuerpo era un arma a punto de ser disparada, enfocada hacia un único propósito. Tenía que moverse con mucho cuidado, comprendió Yáxtor, o su próximo movimiento podría ser el último.

Magnífica, pensó.

—Te repetiré mi oferta, Yoranna —dijo—. Puedes irte en paz o puedes quedarte.

Ella saltó sobre él, y Yáxtor apenas pudo esquivar su ataque. Sintió cómo la daga rozaba su pecho, retrocedió y giró sobre sus pies y de nuevo esquivó el ataque de la mujer por los pelos.

Quizá había ido demasiado lejos, después de todo. Tal vez se había confiado. Quizá Yoranna era más de lo que podía manejar.

Un nuevo ataque. Otra vez lo esquivó en el último momento.

No apartaba la vista de ella y, sobre todo, no perdía su sonrisa, llena de insolencia y de una confianza que empezaba a no estar muy seguro de sentir. Pero la sonrisa era fundamental, la sonrisa tenía que hacerla perder el control, impedir que pensara con claridad, abalanzarse sobre él antes de estar realmente preparada.

Sin embargo, cuando lo atacó de nuevo, se preguntó si lo habría logrado. Apenas pudo sujetar la mano con la daga antes de que rajase su cuello y, aún entonces, no pudo evitar un rodillazo en la entrepierna.

Ignoró el dolor. Lo apartó. Lo lanzó a la oscuridad como había hecho con los recuerdos de Ámber.

Apretó los dientes y, de un modo brutal, la obligó a soltar la daga. La recogió antes de que llegase al suelo y la lanzó por la ventana.

Inmóviles, frente a frente, fue como si el tiempo se hubiera detenido durante unos instantes. Luego, con violencia, Yáxtor atrajo a la mujer hacia sí.

Ella se resistió, luchó y contraatacó, como esperaba que hiciese, convertida en un animal rabioso que ya no podía pensar, que no hacía más que soltar todo el odio que llevaba dentro. Pero esta vez Yáxtor no dudó, no cedió y no retrocedió. Al fin y al cabo, ya habían pasado por aquello. Estaban, por fin, en el terreno de Yáxtor, y eso quería decir que había ganado.

Ella no dijo nada, ni una sola vez.

El tiempo se deslizaba como si le costase trabajo. Lentamente, centímetro a centímetro, fue sometiéndola.

Cuando la penetró, vio cómo apretaba los dientes y lo miraba con unos ojos llenos de rabia, odio y deseo.

Su tigresa. Domada a medias. Nunca enteramente domesticada. Siempre peligrosa.

Sintió cómo se resistía, cómo luchaba contra el deseo, contra los impulsos y los instintos que sus mensajeros estaban grabando, otra vez, en lo más hondo de ella. Aquello no hizo más que aumentar su excitación.

Ámber.

No, ahora no.

La devolvió al más oscuro rincón de su memoria y se centró en la tigresa que tenía bajo él, en el modo en que la estaba poseyendo y haciendo suya.

—Te mataré —susurró ella por entre los dientes apretados. E incluso su amenaza sonaba como una promesa de lujuria. Palabras afiladas que podían destruirlo, pero que no podían evitarlo.

—Tal vez —dijo él.

Sí, tal vez.

—Me pertences —dijo.

—Nunca —gruñó ella—. Nunca. Nunca. Nunca.

—Quizá. No del todo. Pero lo suficiente.

—No. Esto que posees no soy yo. Nunca lo será, ¿me oyes?, nunca.

Y, de pronto, Yáxtor se detuvo.

Ella lo miró, aún llena de rabia y deseo, sin saber qué ocurría.

El bajó la vista y, por primera vez, miró más allá de sus ojos y se vio a través de ellos.

No, ésa no era ella, se oyó decir.

¿Qué importa?

Pero importaba. Tal vez. Aunque fuera un poco, importaba. Ésa no era ella. Aquella criatura que estaba poseyendo no era Yoranna. Era lo que él había construido a partir de ella.

Igual que han hecho conmigo.

—Sé lo que he hecho —dijo, de repente, sin reconocer del todo aquella voz como la suya—. Sé cómo te he cambiado. Sé cómo te odias a ti misma porque estás disfrutando de lo que odias. Y cómo me odias a mí por hacerte gozar con aquello que desprecias. Y a ti, por no poder evitarlo. Y a mí, por hacer que no puedas evitarlo.

—Te mataré —fue lo único que ella pudo decir.

—No, no lo creo. Al fin y al cabo, ya estoy muerto. Yáxtor Brandan está muerto. Y tú también, como yo.

Ella no comprendía lo que estaba diciendo.

—No soy lo que debo ser. Y no lo seré nunca. Tú tampoco. ¿Quieres seguir siendo así?

Yoranna no respondió.

—¿Quieres seguir siendo así? —repitió Yáxtor.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de mirarlo, sin dejar de intentar matarlo con la rabia fría y afilada que vivía en sus ojos azules.

—No puedo hacer que vuelvas a ser lo que eras. Ya no. Te he cambiado demasiado. Probablemente ya te había cambiado demasiado antes de esta noche, o habrías venido realmente a matarme en lugar de a que... te hiciera esto. Pero puedo hacer que dejes de ser lo que eres ahora mismo. ¿Comprendes lo que te ofrezco?

El silencio era como algo vivo, denso, pesado.

—Sí —dijo ella al fin, y fue como si la palabra se le hubiera escapado.

—¿Es lo que quieres?

—Sí —repitió.

—Entonces es lo que tendrás.

Pasó las manos alrededor de su cuello y, sin dejar de moverse dentro de ella, empezó a apretar. Suavemente, al principio. Más fuerte, a medida que su ritmo aumentaba. Ella no dejó de resistirse, no dejó de mirarlo con odio, no dejó de desearlo y desear su muerte, ni siquiera cuando sus ojos se vidriaron y su cuerpo se agitó una última vez.

En la cama, el cuerpo de Yoranna se iba enfriando poco a poco.

Apoyado en la ventana abierta, indiferente al frío de la noche, Yáxtor fumaba.

Con cuidado, lentamente, recuperó sus recuerdos. Vio de nuevo a Ámber, sonriéndole por primera vez. Se vio a sí mismo, sosteniendo a su hijo recién nacido. Vio a Ámber balanceándose, colgada de sus tripas. En su memoria, intentó descolgarla, resbaló y cayó. Aulló su dolor en el suelo, como un animal herido. Saboreó las emociones que acompañaban a los recuerdos. Todas ellas.

Pero eso no cambió nada.

Gijón, julio 2008/febrero 2009

AQUÍ TERMINA

EL ADEPTO DE LA REINA

PERO YÁXTOR BRANDAN VOLVERÁ EN

EL JARDÍN DE LA MEMORIA

APÉNDICES

LAS MÁSCARAS DEL DRAMA

Brandan, Próxtor: Padre de Yáxtor Brandan. Desaparecido misteriosamente poco antes del nacimiento de su hijo.

Brandan, Yáxtor: Adepto empírico ejecutivo al servicio de la Reina de Alboné.

Dishrel, Glaxton: Regente de Alboné.

Epaydos: Comerciante de Painé.

Fleng, Yan: Antiguo combatiente en la Guerra del Martillo. Desaparecido en Khynai poco después de ésta.

Imri: Amante de Yoranna.

Lei, Yoranna: Mercenaria con fama de ser una de las mejores en su profesión.

Mashrun, Don'ld: Antiguo combatiente en la Guerra del Martillo, ahora prisionero en No Mo Lou.

Mishra: Propietaria del mejor burdel de carneútiles de Lambodonas.

Penjándel, Arstin: Teniente del Regimiento Real de Alboné.

Praghem, Fléiter: Miembro del Capítulo de Información de la Confederación Occidental, destacado desde hace años en el Continente Primigenio.

Reina de Alboné, La: Gobernante de la isla del mismo nombre. Perpetuada su personalidad durante cientos de años a través del trasplante de recuerdos vía carneútil.

Sdensen, Álbarr: Coordinador Electo de la Confederación Occidental.

Sterd, Asima: Adepta Suprema de la Curación.

Targerian, Qérlex: Maestro de Artífices de los Adeptos Empíricos

Trib'ni, Valquinia: Joven hija del Comandante Trib'ni del Ejército de la Confederación Occidental.

Tsun Zune: Alcaide de la prisión khynainia de No Mo Lou.

Velhas, Orston: Adepto Empírico Supremo al servicio de la Reina de Alboné.

Yeter, Álistar: Hijo del burgomaestre de Barlénder.

GLOSARIO DE LUGARES Y ALIANZAS

- Aidán:** La más occidental de las naciones del Continente Primigenio. Durante un tiempo, fue el país hegemónico, gracias en buena medida a su colonización de la parte sur del Continente Occidental. Tras la independencia de sus colonias fue perdiendo importancia paulatinamente.
- Alboné:** Una de las dos naciones en que se divide la Isla de Occidente, separada de Hyburn (que hasta hace dos siglos estuvo bajo su dominio) por una cadena montañosa. Buena parte de los colonos que poblaron el norte del Continente Occidental partieron de allí. Se la considera, generalmente, como líder oficiosa de los Pueblos del Pacto.
- Anapakarimán:** Situada al sur del Continente Occidental, es una isla enorme y escasamente habitada. Su interior es un gran desierto, prácticamente deshabitado y la parte sur tiene un clima extremo y a menudo está cubierta por el hielo. La mayor parte de la población (de origen principalmente albonense) se localiza en varios puntos de su costa septentrional.
- Arginia:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte meridional de su mitad sur.
- Ashgramor:** Situada al sur de Khynai, y separada de ésta por las montañas, es nominalmente una nación no alineada y mantuvo su estatus de neutralidad durante la Guerra del Martillo. Con el tiempo, la influencia de Khynai ha ido creciendo en su territorio.
- Barlénder:** Antigua capital de Wáhrang. La ciudad está dividida en dos, por el río que la cruza. Tras la Guerra del Martillo, la mitad occidental permaneció dentro del territorio de Wáhrang, aunque dejó de ser su capital. La parte oriental se ha convertido en capital del estado títere de Thunia, bajo control de Khynai.
- Bradosi:** Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte central de su mitad sur.
- Can:** Según el Libro del Origen, el lugar donde nacieron los humanos y donde reside Dios (o los dioses, según las diversas interpretaciones). Su importancia estratégica es escasa: se trata de un territorio yermo y poco poblado, con escasos recursos naturales. Su pretensión de ser la cuna de la Humanidad, sin embargo, le ha conferido un valor exagerado a lo largo de la historia.
- Confederación Occidental:** La más dinámica de las naciones del Continente Occidental, situada al norte de éste. Su intervención en la Guerra del Martillo (al lado de Khynai y los Pueblos del Pacto) fue fundamental para la victoria.
- Desolación:** Isla situada al este de Thunia. Hace cincuenta años, por motivos aún desconocidos, se hundió en el mar, causando importantes destrozos en las costas de Thunia y Khynai y afectando al clima de todo Érvinder durante varios años.
- Érvinder:** El mundo, tal como se lo conoce.

Gran Desierto, El: Territorio yermo que se extiende al Este de Ashgramor y al Sur de Khynai. Apenas habitado.

Honoi: Archipiélago en el mar interior del Este. Aislacionistas hasta los primeros contactos con Wáhrang y, durante el último siglo, ferozmente expansionistas. Se alineó con Wáhrang en la Guerra del Martillo y, cuando el resto de las potencias agresoras se habían rendido, Honoi continuó luchando. Fue la explosión de la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital lo que acabó oficialmente con la guerra. Tras ésta, permaneció diez años bajo la ocupación de los Pueblos del Pacto, hasta su integración en ellos.

Hyburn: Separado de Alboné por una extensa cadena montañosa, ha permanecido bajo ocupación de ésta hasta tiempos recientes. Desde entonces las relaciones entre ambos países han sido tensas, a pesar de pertenecer los dos a los Pueblos del Pacto.

Infierno Blanco, El: La tierra más meridional de Érvinder, cubierta de nieves perpetuas y sometida a temperaturas extremas.

Islas del Paso del Norte: Archipiélago que se extiende entre la parte más occidental de Wáhrang y el norte del Continente Occidental. Los primeros pobladores de éste (el núcleo de lo que luego formaría la nación de Mex) probablemente cruzaron el océano paulatinamente por este lugar.

Jarsarén: Capital de Can y prácticamente su único núcleo urbano de importancia. Se extiende alrededor de la Colina del Origen, en cuya cumbre se encuentra la Morada de Dios (o de los dioses).

Khynai: La más antigua de las civilizaciones del Continente Primigenio, según afirman sus propios habitantes. Colonizada, de acuerdo a sus crónicas, por los primeros hombres que salieron de la Morada de Dios. Su interpretación del Libro del Origen es estricta y restrictiva y no admite la posibilidad de otras lecturas. Su forma de gobierno es una teocracia monoteísta. Aislacionistas hasta que la invasión de Wáhrang y Honoi los obliga a enfocar su atención hacia el resto del mundo. Durante la Guerra del Martillo fue aliada, a regañadientes, de los Pueblos del Pacto. Acabada ésta, decide formar su propia alianza de naciones a la que llama el Martillo de Dios.

Kyono-jo: Capital de Honoi. Tradicional residencia del emperador de las islas.

Lambodonas: Capital de Alboné. La ciudad más poblada (y, según sus habitantes, la más civilizada) de los Pueblos del Pacto.

Martillo de Dios: Oficialmente carece de pretensiones políticas y simplemente es un modo de denominar a aquellos pueblos unidos por su creencia en el Dios Único. En la práctica, forma una unidad política, controlada por Khynai.

Mex: La más antigua de las naciones del Continente Occidental y durante mucho tiempo (hasta la llegada de los colonos albonenses y aidanos) su único país organizado como tal. El resto de la masa continental estaba poblado de tribus nómadas que, probablemente, fueron desplazándose desde el norte. Se cree que Mex fue colonizado por expediciones procedentes de Wáhrang en un tiempo remoto.

Océano Exterior, El: Extensión de agua que, según se cree, cubre la mayor parte del mundo. Mag'kán Ellnes intentó cruzarlo, pero tuvo que desistir en su empeño tras algo más de tres años de navegación.

Océano Interior, El: El mar que separa el Continente Primigenio del Occidental. Fue el camino seguido para la colonización de éste, ya fuera a través de las Islas del Paso del Norte, ya cruzándolo directamente por el sur.

Painé: Alianza de varias ciudades estado, alrededor del Mar Embalsado y en alguna de las islas cercanas. Nominalmente, parte de los Pueblos del Pacto tras la guerra, aunque durante ésta se alineó al lado de Honoi y Wáhrang y, junto con Ythylia, ocupó las naciones al sur del Mar Calmo.

Pinza: El nombre con que se conoció a los estados agresores en la Guerra del Martillo. Formada por Wáhrang, Honoi, Painé e Ythylia, no tenían una estrategia común, más allá de la marcada por los distintos pactos de asistencia mutua y, por supuesto, el reparto de territorios. Hubo tropas y asesores wáhranger en Painé e Ythylia. Honoi, por el contrario, rechazó toda pretensión de ayuda.

Pueblos del Pacto (o Pacto de los Pueblos): Alianza de distintas naciones que se formó durante la pasada Guerra del Martillo. Tras ésta, se han ido incorporando a ella algunos de sus antiguos enemigos, como Honoi, Painé, Wáhrang e Ythylia.

Quitán: Una de las principales naciones al sur del Mar Calmo. Miembro de los Pueblos del Pacto. Durante la Guerra del Martillo sufrió la ocupación de Ythylia y Painé.

Sur, El: La parte más desconocida del Continente Primigenio. Lo poco que se ha podido explorar de él está cubierto por una densa selva. De sus nativos se sabe poco, más allá de su ferocidad. De vez en cuando expediciones punitivas surgen del Sur y atacan Aidán o Ashgramor.

Thunia: Durante mucho tiempo, la mitad oriental de Wáhrang, separada de la occidental por el río Dubio. Tras la Guerra del Martillo nace como nación aparentemente independiente, aunque controlada en realidad por Khynai.

Venzoa: Antigua colonia de Aidán en el Continente Occidental. Ocupa la parte septentrional de su mitad sur.

Wáhrang: Situada al norte del Continente Primigenio, fue su invasión de Khynai (en conjunción con Honoi) y su ataque a Alboné lo que desencadenó la Guerra del Martillo. Acabada ésta, las dos principales facciones vencedoras (Khynai y los Pueblos del Pacto) ocuparon su territorio. Con el tiempo, la parte occidental recuperaría su autonomía y se integraría en los Pueblos del Pacto manteniendo el nombre de Wáhrang. La parte oriental, sin embargo, se ha convertido en un estado títere de Khynai denominado Thunia.

Washorya: Capital de la Confederación Occidental.

Ythylia: Situada en la península de su nombre, al sur del Mar Calmo, pretende haber dominado todos los territorios meridionales en el pasado. Lo cierto es que su importancia como nación en los últimos siglos ha sido escasa. Durante la Guerra del Martillo fue aliada de Painé y, conjuntamente con ésta, emprendió la ocupación de sus vecinos. Actualmente está integrada en los Pueblos del Pacto.

CRONOLOGÍA DE ÉRVINDER

1

Según sostienen prácticamente todas las crónicas, los primeros hombres aparecen alrededor de la Colina del Origen, en lo que luego será Jarsarén. La tradición de Honoi, que el resto de los pueblos siempre se negará a tener en cuenta, sostiene que Tairunabe salió entonces del Lugar del Origen con su hijo y sus seguidores y los guió a todos hasta las islas que formarían Honoi.

140

Siempre según la tradición de Honoi, Tairunabe renuncia al trono de Honoi a favor de su hijo, Tairuname Isu doh Tairunabe, e inicia la peregrinación durante la que acabará descubriendo el Jardín de la Memoria.

1-1362

Los años oscuros

1362

Fundación de Can y construcción de Jarsarén, que mantiene ser la primera ciudad de Érvinder.

2749

Un grupo de nómadas procedentes de Can cruza la gran cordillera del Este y se adentran en lo que luego será Khynai

3535

De acuerdo a la tradición de Khynai, colonos procedentes de este país colonizan por esas fechas las islas de Honoi, algo que será negado siempre por la historiografía oficial honoyesa.

3746

Primeras ciudades-estado en lo que no tardará en conocerse como Ashgramor y Painé

4328

Tribus nómadas se desplazan al oeste y van asentándose lentamente, creando así las naciones de Aidán, Quitán e Ythylia

5309

Desde Can, otro grupo atraviesa el istmo y llega al Norte. Colonos procedentes de Khynai habían llegado ya a la parte más oriental del Norte y se habían establecido en la costa.

6070

Hato Kontanyaki, emperador de Honoi, establece su capital en Kyono-jo, en la isla más septentrional del archipiélago. Es el primero que afirma de forma explícita ser descendiente directo de Tairuname Isu doh Tairunabe, el hijo de la primera emperatriz.

Una semilla de árbolmundo, procedente del bosqueoscuro de la isla más meridional, germina en Kyono-jo. Con el tiempo, la corteza de ese árbolmundo será un elemento clave en el sistema de sucesión honoyés.

6698

Colonización de la Isla Occidental desde Quitán, con dos importantes asentamientos en su costa sur. Apenas hay contacto entre las distintas colonias a causa de la cordillera que cruza la isla de norte a sur, dividiéndola de facto en dos mitades.

6988

En el Norte, se produce un largo periodo de guerra entre su mitad occidental (colonizada desde Can) y el oriente (de origen khynainio).

7328

Algunos wáhranger se hacen a la mar y encuentran las islas más orientales del paso del norte. Asentamientos en algunas de ellas.

7526

Unificación del Norte en una sola nación, llamada Wáhrang. Su parte más oriental conserva el nombre de Thunia y tiene cierto grado de autonomía.

7727

En Khynai, el rey de Pashlai unifica los ocho reinos en una sola nación bajo su mando. El lema «todo bajo el cielo» será la divisa de su casa y la religión del Dios Único (una interpretación restrictiva y monoteísta del Libro del Origen) la única aceptada en todo el territorio de Khynai. El Emperador no sólo ostenta el poder temporal, sino el espiritual, como cabeza de la Iglesia del Dios Único.

8269

Procedente de las islas del Paso del Norte, una expedición encuentra el Continente Occidental. Se establece una colonia en la península más septentrional de éste.

8400

Diversas disputas fronterizas entre Aidán y Quitán, y entre ésta e Ythylia. Las ciudades-estado de Painé se mantienen neutrales, aunque alquilan mercenarios a cualquier facción que los pague.

8408

Expansión de Ythylia. Conquista Quitán y somete a las principales ciudades-estado de Painé a vasallaje.

8425

Ythylia conquista Aidán.

8431

Se funda la nación de Mex en el Continente Occidental.

8445

Ythylia intenta conquistar Ashgramor y fracasa.

8452

Expedición de Ythylia al sur. No regresa.

8455

Alboné nace como nación tras agrupar varios pequeños reinos de la Isla Occidental.

8776

Alboné desarrolla una flota de guerra.

8807

Ataque desde el sur. Los bárbaros que surgen de la selva causan graves daños a Ashgramor y Aidán. Algunos grupos llegan hasta Painé.

8850

La Reina de Alboné traspasa por primera vez sus recuerdos (y personalidad) a su sucesora.

8947

Khynai intenta invadir Hanoi. Una tormenta destruye su flota.

9177

Thunia trata de independizarse de Wáhrang. La secesión es aplastada y la represión consiguiente resulta sangrienta. Durante mucho tiempo Thunia será una región aplastada y humillada.

9180

Alboné, en sus intentos de unificar toda la isla bajo un solo gobierno, invade Hyburn con su flota. No tarda en conquistar los puntos costeros, pero la resistencia de Hyburn se atrinchera en las montañas y no cede al invasor.

9256

Nuevo ataque de los bárbaros desde el sur. En esta ocasión, organizados por un caudillo feroz y astuto, arrasan casi toda la zona de influencia de Ythylia, lo que la deja tocada de muerte.

9345

Los bárbaros son repelidos. Aunque algunos se establecen en Aidán o Quitán y se integran en los ejércitos de éstas.

9468

Khynai construye varias torres de vigilancia a lo largo de la cordillera que la separa de Can y del Gran Desierto.

9546

Ythylia pierde toda su influencia sobre sus antiguos estados vasallos.

9636

Nueva invasión desde el sur, que ahora se dirige sobre todo a Aidán. Durante mucho tiempo, ésta se verá envuelta en una larga guerra defensiva.

9836

Quitán considera que la Isla Occidental le pertenece. Su intento de tomarla por la fuerza es uno de los más sonados fracasos de la época. La flota de Alboné destroza literalmente la armada quitana.

9857

Aidán, tras reconquistar su territorio y repeler a los bárbaros del sur, inicia una etapa de expansión. Su flota recorre la parte más meridional del Continente Primigenio y traza los primeros mapas fiables de esas costas.

9924

Aidán envía una expedición al oeste, al igual que hace Alboné, casi al mismo tiempo.

9925

La flota albonense naufraga frente a las costas del Continente Occidental, en lo que luego sería llamado el Mar de los Peregrinos. Aunque buena parte de los hombres sobrevive y crean una colonia, no llegan noticias a Alboné de lo ocurrido, y ésta da por perdida la expedición.

9925

La flota aidana toma tierra en la península de Bradosi, al sur del Continente Occidental.

9942

Expansión de Aidán, quien va colonizando rápidamente el Continente Occidental.

9950

La colonia Albonense consigue construir un barco y lo envía de vuelta a Alboné.

9953

Alboné envía una segunda expedición colonizadora al Continente Occidental.

10031

Aidán se convierte en la potencia hegemónica del Continente Primigenio. Sólo Alboné le puede disputar el dominio, y únicamente en el mar.

10040

Las continuas guerras con sus vecinos desangran a Aidán. Aunque con los recursos procedentes de las colonias occidentales, es capaz de mantener su posición de poder.

10072

Alboné lleva la guerra contra Aidán al Continente Occidental

10085

Una expedición albonense encuentra la isla-continente de Anapakarimán y establece varias colonias en su costa norte.

10141

Las colonias albonenses del Continente Occidental se rebelan contra la metrópoli y se declaran independientes, creando la Confederación Occidental.

10143

Hyburn aprovecha el momento para lograr quitarse de encima el yugo albonés.

10144

Pillada en dos frentes (la rebelión de sus colonias y al alzamiento en Hyburn) a Alboné le queda poco tiempo para inmiscuirse en la política del Continente Primigenio.

10147

Quitán e Ythylia sometidas por Aidán.

10148

Fin de la Guerra Colonial. La Confederación Occidental, aunque reconoce sus lazos históricos y políticos con Alboné, rechaza cualquier relación de vasallaje con ésta y, a partir de ese momento, funcionará como nación totalmente independiente.

10152

Una Aidán agotada y desilusionada tras varios siglos de guerras con sus vecinos, no puede hacer frente a la rebelión de sus colonias occidentales. Alboné apoya con su flota esa rebelión. Las colonias obtienen su independencia y la influencia de Aidán en el continente occidental desaparece.

10155

Aidán declina y su flota con ella.

10245

Primeros contactos entre Wáhrang y Hanoi, llenos de desconfianza y precaución por ambas partes

10247

Wáhrang abre Hanoi al comercio con otras naciones.

10277

Khynai envía misioneros del Dios Único al resto del mundo.

10289

Aidán, en medio de una guerra civil larga y sangrienta, deja de ser una potencia a tener en cuenta.

10291

Hundimiento de Desolación, la gran isla al Este de Thunia. Maremotos en las costas orientales de Thunia y Khynai. La temperatura media del mundo desciende durante los siguientes años, lo que se llamará luego «El Gran Invierno».

10303

Contactos entre Ythylia (donde un movimiento obsesionado con recuperar sus antiguas zonas de influencia ha tomado el poder) y Wáhrang.

10309

Wáhrang y Hanoi invaden Khynai, iniciando de ese modo la Guerra del Martillo. Ythylia invade Quitán.

10311

Wáhrang invade Alboné.

10312

Desde las Islas del Paso del Norte, vasallos de Wáhrang, se invade la Confederación Occidental.

10313

Creación del Pacto de los Pueblos.

10316

Wáhrang capitula.

Honoi capitula después de que la Confederación Occidental lance la primera bomba de Malas Noticias sobre su capital.

10317

Wáhrang bajo control compartido de Khynai y los Pueblos del Pacto.

10318

Wáhrang dividido en dos. La parte occidental mantiene ese nombre y la oriental se llamará Thunia

10320

Honoi, bajo la ocupación y la administración de los Pueblos del Pacto, se abre al resto del mundo.

Khynai desarrolla su propia bomba de malas noticias, aunque esto no será de dominio público.

10321

La influencia de Khynai se extiende por zonas de Ashgramor, algunas partes de Painé y Can.

10322

Los Pueblos del Pacto abandonan la ocupación de sus antiguos enemigos.

10330

Wáhrang y Hanoi ingresan en el Pacto de los Pueblos.

10335

Ythylia, oportunista como siempre, hace otro tanto.

10337

Aidán, tras salir de una larga guerra civil, debilitada y pobre, reanuda los contactos con sus vecinos.

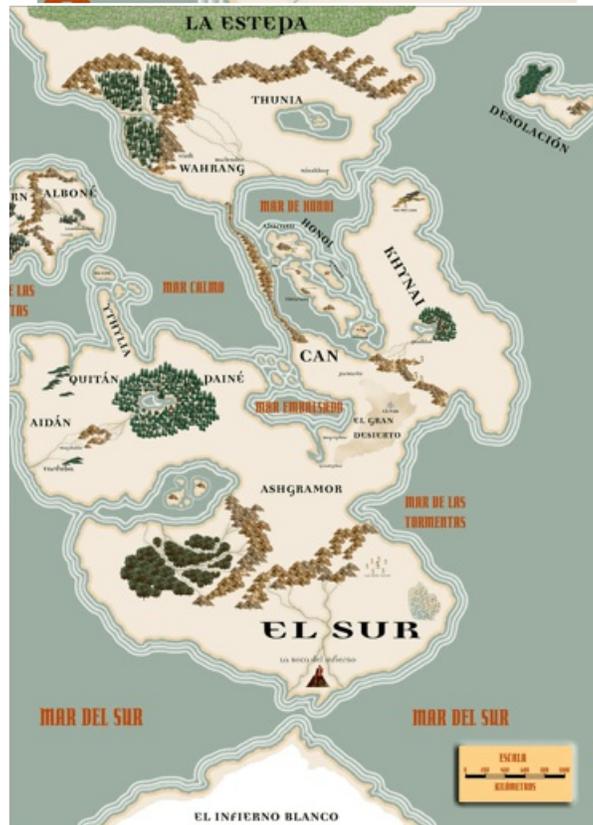
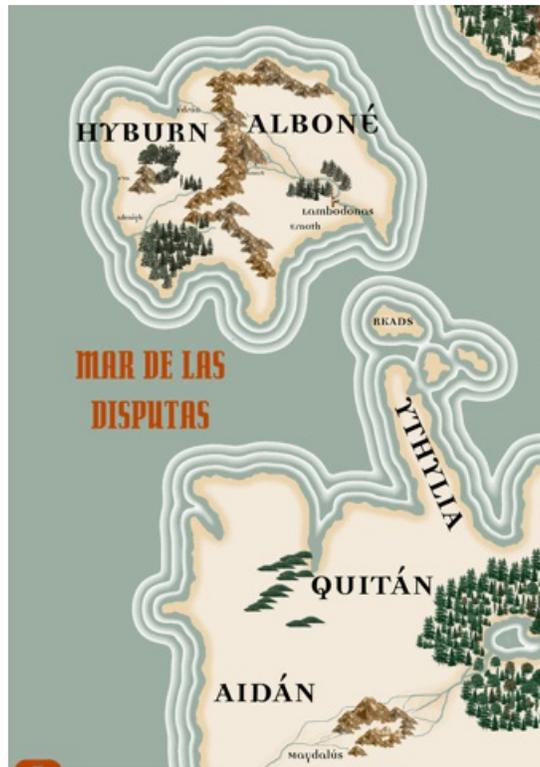
10341

Los Espectros roban un racimo de bombas de malas noticias del arsenal occidental

10342

Durante la sucesión del Emperador honoyés, se establece un pacto mediante matrimonio con Alboné. La Reina y el Emperador gobernarán conjuntamente ambas naciones que, sin embargo, seguirán funcionando como países independientes.

MAPAS



AGRADECIMIENTOS

Esta novela no existiría sin Jack Bauer y Robert E. Howard. Eso es una historia que quizá merezca la pena contarse, pero no será hoy.

Y, por supuesto, no existiría sin Ian Fleming.

Felicidad Martínez, como viene siendo habitual de un tiempo a esta parte, fue la primera lectora de *El adepto de la Reina*. No sólo aportó sugerencias valiosas (y me ayudó a enfocar de forma correcta algunas de las secuencias más importantes de la novela) sino que mostró el entusiasmo suficiente ante lo que escribía para que seguir adelante fuera más fácil.

Marina Moragrega es la auténtica creadora de los Grassin J'mpmensh, aunque ella nunca los llamó así ni seguramente se le pasó por la cabeza, cuando me contó la historia de sus «hombres de césped», que acabarían pasando de la forma en que lo hicieron a esta novela. Pero así ha sido, y espero que se sienta satisfecha con el resultado.

Álvaro Muñiz leyó la novela con entusiasmo y me hizo ver que en algunos momentos me estaba sacando demasiados conejos de la chistera.

Marisa Cuesta revisó cuidadosamente el original. Si, pese a todo, alguna errata ha sobrevivido, desde luego no ha sido culpa suya.

Y sí, lo digo públicamente, para que luego no se queje: Javier Cuevas tenía razón, los mapas son importantes.

Realicé el primer mapa cuando llevaba poco más de veinte o treinta páginas escritas. Ir llenándolo de detalles (ver dónde iban los bosques, las montañas o los ríos, dónde se situaban las ciudades o cómo estaban distribuidos los países) me ayudó a tener más claro el mundo que estaba creando y, curiosamente, elementos que añadí al mapa sin pensar demasiado en lo que hacía o por qué acabaron teniendo un papel importante en lo que estaba escribiendo. Podríamos decir que, en cierto modo, la geografía acabó condicionando la narrativa.

Confieso que el mundo que he ido creando mientras trabajaba en *El adepto de la Reina* (armándolo prácticamente a su alrededor sobre la marcha a medida que la escribía) no tardó en atraparme y en crecer más allá de su simple propósito de escenario para una historia que me apetecía contar.

Hay mucho de Érvinder que no ha pasado a esta novela. Y mucho más, estoy seguro, que aún no he descubierto.

Confío en ir haciéndolo en el futuro. Y en poder contaros lo que vaya descubriendo.

RODOLFO MARTÍNEZ
Gijón, setiembre 2009

SOBRE EL AUTOR

Rodolfo Martínez (Candás, Asturias, 1965) publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro (otorgado por la editorial Planeta) por *Los sicarios del cielo*, ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana ha sido traducida al portugués, al polaco, al turco y al francés y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

En 2009 y con *El adepto de la Reina*, inició un nuevo ciclo narrativo en el que conviven elementos de la novela de espías de acción con algunos de los temas y escenarios más característicos de la fantasía.

Recientemente ha empezado a recopilar su ciclo narrativo de Drímar en cuatro volúmenes, todos ellos publicados por Sportula.

BIBLIOGRAFÍA:

1995

La sonrisa del gato (Miraguano, col. Futurópolis núm. 39, Madrid, 1995)

«Las brujas y el sobrino del cazador» (en *Las brujas y el sobrino del cazador*, Grupo Elfbone, col. Tormenta de Palabras núm. 1, Zaragoza, 1995)

1996

La sabiduría de los muertos (Fundación Dolores Medio, Oviedo, 1996)

Tierra de Nadie: Jormungand (Ediciones B, col. Nova CF núm. 86, Barcelona, 1996)

«Un jinete solitario» (en *BEM* núm. 53, Grupo Interface, 1996; Díez, Julián (comp.), *Antología de la ciencia ficción española. 1982-2002*, Minotauro, Barcelona, 2003; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

1997

Los celos de Dios (UPCF, col. Quaderns UPCF núm. 5, Barcelona, 1997)

1998

El alfabeto del carpintero (Juan José Aroz, col. Espiral Ciencia Ficción núm. 11, Bilbao, 1998; *El carpintero y la lluvia*, Sportula, Gijón 2010)

1999

- El abismo te devuelve la mirada* (Ediciones Tempore, col. Huella de Sangre núm. 5, Barcelona, 1999)
«Territorio de pesadumbre» (en *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra, Gijón, 1999; *El Doble de Ciencia Ficción* núm. 2, Ediciones Robel, Madrid, 2004; Sportula, Gijón, 2010)
«Este relámpago, esta locura» (en *Premios UPC 1998*, Ediciones B, col. Nova CF núm. 123, Barcelona, 1999; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005; Cabos sueltos, Sportula, Gijón 2010)

2004

- Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos* (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 13, Madrid, 2004; Alamut, Madrid, 2008)
El sueño del Rey Rojo (Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 31, Barcelona, 1994; Sportula, Gijón, 2010)

2005

- Los sicarios del cielo* (Minotauro, col. Hades, Barcelona, 2005)
Sherlock Holmes y las huellas del poeta (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 28, Madrid, 2005)
Callejones sin salida (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

2006

- Laberinto de espejos* (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 4, Córdoba, 2006)
A sabedoria dos mortos (edición portuguesa de *La sabiduría de los muertos*, Saida de Emergencia, col. Bang! núm. 18, Parede, 2006)

2007

- Sherlock Holmes y la boca del infierno* (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 54, Madrid, 2007)

2008

- Sherlock Holmes y el heredero de Nadie* (Alamut, Madrid, 2008)
El abismo en el espejo (Hegemón, Zaragoza, 2008; Sportula, Gijón, 2011)
Sherlock Holmes Ve Ölülerin Bilgeliği (edición turca de *La sabiduría de los muertos*, Ithaki, Estambul, 2008)

2009

- El adepto de la Reina* (Sportula, Gijón, 2009)
Sherlock Holmes I mądrość umarłych (edición polaca de *La sabiduría de los muertos*, Muchanesiada, Cracovia, 2009)

2010

- El sueño del Rey Rojo* (Sportula, Gijón, 2010)
El carpintero y la lluvia (Sportula, Gijón, 2010)
Laberintos y tigres (Sportula, Gijón, 2010)
Territorio de pesadumbre (Sportula, Gijón, 2010)
Cabos sueltos (Sportula, Gijón, 2010)
La sagesse des morts (edición francesa de *La sabiduría de los muertos*, Mnémos, Saint-Laurent-d'Oingt, 2010)

2011

- Sondela* (Dolmen, Mallorca, 2011)
Fieramente humano (NGC Ficción!, col. Fantasía núm. 1, Madrid, 2011)
El abismo en el espejo (Sportula, Gijón, 2011)
El jardín de la memoria (Sportula, Gijón, 2011)

2012

- La ciencia ficción de Isaac Asimov* (Sportula, Gijón, 2012)

La sabiduría de los muertos (Sportula, Gijón, 2012)

Ferozmente subjetivo (Sportula, Gijón, 2012)

Sondela (Sportula, Gijón, 2012)

The Queen's Adept (edición inglesa de *El adepto de la Reina*, Sportula, 2012)

El Adepto y la Memoria (Sportula, Gijón, 2012)

La sonrisa del gato (Sportula, Gijón, 2012)

Este incómodo ropaje (Sportula, Gijón, 2012)

Jormungand (Sportula, Gijón, 2012)

-

Por ciclos narrativos:

SHERLOCK HOLMES:

La sabiduría de los muertos

Las huellas del poeta (previsto en Sportula)

La boca del infierno (previsto en Sportula)

El heredero de Nadie (previsto en Sportula)

DRÍMAR:

El carpintero y la lluvia

Cabos sueltos

Jormungand

Bifrost (previsto en Sportula)

La sonrisa del gato

LA CIUDAD:

El abismo en el espejo

Este incómodo ropaje (*Los sicarios del cielo*)

Fieramente humano (previsto en Sportula)

EL ADEPTO DE LA REINA:

El adepto de la Reina
El jardín de la memoria
El Adepto y la Memoria
«Embrión»
«Amistad»

FUERA DE CICLO:

El sueño del Rey Rojo
Territorio de pesadumbre
Sondela

ANTOLOGÍAS:

Callejones sin salida
Laberinto de espejos

NOVELAS CORTAS:

Las brujas y el sobrino del cazador
«Un jinete solitario»
Los celos de Dios
El alfabeto del carpintero
«Este relámpago, esta locura»

POESÍA:

Laberintos y tigres

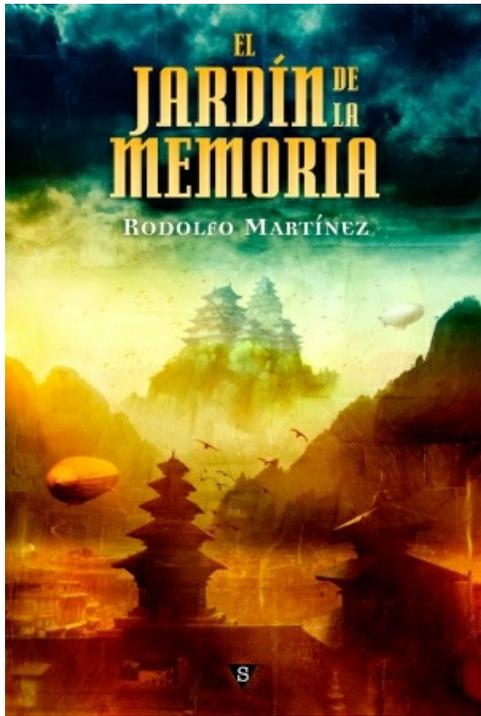
ENSAYO:

La ciencia ficción de Isaac Asimov
Ferozmente subjetivo

SPORTULA

Todos los libros tienen edición electrónica. Aquéllos marcados con (*) también han sido editados en papel.

1. (*) *El adepto de la Reina*. Rodolfo Martínez
2. (*) *El carpintero y la lluvia*. Rodolfo Martínez
3. *El sueño del Rey Rojo*. Rodolfo Martínez
4. *Laberintos y tigres*. Rodolfo Martínez
5. *Territorio de pesadumbre*. Rodolfo Martínez
6. (*) *Cabos sueltos*. Rodolfo Martínez
7. *Desde la tierra más allá del bosque*. Rodolfo Martínez
8. *Horizonte de sucesos*. Rodolfo Martínez
9. *El abismo en el espejo*. Rodolfo Martínez
10. *La Ciudad, tres momentos*. Rodolfo Martínez
11. *Embrión*. Rodolfo Martínez
12. (*) *El jardín de la memoria*. Rodolfo Martínez
13. *Amistad*. Rodolfo Martínez
14. *La ciencia ficción de Isaac Asimov*. Rodolfo Martínez
15. *La sabiduría de los muertos*. Rodolfo Martínez
16. *Ferozmente subjetivo*. Rodolfo Martínez
17. (*) *Vintage '62: Marilyn y otros monstruos*. Varios autores. Selección de Alejandro Castroguer
18. *Occidente*. Chema Mansilla
19. (*) *The Queen's Adept*. Rodolfo Martínez
20. (*) *Akasa-Puspa, de Aguilera y Redal*. Varios autores. Coordinado por Rodolfo Martínez
21. *Sondela*. Rodolfo Martínez
22. *El adepto y la Memoria*. Rodolfo Martínez
23. *Bestiario microscópico*. Sofía Rhei
24. *La sonrisa del gato*. Rodolfo Martínez
25. *Este incómodo ropaje (Los sicarios del Cielo)*. Rodolfo Martínez
26. (*) *Jormungand*. Rodolfo Martínez
27. *Más allá de «Lágrimas de luz»*. Rafael Marín, Mariela González
28. *Lágrimas de luz*. Rafael Marín



El Jardín de la Memoria

Martínez, Rodolfo
9788493920371
460 pages

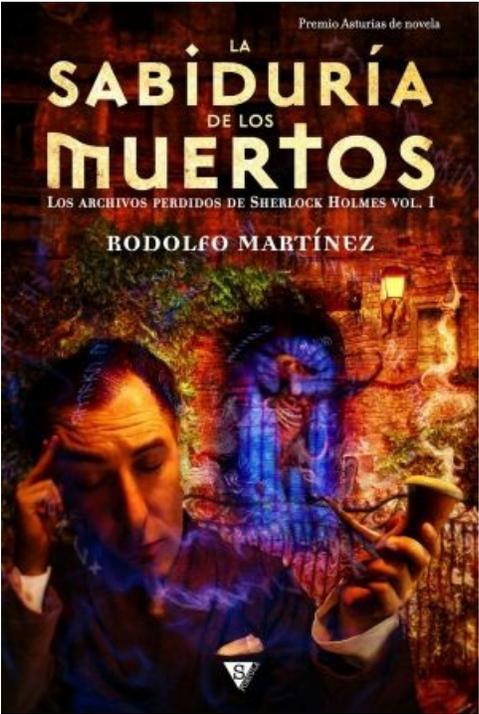
[Buy now and read](#)

La Reina de Alboné acude a Honoi, para asistir a la coronación del nuevo Emperador de las islas. Entre el séquito que la acompaña se encuentra Yáxtor Brandan, adepto empírico a su servicio, su más leal (y letal) súbdito.

Yáxtor llegará a tiempo para desenmascarar una conjura que podría haber acabado con la vida del Emperador de Honoi. Mientras acompaña al Cortejo de la Memoria intentará dar con las raíces del peligro, siempre con su misterioso pasado llamando a las puertas de su mente. Entretanto, un futuro que no puede prever irá desplegándose ante sus ojos.

El jardín de la memoria es la continuación de El adepto de la Reina, la novela donde por primera vez Yáxtor Brandan se presentó al público. Como la anterior, se trata de una historia trepidante, llena de peligros y amenazas, donde personajes que no son lo que parecen (y que se deslizan a menudo por una peligrosa cuerda floja moral) luchan por mantener el mundo tal como lo conocen mientras éste se empeña en cambiar.

[Buy now and read](#)



La sabiduría de los muertos

Martínez, Rodolfo
9788493920357
250 pages

[Buy now and read](#)

Premio Asturias de Novela 1995

Corre el año 1895 y Sherlock Holmes y el doctor Watson se ven envueltos en un caso de suplantación de identidad que tiene sus raíces en la época en la que el mundo daba por muerto al detective. Juntos, los dos investigarán una trama que gira alrededor del más famoso de los grimorios: el libro de los nombres muertos, el temible Necronomicon de Abdul Alahzred.

La sabiduría de los muertos es la primera novela holmesiana de Rodolfo Martínez y, desde el momento de su primera publicación, en 1996, fue recibida muy positivamente por los fans del detective victoriano. En ella, Martínez recrea con gran habilidad la voz del doctor Watson y reconstruye un siglo XIX en el que lo real y lo ficticio van de la mano en una historia trepidante.

[Buy now and read](#)



UNA ANTOLOGIA DE ZERVILLETA
COORDINADA POR VÍCTOR BLÁZQUEZ

Peta Z

No mezclar con
refresco de cola

DOLBY
DIGITAL

Peta Z

VV.AA.
9788494158308
250 pages

[Buy now and read](#)

Solo hacen falta once bastardos para destruir tu infancia.

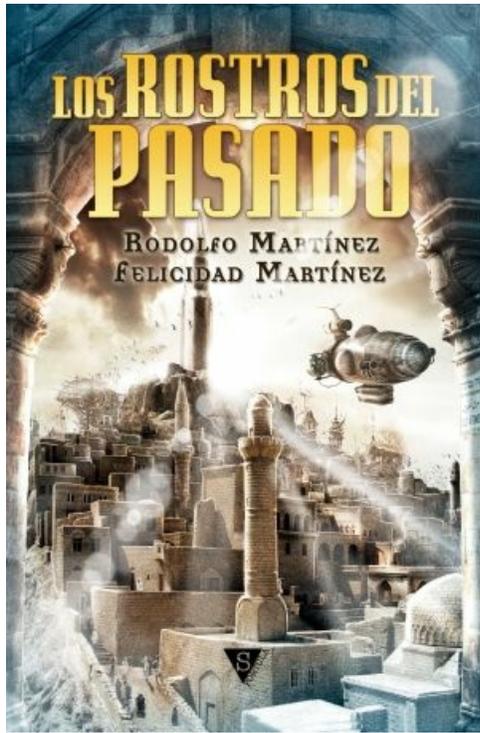
Terror, aventuras, misterio, humor, crítica social y sobre todo mucha mala leche. Once relatos en los que los dibujos de nuestra más tierna infancia se mezclan con muertos vivientes.

Nunca has leído nada igual. Tal vez no quieras volver a leer nada después de esto.

Con relatos de Víctor Blázquez, Ignacio Cid Hermoso, Daniel P. Espinosa, Ángel Luis Sucasas, Miguel Aguerralde, Darío Vilas, Juan Miguel Fernández, Manuel Martín, Alejandro Castroguer, Javier Cosnava y Vanessa Benítez Jaime.

Descárgala de forma totalmente gratuita y disfrútala... si te atreves.

[Buy now and read](#)



Los rostros del pasado

Martínez, Rodolfo
9788415988830
430 pages

[Buy now and read](#)

Como de costumbre, Yáxtor Brandan ha salido vivo y triunfante de su última misión... aunque en esta ocasión ha sido por los pelos. De hecho, la recuperación del joven y mortífero Adepto Empírico será larga, lenta y dolorosa; con buena parte de sus órganos internos al borde del colapso y todo su cuerpo convertido en una inmensa cicatriz, poco podrá hacer Yáxtor por sí mismo durante los meses de convalecencia que tiene por delante.

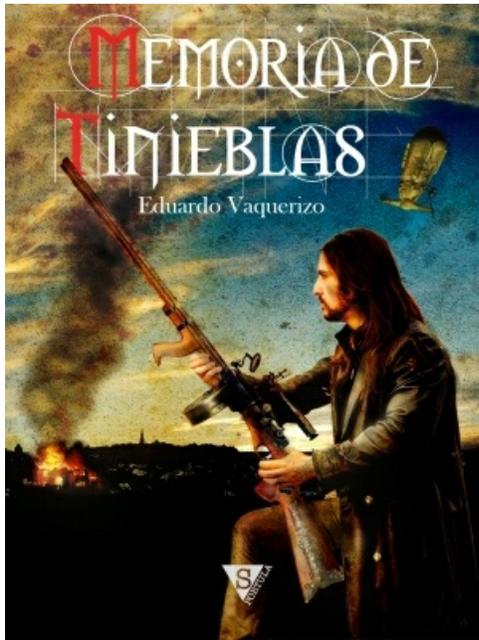
Entretanto, la Reina de Alboné se ha casado con el Emperador de Hanoi y el mundo entero parece en paz, tranquilo y a salvo. Una tranquilidad que no es más que apariencia, mientras, desde las sombras, distintos elementos van buscando su lugar en el tablero y preparándose para la batalla que se avecina. Un lugar y una batalla que, posiblemente, tengan mucho que ver con el convaleciente adepto.

¿Por qué un misterioso individuo al servicio de la Reina conoce tanto del pasado de Yáxtor? ¿Qué es lo que lleva a Shércroft, Jefe de Archivos de los Adeptos Empíricos, a interesarse por lo que le sucedió al joven hace siete años? ¿Cuál es el interés de Asima, Adepta Suprema de la Curación, en que lo ocurrido salga a la luz?

Poco a poco, distintos personajes exploran el pasado de Yáxtor Brandan y van sacando a la luz los rostros sepultados en él, mientras el futuro va tomando forma y revelando nuevas amenazas.

Usando como base los relatos cortos ya existentes sobre el adepto empírico, Rodolfo Martínez y Felicidad Martínez nos ofrecen la nueva entrega de la saga iniciada en El adepto de la Reina y se asoman a la memoria de Yáxtor Brandan a la vez que anticipan su futuro.

[Buy now and read](#)



Memoria de tinieblas

Vaquerizo, Eduardo
9788494103599
400 pages

[Buy now and read](#)

Felipe II murió en vísperas de la batalla de Lepanto y su hermano bastardo, don Juan de Austria, se hizo con el trono español y el Imperio que conllevaba a cambio de, entre otras cosas, un cisma con la Iglesia de Roma.

Estamos en Madrid, en un 1970 alternativo en el que el Imperio Español aún es fuerte, aunque se desangra en una interminable guerra con los turcos, mientras América del Norte, dejada a su suerte hasta ahora, se va convirtiendo en la tierra de promisión para los descontentos y los desheredados.

En una historia fascinante, en la que las distintas tramas van confluyendo de forma inevitable hasta el final, Eduardo Vaquerizo explora y explota todas las posibilidades del escenario que construyó en Danza de Tinieblas y consigue la que, sin duda, es su mejor novela.

[Buy now and read](#)